

# LOS CRÍMENES DEL LAGO



Gemma Herrero Virto

# **LOS CRÍMENES DEL LAGO**

Gemma Herrero Virto

Copyright 2017 Gemma Herrero Virto

Título: Los crímenes del lago

Autor: Gemma Herrero Virto

Revisor: Julen Díaz Llorente

Diseño de portada: Juan Manuel Martín Rivas y Eba Martín Muñoz (Serves)

Ilustraciones: Gemma Herrero Virto (poseída por el espíritu de una niña de doce años)

[www.gemmaherrerovirto.es](http://www.gemmaherrerovirto.es)

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaeam

Copyright de la presente edición: © 2017 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: 3 de julio de 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Si ya lo has descargado ilegalmente de alguna página de Internet, tampoco vamos a llorar. Si te ha gustado, al menos pásate a dejar un comentario por Facebook o Twitter, que eso no paga las facturas, pero

me alegra el día ;-)

**A TI, SIEMPRE A TI, AUNQUE NO QUIERAS.  
¿CÓMO NO VOY A DEDICARTE TODAS MIS HISTORIAS SI  
TÚ HAS LLENADO DE LUZ LA MÍA?**

# ÍNDICE

1. [Swanton, Agosto de 2001](#)
2. [\*\*Burlington, Julio de 2016\*\*](#)

3. **Swanton, Agosto de 2001**
4. **Burlington/Swanton, Agosto de 2016**
5. Swanton, Agosto/Septiembre de 2001
6. Swanton, Agosto de 2016
7. Burlington, Septiembre de 2016

Obras de la autora

**Swanton, Agosto de 2001**



## I

Anne Austen fue mi primer amor. En realidad no hacíamos cosas de enamorados. Con doce años esas cosas no se hacen. Nos limitábamos a dar paseos por la calle, a hablar de tonterías y a remolonear por el almacén de su padre. El señor Austen tenía una tienda de ultramarinos en First Street y, para un par de críos como nosotros, aquel lugar era una especie de Disney World.

Una de las cualidades que más me fascinaba de Anne era su proverbial habilidad para encontrar chocolate. No tenía que buscar ni abrir cajas hasta hallarlo. Se quedaba quieta en medio del almacén, con los ojos cerrados, como un cazador que olfatease una presa. Cuando abría los ojos, se dirigía hacia una de las innumerables cajas apiladas, la abría y me mostraba su tesoro: tabletas y tabletas de chocolate. Ahora sospecho que sabía dónde buscar, que las cajas estaban marcadas de alguna manera, pero, en aquel momento, me parecía magia. Sentados en algún rincón oscuro de aquel almacén, con los labios manchados de marrón oscuro, riéndonos de nuestras bromas y hablando de nuestros sueños, yo pensaba que nunca podría querer tanto a alguien como la quería a ella.

Anne decía que viviría de escribir, que lo llevaba en el apellido. Siempre sospeché que ella no tenía nada que ver con la famosa escritora. Después de todo, yo me apellido Armstrong y lo más cercano que tengo a un familiar astronauta es un primo friki que ha sido capaz de construirse su propio ordenador. Sin embargo, no se lo decía. Me limitaba a asentir y sonreír, con los dientes manchados de chocolate, creyéndome sus historias de éxito y que viviríamos juntos en una cabaña en el bosque. Ella escribiría y yo me dedicaría a pescar y a pasear con nuestros cinco

perros. En aquellos momentos, aquella parecía la vida perfecta. Hoy en día, aún me lo parece.

La última vez que estuvimos juntos, pasábamos la tarde en el garaje de su casa. Era un caluroso día de agosto, de esos en los que el aire es espeso, seco y caliente. Su garaje, con la puerta levantada, estaba fresco, así que habíamos cogido un par de Coca-Colas y nos habíamos sentado en los asientos delanteros del coche de su padre, un precioso Chevrolet Impala del 67, a escuchar la radio. Nos gustaba sentarnos allí, sin su permiso, soñando con salir a la carretera a buscar aventuras.

Aquella tarde Anne se giró hacia mí con los ojos brillantes, dejó su lata de refresco sobre el salpicadero y metió una mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros cortos.

—¿Te apetecería dar una vuelta?

—Claro.

Yo había contestado sin pensarlo un segundo, sin plantearme que la pregunta podía ir en serio. Aún no habíamos abandonado del todo esa época en la que el mundo de la imaginación sigue vivo, en la que uno puede jugar a montar un fuerte en mitad de su salón o a ser un aguerrido explorador entre los árboles del parque. No esperaba que ella sacase las llaves de su bolsillo, ni que las metiera en el contacto y las hiciera girar. Me limité a contemplarla con la boca abierta, escuchando como el motor rugía.

El coche se puso en movimiento sin que yo hubiese podido reaccionar. Continuaba mudo, pero no era sólo por el miedo. Durante un momento, me pareció que su pelo ondeaba al viento por la velocidad. Pensé que no podía haber nada en el mundo más bonito que su sonrisa y que quería pasar el resto de mi vida con ella. Durante esos segundos, creí que lo conseguiríamos, que ella sería capaz de enfilear el

coche calle abajo, ganando cada vez más velocidad. Pensé que dejaríamos atrás Swanton y Vermont, que quizá podríamos coger la ruta 66 y recorrer el país y llegar hasta los Ángeles, como habíamos imaginado juntos tantas veces. Casi pude vernos aparcando el coche junto a la playa. El sol brillaría alto en el cielo y el paseo estaría lleno de patinadoras rubias, pero yo ni siquiera las miraría. Agarraría a Anne de la mano y correríamos por la arena hacia el mar.

No llegamos tan lejos. El coche se deslizó hasta la acera, cruzó los dos carriles de carretera y se empotró contra el buzón de la señora Jones. Ése fue el final de nuestra aventura y, aunque yo no lo supiera, el final de nuestra relación. A Anne la castigaron sin salir durante todo el verano y le prohibieron volver a verme. Supongo que, como todos los padres, los suyos se negaron a creer que una idea tan loca pudiese haber salido de la cabeza de su adorada hija, que pensaron que todo era mi culpa y que yo era una mala influencia para ella.

Tres días después de su encierro, Anne me hizo llegar una carta de amor a través de su amiga Meg. Me decía que me echaba de menos y me pedía que la esperase. Me recordaba nuestros sueños, me hablaba de la cabaña en el bosque, de los paseos con los perros, de las novelas que escribiría... Su carta me conmovió. Creo que en aquellos momentos, aunque sólo fuera una cría, ella me quería de verdad. Aún conservo su carta y, muy de vez en cuando, la saco de su sobre amarillento y sonrío al leerla. En aquellos momentos, me prometí esperarla el tiempo que hiciera falta y ayudarla en todo lo posible para que pudiera cumplir aquellos sueños.

Sin embargo, Anne no pudo cumplir aquellos sueños de niña. Ni siquiera pudo intentarlo. Los asesinatos del lago comenzaron aquella misma semana y ella fue la primera víctima.

## II

Me enteré de su desaparición un lunes a mediodía. Yo había salido con mi bicicleta, la que me habían regalado las últimas navidades, a dar una vuelta por el pueblo. Estaba muy orgulloso de mi bici. Era enorme y de color rojo y, aunque no lo hubiese comprobado nunca, estaba seguro de que era la más rápida del condado.

Me gustaba salir a pasear sin rumbo fijo, sin ningún objetivo, sólo por el placer de sentir los músculos de mis piernas ardiendo al subir las cuestas y la sensación de velocidad y libertad al bajarlas. Había pasado así media mañana, porque ¿qué otra cosa mejor se puede hacer en un día de agosto cuando tienes doce años y un verano eterno por delante, cuando septiembre es sólo un nubarrón muy lejano en el horizonte?

A mediodía ya estaba aburrido y empezaba a sentir hambre, pero, antes de volver a casa, decidí pasar por el parque Marble Mill. No había quedado con ninguno de mis amigos, pero estaba seguro de que podría encontrarlos sentados cerca del río o jugando al baloncesto. La noche anterior me había salido un cromó de beisbol que sabía que Jim llevaba buscando varias semanas y quería averiguar qué me ofrecería por él. Casi podía ver la cara que pondría cuando se lo enseñase, sin dejar siquiera que lo tocara. Estaba seguro de que podría sacar al menos cinco de sus mejores cromos repetidos a cambio de aquella maravilla.

Entré en el parque aún montado en mi bicicleta, serpenteando por los caminos blancos mientras los buscaba. Los encontré cerca del río, sentados en el suelo junto a otros chicos del pueblo. Un par de ellos tiraban piedras al agua, tratando de hacerlas rebotar.

—Hola, Jim —llamé mientras me bajaba de la bici y la dejaba tirada en el suelo, al lado de las de los demás—. No te imaginas lo que llevo en el bolsillo.

Todas las conversaciones se extinguieron al instante. Se giraron hacia mí y me miraron. Estaban tan pálidos y serios que me asustaron. Me quedé parado a unos pasos, esperando a que me saludaran. Muchos de ellos bajaron la mirada al suelo, otros cuchichearon. Jim se llevó un par de empujones y de codazos que le obligaron a avanzar un par de pasos para ser el “voluntario” que hablase conmigo.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿No te has enterado de lo de Anne?

Jim me esquivaba la mirada. Tenía la cabeza baja y los ojos fijos en los cordones de sus zapatillas. En la palidez de su rostro, las pecas resaltaban como el caso de sarampión más grave de la historia. Yo suspiré aliviado y le di una palmada en el brazo para tranquilizarle.

—¿Lo de su castigo? Claro, lo sé hace días. Yo iba con ella en el coche cuando lo empotró contra el buzón de la señora Jones —como todos continuaban sin hablar, les dirigí una amplia sonrisa para tranquilizarles—. No os preocupéis, estoy bien. Seguro que a su padre se le pasa el mosqueo en unos días...

—No es eso, Eric —me cortó Jim—. Ha desaparecido. Sus padres llevan buscándola desde ayer por la mañana. ¿Sabes algo?

Me quedé helado, paralizado, sin saber qué decir. ¿Cómo que Anne había desaparecido? Aquello era imposible. Anne era del tipo de chicas a las que no puede sucederles nada malo, simplemente porque no sería justo, porque Dios no podía tener otra opción que llenar a un ser como ella de bendiciones. Tenía que ser un error. Convencido por aquella idea, logré recuperar el control de mi cuerpo y negar con la

cabeza. Los otros chicos se habían acercado y, una vez roto el hielo, todos parecían ansiosos por darme nuevos datos.

—La vieron en la iglesia por última vez...

—Sí, dicen que la mandaron a casa sola mientras el resto de su familia se iba a comer...

—Se fueron todos a la pizzería de Pam. Mi tía los vio, pero Anne no estaba...

—Claro, como estaba castigada, no la dejaron ir.

—La señora Robins dice que la vio llorando por Canada Street y que seguro que se ha escapado...

—La señora Robins sólo dice tonterías. Mi primo Carl la vio cerca del café de Cody y no estaba llorando ni nada...

Todo aquello no me estaba ayudando en absoluto. Cada dato era combustible para el miedo que iba invadiéndome y que amenazaba con paralizar mi corazón y mis pulmones. Lo que estaban diciendo no tenía sentido. No podían estar hablando de Anne.

No les escuché más. Me di la vuelta, monté en mi bicicleta y empecé a pedalear tan rápido como pude. A mis espaldas escuché gritos que me preguntaban adónde iba y si sabía algo, pero no me giré. Durante todo el camino hasta su casa me sentí como si flotase en el interior de una nube negra. Mis pensamientos se habían vuelto oscuros y pesados y algo en mi pecho, ese algo que parecía aletear cuando Anne estaba cerca, había muerto congelado. Aunque en un principio lo había negado de forma rotunda, empezaba a temer que le hubiera pasado algo malo. Tenía que llegar a su casa cuanto antes.

El jardín delantero de la casa de Anne estaba abarrotado: dos coches de la policía, una furgoneta del periódico local y

decenas de vecinos curiosos. Dejé la bici tirada bajo un árbol y me dirigí hacia la puerta de entrada con paso decidido. Algunos vecinos me reconocieron. Desde nuestro accidente con el Chevrolet, me había hecho muy popular en el barrio. Escuché varias voces que me identificaban como “el novio de la chica” e incluso llegué a percibir algún “pobrecillo” pronunciado entre susurros. Me dieron ganas de detenerme, darme la vuelta y gritarles que no había nada por lo que compadecerme, que todo aquello era un error y que Anne volvería sana y salva. Sí, me habría encantado gritar todo aquello, pero no lo hice porque no sabía si podría pronunciar aquellas palabras con la suficiente convicción.

Un policía me detuvo en la misma puerta de la casa, poniendo su enorme manaza sobre mi hombro para impedirme avanzar. Yo me quedé parado, sin saber qué decirle para que me permitiese el paso. Por suerte, la puerta se abrió y el señor Austen me agarró por un brazo y me metió dentro. Me pareció extraño que me dejase pasar sin más explicaciones. Habría apostado todo mi dinero a que, desde el incidente con su coche, no tendría ninguna gana de invitarme a su casa.

Intenté sonreír para agradecerle que me dejase entrar y preguntarle qué sabía de Anne, pero no me dio opción de abrir la boca. El señor Austen me llevó en volandas a través de su salón, atestado de policías, hasta colocarme justo delante de un hombre muy alto y con unas espaldas tan anchas como medio condado. Yo miré al hombre desde abajo, pero lo único que pude percibir fue su enorme barriga y un bigote tupido y lleno de canas.

—Inspector Dunning, éste es el chico del que le hemos hablado —me presentó el padre de Anne—. Estoy seguro de que él sabe dónde puede estar mi hija.

Me sentaron en la cocina y empezaron a interrogarme.

Mentiría si dijese que al principio no estaba asustado. No sabía qué querían de mí, por qué me hacían una y otra vez las mismas preguntas, por qué no me contaban nada sobre Anne... El inspector Dunning ni siquiera me dejaba preguntarle nada. Era él quien preguntaba y preguntaba y ninguna de mis respuestas parecía satisfacerle, porque volvía a comenzar, en un círculo que pensé que no terminaría nunca.

No sé el tiempo que pasamos allí, aunque supongo que fue mucho. Por la ventana podía ir viendo el recorrido del sol en el cielo. La sombra del arce que adornaba el jardín de los Austen fue moviéndose hasta dejar en penumbra la cocina.

—Eric, ¿me estás escuchando?

Yo aparté la mirada de la ventana y la fijé en el enorme bigote del inspector Dunning. No sabía qué era lo último que me había preguntado. Bajé la mirada y la clavé en la mesa, sintiendo que enrojecía. Creo que había llegado a un punto en el que estaba tan cansado que había desconectado y había estado contestando con el piloto automático. Cuando levanté la mirada, el inspector me taladró con sus pequeños ojos de tejón rabioso, haciendo que volviese a bajar la cabeza, avergonzado. Sobre la mesa descubrí un vaso de cacao y un par de galletas con almendras. Supongo que, en algún momento, alguien se había apiadado de mí. Lamenté no haberme dado cuenta para darle las gracias.

—Eric, sé que estarás cansado, pero esto es importante. ¿Hizo o dijo Anne algo que pudiese hacerte pensar que iba a escaparse de casa?

—Ya le he dicho que no —contesté por enésima vez—. Llevaba sin hablar con ella desde el jueves, desde que su padre la castigó.

—¿Y no se puso en contacto contigo de alguna manera para decirte que se iba?



Durante unos segundos pensé en la carta que me había enviado a través de Meg. No quería hablarle de aquella carta al inspector. Era una carta íntima, personal: mi primera carta de amor. No pensaba dársela para que la metiese en una bolsa de pruebas que acabaría perdida para siempre en algún enorme almacén, como le pasaba al Arca de la Alianza en aquella película de Indiana Jones. Además, estaba seguro de que entregarles la carta no ayudaría en absoluto a encontrar a Anne.

—Eric, ¿en qué piensas? —el inspector se inclinó hacia mí y entrecerró sus ojillos tratando de intimidarme con la mirada— No estarás ocultándonos algo, ¿verdad? Si sabes dónde se esconde Anne, debes decírmelo. Si no lo haces, la estás poniendo en peligro.

Sus palabras me hicieron sentir furioso. No era justo que intentase culparme de que no fuesen capaces de encontrarla. Yo no sabía nada que pudiese ayudarles. Si lo hubiese sabido, ya se lo habría dicho. Mientras me tenían allí retenido haciéndome preguntas estúpidas, estaban perdiendo un tiempo precioso para buscarla. Me habría gustado gritarle todo aquello, pero yo sólo era un crío y los críos no les gritan a los inspectores de policía.

—No estoy ocultando nada —contesté al fin, con un hilo de voz—, pero estoy seguro de que Anne no se ha escapado ni se está escondiendo.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque ella no se habría marchado sin decírmelo— levanté la mirada de la mesa de la cocina, sintiéndome de pronto más valiente y decidido—, y, si me lo hubiera dicho, ahora tendría que estar buscando a dos desaparecidos, porque me habría ido con ella.

Conseguí pronunciar aquellas palabras con la cabeza alta, sintiéndome orgulloso. Sabía que Dunning no podría

entenderlo, que para él sólo éramos dos críos tonteando, pero yo tenía la firme convicción de que lo que acababa de decir era cierto. Yo nunca me habría ido sin Anne y ella nunca se habría escapado sin mí. No era una opinión ni una creencia. Para mí era un hecho tan cierto e inmutable como si hubiera sido grabado en piedra por el mismísimo Dios.

El inspector negó con la cabeza y lanzó un suspiro resignado. Puso las manos en sus rodillas y, soltando un gruñido de esfuerzo, consiguió levantar su imponente cuerpo de la silla y ponerse en pie.

—Espero que no tengas razón —me dio una ligera palmada en la espalda—. Está bien, Eric. Puedes irte a casa.

—La encontrarán, ¿verdad?

—Claro, no te preocupes y vuelve a casa. Tus padres estarán preguntándose dónde estás.

Salí de la cocina casi a la carrera. Nada más abrir la puerta de la calle, las conversaciones de los chismosos que esperaban fuera se avivaron. Los periodistas dispararon sus cámaras unas cuantas veces, mientras les preguntaban a los vecinos quién era yo. Escuché como me llamaban, sedientos de noticias de lo que estaba pasando dentro. No me giré, ni siquiera levanté la cabeza. Corrí hacia mi bici, me monté en ella y empecé a pedalear como un loco rumbo a mi casa.

Cuando giré la esquina de la calle Tremore y dejé atrás a aquella multitud, permití que las lágrimas cayeran sin control. En aquellos momentos no habría podido explicar lo que sentía. Era una emoción nueva, lo más doloroso que había experimentado nunca. Sentía como si una horrible serpiente se hubiese instalado dentro de mí y fuese devorándolo todo a su paso: mis órganos internos, mis esperanzas, mis sueños de un futuro con Anne... Incluso parecía consumir el oxígeno que necesitaba para respirar. Yo trataba de meter aire a mis pulmones, pero mi garganta

tenía el grosor de un hilo de seda. Aquella fue la primera vez que experimenté una crisis de angustia, una sensación que ha sido mi más fiel compañera durante toda mi vida.

No esperaban encontrarla viva. Lo había visto en los ojos del inspector Dunning.

### III

Tres días después se celebró el funeral. El cuerpo de Anne apareció el mismo día que yo estuve en su casa hablando con el inspector Dunning. Un pescador dio el aviso aquel atardecer, cuando la caña se le enredó con su cuerpo, que reposaba en el fondo del lago Champlain. Llevaba puesta la misma ropa con la que había desaparecido: unos vaqueros cortos y una camiseta gris de los Vermont Lake Monster. Sus zapatillas habían desaparecido. Nunca se encontraron.

Acudí con mi familia a la iglesia de la Natividad. Toda la ciudad estaba allí, no cabía un alma más. Nos colocamos de pie al final de la capilla. Al fondo, cerca del altar, se veía un ataúd blanco casi sepultado por ramos y coronas de flores. Al lado del ataúd habían colocado una gran foto de Anne. Estaba guapa. Los ojos le brillaban y lucía una sonrisa enorme. Llevaba el pelo recogido en una trenza del color de la paja y su flequillo estaba abierto, como siempre, por un remolino que ella intentaba controlar sin éxito.

Yo me sentía mareado y confuso. El aire olía a flores marchitas, a cera, a incienso, a sudor... La atmósfera allí dentro era casi irrespirable. El sonido no ayudaba. Escuchaba los murmullos de la gente como el ruido sordo de un motor al ralentí. No podía distinguir las palabras, sólo aquel rumor que parecía saturar mi cabeza y empujar desde dentro de mi cráneo. De vez en cuando distinguía algún sollozo. Aquello sí me llegaba claro, cristalino, como si conectara con mi alma y le hiciera eco. Sólo el dolor era un sentimiento reconocible. El resto era ruido.

No recuerdo nada de aquella ceremonia. Tan sólo podía sentir las manos de mi madre en los hombros, como dos anclas que me retuviesen en el mundo de la cordura y me

impidiesen alejarme y volverme loco. Me mantuve firme, concentrado en la presión de aquellas dos manos, rogando para que no me soltara y me dejara perdido y solo.

No me encontraba bien, pero, de alguna extraña manera, sentía que tampoco me encontraba tan mal como debería. Tendría que haber estado desesperado, deshecho en lágrimas y lleno de dolor, o tan furioso como para desear destrozarse aquel lugar y a todos sus ocupantes. Sin embargo, no sentía nada de aquello y me parecía raro. Me sentía vacío, adormecido, atontado... Me daba la impresión de que mi alma estaba anestesiada o que, con la muerte de Anne, había decidido retirarse e hibernar, refugiándose en algún rincón oscuro, lejano y caliente de mi interior, donde la pena no pudiese alcanzarla.

Cuando la ceremonia terminó, la gente comenzó a moverse. La mayoría salió de la iglesia, pero un grupo empezó a caminar por el pasillo central, en dirección al altar. Mi madre se colocó en cuclillas frente a mí y me sujetó la barbilla con dulzura, tratando de atraer mi atención. Yo seguía atontado, tanto que me costó un rato darme cuenta de que me estaba hablando:

—Eric, cariño. ¿Quieres ir a verla? Si no puedes, no pasa nada.

Yo me limité a asentir, sin pensarlo siquiera. Mi madre volvió a colocar sus manos en mis hombros para darme fuerza y nos colocamos en la cola. Mi mente se escindió en dos. Una parte me gritaba que parase, que me girase y saliese corriendo de esa iglesia, que, mientras no hubiese visto su cadáver, nada de aquello se habría confirmado, que todo era una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento.

La otra parte me decía que tenía que verla para demostrar que todo aquello era mentira. La cosa que reposaba en aquel ataúd blanco no podía ser Anne, no mi

Anne. Era imposible que ella hubiese muerto. Yo descubriría el engaño y convencería a todos los demás de que se habían equivocado y de que ella tenía que estar viva en alguna otra parte.

Sin darme cuenta, me encontré frente a su ataúd. Sobre un lecho de raso blanco descansaba su cuerpo perfecto. En su cara pálida destacaban unos labios rosados, curvados en una placida sonrisa. Llevaba puesto un vestido negro con cuellos blancos de encaje. Sus manos estaban cruzadas sobre el abdomen, sosteniendo una rosa blanca de tallo largo. Su pelo, normalmente revuelto, estaba desenredado y extendido sobre una almohada de tela brillante. Incluso habían conseguido controlar el remolino de su flequillo apartándole el pelo de la cara con una diadema de flores de tela. Aquella no era Anne. Era una muñeca de porcelana, un recipiente perfecto pero vacío. Incluso pensé que, si la incorporaba, levantaría los párpados como hacían los muñecos de mi hermana Lissie y que, en lugar de sus ojos castaños y brillantes, me encontraría con dos bolas de cristal vacías y muertas. No me atreví a tocarla, mucho menos a depositar un beso en aquella piel fría, como había visto hacer a otras personas. Mientras no la tocara, podría seguir pensando que aquello no era Anne.

Me giré y salí de la capilla, seguido por mi madre. Nos quedamos en el jardín de la iglesia hasta que los coches de la comitiva fúnebre empezaron a moverse hacia el cementerio de Riverside, al otro lado del río. Me senté en el asiento trasero con mi hermana y me dediqué a mirar el paisaje. No era justo que hiciera un día tan bonito. Tendría que ser un día gris, lluvioso y triste. El mundo entero debería estar llorando su pérdida. Sin embargo, el sol brillaba radiante en un cielo tan azul que dolía.

Me quedé de pie cerca de aquel hoyo que se tragaría su cuerpo para siempre. Observé sin poder mover un músculo

cómo bajaban el ataúd e iban cubriéndolo con tierra. Como en las historias de piratas, estábamos enterrando un tesoro, pero nadie vendría nunca a por él, nunca más vería la luz.

Cuando terminaron, la gente fue aproximándose a la familia de Anne para darles el pésame. Yo me quedé aparte, mirando aquel montón de tierra, sintiendo que había algo que no entendía, que se me escapaba. Mi madre regresó a mi lado, me dio un fuerte abrazo y me agarró de la mano para llevarme fuera del cementerio. Yo me resistí, como si hubiera echado raíces al lado de su tumba.

—¿Qué pasa, Eric?

—¿Ya está? —sentía que la garganta se me cerraba y que mis ojos escocían—. ¿Se acabó?

—Sí, cariño. Ya está— ella volvió a tirar de mi mano—. Vamos al coche.

No me había comprendido, pero tampoco sabía cómo explicárselo. ¿Cómo era posible que todo acabase así, que no hubiera más? Era imposible que Anne estuviera muerta y que el mundo siguiera girando como si no pasara nada. ¿La llorábamos en su funeral, hablábamos de lo estupenda que era, la metíamos en un agujero y volvíamos a nuestra vida? ¿La olvidábamos y seguíamos adelante como si no hubiera sucedido nada? No era posible, ni lógico, ni justo. La vida no podía terminar así. Aquella injusticia empezó a despertar a mi alma adormilada, a sacarla de su atontamiento para hacerla gritar. Tenía que poder hacer algo. En aquel momento sentía que haría cualquier cosa para arreglar aquello, que lucharía contra cualquiera para devolverle la vida, contra su asesino, contra el mismo Dios... Haría cualquier cosa por ella menos la que me estaban pidiendo que hiciera: que me marchase de aquel lugar y la dejase allí abajo, en aquella tumba fría y oscura, tan sola...

Mi madre volvió a tirar de mí y yo me dejé llevar.

Estaba llorando tanto que ni siquiera veía por dónde íbamos. Mi madre me metió en el coche. Sentí su mano cálida acariciando mis mejillas, en un vano intento de secarme las lágrimas.

Seguimos a la comitiva fúnebre de vuelta a casa de los Austen. Como era tradición, todo el mundo llevaría comida y pasarían las próximas horas comiendo y bebiendo, hablando de sus hijos, sus parejas o sus trabajos, celebrando de aquella extraña manera que la vida seguía. No podía ir allí. Para mí la vida no podía seguir. Conseguí detener mi llanto y pedirles a mis padres que me dejaran en casa. Mi madre me miró preocupada, pero acabó por aceptar. Supongo que pensó que ya había pasado por suficientes emociones aquel día y que me vendría bien meterme en mi cuarto a descansar o a llorar hasta caer rendido.

No hice nada de aquello. Cuando el coche de mis padres desapareció de mi vista, corrí hasta el garaje, saqué mi bici y empecé a recorrer la ciudad. Necesitaba moverme, sentir el aire, estar a solas y pensar, pero, sobre todo, necesitaba buscarlo. El asesino de Anne estaba suelto, recorría Swanton como uno más, haciendo vida normal, saludando a sus vecinos, pasando desapercibido entre la gente... Sin embargo, yo sabía que le encontraría, que, de alguna extraña manera, sería capaz de ver al monstruo detrás de su máscara. Y, cuando lo encontrara, lo destrozaría con mis propias manos.

Cuando empezó a anochecer y comenzaron a encenderse las primeras farolas, decidí volver a casa. La rabia había desaparecido, dejando a cambio una sensación de vacío, de desesperanza y de agotamiento absoluto. Al abandonarme la ira, empecé a sentirme asustado. Quizá el monstruo sabía que estaba buscándolo y había decidido salir a mi encuentro. Quizá me observaba desde las sombras del parque, desde un túnel oscuro, desde algún callejón



solitario... Por primera vez en mi vida, Swanton dejó de ser mi hogar, el pueblo en el que había pasado mi niñez sin tener miedo a nada, un sitio en el que estar seguro y ser feliz. En aquel momento era un lugar lúgubre, plagado de sombras furtivas, de ecos de pasos apagados... Me sentí muy cobarde y muy culpable, pero pedaleé hacia casa tan rápido como pude. Había salido a cazar un monstruo, a vengar la muerte de Anne, y volvía a casa como un niño asustado que quería refugiarse en el regazo de su madre. Yo no era un cazador de monstruos. Sólo era un crío que no podía hacer nada y, por mucho que me doliera, tendría que aprender a vivir con ello.

Decidí quedarme en casa el resto del verano, llorar su pérdida y rezar para que la policía encontrase al culpable, pero sólo dos días después el hermano pequeño de Jim desapareció.

## IV

El hermano pequeño de Jim se llamaba Robert, pero nadie le llamaba así. Tampoco le llamábamos Bob o Bobby. Para todos los chavales del barrio era "el mocoso". Daba igual la cantidad de veces que su madre le limpiase. Siempre lucía dos columnas de moco, verdes y espesas, asomando de los agujeros de su nariz. Era repugnante y lo malo era que no podías ignorarlo y mirar hacia otro lado. Aquella nariz parecía llamarte, atraer tu atención, hipnotizarte... Cuando no podías aguantarlo más y le decías algo, el chaval trataba de aspirar fuerte, haciendo un ruido que resultaba aún más repulsivo que la visión de sus mocos colgando, y después se limpiaba con la manga. Era asqueroso, pero no se merecía que lo mataran.

El día en el que denunciaron su desaparición estábamos todos en casa. Era una mañana de sábado de agosto. A pesar de que aún no había llegado el mediodía, el calor era agobiante y seco, como si alguien hubiese dejado abierta la puerta de un horno gigante. Mi padre había terminado pronto de trabajar en el taller de carpintería que tenía en Merchants Row y estaba en el garaje, dándole un repaso a su moto. Tenía una Harley preciosa, un recuerdo de sus tiempos de juventud. Ya casi no la usaba. Creo que a mi madre le daba miedo y que hubiera preferido venderla, pero él se mantenía firme y dedicaba sus ratos libres a revisar que estuviera en perfecto estado y a sacarle brillo.

Mi madre estaba con Lissie en el jardín. Mientras ella podaba los rosales, Lissie peinaba a sus muñecas y les cantaba canciones. Era dos años mayor que yo. Ya tenía catorce y en septiembre empezaría el instituto. Aunque no tenía edad de jugar con muñecas, parecía resistirse a crecer. Seguía llevando vestidos de colores con cuellos de encaje y

se ponía lazos en el pelo. Aunque yo la quería mucho, en ocasiones, al mirarla, me planteaba que debía faltarle un hervor y que en el instituto se la iban a comer.

Yo llevaba encerrado en mi habitación toda la mañana. Mi madre había subido un par de veces para preguntarme si necesitaba algo. Creo que seguía preocupada por mí y que tenía miedo de que pudiera pasarme el día llorando o pensando en suicidarme por amor, pero cuando vio que estaba entretenido en una actividad tan inofensiva como dibujar, me dejó en paz.

En realidad, estaba tratando de dibujar a Anne. Las fotografías que habían salido en los periódicos no eran buenas, no mostraban a la Anne que yo había conocido. Quería dibujarla tal y como era en realidad: quería captar su sonrisa y el brillo de sus ojos, su manera de reír y el sonido de su voz, la forma en la que arrugaba la nariz cuando se concentraba en algo y el aroma a champú de su pelo... Quería atrapar todo eso en un solo dibujo para no olvidarlo nunca. Por eso la papelería de mi cuarto había ido llenándose de bolas de papel arrugadas.

El sonido de un claxon me hizo levantar la mirada del papel. Un Buick negro avanzaba por la calle, tocando la bocina de forma insistente. Muchos vecinos dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a las vallas delanteras de sus jardines. El coche se detuvo a unos pasos de la entrada de nuestra casa. Me asomé a la ventana de mi habitación para ver qué pasaba.

Un chico se había bajado del coche y hacía gestos para que la gente se acercase. Lo reconocí enseguida. Trabajaba en la gasolinera y, si no tenía nada que hacer, solía ayudarnos a reparar los pinchazos de las bicis y a hinchar las ruedas. Cuando el chico consideró que ya tenía la atención de todas las personas de la calle, se puso las manos a los dos lados de la boca, a modo de bocina, y comenzó a gritar:

—El pequeño de los Miller ha desaparecido —en cuanto pronunció aquellas palabras, todo el mundo empezó a hablar a la vez, pidiendo más información o gritando que había que hacer algo—. Por favor, escúchenme. Se están formando patrullas de búsqueda en el parque Village Green, frente al ayuntamiento. Todos los que quieran ayudar deben dirigirse allí de inmediato para que les asignen una zona.

En cuanto acabó su anuncio, el chico volvió a meterse en su Buick, cerró la puerta sin contestar a ninguna pregunta y arrancó en dirección a la siguiente calle, haciendo sonar de nuevo el claxon. Mi madre se giró hacia mi padre, que estaba frotándose las manos con un trapo para quitarse la grasa de la moto mientras miraba como el coche se alejaba.

—¿Vas a ir, Jack?

—Por supuesto. Tú quédate aquí con los críos y no los pierdas de vista.

Ninguno de los dos dijo nada. Nadie en la calle se atrevía a decirlo, pero en la mente de todos sólo había una imagen: la del cuerpo frío de Anne flotando boca abajo en el lago Champlain.

Mi padre se montó en su coche y se pasó los dos siguientes minutos tratando de que arrancase. Era un Pontiac del 84, uno de esos coches enormes y alargados con el lateral de la carrocería de madera. Mi madre llevaba años insistiéndole en que debían cambiarlo por un coche más moderno y pequeño, pero él se rebelaba diciendo que era un clásico y que, además, siempre había demasiados gastos como para comprar uno nuevo.

Cuando por fin consiguió ponerlo en marcha, salió del garaje por el camino empedrado y sacó una mano por la ventanilla para despedirse de Lissie y de mi madre, que habían caminado hasta la puerta del jardín para verle marchar. En cuanto el coche de mi padre desapareció, me

puse las zapatillas, salí de mi cuarto y bajé las escaleras a la carrera.

Mi madre continuaba en la puerta del jardín, mirando la carretera por la que se había ido mi padre, con la mirada perdida y las dos manos entrelazadas frente al pecho. Me recordó a esas escenas de las películas en las que la protagonista se queda en la estación del tren mirando como su amor marcha a la guerra, quizá para no volver.

Pensé que estaba lo bastante distraída con sus pensamientos como para no darse cuenta de mi presencia, así que, aprovechando que mi padre había dejado la puerta del garaje abierta, me metí dentro y monté en mi bici. No había dado la primera pedalada cuando escuché la voz de mi madre:

—Eric William Armstrong, ¿dónde crees que vas?

Me quedé paralizado. Mi madre nunca me llamaba por mi nombre completo si estaba de buen humor. Para ella yo siempre era Eric, o algún ridículo apelativo cariñoso si estábamos solos. Me giré hacia ella con mi mejor sonrisa de chico bueno y formal.

—Sólo quería acercarme a casa de Jim. Supongo que estará preocupado y que le vendrá bien hablar con alguien.

El ceño fruncido de mi madre desapareció de inmediato para ser sustituido por una sonrisa bobalicona y unos ojos brillantes por la emoción. Recorrió los pasos que la separaban de mí y me revolvió el flequillo con cariño.

—Eres tan buen chico, Eric. Está bien, pero nada de salir por ahí con las bicis.

Yo asentí y me puse en movimiento. Era cierto que iba a casa de Jim, así que no tenía que sentirme culpable, pero no tenía tan seguro eso de no salir con las bicis. Desde que había oído la noticia de la desaparición de su hermano, sabía que teníamos que hacer algo.

Jim vivía en mi mismo barrio, un par de calles más abajo. Desde lejos se podía distinguir sin dificultad cuál era su casa: la que estaba rodeada de curiosos y coches de periodistas. Me vinieron a la mente esas imágenes de los westerns en las que los buitres dan vueltas y vueltas alrededor del héroe herido, esperando el momento oportuno para lanzarse sobre la presa.

Rodeé la casa, dejé la bici en el suelo y salté la valla del jardín. No me apetecía pasar por delante de toda aquella gente y, además, Jim tenía una casita de madera en el jardín, en lo alto de un roble centenario. Estaba casi seguro de que le encontraría allí.

Me puse debajo del árbol y le llamé un par de veces. Su cara blanca y pecosa asomó por la puerta, rodeada por las caras de Dave y Jake, los gemelos.

—Hola, Jim. ¿Puedo subir?

—Sí, claro. Sube.

Las tres cabezas volvieron a ocultarse en la casa. Yo subí, ayudándome con los trozos de madera clavados al tronco. Mis tres amigos estaban sentados en el suelo. No jugaban a las cartas ni se entretenían con algún comic. Simplemente estaban allí, en silencio. Me senté en la esquina que quedaba libre y, durante un par de minutos, permanecimos callados, esperando que alguien abriese la boca.

—¿Se sabe algo de tu hermano? —pregunté al fin.

—No, nada... —Jim tomó aire con fuerza, como si tratase de empujar hacia abajo la angustia que se le agolpaba en la garganta—. Ha sido por mi culpa.

—No digas tonterías. ¿Cómo va a ser culpa tuya?

—Sí, mamá nos dejó un rato en el parque mientras iba al banco. Nos pusimos a jugar al escondite y desapareció.

—¿No viste a nadie que se lo llevará? ¿Alguna persona? ¿Algún coche?

—No... Quizá se escondió entre los árboles y había alguien allí. O quizá fue hasta el parking de la entrada y alguien lo metió en un coche y se lo llevó. Yo no vi nada.

Jim bajó la mirada. Dave se arrastró sobre el trasero hasta acercarse a él y le pasó un brazo por los hombros.

—Le encontrarán. No te preocupes. Seguro que se despistó y está por ahí dando vueltas. Ya verás como no tarda mucho en aparecer.

Todos volvimos a quedar en silencio. Ni siquiera se escuchaban nuestras respiraciones, tan sólo el canto de los pájaros en la calurosa mañana y el sonido lejano del motor de algún coche. Yo levanté la vista de las tablas de madera del suelo y miré a Dave. Le dirigí una sonrisa a modo de disculpa. Sabía que él había dicho todo aquello para tratar de tranquilizar a Jim, pero yo no podía callarme lo que pensaba.

—No le encontrarán. Al menos, no a tiempo —mis tres amigos me miraron con la boca abierta, sin poder creer que yo estuviese diciendo aquello—. Todos sabéis lo que le pasó a Anne. El tío que se la llevó sigue suelto y puede ser el que se haya llevado a tu hermano.

—No, no, no... —Jim agitó la cabeza de lado a lado, como un crío con un berrinche—. A Bobby no le va a pasar eso.

—Nadie quiere que le pase nada malo, pero no vamos a poder evitarlo quedándonos sentados aquí.

—No podemos hacer otra cosa, Eric —dijo Dave—. La policía ya está investigando y se están formando patrullas ciudadanas para salir a buscarlo.

Me quedé unos segundos mirando a Dave con el ceño fruncido. Siempre tenía que ser el más responsable y lógico.

Parecía que tenía cuarenta años en lugar de doce. Mi única posibilidad para convencerles era atraer a mi lado a su hermano Jake. A pesar de que eran gemelos, no podían ser más diferentes. Mientras que Dave era tranquilo y racional hasta el punto de no tirarse un pedo sin rellenar primero una instancia, Jake era impetuoso y nervioso como una ardilla con sobredosis de cafeína. Hablaba muy alto y movía mucho las manos, en un intento de dar salida a la energía que le quemaba por dentro. Y, por encima de todo, tenía una característica que me venía de perlas en aquel momento: era incapaz de decir que no a cualquier plan, por loco que fuera.

—Ya visteis lo que pasó con Anne. Se pasaron horas interrogando a gente que no tenía ni idea, como, por ejemplo, a mí. Para cuando salieron a buscarla, Anne ya estaba muerta.

—Pero a Bobby no le tiene el mismo tío que cogió a Anne —insistió Jim, negándose a ver la realidad.

—Espero que tengas razón. Seré la persona más feliz del mundo si tu hermano sólo está perdido por Swanton y aparece en cualquier momento, pero, ¿y si no es así? ¿Vamos a quedarnos aquí de brazos cruzados sin hacer nada? Yo voy a salir a buscarlo. ¿Te vienes, Jake?

Jake se levantó de un salto, dispuesto a seguirme al fin del mundo. Me despedí de los otros dos y salí de la cabaña, acompañado por Jake. En unos segundos escuché como Jim y Dave también se movían. Sabía que Dave seguiría a Jake a cualquier parte y Jim no podía quedarse solo mientras todos nosotros partíamos a buscar a su hermano.

Me sentí un poco culpable. No es que no me preocupara la suerte de Bobby. Sólo era un crío de siete años que no le había hecho daño a nadie. Sin embargo, mi motivación para ir en su busca no era salvarlo. Quería encontrar al asesino de Anne y vengarla, pero sabía que nunca me atrevería a ir a explorar el lago yo solo.



## V

Recogimos las bicis y fuimos pasándolas por encima de la valla para poder salir por la parte de atrás de la casa. Ni los padres de Jim ni la policía nos dejarían marchar solos a explorar el lago. Durante los primeros minutos todos pedalearon tranquilos detrás de mí, como si sólo fuéramos cuatro chavales dando un agradable paseo en una mañana de sábado. Si alguien nos reconocía, podríamos decir que habíamos decidido salir a dar una vuelta para que el pobre Jim se despejase un poco.

En cuanto dejamos atrás nuestro barrio, empecé a pedalear como loco, seguro de que los demás me seguirían. Sabía que era muy posible que no consiguiéramos encontrar a Bobby y que nuestros padres nos matarían si nos descubrían, pero ya no había marcha atrás. Teníamos que llegar al lago e intentar encontrar al asesino de Anne. En aquel momento no había nada más importante. No importaba lo peligroso que pudiera ser ni que realmente no supiese qué podríamos hacer si lo encontrábamos. Creo que ni siquiera un coro de trompetas celestiales anunciando la llegada del Apocalipsis habría podido impedir que siguiera pedaleando.

Desde que Anne había muerto, algo en mi interior parecía haberse ido con ella. No me reconocía a mí mismo. Me faltaba energía, nada me apetecía, nada me interesaba... Llevaba días arrastrándome por el mundo, limitándome a existir porque no me quedaba más remedio. Sin embargo, desde que me había enterado de la desaparición de Bobby, mi yo anterior parecía haber regresado. Necesitaba moverme, hacer cosas, luchar por algo grande... Había una posibilidad de salvar al chaval, de detener al asesino, de vengar a Anne. Aunque no tenía ni idea de cómo hacer todo aquello, al menos la vida volvía a tener sentido.

Dejamos Swanton por Depot Street y, tras pasar el puente sobre el río, giramos hacia Lake Street. Eché la vista atrás para comprobar que los demás seguían allí y decidí frenar un poco. Dave empezaba a quedarse rezagado y quedaban más de dos millas hasta el lago. Hacía mucho calor y el aire, seco y asfixiante, no ayudaba en absoluto. Por suerte, la sombra de los árboles sobre el arcén de la carretera hacía el camino algo más llevadero.

El trecho por Lake Street se me hizo eterno. No había nada en lo que entretener la vista. Era una carretera sin curvas ni cuestas, bordeada por árboles y postes de la luz. El paisaje a lo lejos parecía temblar por el efecto del calor sobre el asfalto. No había casas ni fábricas ni cultivos, sólo una interminable fila de árboles que amenazaba con extenderse hasta el infinito. Casi no nos cruzamos con ningún coche, pero eso fue algo que agradecí. Si algún conocido nos encontraba allí, nos mandaría a casa de inmediato.

A pesar de que era un recorrido corto, Dave se quejaba continuamente de que hacía mucho calor y de que se asfixiaba, de que el camino era muy largo, de que no tenía ningún sentido que estuviéramos allí, de que habíamos sido tan tontos que no se nos había ocurrido traer una miserable botella de agua... Sus quejas se volvieron tan insoportables que tuvimos que parar un rato entre los árboles para que descansara un poco. Yo me quedé de pie, sujetando la bici con una pierna a cada lado y mirándole con cara de asesino. Mi principal motivación para llegar al lago empezaba a ser meterle la cabeza en el agua para que se callase.

Un rato después continuamos la marcha. Parecía que a Dave le había sentado bien el descanso, porque había dejado de quejarse y seguía nuestro ritmo. Su hermano Jake pedaleó un poco más fuerte para colocarse a mi lado y me hizo la pregunta que yo tanto temía:

—¿Qué vamos a hacer si le encontramos?

—¿A Bobby? Llevarlo a casa.

—No, ya me entiendes... Si el que ha secuestrado a Bobby es el mismo que se llevó a Anne y nos lo encontramos, ¿qué vamos a hacer?

Yo me quedé en silencio, aprovechando que un camión cargado de balas de paja cubiertas de plástico negro se acercaba en sentido contrario. El ruido del motor nos impedía hablar y, además, los dos echamos la cabeza hacia un lado para intentar evitar el olor. La paja ya había comenzado a fermentar y esparcía un aroma dulzón a podredumbre tan intenso que casi podías saborearlo. Me planteé que quizá el cuerpo de Anne ya había comenzado a pudrirse, que quizá había comenzado a oler así, y sentí unas nauseas tan terribles que tuve que parar la bici en la cuneta.

—¿Estás bien? —me preguntó Jake, parándose a mi lado.

—Sí, no pasa nada. Ha sido el olor del camión. Me he mareado un poco.

Volvimos a pedalear, seguidos por Dave y Jim, que marchaban en silencio más atrás. Un par de minutos después, Jake carraspeó y volvió a la carga:

—Entonces, ¿qué vamos a hacer si nos lo encontramos?

—Detenerlo —contesté, esperando sonar mucho más convencido de lo que estaba.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Somos cuatro contra uno. Podremos con él.

Volvimos a quedarnos callados, con el sonido del rozar de las ruedas de nuestras bicis sobre el asfalto caliente como única compañía. Giré la cabeza para mirar a Jake. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados. Casi se le podía oír pensar. Al cabo de un par de minutos volvió a hablar:

—Mi tía Eloise dice que el cuerpo de Anne estaba totalmente desangrado. Ella cree que fue Champ el que la atrajo hacia el lago y la devoró.

Aquella historia me pareció tan grotesca que no supe si reírme o enfadarme. Champ, la versión de Vermont del monstruo del lago Ness, siempre había sido una criatura entrañable, una especie de alegre dinosaurio verde presente en camisetas, gorras y demás baratijas para turistas. Incluso podías pedir una Champburger en muchos de los restaurantes de las ciudades cercanas al lago, una hamburguesa de marisco con pan de sésamo que estaba para morirse. Pensar que algo así podía haber sido el causante de la muerte de Anne era ridículo.

—Tu tía Eloise está medio loca. ¿No es la que dice que vio un OVNI?

—Claro, porque lo vio...

—¿Y también es la que tiene el porche lleno de símbolos y amuletos raros?

—Sí, son amuletos de protección. Usa esas cosas porque tiene antepasados que practicaban el vudú.

—Sí, claro. Y el resto de tu familia, no. Está chalada, tío. ¿Cómo puedes creerte esos cuentos para críos?

Jake se dio por vencido, pero pedaleó un poco más fuerte y se colocó por delante de mí. Me planteé que quizá había herido su orgullo, pero no era momento de ponerse a pedir perdón. Teníamos cosas más importantes de las que preocuparnos.

Un rato después, al tomar una curva cerrada a la izquierda, dejamos de lado Lake Street y nos adentramos en la carretera de Maquam. El paisaje cambiaba por completo. En lugar de las interminables filas de árboles, se veía una serie de preciosas casitas unifamiliares con vistas al lago, cada una con su jardín y su embarcadero privado. Entre los

árboles se vislumbraban las azules aguas del lago Champlain, lanzando destellos al sol de mediodía. Nos paramos en el cruce para decidir qué hacer.

—¿Alguien sabe dónde encontraron a Anne? —preguntó Dave mientras se secaba el sudor de la frente.

—Creo que fue hacia el norte —contestó Jim mirando hacia allí fijamente, casi como si estuviera intentando ver a su hermano.

Aquello tenía lógica. Hacia el sur del cruce en el que nos encontrábamos todo el terreno estaba ocupado por casas privadas. Hacia el norte era diferente. Sólo se veían árboles y árboles que llegaban casi hasta la misma orilla del lago. El único rastro de civilización era una pequeña senda asfaltada que se internaba en el bosque. A pesar de que la luz del sol brillaba con tanta fuerza que hacía daño a los ojos, la senda parecía oscura y tenebrosa. Los árboles estaban tan próximos que formaban un túnel natural que absorbía la luz y la convertía en una penumbra verdosa.

Miré a mis amigos y les pregunté con la mirada si querían seguir adelante. Jim y Jake asintieron a mi muda pregunta. Dave tan sólo soltó un suspiro resignado, pero lo tomé como un sí. Volví a poner en marcha mi bici y me interné en la senda, que avanzaba paralela a la orilla del lago. Normalmente no había más de cuatro o cinco pasos desde el camino hasta el agua, pero la sequía también estaba haciendo estragos en un lago que, hasta aquel momento, yo había considerado tan inmenso y poderoso como para que no le afectaran aquellas cosas. En aquel mes de agosto el Champlain, a pesar de mantener su vivo color azul, parecía enfermizo. Las orillas estaban llenas de barro y, unos pasos tierra adentro, el suelo aparecía reseco y resquebrajado.

En cuanto nos internamos bajo la sombra de los árboles, nos pareció que entrábamos en otro mundo. La temperatura descendió varios grados y el aire se volvió más

húmedo y respirable. Se oía el canto de algunos pájaros, el lejano croar de las ranas y el zumbido de los insectos. Sin embargo, aquello no hizo que me sintiera mejor. Había algo raro en el ambiente, algo que te obligaba a no hacer ruido y a hablar en susurros, algo que te urgía a acabar con lo que hubieses ido a hacer allí y a marcharte cuanto antes.

Pedaleamos durante un cuarto de hora. A pesar de la extraña sensación que nos exigía que nos diésemos prisa, avanzábamos despacio, escrutando la orilla entre los árboles, atentos a cualquier movimiento que pudiera indicarnos que el hombre que se había llevado a Bobby seguía por allí. No lo decíamos para no preocupar a Jim, pero también vigilábamos cualquier bulto sospechoso de la orilla, por si podía ser el cuerpo de su hermano. Creo que, aunque él nunca lo hubiese admitido, también lo buscaba.

Comencé a sentirme un poco mareado. Moverse por aquel bosque, en el que la luz del sol se filtraba a través de las hojas, mientras trataba de pasear la vista entre las brillantes aguas del lago y los obstáculos del camino, resultaba agotador. Además, notaba que cada uno de mis músculos estaba en tensión y que la ansiedad crecía y crecía en mi pecho, como un globo que fuera hinchándose y cada vez dejase menos espacio para respirar. Sin embargo, aquella búsqueda no nos cansaba. Aunque ya lleváramos un rato por aquel bosque y no hubiésemos conseguido nada, nuestras ganas de buscar no se reducían. Cada vez estábamos más convencidos de que íbamos a encontrar algo... o de que algo nos encontraría a nosotros. Incluso Dave había dejado de quejarse y se mantenía en silencio.

Entonces lo vi. Un bulto de color claro en la orilla, enganchado en las raíces de un viejo árbol. Detuve mi bicicleta con tanta brusquedad que Jake estuvo a punto de arrollarme. Escuché el sonido de las ruedas de los demás derrapando sobre la gravilla de la senda al detenerse. Nos

quedamos en silencio, sin siquiera respirar, observando aquel bulto... Recé para que sólo fuese basura, alguna bolsa olvidada por un turista, una toalla arrancada de algún tendedero cercano... Pero todos lo supimos desde el primer momento.

Jim fue el primero en arrojar su bici en el camino y salir corriendo hacia allí. Jake no tardó ni un segundo en reaccionar y correr tras su amigo. Dave y yo nos movíamos más despacio, como se mueve la gente en los sueños, como si el aire se hubiera vuelto líquido y costase avanzar.

Cuando llegamos a la orilla, Jake y Jim contemplaban aterrados las aguas. Jim gimoteaba como un cachorro herido. Pronunciaba palabras, pero no pude entenderle en un primer momento:

—Sacadle, sacadle... Se está ahogando.

No quería mirar hacia el agua, pero tuve que hacerlo. El cuerpo de Bobby flotaba en el lago con una manga de su camiseta de Bart Simpson enganchada en las raíces. La suave corriente mecía su cadáver, haciendo que se golpease contra el árbol. En el silencio que lo inundaba todo se podía escuchar el sonido de su cuerpo al chocar: pum, pum, pum...

No pude moverme. Quedé totalmente hipnotizado por su mirada de ojos muertos. Sólo podía pensar en que era la primera vez que veía su nariz sin mocos.

**Burlington, Julio de 2016**



## I

Me despierto empapado en sudor, con la imagen de su mirada vacía clavada en mi cerebro y un grito de angustia atrapado en mi garganta. Durante un momento que se me antoja eterno, mientras lucho por normalizar mi respiración y reducir los alocados golpes de mi corazón, no sé dónde estoy ni qué edad tengo. Vuelvo a ser aquel crío de doce años aterrado ante la visión de un niño ahogado en el lago Champlain.

Me siento en la cama y observo mi habitación, mientras trato de respirar profundamente. Estoy en Burlington, tengo veintisiete años y todo aquello ya no me da miedo. Quedó atrás, muy lejos, en Swanton. Sólo es un terrible recuerdo que por alguna extraña razón ha decidido salir a flote, como los cadáveres de los ahogados.

Esa comparación no me va a ayudar a tranquilizarme. Con un par de patadas consigo apartar la sábana y salir de la cama. Me acerco a la ventana, levanto la persiana tratando de no hacer ruido y la abro. El aire fresco de la madrugada me permite respirar de nuevo. Sopla suavemente sobre el sudor adherido a mi cuerpo, provocándome un escalofrío.

Respiro varias veces. A esta hora de la mañana el aire de la ciudad parece limpio. Poco a poco noto que mi cuerpo se va tranquilizando, pero sigo sintiendo una sensación de pesadez, de tristeza infinita, de melancolía... ¿Por qué tuvo que pasar todo aquello? Sé que no hay respuesta o que, al menos, yo no la tengo.

Me giro hacia el interior de la habitación y busco el paquete de tabaco en los bolsillos de mi chaqueta vaquera. Enciendo el primer cigarrillo del día sentado en el alfeizar, contemplando como la ciudad va volviendo a la vida.

Empiezan a pasar los primeros coches, veo a un vecino paseando a su perro, a un loco madrugador practicando running... Este mundo tan real y cotidiano consigue que, poco a poco, el recuerdo del cadáver de Bobby se vaya desvaneciendo. Vuelve a ocultarse en algún recóndito rincón de mi mente, donde yo lo guardé con el resto de mis fantasmas, de donde nunca debió moverse. ¿Por qué habré soñado con él después de todo lo que me he esforzado durante estos años para decirme a mí mismo que todo aquello ya no importa?

El despertador me saca de mis pensamientos. Después de todo parece que mi pesadilla no me ha robado demasiado tiempo de sueño. Termino mi cigarrillo sin darme prisa y acabo arrojando la colilla por la ventana. Sé que mi madre se pondrá furiosa si cae sobre sus gardenias, pero quizá así algún día comprenderá que el hecho de no permitirme tener un cenicero en la habitación no va a impedirme fumar.

Me ducho y me preparo en menos de diez minutos. Como todas las mañanas intento hacer algo con mi pelo. No entiendo por qué siempre tiene que estar encrespado y lleno de remolinos. Al cabo de un par de minutos, decido dejarlo por imposible e ir a desayunar.

Según bajo las escaleras, escucho voces que llegan desde la cocina. Parece que el resto de mi familia se me ha adelantado. La mesa está tan llena de comida como si hubiéramos invitado a desayunar a todo el vecindario. Hay tortitas, cereales, bacón, huevos, zumo natural recién exprimido... Muchas veces me planteo que mi madre en realidad no duerme. Cuando la casa está en calma, ella se escabulle fuera de la cama y se pasa la noche cocinando. Sólo así puede explicarse que tenga toda esta comida preparada a las siete de la mañana.

Me siento a la mesa mirando la comida con el estómago revuelto. La verdad es que no tengo hambre. Mi

pesadilla me ha dejado mal cuerpo y no me apetece nada más que un café, pero sé que mi madre se enfadará si no como, así que cojo una tortita.

—¿No hay educación en esta casa? —me pregunta poniendo los brazos en jarras.

—Buenos días, mamá. Perdona, no he dormido bien.

Esas simples palabras hacen que se levante de su silla de un salto y rodee la mesa a toda velocidad para plantar la palma de su mano sobre mi frente. Yo me dejo hacer, aunque suelto un suspiro de aburrimiento. Sé que no servirá de nada protestar.

—¿Qué te pasa? —pregunta, preocupada—. ¿Tienes fiebre? No estarás incubando algo, ¿verdad?

—No, tranquila. Supongo que simplemente se deberá al calor.

—No sé. Igual hay un virus. Esta noche he oído toser a Brad.

Miro a Brad, que, además de haberse servido un enorme cuenco de cereales con chocolate, está dando cuenta de su tercera tortita. No creo que haya virus en el mundo capaz de enfrentarse a mi sobrino, un crío de once años que casi es tan alto como yo y que ya me saca algunas pulgadas de ancho de espaldas. Cuanto más crece, más se parece al energúmeno de su padre, un jugador del equipo de rugby del instituto que engatusó a mi hermana Lissie, la dejó preñada y después se olvidó de ella.

Mi madre parece haberse quedado más tranquila después de tomarme la temperatura y haberme palpado la garganta para comprobar que no tenga los ganglios inflamados. Por un segundo me planteo qué pasaría si le confesase que la razón de no haber dormido bien es que he vuelto a soñar con Swanton. Estoy seguro de que se le pondrían los ojos en blanco y empezaría a echar espuma por

la boca. Decido cambiar de conversación para desviar su atención de mi estado de salud:

—¿Papá no se ha levantado?

—No, salió anoche y se levantará tarde.

Sé perfectamente lo que significan esas palabras. Mi padre debió llegar de madrugada después de haberse gastado su miserable paga en tomar cervezas con sus amigos. Comprendo que se sienta triste y frustrado por no poder trabajar, que esté deprimido por ser una carga para la familia, pero gastarse un dinero que no tenemos no me parece la mejor manera de afrontarlo. Le dirijo a mi madre una sonrisa de comprensión y le pego un trago a mi zumo, mientras decido que esta línea de conversación tampoco es adecuada para mi estado de ánimo.

Brad ha terminado con su cuenco de cereales y aproxima hacia su sitio la bandeja de tortitas. Me lanza una mirada desafiante, dejando muy claro que no va a dejar que me acerque a su trofeo. Mi madre, fiel a su idea de que un niño gordo es un niño sano, le sonrío para animarle. Lissie levanta por un momento la mirada de su teléfono móvil y le lanza una mirada reprobadora, pero no le dice nada. Nunca le dice nada, ni a él ni a nadie. Sigue siendo la muñeca de porcelana perfecta, con su largo pelo rubio ondulado y sus enormes ojos azules. Se limita a pasar por el mundo como si el regalo de su presencia ya fuera suficiente. En ocasiones me exaspera. Ya tiene veintinueve años y un hijo enorme al que mantener. No puede seguir soñando con que algún cazatalentos la descubra algún día por la calle y la convierta en una supermodelo o en estrella de cine. Como no me encuentro de humor para discutir con ella, me limito a coger otra tortita de la bandeja sin importarme la mirada de odio que me lanza Brad, me pongo la chaqueta y me cuelgo la mochila al hombro.

—Si me esperas diez minutos, te llevo en coche al

trabajo —se ofrece mi madre.

—No, gracias. Prefiero ir en bici.

Le doy un rápido beso en la mejilla y voy al garaje. Mi bici, la misma que usaba cuando tenía doce años, está apoyada contra una pared, casi oculta detrás del pequeño Ford familiar. Cuando llegamos a Burlington, mi padre accedió a vender su Pontiac y su Harley y cambiarlos por aquel coche. No le quedó más remedio. El garaje era tan pequeño que aquellos dos monstruos no cabían allí dentro. Desde que vinimos a Burlington, todo es más pequeño, más gris, más triste... No hay día de mi vida en el que no piense que nunca debimos habernos movido de Swanton, que desde que nos marchamos todo ha ido siempre a peor... Pero no nos quedó más remedio. Además, hay un responsable de aquel cúmulo de decisiones desastrosas y me encuentro con él cada mañana cuando me pongo frente al espejo.

Decido abandonar esa línea de pensamientos para no empezar el día deprimido. Es curioso. En el poco tiempo que llevo despierto ya he intentado olvidar mi pesadilla, he evitado discutir con Lissie aunque me apetecía hacerlo, he decidido esconder, como hago siempre, mi opinión sobre las borracheras de mi padre, he preferido ir en bici al trabajo en vez de esperar a mi madre para que no se dé cuenta de que no me encuentro bien y estoy tratando de enterrar en mi inconsciente todos los pensamientos negativos y los sentimientos de culpa que me produce la mierda de vida que llevamos aquí. ¿Qué habría dicho la doctora Coleman de todo esto? “Demasiados mecanismos de evitación, Eric. Tienes que aprender a enfrentarte a tus problemas”. Que le den. Menos mal que hace años que me libré de ella.

Monto en mi bici y empiezo a pedalear calle abajo. Intento no fijarme en lo fea que es esta zona de Burlington, llena de fábricas y almacenes. A estas horas todavía no hay casi tráfico y puedo sentirme dueño de la carretera. El aire

fresco de la mañana revolviendo aún más mi pelo e hinchando mi chaqueta como si fuera a echarme a volar consigue ponerme de buen humor. Parece que, al coger velocidad, he dejado atrás todos mis miedos y problemas.

En menos de quince minutos llego a la puerta de Phoenix Books, la librería en la que trabajo. El señor Rutherford todavía no ha llegado, así que ato la bici a una farola y contemplo durante unos segundos los escaparates. Mi jefe es un buen tipo. Intenta apoyar a los artistas locales, en un intento de erigirse como mecenas cultural de la ciudad, permitiendo que expongan sus obras en el escaparate, pero no creo que la obra elegida para este mes vaya a ayudarnos a mejorar la imagen del negocio. La fachada de mármol negro con vetas blancas ya le da un aspecto un poco lúgubre, como de funeraria. El escaparate central está ahora ocupado por una especie de espantapájaros, que luce unas manchas rojas, como de sangre, en su cabeza de saco. Va vestido íntegramente de negro, con las mangas del traje hechas con retazos de vivos colores, que, lejos de darle un toque alegre, están tan fuera de lugar que me producen escalofríos. Me puedo imaginar perfectamente a esa cosa saliendo del escaparate a medianoche para ir a buscar a su siguiente víctima. Una vez muerta, arrancará un trocito de su ropa y lo colgará en una de sus mangas, como un trofeo de caza. Sé que no debo pensar así, que tengo que controlar mi imaginación, pero con esa cosa no puedo. Hay veces que, trabajando en la librería de espaldas al escaparate, tengo que girarme a toda velocidad porque me da la impresión de que me está mirando.

Dejo de contemplar al bicho del escaparate para que su visión no empañe el pequeño subidón que había conseguido con el paseo en bici. Sé que hay una visión que me levantará el ánimo mucho más. Miro mi reloj para ver si me da tiempo y cruzo la acera para meterme en la cafetería de enfrente.

Hay una fila de clientes esperando a que les atiendan, pero no me importa esperar. Debbie está detrás de la barra, atendiendo a todo el mundo con una sonrisa en los labios. Nada más verla, noto que empiezo a sudar. Todos los días en los que ella tiene turno de mañana vengo a por un café y, mientras espero la cola, trato de conseguir el valor suficiente para empezar una conversación interesante, para pedirle una cita... Mientras la fila avanza, voy tratando de animarme. La gente opina que tengo unos ojos increíbles, medio verdes y medio amarillos, como los de un gato. Y, aunque a mí me parezca que mi boca es un poco grande, todo el mundo dice que tengo una sonrisa preciosa. No puede ser tan difícil decirle algo que la haga reír. Además, tampoco tengo nada que perder. El no ya lo tengo.

Con esas frases me voy envalentonando poco a poco, mientras la fila avanza y me acerco más y más. Cuando llegue frente a ella, apoyaré los brazos en la barra para marcar bíceps, le lanzaré una mirada profunda y con mi voz más seductora le diré algo así como "Ponme un café solo, muñeca. Negro como la noche y ardiente como el infierno". Todavía estoy pensando estas chorradas cuando terminan de servir a la pareja que estaba delante de mí en la cola y me encuentro frente a Debbie. En cuanto me mira con esos ojazos azules, toda mi escena mental se desmenuza en trocitos del tamaño del confeti. No tengo bíceps que marcar, en la vida podría decir una frase tan ridícula como ésta y ni siquiera me gusta el café solo.

—Un latte macchiato con extra de azúcar, por favor. Para llevar.

Ella se queda un rato parada, mirándome. No sé si está esperando a que le pida algo más o si ella también tiene ganas de decirme algo y no encuentra valor. Yo desvío mi mirada a las esquinas del techo del local, como si buscara telarañas. No tiene sentido imaginarse que yo también le

gusto. Una chica como ella tendrá mil tíos detrás, más guapos, más altos, más fuertes, menos raros... Nunca voy a tener el valor de pedirle una cita porque me aterra que pueda decirme que no. Mientras no le pregunte nada, al menos tendré la esperanza, la ilusión de que un día me atreveré a hablarle. Si se lo digo y ella me rechaza, perderé esa emoción y, además, no podré volver a entrar a la cafetería que sirve el mejor latte macchiato de toda la ciudad.

Ella me entrega el café y me lanza una sonrisa que hace que mi estómago se contraiga y se expanda mil veces en un segundo. Yo le devuelvo una sonrisa tímida, clavo la mirada en el suelo y salgo de la cafetería, mientras trato de acallar la parte de mi mente que me abuchea por ser un cobarde sin remedio. Intento convencerme de que no habría funcionado, de que no serviría de nada haberle pedido una cita. No tengo éxito con las mujeres y con las pocas que me han dado una oportunidad, la relación ha sido un desastre. No sé de qué hablar con ellas, no sé qué decir ni qué hacer. Supongo que, al cabo de unas horas conmigo, se dan cuenta de que tengo el mismo atractivo sexual que una acelga. Además, ellas tampoco me atraen a mí. Sé que esto puede parecer una locura y que, si la gente lo supiera, no me dejarían acercarme a ningún parque infantil, pero creo que no funciona ni funcionará con ninguna porque en todas ellas voy buscando a Anne. No soy un pedófilo ni un degenerado. No estoy enamorado de una niña de doce años que lleva quince muerta, pero siempre estoy buscando su mirada ilusionada, su energía, su capacidad de soñar que todo es posible, que el mundo es un territorio por conquistar y que no habrá nada que pueda detenernos... Eso es lo que ella me hacía sentir cuando estaba a mi lado y nadie ha vuelto a hacerme sentir así. El mundo se volvió un lugar triste y gris cuando ella se marchó y no he encontrado a nadie capaz de devolverle el color. Quizá no lo haya. Quizá nadie tenga esa



capacidad más allá de los doce años. Y es muy posible que Debbie tampoco sea esa persona.

Cruzo la acera deprimido y me tomo el café mientras me fumo otro cigarrillo antes de entrar a trabajar. Aunque la puerta sigue luciendo el cartel de cerrado, hay luz en la tienda, así que el señor Rutherford ya debe de estar ordenando los últimos pedidos.

Cuando entro, está comprobando el albarán del último pedido que hemos recibido. Hay un montón de cajas en la entrada, con su cargamento de libros esperando a que alguien los coloque.

—Buenos días, señor Rutherford. Veo que tenemos trabajo.

—Buenas días, Eric —él se rasca la calva con la parte de atrás del bolígrafo, sin apartar la mirada del albarán—. Han llegado un montón de novedades. Esa caja ya la he comprobado. ¿Te importaría colocar los libros en su sitio? Van en la sección infantil.

Yo asiento y me llevo la caja. Me gusta trabajar en la sección de libros infantiles. Es luminosa y llena de colorido y, tan sólo estando ahí un rato, parece que te sientes más alegre. Voy colocando los libros en sus estanterías correspondientes, echando un vistazo a las portadas antes de ponerlos en su sitio.

De repente, me quedo sin aire mientras sostengo en mis manos un pequeño libro. El suelo parece oscilar bajo mis pies y todo el resto de la estancia se difumina. No puedo moverme, sólo observar el libro, que parece vibrar entre mis manos temblorosas. Lo que tengo en las manos no es posible. Tiene que ser una pesadilla o una broma de mal gusto. El libro que sostengo se titula *Los crímenes del lago* y está escrito por una tal Anne Austen.

## II

Me escucho respirar. Eso siempre es malo, significa que el pánico se acerca. Abro la boca, tratando de que el aire llegue a mis pulmones, pero no es suficiente. Estoy paralizado, sosteniendo el libro a la altura de los ojos con mi mano temblorosa. Quiero soltarlo, arrojarlo lejos como si fuera una serpiente, pero mi mano está agarrotada y no me obedece. Sólo puedo mirarlo y mirarlo, leer una y otra vez ese título y ese nombre sin poder creerlo.

Tiene que ser un sueño. Es eso. Todo mi día forma parte de un sueño. Ha comenzado con el recuerdo del cadáver de Bobby y ha avanzado desde ahí, haciéndome creer que me levantaba, que me preparaba, que desayunaba con mi familia, que venía a trabajar... En realidad, estoy profundamente dormido. Lo único que tengo que hacer es despertar. Le doy la orden a mi cerebro, quiero que me saque de aquí y que lo haga ya. Sin embargo, nada cambia. Sigo paralizado con el libro en la mano, sintiendo que el aire que respiro es cada vez más escaso y que el mundo a mi alrededor empieza a volverse difuso.

Noto una mano en mi hombro y suelto un grito ahogado mientras me doy la vuelta. Durante un segundo temo lo que me encontraré al girarme, pero es tan sólo el señor Rutherford. Su contacto ha roto el hechizo que se cernía sobre mí y me ha devuelto al mundo real, aunque sigo respirando de forma agitada y me siento mareado. Él me mira con gesto preocupado.

—¿Estás bien, Eric? Estás pálido. Cualquiera diría que has visto un fantasma.

Niego con la cabeza, mientras vuelvo a fijar mi vista en el maldito libro. No sé qué puedo decirle, no hay manera de

explicarle lo que siento. Él me quita el libro de las manos, lo coloca en una estantería y después me agarra del brazo y me ayuda a moverme de camino a la trastienda, donde tenemos un pequeño cuarto para descansar y tomar algo.

—¿Qué te pasa, hijo?

—Nada, un ligero mareo —parece que he recuperado la capacidad del habla. Incluso consigo esbozar una sonrisa para tranquilizarle—. Supongo que he desayunado poco.

Cuando llegamos a la trastienda, me ayuda a sentarme en una silla y se pone en cuclillas frente a mí. Yo agacho la cabeza para colocarla entre las rodillas, mientras trato de respirar despacio, como me explicó la doctora Coleman. Inspira. Uno, dos, tres, cuatro. Expira. Uno, dos, tres, cuatro... Veo que el señor Rutherford se incorpora, me sirve una taza enorme de humeante café y me lo pone delante.

—Toma. Está recién hecho. Y en esa balda tienes galletas.

—No se preocupe, señor Rutherford. Estoy bien.

—No estás bien. Tú no has visto la cara que tienes. Descansa, tómate el café y come algo. No quiero verte por la tienda en la próxima media hora.

Yo le dedico una sonrisa y bebo un trago de café para convencerle de que estoy mejor. Él me da un par de palmadas en el hombro y sale de la trastienda. La verdad es que agradezco su preocupación. Ahora mismo no sería capaz de volver a entrar en la librería y enfrentarme de nuevo a esa portada. Necesito recuperar la calma y entender qué está pasando.

Lo primero que hago es pellizcarme una y otra vez, hasta dejarme el antebrazo izquierdo en carne viva. No sirve de nada. No me despierto en mi cama, asustado y sudoroso. Sigo en la trastienda de Phoenix Books, mirando el humo que sale de mi taza de café. Le doy otro largo trago, esperando

que la cafeína me despeje y convierta mi vida en algo más nítido y real. Después me levanto, abro la puerta trasera de la trastienda, coloco una caja de libros como tope para que no se cierre y me apoyo en la pared para fumarme un cigarrillo. Aquí fuera, con el sol brillando en lo alto y sintiendo el aire en la cara, el mundo parece más firme y menos amenazador.

Al menos he dejado de respirar como si me ahogase y mi corazón está regresando poco a poco a un ritmo normal. Ahora sólo tengo que tratar de analizar lo que ha pasado desde un punto de vista racional. He visto un libro escrito por una tal Anne Austen y titulado Los crímenes del lago. ¿Y qué? No pasa nada. Es muy posible que haya leído mal. Lo más seguro es que, inducida aún por el sueño que he tenido sobre Bobby, mi mente haya decidido jugarme una mala pasada. Sé que he estado mucho tiempo mirando el libro, leyendo una y otra vez el título y el nombre de la autora, tratando de asegurarme, pero eso no quiere decir nada. No es la primera vez en mi vida que veo cosas que en realidad no están. No es tranquilizador pensar que estoy alucinando de nuevo, pero creo que mi cordura puede tolerar mejor este hecho que pensar que mi amiga muerta hace quince años ha escrito un libro contando lo que pasó.

Otra posibilidad, mucho mejor para mi cordura, es que todo sea una puta coincidencia. Anne es un nombre muy común y Austen tampoco es un apellido tan raro. Debe de haber cientos de Anne Austen en el mundo, así que estadísticamente es probable que a alguna de ellas le haya dado por ser escritora.

Todos estos argumentos hacen que, para cuando termino de fumar, me sienta mucho más tranquilo. No pasa nada, no me estoy volviendo loco. Hay una explicación totalmente racional y sólo tengo que volver a entrar a la librería y comprobarlo. Respiro profundamente un par de

veces más y entro a la trastienda. Terminó mi café, compruebo que he dejado de temblar y regreso a mi puesto de trabajo.

La caja de los libros sigue en el mismo sitio en el que la dejé. Me pongo en cuclillas a su lado y saco otro ejemplar. No he leído mal. Se titula Los crímenes del lago y la autora es Anne Austen. No es un nombre que se le parezca ni tiene una inicial en medio o está escrito de forma diferente. Es exactamente el mismo nombre que tenía mi amiga de la niñez, mi primer amor, mi Anne...

No pasa nada. Es una casualidad, una puñetera casualidad. Si no me dejo llevar de nuevo por el pánico, podré comprobarlo en cuestión de segundos. Abro el libro y miro la página con los créditos. Acaban de publicarlo en Montpellier, en una editorial llamada Rainbow.

Busco datos sobre la autora en la contraportada, en la solapa y en las páginas finales del libro. No hay nada: ni su foto ni datos biográficos. Podría ser un fantasma. De hecho, para mí lo es. Siento un escalofrío al recordar aquellas historias que Anne me contaba: que sería escritora y viviríamos juntos en una cabaña en el bosque. Me pregunto si estará en esa cabaña, escribiendo mientras espera a que me reúna con ella. Tomo aire varias veces mientras intento tranquilizarme. Mi corazón está volviendo a desbocarse.

Necesito saber más cosas sobre este libro. Necesito que alguien me confirme que lo que estoy viendo es real, que no me estoy volviendo loco. Con él en la mano me dirijo a la entrada de la tienda. Por suerte, aún es muy pronto para que haya clientes y mi jefe sigue solo, peleándose con el mismo albarán.

—Señor Rutherford, disculpe. ¿Sabe algo sobre este libro?

Él lo coge, se ajusta las gafas y lo contempla durante

unos segundos.

—Los crímenes del lago, de Anne Austen —mi corazón vuelve a golpear con fuerza en mi caja torácica al escuchar en voz alta esas palabras—. Es uno de los que ha llegado hoy, ¿verdad? Nos lo han mandado desde la editorial Rainbow. Es una editorial nueva, que trabaja con autores autoeditados. Ya sabes, los autores pagan la edición y las editoriales tratan de colocarlos para ver si alguno da el pelotazo.

—¿Entonces no es una escritora de éxito?

—No, que va... Y no creo que vaya a serlo. ¿Cómo se puede pretender vender un libro infantil con ese título? Ya sé que ahora los chavales pasan de los cuentos clásicos y que incluso hay libros de terror para niños, pero esto es demasiado. Ningún padre del mundo querrá comprarlo. Apuesto una cerveza a que no se vende ni un solo ejemplar.

El señor Rutherford pierde su apuesta, pero no voy a exigirle que me la pague. Cuando cerramos la librería y regreso a casa, llevo en mi mochila un ejemplar de Los crímenes del lago.

# **LOS CRÍMENES DEL LAGO**

**Por**

**Anne Austen**

Hace muchos, muchos años, en un pequeño pueblecito cerca de un tranquilo lago, vivía un hombre. Tenía una bonita casa, un hermoso caballo negro, un precioso carro de madera, un gran trabajo y muchos buenos vecinos con los que se llevaba muy bien. Pero, por encima de todo eso, su mayor tesoro era su hijo, un muchacho listo y bueno al que adoraba.



Una tarde el hombre decidió ir a pescar al lago. Colocó las cañas en la orilla y se tumbó. El día había sido muy caluroso, pero soplaba una brisa que refrescaba el ambiente. El hombre estaba tan a gusto que, sin darse cuenta, se quedó dormido.

Despertó muchas horas después. Ya era noche cerrada y una luna enorme brillaba sobre las aguas. El hombre se levantó y se puso a recoger sus cañas, pero algo en el centro del lago llamó su atención y le hizo quedarse totalmente quieto.

Un objeto brillante se deslizaba hacia él. Según fue acercándose, el hombre pudo verlo mejor. A pesar del daño



que le hacía la brillante luz en los ojos, pudo distinguir una cabeza, un torso, unos brazos y unas piernas. Sin embargo, la luz era tan fuerte que no le permitía ver bien los rasgos de su rostro.

—¿Quién eres?— preguntó cuando la figura estuvo cerca de la orilla.

—Soy el espíritu del lago. Los mortales no podéis contemplarme sin pagar un precio.

—¿Qué precio es ése?

—Quiero que me entregues a tu hijo.



El hombre cayó de rodillas, lloró y suplicó. Le ofreció todas sus posesiones: su caballo, su carreta, incluso su bonita casa. Sin embargo, el espíritu fue rechazando cada una de ellas. Cuando el hombre, desesperado, dijo que haría cualquier cosa a cambio de no tener que entregarle a su hijo, el espíritu del lago pareció apiadarse.

—Perdonaré a tu hijo si a cambio me entregas a otros

tres niños del pueblo. Si intentas engañarme, no habrá salvación para él.

El hombre asintió y el espíritu se desvaneció. El buen hombre recogió sus cosas y regresó a su casa a la carrera, temblando como una hoja. Entró en casa y fue directo a la habitación de su hijo, que dormía plácidamente con una sonrisa en la cara. Más tranquilo, él también se fue a dormir.

A la mañana siguiente el hombre pensó que todo aquello no había sido más que un mal sueño. Fue a trabajar, a pasear por el pueblo y a conversar con sus amables vecinos. Al anochecer, después de haber acostado a su hijo, se sentó en el porche a contemplar la luna.

El ser volvió a aparecer delante de su casa. El hombre se pellizcó y se frotó los ojos, temiendo haberse quedado dormido y estar soñando de nuevo, pero el ser permaneció flotando a pocos pasos de él.

—¿Qué quieres? —preguntó por fin el hombre con voz temblorosa.

—No has cumplido el trato. Vengo a llevarte a tu hijo.



El hombre volvió a caer de rodillas para suplicarle al espíritu una nueva oportunidad. Lloró, pidió perdón y volvió a ofrecerle cualquier cosa, incluso su propia vida, a cambio de que perdonase al niño. Tras unos minutos de ruegos, el espíritu volvió a hablar:

—Te doy una última oportunidad. Tienes tres días para entregarme al primer niño. Además, tendrás que coger algún objeto suyo y enterrarlo bajo mi árbol, como tributo y señal de obediencia. Si no lo haces antes de que el sol se oculte, me llevaré a tu hijo y ni todas las lágrimas que puedas verter lograrán conmoverme.

El espíritu volvió a desaparecer, dejando al hombre aterrado y confuso. ¿Cómo iba a llevarle a aquel ser a alguno de los niños del pueblo? ¿Cómo iba a hacer que otros desafortunados padres pasaran por la pesadilla que él trataba de evitar? Sin hacer ruido, se dirigió a la habitación de su hijo y se sentó en el suelo, velando el descanso del pequeño bajo la suave luz de la luna que se colaba por la ventana.

A la mañana siguiente ya lo había decidido. No dejaría que aquel ser se llevara a su hijo. Recorrería las calles del pueblo y cogería al primer niño que encontrase. Entró en el establo, dispuesto a ensillar a su magnífico caballo negro, pero se dio cuenta de que los vecinos podrían ver al niño que se llevase. Decidió que sería mucho más seguro ir en la carreta. Así podría poner al niño en la parte de atrás y ningún vecino podría verlo.

Comenzó a pasear por el pueblo, buscando a algún niño que llevarle al espíritu y, al cabo de un rato, vio a Anne. Había oído que era una niña muy traviesa y que sus padres estaban desesperados con ella. Lo último que sabía era que estaba castigada por haber desobedecido a su padre, pero debía haberse escapado, porque estaba sola, dando un paseo por el pueblo. El hombre pensó que esa niña tan mala sería adecuada para llevársela al espíritu.

—Buenos días, pequeña Anne. ¿Dónde vas tan solita?

—A casa. Mis padres me han dicho que estoy castigada, que vaya a casa y haga deberes.

—Pero tu casa está muy lejos. Sube a mi carreta y te llevaré.

La pequeña Anne pensó durante unos segundos. Sus padres le habían dicho muchas veces que no subiera a carretas de desconocidos, pero conocía a aquel hombre y sabía que era bueno y que la gente del pueblo le apreciaba, así que subió. En cuanto estuvo dentro, el hombre salió del pueblo y tomó el camino del lago. Anne sabía que su casa estaba en la otra dirección. Se asustó, protestó y gritó, pero el hombre no le hizo caso.



Cuando llegaron al lago, el espíritu estaba esperando. El hombre le entregó a Anne y después le quitó una de sus pertenencias y la enterró bajo el viejo árbol. Cuando lo hubo hecho, se arrodilló frente al espíritu, llorando:

—Ya te he traído a una niña. Deberíamos estar en paz: Anne a cambio de mi hijo.

—Sabes que ése no es el trato que hicimos. Debes traerme dos niños más o me llevaré a tu hijo para siempre. Tráeme otro niño antes de que pase una semana.

El espíritu se desvaneció sin darle más oportunidad de discutir. El hombre volvió a su casa abatido, sabiendo que no tenía más opción que obedecer al espíritu.

Unos días después, mientras paseaba en su carreta, se encontró con el pequeño Bobby. El niño estaba solo, oculto tras unos arbustos. El hombre miró a todos lados y vio que no había nadie más por allí cerca que pudiera ver como se llevaba al niño.

—Buenos días, pequeño Bobby. ¿Qué haces aquí tan

solito?

—Estoy jugando al escondite con mi hermano Jim — contestó él en un susurro—. No me descubras.

—Tu mamá me ha dicho que venga a buscaros y os lleve con ella. Sube a mi carreta y te llevaré.

El niño dudó unos segundos, pero como conocía al hombre y sabía que era bueno y que la gente del pueblo le apreciaba, se subió. El hombre llevó al niño hasta el lago, a pesar de que el pequeño no paró de llorar y llamar a su madre durante todo el camino. El hombre sentía que el corazón se le rompía con cada uno de sus sollozos, pero no tenía otra opción.

Cuando llegaron al lago, el espíritu volvía a estar esperando. El hombre le entregó a Bobby, cogió una de sus pertenencias y la enterró bajo el viejo árbol. Cuando terminó, volvió a arrodillarse frente al espíritu.

—No puedo seguir haciendo esto. Ya te he entregado a dos niños. Perdona a mi hijo y deja que sigamos viviendo en paz.

—Si lo dejas ahora, todo lo que has hecho no servirá de nada. Me enfadaré y me llevaré a tu hijo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Vas a abandonar ahora que estás tan cerca?

El hombre negó con la cabeza mientras el espíritu se desvanecía. Regresó a su casa, sintiéndose el hombre más malvado de la Tierra, pero al ver a su hijo sano y salvo, jugando feliz, pensó que estaba haciendo lo correcto. No podía permitir que el espíritu se lo llevara, así que tendría que terminar su misión.

Unos días después, encontró al pequeño David. Era un niño débil y enfermizo. El hombre pensó que, en realidad, les estaba haciendo un favor a sus padres, así que se acercó con su carreta.

—Buenos días, pequeño David. ¿Qué haces aquí tan solito?

—Estoy esperando a mi hermano, que ha ido a comprar golosinas.

—Precisamente acabo de ver a tu hermano y me ha dicho que se iba a casa. Sube a mi carreta y te llevaré.

El pequeño David lo pensó durante unos segundos. Sus padres le habían dicho que los niños del pueblo estaban desapareciendo y que no debía fiarse de nadie. Además, su hermano no se habría ido a casa sin decirle nada. Así que, aunque conocía al hombre y sabía que era bueno y que la gente del pueblo le apreciaba, decidió no subir.

—No, gracias. Me quedaré aquí a esperarle.

El hombre insistió e insistió, pero David se negó una y otra vez. La cara del hombre se fue poniendo roja y su voz se hizo cada vez más alta. David empezó a asustarse y a pensar que quizá aquel hombre no era tan bueno como creía la gente del pueblo, así que decidió escapar. Por desgracia, él siempre había sido un niño lento y torpe, así que el hombre le atrapó y le metió en su carreta. David sabía que su hermano y sus amigos se preocuparían y saldrían en su busca al ver que no estaba, pero sus ponis eran mucho más lentos que la carreta del hombre, así que tuvo miedo de que no llegaran a tiempo.

David protestó, lloró e intentó escapar y pegar al hombre, pero éste siguió adelante hasta que llegaron al lago. El espíritu ya estaba allí, esperando. El hombre le entregó a David con lágrimas en los ojos y después le quitó una de sus pertenencias y la enterró bajo el viejo árbol.



—Ya te he entregado a los tres niños. Nuestro trato ha acabado.

—Tienes razón. La vida de tu hijo vuelve a pertenecerte ahora, pero tengo otro trato que proponerte. Si también me lo entregas, me marcharé de este pueblo para siempre. Si no lo haces, volveré una y otra vez y otros hombres tendrán que hacer lo mismo que tú has hecho.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué eres tan malvado? Deja en paz a los niños de este pueblo.

El espíritu no contestó. Simplemente se limitó a negar con la cabeza mientras esperaba a que el hombre le dijera si quería aceptar el trato. El hombre ni siquiera lo pensó. Había hecho cosas horribles para salvar a su hijo del espíritu. No iba a entregárselo después de todo aquello, por mucho que su corazón se rompiese al pensar en otros hombres obligados a hacer lo que él había hecho y en muchos niños condenados a quedarse con el espíritu para siempre.

—No, no lo voy a hacer.



—Entonces volveré y conseguiré más niños. Tú verás el dolor en los ojos de sus padres y sabrás que tuviste en tu mano la posibilidad de detener todo esto y que te negaste.

El espíritu se desvaneció y el hombre se quedó en la orilla, llorando. De repente, escuchó ruidos a su espalda. Eran los chicos que le habían perseguido, que por fin llegaban al lago. El hombre salió corriendo, llegó hasta su carreta y escapó de allí tan rápido como pudo.

El hombre se sentía feliz por haber salvado a su hijo, pero sabía que llevaba en su alma una pena negra que le acompañaría durante el resto de su vida. Decidió que ya no quería vivir en aquel pueblo. No quería ver la desesperación en los ojos de los padres de los niños que había entregado al espíritu y no quería estar allí cuando el espíritu regresase a llevarse a más niños. Así que cogió su carreta, montó a su familia y se marcharon muy lejos de aquel lago.

Los espíritus de los niños observaron su marcha con pena. Nadie los liberaría y pronto más niños vendrían a compartir su triste encierro. Sólo uno de los espíritus sonreía: el de la pequeña Anne. Ella sabía que había una esperanza.



---

### III

Así termina el libro, con un montón de páginas llenas de líneas horizontales. No puedo creerlo. Me paso los siguientes minutos tratando de encontrar si pone en algún sitio que hay una continuación, si hay alguna página pegada... Lo que sea menos esto. Cuando me doy por vencido, dejo el libro sobre la cama, abierto por esas páginas sin sentido, mirándolo como si esperase alguna revelación que me explicase por qué demonios termina así.

Sólo hay una respuesta lógica. He cogido un libro con erratas. No me puedo creer que tenga tan mala suerte. Ahora voy a pasarme toda la noche dándole vueltas a la cabeza hasta que mañana pueda coger otro ejemplar en la librería y enterarme del final.

Cierro el libro y lo guardo en mi mochila, mientras me planteo que en este momento me da igual conocer el final o no. Lo que acabo de leer es una locura sin sentido. A pesar de estar escrito como un cuento clásico para niños, lo que se relata en esas páginas son los asesinatos de mis amigos. No entiendo quién ha podido escribirlo ni para qué. Y, además, utilizando el nombre de Anne, una de las víctimas. Casi podría pensar que este libro ha sido diseñado específicamente para poner a prueba mi cordura, pero no quiero añadir la paranoia a mi larga lista de trastornos psicológicos.

Me tumbo en la cama y me quedo un rato mirando al techo, tratando de encontrarle algo de lógica a lo que he leído. El autor de este libro sabe perfectamente lo que pasó. En esas páginas se describen con todo detalle los asesinatos que ocurrieron aquel verano, así que el nombre elegido no es una casualidad. Es una broma macabra.

Me pregunto qué clase de mente enferma puede contar los asesinatos reales de tres niños inocentes y tratar de enmascararlo como un libro infantil. Tiene que ser alguien de Swanton o de algún pueblo cercano, alguien que estaba al tanto de la historia y que conocía a las tres víctimas. Esa posibilidad me parece aún más enfermiza. Si conocía a los niños, si vivió de primera mano el dolor de los padres y de todo el pueblo, ¿cómo es capaz de escribir sobre ello con tanta ligereza? Y, lo que es aún peor, ¿cómo se atreve a utilizar el nombre de Anne?

Sé que ahora mismo no voy a poder dormir, así que saco el libro de la mochila y, durante unos segundos, vuelvo a quedarme hipnotizado con su portada. En ella aparece una ilustración infantil, un fantasma de los que llevan una sábana por encima, flotando sobre un oscuro lago iluminado por la luna llena. Sé que suena ridículo, pero los ojos de ese fantasma me encogen el estómago. Su mirada furiosa parece atravesarme, como si pudiera ver dentro de mi alma. No quiero seguir mirándolo, así que lo dejo boca abajo sobre la mesilla y me levanto de la cama. Abro la ventana y enciendo otro cigarrillo.

La luna en cuarto menguante brilla sobre la ciudad dormida. Ya no hay nadie en las aceras. Sólo se escucha a lo lejos el motor de algún coche y el aullido de un perro solitario. Me siento agotado y melancólico. Me encantaría poder dar marcha atrás en el tiempo y volver al comienzo de aquel verano, cuando la muerte era algo que le pasaba a los demás y los monstruos sólo vivían dentro de los libros. Ya que eso no es posible, me gustaría al menos dar marcha atrás hasta ayer, cuando todos mis demonios dormían aletargados en un rincón aislado de mi mente, guardados bajo siete llaves.

Sólo ha sido necesario un sueño turbador y un libro infantil para que me dé cuenta de que mi paz de espíritu era

una gran mentira. Todos mis miedos y mis traumas están tan vivos como cuando era un crío de doce años. En todo este tiempo lo único que he aprendido es a engañarme a mí mismo y a los demás, a fingir que soy un tío normal que puede llevar una vida normal, que todo lo que pasó ya no importa, que lo imaginé, lo soñé o lo aluciné, pero que no es real.

Todo es una mierda y, con cada calada, voy haciéndome más consciente de lo triste que me siento y lo asustado que estoy. Sé lo que debería hacer, lo que me habría aconsejado mi psiquiatra, lo que me diría mi madre mientras me acaricia el pelo. *Olvídalo, Eric. Tus amigos están muertos. Su asesino escapó, se desvaneció como un fantasma. No hay nada que puedas hacer para arreglarlo. Si no lo olvidas, si dejas que el pasado vuelva a hacerse presente, te volverás loco de nuevo. ¿Quieres volver a ser Eric, "el pirado"?*

Arrojo con furia la colilla al jardín y me giro para mirar hacia mi mesilla. El libro sigue ahí, consistente, sólido, real... ¿Cómo se olvida eso? No es un susurro fantasmal escuchado en la oscuridad de la noche, no es una sombra captada por el rabillo del ojo, no es un sueño aterrador del que despiertas gritando. Es un objeto físico, con su nombre escrito en la portada, con sus asesinatos descritos en sus páginas. ¿Cómo puedo fingir que no existe, que nunca lo he visto? ¿Acaso autoengañarme de esa forma no sería otra manera de estar loco?

Dejo la ventana abierta para que el sonido de la ciudad me acompañe mientras duermo. Me tumbo en la cama, dejando la luz de la mesilla encendida. Me da un poco de vergüenza tener que dormir como un crío asustado, pero no me siento capaz de enfrentarme a oscuras con mis pensamientos y mis miedos.

Paso las siguientes horas en un duermevela inquieto.

Mi mente me tortura con una mezcla de pesadillas y recuerdos: el cuerpo de Anne en su ataúd blanco, los ojos sin vida de Bobby y una inquietante sombra negra que se cierne sobre mí y me susurra “Buenos días, pequeño Eric. ¿Qué haces aquí tan solito?”

Me despierto una y otra vez con el cuerpo bañado en sudor, un golpeteo alocado en el pecho y la sensación constante de estar acompañado. En cada una de esas ocasiones, me siento en la cama para comprobar que estoy solo, pero la sensación continúa ahí. Es como un leve cosquilleo en la base del cráneo, como un aviso de la parte más ancestral de mi cerebro que me ordena que huya. ¿Huir? ¿A dónde? Ya huimos de Swanton una vez y estoy comprobando que no sirvió de nada. No se puede huir de los fantasmas cuando los llevas dentro.

Me levanto una hora antes de que suene el despertador, incapaz de permanecer en la cama un segundo más. Me doy una ducha que consigue eliminar el sudor acumulado y disminuir la inquietud que me embarga, relajando mis músculos. Bajo a desayunar y me encuentro a mi solícita madre, preparando la masa de las tortitas.

—Hola, Eric. Hoy también tienes mala cara.

—Sí, esta noche tampoco he podido dormir bien.

—Deberías ir al médico.

—Tranquila, mamá. Supongo que será por el calor. No es nada.

—La verdad es que este calor no es normal en julio. Y sigue sin llover... ¿Quieres un zumo? Te ayudará a reforzar tus defensas.

Le sonrío y acepto el vaso de zumo que me tiende. Tengo el estómago tan contraído por los nervios que no me apetece tomar nada, pero no quiero que se preocupe, así que hago un esfuerzo por tragarlo.

—¿Y Brad y Lissie?

—Es pronto para que se levanten.

—¿Y papá?

—Llegó tarde anoche. Ya se levantará.

La cocina se sume en un silencio incómodo. Mi padre ha vuelto a pasarse la noche en el bar y, como siempre, mi madre no le reprochará nada porque, desde que tuvo el accidente en la fábrica, le deja hacer su voluntad para no contrariarle. Decido no comentar nada. Hoy tampoco estoy de humor para discutir. Apuro el zumo de un trago y recojo mi mochila.

—¿Te vas ya?

—Sí, hoy me toca abrir la librería —me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla—. Nos vemos a la tarde.

Cojo mi bicicleta y cruzo la ciudad. Aún está amaneciendo y las montañas a lo lejos muestran un brillo débil y amarillento. El aire es todavía fresco y agradable. Respiro profundamente, tratando de llenarme de energía y de eliminar cualquier recuerdo de la pasada noche, pero es imposible. En la mochila llevo ese maldito libro, que parece pesar como una losa. Ésa es la razón de que haya salido antes de casa. Quiero llegar el primero a la librería y buscar un ejemplar que esté completo para conocer el final. Después de la noche que he pasado, sé que no podré quedarme tranquilo y olvidarlo. Es imposible que me engañe a mí mismo diciendo que no es más que una suma de casualidades. Todo cuadra: el lago, el número y nombre de las víctimas... La persona que lo ha escrito lo sabe todo sobre esos crímenes y quizá en las páginas que me faltan haya datos sobre la identidad del culpable. Por un segundo acaricio la extraña idea de que lo haya escrito el asesino. Recuerdo haber oído que hay asesinos que soportan una carga de culpa tan grande que no pueden vivir con ella y le dejan

pistas a la policía para ser atrapados. ¿Y si escribir este libro es su manera de tratar de liberar esa culpa? ¿Y si nadie más que yo es capaz de verlo? ¿Y si gracias a mí la policía acaba atrapándolo y consigo por fin justicia para Anne y los demás?

Casi estoy viéndome como un héroe, saliendo en las portadas de todos los periódicos del país, acudiendo a Swanton para ser aclamado y recibir las llaves de la ciudad. Sumido en mis ensoñaciones, he llegado a la librería. Abro la puerta, pero dejo el cartel de "Cerrado". Queda una hora para que tengamos que abrir al público y no quiero que nadie me moleste.

Sin encender siquiera las luces, me dirijo a la sección de libros infantiles. Los gemelos del libro que llevo en la mochila descansan en la estantería, esperando a futuros pequeños lectores a los que aterrorizar. Escojo uno al azar y lo abro por las últimas páginas. No puede ser. Están llenas de rayas horizontales, como en mi ejemplar. Voy sacando todos los libros, uno tras otro, para comprobarlo, pero son todos iguales. No puedo creerlo. La historia no puede acabar así.

Con el libro en la mano voy hasta el mostrador de la entrada y busco en la agenda del señor Rutherford el teléfono de la editorial. Espero pacientemente, escuchando los tonos de llamada. Cuando estoy a punto de colgar, seguro de que todavía no han abierto, escucho la alegre voz de una mujer joven al otro lado de la línea:

—Editorial Rainbow. Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

Me quedo unos segundos en silencio, sin saber cómo empezar la conversación. Trato de serenarme y de ordenar mis pensamientos. Me siento muy alterado, muy cercano al ataque de nervios. No quiero que esa chica lo note y me cuelgue el teléfono pensando que está hablando con un enajenado.



—Buenos días. Le llamo de Phoenix Books, en Burlington. Hemos recibido ayer una serie de ejemplares de un libro infantil titulado Los crímenes del lago. ¿Le suena?

—Sí, es una de nuestras novedades de este trimestre — contesta ella, con voz cantarina.

—Creo que hay un problema con esos libros. La historia no termina. Se corta de repente y hay una serie de páginas con rayas horizontales.

—No hay ningún error. El libro es así.

—¿Cómo va a ser así? ¿Y el final?

—El final deben escribirlo los niños. Se les plantea una historia y ellos deben escribir la continuación en las páginas en blanco. De esa manera se potencia su creatividad...

—¿Pero qué mierda me está contando? —me arrepiento al momento de haber pronunciado esas palabras, pero no he podido contenerme. No puedo creer que la historia acabe ahí, que no haya nada más—. Necesito contactar con la autora.

—Eso va a ser imposible —su voz ha dejado de ser cantarina. Parece ofendida y su tono es cortante—. Lo siento, pero nuestra política de empresa nos impide facilitar los datos de ninguno de nuestros autores.

—Me da igual su política de empresa. No sé qué clase de enfermo mental ha escrito esta bazofia, pero lo que ustedes presentan como un cuento infantil es la narración de tres asesinatos reales.

—Eso no es posible. Es sólo ficción...

—No es ficción. Yo estaba en Swanton cuando sucedieron esos crímenes hace quince años. Conocía a las víctimas, eran chicos de mi barrio. ¿Cómo cree que les va a sentar a sus padres leer esto? ¿Cómo cree que les va a sentar a los padres de Anne Austen, la primera víctima, saber que alguien ha escrito sobre su asesinato, usurpando

además su identidad? ¿Cómo cree que se lo va a tomar todo el pueblo?

—Eso no puede ser cierto...

—Claro que es cierto. Pueden ustedes comprobarlo en cualquier periódico de agosto del año 2001. Seguro que también pueden encontrar información en Internet sobre los asesinatos de Swanton y sobre las tres víctimas: Anne, Bobby y David. Si quiere, puede colgar e ir a comprobarlo mientras yo hablo con el Ayuntamiento de Swanton sobre cómo interponer contra ustedes una demanda colectiva. O también puede darme la dirección de la autora y que lo arreglemos con ella sin que ustedes se vean mezclados en un asunto tan sucio.

—Deme unos minutos, por favor. No cuelgue.

La chica me deja en espera, escuchando una espantosa versión de "Don't worry, be happy" interpretada con algo que parece un xilófono. Espero, tratando de calmar mi respiración y preguntándome de dónde he sacado el carácter suficiente para haberle hablado a esa mujer como lo he hecho. Siempre he sido tímido e inseguro, siempre le hablo a la gente tratando de pasar desapercibido, moviéndome por el mundo como si me disculpara de antemano por estar molestando. Nunca me habría imaginado que yo podría hablar con esa firmeza. No sé de dónde he sacado esa personalidad, pero me encantaría conocer a ese tío más a fondo. Aún estoy planteándome esas bobadas cuando escucho un clic al otro lado de la línea, seguido de la voz de un hombre:

—Buenos días. Soy el señor Perkins, director ejecutivo de Rainbow. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—No importa quién soy yo. Ahora mismo hablo por todo el pueblo de Swanton. Supongo que su recepcionista le ha informado del problema... —resulta increíble, pero parece que el tío con carácter continúa poseyéndome.

—Sí, me lo ha comentado. Lo que quería explicarle es que nosotros somos una editorial bajo demanda. Los autores nos hacen llegar sus manuscritos y nosotros nos encargamos de imprimir los ejemplares que nos piden y de distribuirlos por una serie de librerías colaboradoras. En ningún caso tenemos responsabilidad sobre el contenido de los libros...

—Eso se lo va a tener que explicar usted al juez. Si no podemos acceder a la persona que escribió ese libro, no nos están dejando más opción que denunciarles a ustedes.

—Escuche, no queremos problemas. Le daría esos datos encantado, pero no dispongo de ellos. No sabemos el nombre de la autora ni su dirección.

—¿Cómo que no lo saben? ¿Está intentando tomarme el pelo? A algún sitio tendrán que enviar los cheques por la venta de los libros.

—Sí, ese dato sí lo tenemos, pero no sé si le será de utilidad. Los beneficios por la venta de los libros están destinados al Hospital de Atención Psiquiátrica de Vermont, aquí en Montpelier.

## IV

Aquí estoy, conduciendo de camino a Montpelier. Este viaje me ha costado pedir un par de favores que tendré que devolver. Mi madre me ha prestado el coche a cambio de que friegue toda la semana. Además, el miércoles que viene tendré que quedarme por la noche a hacer inventario a cambio del día libre que me ha dado el señor Rutherford.

Da igual, vale la pena. No voy a poder dejar este asunto de lado. No puedo olvidarlo y hacer como que este maldito libro no ha llegado nunca a mis manos. Ya lo he intentado los dos últimos días y la obsesión no ha hecho otra cosa que incrementarse. Tengo que intentar llegar al final de todo esto. Si no consigo descubrir nada, tendré que aprender a vivir con ello y olvidarlo, pero no puedo dejarlo sin más. El recuerdo de Anne merece que al menos intente descifrarlo.

El paisaje entre Burlington y Montpelier es monótono: una interminable sucesión de prados y bosques, interrumpidos muy de vez en cuando por pequeños pueblos. Al menos la primera parte de la carretera está llena de curvas y eso me impide quedarme dormido al volante. A partir de Bethel ni siquiera hay eso. La carretera parece extenderse en una recta infinita.

Por suerte el viaje no es largo, algo menos de dos horas. El hospital está al sur de la ciudad, en las afueras. No puede verse desde la carretera. Todo el complejo está rodeado de frondosos pinos. Dejo mi coche en el parking y me quedo quieto, mirando el edificio con las manos aún aferradas al volante. El sitio no tiene mala pinta. Es un gran edificio blanco rodeado de jardines. No es el típico manicomio de las películas, oscuro y ominoso, con su silueta recortándose sobre una colina contra un cielo cuajado de

relámpagos. Parece un hospital normal, un lugar tranquilo, incluso acogedor... Sin embargo, sigo sin atreverme a dar un paso. A saber los horrores que esconde dentro. Además, hubo un tiempo en que temí que acabaría mis días recluido en uno de estos lugares. No me apetece adentrarme en un sitio así por propia voluntad. Mi inconsciente parece urgirme a arrancar el coche y salir de aquí a toda pastilla. Allí dentro sabrán quién soy, las cosas que pienso, las pesadillas que llevo encerradas en mi cabeza... Son profesionales. Se darán cuenta en cuanto me vean de que no estoy bien, de que algo no funciona correctamente en mi mente y me encerrarán de por vida... Golpeo el volante con las dos manos para hacerme daño y detener esa línea de pensamiento. Después intento respirar tranquilo para calmarme. Inspira. Uno, dos, tres, cuatro. Expira. Uno, dos, tres, cuatro.

Cuando noto que he recuperado el control, salgo del coche y me dirijo a recepción a paso rápido, intentando correr más que el miedo que me persigue. No va a pasar nada. Sólo soy una persona que va a interesarse por uno de sus pacientes. Es cierto que debería haber llamado antes para saber si podrían atenderme. Me habría ahorrado el viaje hasta aquí, fregar toda la semana y hacer inventario. Ya da igual. Estoy aquí y voy a seguir adelante. No me queda otro remedio si no quiero acabar tan loco como los ocupantes de este sitio.

Una mujer con gafas redondas y pelo cano teclea en el ordenador con tanta fuerza como si el teclado le debiese dinero. Por un momento me planteo darme la vuelta. Parece que tiene carácter. Me da la impresión de que no va a ser tan fácil asustarla como a la gente de Rainbow Books. Además, siempre se me ha dado mejor hablar con la gente por teléfono que cara a cara. Vuelvo a decirme que debería haber llamado primero.

La mujer aparta la vista del monitor del ordenador,

desliza las gafas hasta la punta de su nariz y se me queda mirando, esperando a que reaccione y le hable. Debo parecer un tipo raro, plantado en medio del vestíbulo sin decir nada. Me obligo a reaccionar, fuerzo una sonrisa y me acerco al mostrador.

—Buenos días. He venido a visitar a la señora Anne Austen.

Ella asiente y, sin decirme nada, vuelve a teclear en el ordenador. Me planteo que ni siquiera me he informado de los horarios de visitas y me siento aún más tonto y fuera de lugar. Un par de minutos después, la mujer vuelve a mirarme con el ceño fruncido.

—Anne con dos enes, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—No hay nadie con ese nombre ingresado aquí. ¿Está seguro de que se llama así?

Me descuelgo la mochila del hombro, abro la cremallera y saco el libro. Lo pongo sobre el mostrador y señalo el nombre de la autora en la portada.

—Busco a la autora de este libro. En la editorial me dijeron que todos los beneficios obtenidos por su venta estaban destinados a este hospital, así que supuse que sería alguien que estaba internado aquí.

—¿Quién es usted? ¿Un periodista? ¿Un crítico literario?  
—la mujer niega con la cabeza, mientras vuelve a concentrarse en su monitor—. Lo siento, pero los pacientes sólo pueden recibir visitas de amigos y familiares.

—Es importante que hable con la persona que ha escrito este libro. Realmente importante —algo en el tono de mi voz hace que la mujer vuelva a mirarme—. Usted no lo entiende, pero en este libro se relatan los asesinatos de varias personas que eran amigas mías. Esos crímenes están sin

resolver y creo que la persona que ha escrito este libro puede saber algo. ¿Sería posible que hablase con ella aunque sólo fuesen cinco minutos?

La mujer abandona su expresión aburrida y profesional y me mira con curiosidad. Parece que al menos he despertado su interés y que ahora está más dispuesta a escucharme. Levanta el auricular del teléfono y marca una extensión. Creo que he conseguido transmitirle lo importante que es esto para mí. Al menos eso espero, porque la otra opción es que esté llamando a seguridad para que me echen de aquí a patadas.

—¿Doctor Atkins? Hay aquí un joven que pregunta por Anne Austen y por el libro que escribió... No, no es periodista... Dice que conocía a las víctimas que salen en el libro, que todo lo que se cuenta es real... Un momento, por favor —la mujer tapa el auricular con la mano y se gira hacia mí—. Disculpe, ¿podría decirme su nombre?

—Eric Armstrong.

—Sí, doctor... Dice que se llama Eric Armstrong. Sí, por supuesto.

La mujer cuelga el teléfono y me mira con interés. Yo miró hacia los dos lados de la recepción, esperando a que aparezcan unos hombres del tamaño de armarios roperos vestidos con batas blancas dispuestos a echarme de allí sin ningún miramiento. Sin embargo, la mujer me sonrío y me señala una fila de sillas de color verde musgo apoyadas contra una pared.

—Si es tan amable de esperar, el doctor Atkins le recibirá enseguida.

No me apetece sentarme. Estoy demasiado nervioso como para estar quieto. Sin embargo, obedezco. No quiero parecer un animal enjaulado. Me siento, cruzo las piernas, las descruzo, me miro las manos e intento sin éxito encontrar

una uña lo bastante larga como para poder morderla... Al final decido coger alguna revista del ordenado montón que reposa en una mesa baja colocada frente a mí. Son todas revistas de psicología, con titulares del tipo "Diez consejos para ser feliz" o "Remedios naturales contra la depresión y el estrés". Sé que son una basura, pero leer siempre me ha servido para relajarme y en este momento lo necesito con urgencia. No tengo ni idea de las respuestas que voy a encontrar hoy, pero estoy seguro de que van a trastocar aún más mi vida. Desde que encontré ese maldito libro he tenido la impresión de que el mundo tal y como lo conocía se ha desmoronado y que sólo me queda la opción de seguir adelante por un camino desconocido y tenebroso. Y temo que, sea lo que sea lo que me cuenten aquí, no va a ser algo que me permita olvidarlo todo y regresar a mi vida anterior.

Al cabo de un tiempo que se me hace eterno, escucho las pisadas de unos zuecos acercándose por el pasillo. Veo a un hombre pequeño y delgado, vestido con una bata blanca. Lleva unas enormes gafas de pasta negra y trata de disimular su incipiente calvicie peinándose hacia un lado los cuatro pelos que le quedan en la coronilla. Se acerca a mí y me tiende la mano. Tiene una mirada inteligente y una sonrisa franca, de esas que suelen tener los comerciales y que hacen que confíes en ellos desde el primer momento.

—¿El señor Armstrong? Soy el doctor Atkins—el hombre sacude mi mano con energía mientras yo asiento—. Acompañeme, por favor.

El doctor me guía hacia unas puertas dobles que conducen a un pasillo amplio y luminoso. Me sorprende la tranquilidad y la luz de este lugar. Me imaginaba un sitio oscuro y lúgubre, en el que el eco de nuestros pasos se vería interrumpido por llantos y gritos desgarradores. No hay nada de eso. Sólo gente en pijama paseando tranquila, acompañada por una suave música ambiental. De todos



modos, no dejo de fijarme en los celadores, vestidos de blanco, que recorren el pasillo con mirada vigilante.

La mayoría de las puertas de las habitaciones están abiertas y puedo ver que no hay nadie dentro. Un par de mujeres pasan con sus carritos de la limpieza, poniéndolo todo en orden. Aparte de los cuatro o cinco pacientes que pasean arriba y abajo, el resto de la planta parece vacía. Carraspeo un par de veces para llamar la atención del doctor Atkins.

—¿No está esto demasiado tranquilo? Pensé que tendrían muchos más pacientes.

—Los tenemos, pero la mayoría de ellos está fuera, realizando actividades en el jardín, paseando con alguna visita o simplemente disfrutando del día —el hombre me mira de arriba abajo antes de seguir hablando—. La recepcionista me ha dicho que ha preguntado por Anne Austen, que estaba usted interesado en el libro que ha escrito.

—Sí, así es. Quiero darle las gracias por atenderme. Para mí es muy importante poder hablar con ella...

—¿Por qué?

Esa pregunta tan directa me sorprende. Él se ha puesto frente a mí, dando a entender que no daremos un solo paso más si mi respuesta no le satisface. Tiene una sonrisa sincera y, desde detrás de sus gafas, me llega una mirada que expresa un interés genuino y que parece invitarme a hablar. Sin embargo, no puedo evitar pensar que ese hombre se gana la vida descubriendo las grietas en la mente de sus semejantes y yo sospecho que, aunque pensaba que las mías se habían reparado, aún es posible percibir sus junturas. Mi cerebro va a mil revoluciones por minuto, tratando de elaborar una historia sencilla, creíble y razonable, pero sé que, mientras él me esté mirando como si me evaluase, no voy a poder idear nada. Vuelvo a repetirme que tendría que

haber llamado por teléfono primero o, al menos, haber inventado una buena historia en el camino hasta aquí. Ahora no me va a quedar más remedio que contar la verdad, por muy desquiciada que suene.

—Sé que va a parecer una locura, pero conocí a una niña llamada Anne Austen cuando era un crío y vivía en Swanton. Sé que ella no pudo escribir ese libro, porque la asesinaron cuando sólo tenía doce años. Ese libro, los crímenes del lago, narra los asesinatos de Anne y de otros dos amigos míos. Creo que la persona que lo ha escrito puede tener más datos, que podría ayudarme a saber qué pasó.

—Me encantaría que fuera así, pero me temo que no va a ser tan sencillo.

Se pone en marcha otra vez. No sé lo que significará su última frase, pero parece que al menos no va a echarme. Unos pasos más adelante, cruzamos una puerta y accedemos a una galería acristalada. Desde allí se ven los jardines traseros del hospital. Hay mucha gente paseando por ellos, tomando el sol en los bancos o disfrutando de un rato de lectura. Incluso hay un grupo que parece estar siguiendo una clase de jardinería. Se parecería mucho a un parque cualquiera de una ciudad cualquiera si no fuera porque la mitad de la gente va en pijama y bata y por la presencia siempre vigilante de los celadores. A pesar de ello, la estampa es agradable. Ofrece una impresión de paz y tranquilidad, de escondido jardín secreto en el que pueden refugiarse de una sociedad que no les comprende.

De repente, me doy cuenta de que no estamos solos en la galería. En el otro extremo hay una mujer. Va vestida íntegramente de blanco, con un camisón rematado por un ancho volante de blonda que le llega casi hasta los tobillos, mostrando sus pies descalzos. La mujer tiene los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y la cabeza echada hacia

delante. Su larga cabellera castaña le oculta el rostro. Según nos acercamos a ella, me voy poniendo más y más nervioso. Ella no reacciona. No hace el más mínimo movimiento ante el sonido de nuestros pasos. El doctor no ha dicho ni una sola palabra desde que hemos entrado en la galería, no se ha referido a ella en ningún momento, así que me planteo que quizá esa mujer no está ahí, que sólo yo puedo verla. O que tal vez nada de esto es real, que sigo encerrado en un sueño sin sentido del que no puedo despertar.

Miro al doctor y me doy cuenta de que sus ojos también están clavados en la mujer de la esquina. Eso me tranquiliza. Él también la está viendo, no estoy alucinando. Cuando llegamos a un par de pasos de ella, el doctor Atkins extiende un brazo hacia mí para hacer que me detenga. Supongo que no quiere asustar a la mujer, aunque ella sigue sin dar ningún signo de haber advertido nuestra presencia. Continúa con la cabeza baja y el cabello sobre la cara, ocultando su rostro. Por un momento me planteo la estúpida idea de que, cuando apartemos el pelo, veré la cara de Anne. Han pasado quince años, pero seguirá siendo ella. Tendrá su mirada brillante y su sonrisa, ésa que haría que la distinguiese entre un millón de mujeres. Y entonces me daría cuenta de que, tal y como siempre creí cuando era niño, ella no murió de verdad, que lo que enterramos en aquella caja blanca no era más una muñeca, una copia burda... Ella ha estado encerrada aquí todo este tiempo y escribió el libro para que yo lo leyera y la encontrara, para que la sacase de este lugar y la devolviese a la vida.

Todos estos delirios se desvanecen en cuanto el doctor Atkins le pone una mano bajo la barbilla y le hace levantar la cabeza. La mujer se deja hacer y se queda en la posición que él ha marcado, como si fuera un maniquí sin voluntad. No es Anne, no se parece en absoluto. Es una mujer de unos cuarenta años, con la piel muy pálida. No hay rastro de sonrisa en su rostro. Mantiene los labios un poco abiertos y

sus ojos son sólo dos trozos de vidrio opaco y sin vida. No hay rastro de energía en ese rostro, sólo la expresión de alguien que está contemplando algo muy lejano que no comprende y que los demás no podemos ver.

—Joan, este chico ha venido a verte por el libro que escribiste. Quiere que le cuentes si sabes algo más sobre los crímenes del lago —el doctor se mantiene en silencio unos segundos, esperando una respuesta que no se produce—. Se llama Eric. Pensé que quizá querrías hablar con él.

La mujer continúa inmóvil como una estatua de cera. Un par de minutos después, al ver que sigue sin reaccionar, el doctor niega con la cabeza y me pide que le siga. Salimos de la galería y nos sentamos en un banco del jardín. Desde mi posición puedo ver claramente a la mujer, que parece observarnos sin perder detalle. Sé que no puede vernos, que en realidad su mente está muy lejos, perdida en otra dimensión, pero, aún así, me sentiría mucho más cómodo si dejara de sentir su mirada muerta sobre nosotros. Me giro en el banco hacia el doctor para dejar de verla, aunque continuo observándola por el rabillo del ojo. Por alguna extraña razón, me da miedo. Tengo la impresión de que en cualquier momento podría reaccionar y lanzarse sobre mí.

—¿Es ella la que escribió el libro?

—Sí, pero, como ha podido comprobar, no creo que vaya a poder obtener mucha información de ella. Está catatónica. No reacciona a ningún estímulo.

No puedo creer que tenga tan mala suerte. Si hubiese encontrado antes el libro, si me hubiera dado más prisa, podría haber venido a hablar con ella antes de que cayese en este estado. Ahora tendré que esperar a que se le pase y sea posible hablar con ella de nuevo y no tengo ni idea del tiempo que alguien puede estar así.

—¿Lleva mucho en ese estado?

—Unos veinte años, desde la adolescencia.

—Pero eso no puede ser... —niego con la cabeza mientras intento comprender—. Esa mujer no se mueve ni habla. Si lleva así veinte años, ¿cómo ha podido escribir el libro?

—Es un misterio. Nunca había visto algo así. Esa mujer se llama Joan. Ingresó aquí hace veinte años con un diagnóstico de esquizofrenia catatónica. En todo el tiempo que ha estado aquí, ningún fármaco ni tratamiento la ha hecho reaccionar —el doctor se quita las gafas y las limpia con el vuelo de su bata blanca mientras niega con la cabeza—. De repente, un día se movió por sí sola desde la esquina en la que la habíamos colocado hasta una de las mesas en las que se estaba llevando a cabo un taller de manualidades. Cogió una pintura de cera y comenzó a escribir, sin descanso, hasta terminar ese libro. Cuando lo hubo escrito todo, siguió con las ilustraciones.

—¿Intentaron hablar con ella mientras escribía?

—Sí, pero no reaccionaba. ¿Ha visto esos médiums que practican la escritura automática?

Asiento, mientras mi mente se llena con imágenes de mujeres con los ojos en blanco que rasgan el papel en el que tratan de escribir con tanta fuerza como si intentasen apuñalar las páginas. Vuelvo a mirar a la mujer de la galería. A pesar del sol del mediodía, todo mi cuerpo se estremece por un escalofrío.

—Así estuvo varias horas. Cuando terminó, se derrumbó sobre la mesa, respirando con dificultad. Parecía que acabase de correr un maratón. Me acerqué a ella y la llamé por su nombre. Ella levantó la cabeza y me dijo: “No soy Joan. Soy Anne Austen”.

—¿Y qué hizo usted?

—Seguirle la corriente. Cualquier dato que pudiera

proporcionarme podría serme de utilidad para su terapia. Ella me contó que se llamaba Anne, que vivía en Swanton, que tenía doce años y que quería ser escritora. Decía que lo que había escrito en aquellas páginas era su obra más importante hasta el momento y que era necesario que se publicase. Insistió tanto que acabamos contactando con su hermana. Ella aceptó pagar la publicación del libro, supongo que esperando que eso pudiese ayudar a la recuperación de Joan. Vino aquí a recoger el manuscrito y a tomar nota de cualquier indicación que tuviera que darle para la publicación. Por mucho que su hermana trató de convencerla de hacer primero una pequeña tirada para ver si funcionaba, Joan insistió en que debían publicarse tres mil ejemplares y que sólo debían distribuirse por librerías de Vermont. Se alteraba tanto cada vez que su hermana intentaba hacerle ver que eran demasiados, que al final la pobre mujer accedió. Una vez estuvo todo en marcha, Joan volvió a sumirse en el silencio.

Mi experiencia como librero hace que la historia me resulte aún más rara. Muy pocos libros llegan a vender tres mil ejemplares en Vermont. Es muy probable que esa mujer no tenga ni idea de los índices de venta de las librerías, pero, aún así, me extrañan esas indicaciones. Si quería vender muchos libros, ¿por qué restringir las ventas sólo a este estado?

—¿No le preguntaron por qué necesitaba tantos ejemplares si sólo quería venderlos en Vermont?

—Sí, claro que se lo preguntamos. Su respuesta es la razón de que yo haya accedido a recibirle. Lo único que decía, una y otra vez, era "El libro tiene que llegarle a Eric".

## V

Me quedo unos segundos en silencio, tratando de asimilar las últimas palabras del doctor. Me planteo que tiene que ser una broma, un discurso ensayado que le sueltan a los cotillas que vienen preguntando sobre sus pacientes sin tener ningún derecho a esa información. Sin embargo, la mirada seria del doctor Atkins, que me observa esperando que sea yo quien le aclare esta locura, me convence de que es sincero. Niego con la cabeza y me encojo de hombros.

—No lo entiendo. No conozco de nada a esa mujer. Juraría que no nos hemos visto en la vida. ¿Usted cree que se refería a mí?

—No lo sé. Ella lleva aquí casi veinte años, así que veo muy difícil que se conozcan. Y, por lo que recuerdo de su historial, ella nunca ha residido en Swanton.

—Entonces, ¿de dónde ha sacado esos datos? ¿Puede que viera algo sobre los crímenes en las noticias y que esa información se haya quedado dando vueltas en su cabeza durante todos estos años?

—No permitimos que los pacientes vean las noticias. Hay demasiadas historias turbadoras en ellas. Lo único que se me ocurre es que alguien comentara esos crímenes en su presencia: algún familiar, alguien del personal del hospital... Es tan silenciosa que a veces nos olvidamos de que está ahí.

—¿Cree que puede haber sido eso?

—Bueno, usted dice que la descripción de los asesinatos y los nombres de las víctimas coinciden... Dudo mucho que nadie hablase en su presencia contando los crímenes con tanto detalle y que ella haya guardado esos datos en su cabeza durante todo este tiempo, pero no sabemos cómo

funciona su cerebro ni qué es lo que puede estar pensando. Creo que es la explicación más sencilla.

—No resulta muy convincente...

—Lo sé, pero la otra explicación posible es que Joan haya sido poseída por el espíritu de una niña asesinada hace muchos años que la ha utilizado para conseguir comunicarse con usted. ¿Le parece eso más convincente?

Niego con la cabeza y agacho la mirada para clavarla en el suelo, tratando de buscar alguna otra pregunta que pueda ayudarme a aclarar todo esto. El doctor vuelve a quitarse las gafas y a frotar los cristales con su bata blanca, dándome tiempo para que aclare mis ideas. Al cabo de unos segundos, yo vuelvo a levantar la cabeza para mirar a Joan, que permanece quieta en la misma postura.

—¿Qué fue lo que le pasó? ¿Por qué está aquí?

—No puedo darle esa información. Los expedientes de los pacientes son confidenciales.

—Lo entiendo, pero necesito comprender qué está pasando. Le agradeceré cualquier dato que pueda darme — respiro profundamente, buscando algún argumento que pueda convencerle, pero no encuentro nada—. Necesito entender todo esto. De verdad que lo necesito.

Ahora es el turno del doctor Atkins para bajar la mirada y reflexionar. Durante unos segundos niega con la cabeza, como si estuviera manteniendo una discusión consigo mismo. Cuando por fin me mira, se acerca un poco más y, a pesar de que no hay nadie alrededor de nosotros, baja la voz para susurrar como un conspirador.

—Joan empezó a tener problemas desde muy pequeña, con cuatro o cinco años. Padecía de terrores nocturnos. Se despertaba muy asustada, gritando y llorando. Hay muchos niños que padecen terrores nocturnos y estos suelen desaparecer por sí solos según el niño va creciendo, así que



no se les dio importancia. Cuando Joan entró al jardín de infancia, sus profesores dieron la voz de alarma. La niña no se relacionaba con ninguno de sus compañeros. Se quedaba siempre aislada, hablando sola. En un primer momento pensaron que tendría un amigo invisible, algo que también es muy habitual en los niños pequeños.

—¿Y era eso? —le pregunto para animarle a continuar.

—No. Se dieron cuenta de que no hablaba con ese ser invisible como un niño habla con un amigo. Estaba asustada y les pedía que se marcharan y la dejaran en paz. Cuando le preguntaban con quién hablaba, se negaba a contestar. Decía que sólo querían hablar con ella y que le habían dicho que harían daño a cualquiera que intentara entrometerse. Según fue creciendo, los terrores nocturnos fueron en aumento y cada vez se volvió más retraída y asustadiza. Su familia buscó los mejores psiquiatras infantiles, hasta encontrar a una doctora que consiguió que la niña se abriese y le contase lo que le pasaba. La pequeña le confesó que hablaba con fantasmas, que los espíritus de los muertos la perseguían.

—¿Y qué querían?

—Según contaba Joan, no querían nada. Le gritaban, lloraban, la amenazaban, la perseguían... Como puede suponer, se le diagnosticó una psicosis infantil y empezaron a medicarla, pero ningún tratamiento surtió efecto. Cada vez estaba más asustada, más aislada del mundo... Para cuando cumplió catorce años, ya había sufrido varios intentos de suicidio y hubo que internarla. Ella nos suplicaba que la dejáramos morir, decía que no podía soportarlo más, que no había nada que pudiera ayudarla.

El doctor vuelve a quedar en silencio durante unos segundos, mirando a la impasible figura de Joan. Niega de nuevo con la cabeza y suspira, apenado por no haber podido ayudarla.

—Con diecisiete años entró en estado catatónico. Supongo que su mente no pudo soportarlo más y decidió desconectar.

Yo también dirijo mi mirada hacia la galería. Su historia me resulta tan familiar que un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Por un segundo, casi puedo verme a su lado, de pie, vestido de blanco, con el pelo aún más revuelto, la boca entreabierta y la mirada perdida. Si mis padres no me hubieran sacado de Swanton, si no hubieran hecho todos los sacrificios que hicieron para arrancarme de mi mundo de pesadillas, yo podría ser una figura gemela que acompañase a Joan en su mundo de locura.

Paso todo el camino de regreso a casa dándole vueltas a las palabras del doctor Atkins. Todo esto es una mierda. Me he chupado un montón de millas en busca de una respuesta y lo único que he encontrado son más y más preguntas. Nada de lo que me ha contado me sirve como explicación racional y lógica. Quería poder cerrar este enigma y olvidarlo para continuar con mi vida, pero lo único que he conseguido es que la imagen de Joan, estática, muerta en vida, prisionera dentro de su propia mente y vencida por sus propios demonios, se me quede grabada. Estoy seguro de que tendré pesadillas con ella.

Mientras el coche va devorando milla tras milla, siento que mi ansiedad va en aumento. ¿Qué es lo que se supone que voy a hacer ahora? ¿Olvidarlo todo? ¿Convencerme a mí mismo de que alguien debió de comentar algo sobre los crímenes de Swanton delante de Joan y que, después de años y años de darle vueltas en su enfermiza mente, aquello explotó y le hizo escribir ese libro? ¿Cómo explico que conozca los nombres de todas las víctimas? ¿Cómo explico que escribiera ese libro para mí? Sí, sé que hay miles de personas en el mundo que se llaman Eric y que el libro puede

estar dirigido a cualquiera de ellos. Mi mente racional sabe eso, pero yo sé que esa explicación es una auténtica mierda. No puedo explicar por qué, pero sé, con una seguridad total y arrolladora, que Anne hizo que Joan escribiese ese cuento y que lo hizo para que yo lo leyera y la ayudara. Pero, ¿cómo? ¿Qué es lo que se supone que tengo que hacer?

Mis pensamientos van a tal velocidad que me siento mareado. La cabeza me duele como si tuviera tantas ideas dentro que amenazase con explotar. Cada vez estoy más nervioso. Noto que las manos me tiemblan mientras se aferran al volante y que estoy empezando a hiperventilar. Sigo conduciendo hasta llegar a una recta con buena visibilidad, aparco en la cuneta y abro la puerta. Saco las piernas del coche y agacho la cabeza para ponerla entre las rodillas, mientras trato de concentrarme en controlar mi respiración. Inspira. Uno, dos, tres. Expira. Uno, dos, tres. Inspira...

Poco a poco el aire comienza a entrar en mis pulmones y mi corazón va perdiendo velocidad. Siento ganas de llorar. No puedo tomar como válida la loca idea de que Anne necesita mi ayuda para conseguir justicia. Yo no soy un héroe ni un vengador. Sólo soy un chaval asustado que lucha por mantener a raya su locura. Estoy seguro de que no hay nadie en el mundo menos apropiado para resolver esos crímenes que yo.

Me incorporo y miro a mi alrededor. No hay ningún coche en la carretera, que parece extenderse en una recta infinita. El calor sigue siendo tan fuerte que hace que el paisaje tiemble, como si se hubiera contagiado de mi miedo. Durante unos segundos me siento como si fuera el último hombre en la Tierra, como si todos los demás hubieran desaparecido. Aunque parezca extraño, esa sensación me tranquiliza. Ya no hay presión, ya nadie esperará nada de mí, ya no tendré que preocuparme de lo que piensen los demás...

Por desgracia la ilusión no dura mucho. Un todoterreno enorme aparece pocos minutos después. Lleva las ventanillas abiertas y por ellas se escucha una canción rock a todo volumen. Cuando pasa a mi lado, el copiloto arroja por la ventanilla una lata de cerveza medio llena, que impacta sobre el maletero de mi coche. Me levanto de mala leche y le grito, furioso, pero ya está demasiado lejos para oírme. Miro el maletero buscando desperfectos, pero sólo le ha hecho un pequeño rayón que mi madre no notará.

Vuelvo a entrar en el coche y arranco. La sensación de paz que experimenté hace unos segundos se ha desvanecido por completo. Vuelvo a sentirme pequeño e indefenso, un pobre pringado en un mundo demasiado grande y complejo. Si no soy capaz de manejarme con los problemas normales de la vida, si un desconocido arrojándole una lata de cerveza a mi coche me hace sentir miserable, ¿cómo voy a enfrentarme a espíritus y asesinos?

En las siguientes millas voy prometiéndome a mí mismo que lo olvidaré todo. Fingiré que nada de esto ha pasado. Nunca he encontrado ese libro escrito por Anne, nunca he leído sobre los crímenes de Swanton, nunca he acudido al psiquiátrico de Montpelier, nunca he escuchado la historia de Joan... Sé que, si lo intento con la suficiente fuerza, podré enterrar todos estos hechos en lo más profundo de mi mente, difuminarlos hasta que sólo parezcan recuerdos lejanos, retazos borrosos de antiguas pesadillas. Ya lo he hecho antes. Puedo volver a hacerlo.

## VI

Esa misma noche comienzan los sueños. Estoy en una sala enorme, de paredes blancas. No hay puertas, sólo unas ventanas situadas a gran altura por las que se cuelan los rayos de sol. La luz es tan brillante que rebota en las paredes y me hace daño en los ojos.

La habitación no tiene más muebles que un pupitre de color blanco en el centro. Estoy sentado en él. Delante de mí hay un libro abierto. Es el libro de Los crímenes del lago. Estoy contemplando las últimas páginas, ésas que están llenas de líneas horizontales. Al lado del libro hay un bolígrafo, pero no me atrevo a cogerlo.

En el sueño no sucede nada más. Estoy quieto, petrificado, mirando esas páginas en blanco. La luz del sol va haciéndose cada vez más débil. Sé que tengo que escapar, que no debo permanecer en la habitación cuando la oscuridad se adueñe de ella, pero no hay ninguna salida. Las únicas cosas que tengo a mi disposición son ese libro y ese bolígrafo, pero no quiero tocarlos.

Me despierto cada noche empapado en sudor, con un grito ahogado en la garganta. No sé por qué me asusta tanto ese sueño, ni por qué se repite, idéntico en todos los detalles, noche tras noche. Cada día que pasa estoy más agotado, más nervioso, más irritable... Me paso el día tratando de no recordar el sueño y, según van pasando las horas y se acerca la noche, siento un miedo que me invade y me encoge el estómago. No quiero ir a dormir, no quiero sentarme en esa sala, no quiero coger ese bolígrafo y, sobre todo, no quiero que una noche la oscuridad llegue y me encuentre atrapado allí dentro.

A pesar de que intento ignorarlo, sé lo que el sueño

trata de decirme desde la primera noche que lo tuve. Tengo que coger ese bolígrafo, tengo que escribir el final del cuento. Por eso para Joan era tan importante que el libro llegase a mis manos. Estoy destinado a continuar esa historia, a descubrir qué pasó.

Llevo días tratando de negármelo a mí mismo, diciéndome que lo olvidaré, que todo esto no tiene nada que ver conmigo. Sin embargo, sé que no es cierto. Aunque el asesino no me matara, yo también fui su víctima. Si él no se hubiese cruzado en mi camino, Anne habría seguido siendo mi primer amor. Puede que hubiéramos durado sólo quince días, lo que suelen durar los primeros amores, pero quizá habría funcionado, quizá todos nuestros sueños se habrían cumplido. Nos robó la posibilidad de crecer juntos, de darnos el primer beso, de aprender a conducir y recorrer la ruta 66 hasta la soleada California, de comprar una cabaña en el bosque y adoptar un montón de perros, de que Anne tratase de vivir de sus novelas y yo disfrutara de leer sus historias... Me robó la posibilidad de amarla y sólo me dejó un recuerdo que sigue escociendo como una herida abierta.

Me arrebató mi adolescencia. Era con Jim, Jake y Dave con los que tendría que haberme fumado mi primer cigarrillo a escondidas, con quienes tendría que haberme pillado mi primera borrachera, con quienes tendría que haber ojeado mi primera revista porno entre risas nerviosas... El asesino me obligó a dejar todo eso atrás y a empezar una nueva vida en Burlington, donde nunca encajé, donde nunca encontré nuevos amigos, donde me convertí en Eric, "el pirado"...

Si no estoy dispuesto a hacerlo por ellos, debería hacerlo por mí. No me sucederá nada por ir a Swanton e investigar un poco, por hacer unas preguntas y ver si puedo entender qué es lo que pasó. Si no descubro nada, regresaré a casa y trataré de olvidarlo, pero no puedo pasarme el resto de la vida pensando que el fantasma de Anne me pidió

justicia para todos nosotros y yo fui tan cobarde que no pude hacer nada.

Tengo que regresar a Swanton.

**Swanton, Agosto de 2001**



## I

—Sacadle, sacadle... Se está ahogando.

No quería mirar hacia el agua, pero tuve que hacerlo. El cuerpo de Bobby flotaba en el lago, con una manga de su camiseta de Bart Simpson enganchada en las raíces. La suave corriente mecía su cadáver, haciendo que se golpease contra el árbol. En el silencio que lo inundaba todo se podía escuchar el sonido de su cuerpo al chocar: pum, pum, pum...

No pude moverme. Quedé totalmente hipnotizado por su mirada de ojos muertos. Sólo podía pensar en que era la primera vez que veía su nariz sin mocos.

Escuché un chapoteo. Jake acababa de lanzarse al agua. De un par de saltos llegó hasta el punto en el que Bobby flotaba. Desenganchó su camiseta de la raíz y le agarró por debajo de las axilas para acercarlo a la orilla. Jim seguía llorando y Dave gritaba algo sobre pedir ayuda. No recuerdo nada más.

Mis padres me contaron después que, cuando llegaron la policía y las ambulancias, sólo pudieron comprobar que Bobby ya estaba muerto. Alguien le había ahogado en el lago. A mí tuvieron que llevarme al hospital. No respondía a ningún estímulo. No hablaba ni miraba a la gente.

Los médicos me hicieron un montón de pruebas. No reaccionaba a la voz humana, a los ruidos fuertes ni al dolor. Me diagnosticaron algo así como trastorno breve por estrés postraumático y me enviaron a casa. Mis padres protestaron. No sabían cómo cuidarme y pensaban que estaría mejor en el hospital hasta que me recuperase, pero los doctores insistieron. Dijeron que era mejor para mi salud mental estar en un entorno seguro y conocido y que era muy probable que en unos días reaccionase. También les dijeron que la mente

era un misterio y que debían estar preparados para la posibilidad de que la mía se hubiese perdido para siempre.

Por suerte, reaccioné dos noches después. Desperté en mi cama, confuso y asustado, convencido de que había alguien conmigo en la habitación. Me incorporé despacio, tratando de no alertar al ser que me estaba espiando entre las sombras. Y entonces la vi.

No se ocultaba ni me acechaba. Estaba de pie, de espaldas a la ventana de mi habitación, mirando hacia mi cama. La luz de las farolas que llegaba desde la calle la iluminaba por detrás, impidiéndome ver con claridad su rostro. Sin embargo, la reconocí. La habría reconocido en cualquier lugar. Era Anne.

Me senté en la cama y, con mucho cuidado para no asustarla, estiré la mano hacia la mesilla y encendí la lámpara. Pensándolo ahora, resulta ridículo haber tenido cuidado de no asustar a un fantasma, pero para mí era importante. Tenía que verla. Me aterraba más la idea de que se desvaneciera al dar la luz y no poder seguir contemplándola que el hecho de que ella estuviera allí a pesar de haber visto como la enterraban hacía menos de una semana.

Cuando la luz se encendió, ella no desapareció. Seguía allí, delante de la ventana. Sus ojos castaños me miraban fijamente. Quise hablarle, decirle lo mucho que la echaba de menos, pedirle que no se marchara, pero las palabras no salían de mi boca. Estaba tan sorprendido por tenerla delante que creo que incluso olvidé respirar.

Ella sí trató de hablar conmigo. Intentó abrir la boca, pero sus labios estaban unidos por un grueso hilo negro. Sólo consiguió separar un poco los labios y soltar un gemido que contenía todo el dolor del mundo. Me miró con pena y alargó sus brazos hacia mí.

Creo que fue en ese momento cuando realmente me di cuenta de que estaba muerta. Me asusté y me eché hacia atrás, hasta empotrar mi cuerpo contra el cabecero de la cama, mientras ella comenzaba a avanzar hacia mí con los brazos extendidos.

De repente se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de que su presencia me daba miedo. Se quedó parada en el centro de la habitación, con los brazos colgando a los lados del cuerpo. De sus ojos empezó a manar agua. Pensé que estaba llorando y me odié por estar tan asustado, por no ser capaz de moverme de la cama, acercarme a ella y abrazarla. Sin embargo, pronto me di cuenta de que lo que manaba de sus ojos no eran lágrimas. Era un torrente de agua oscura, agua del lago, que pronto empezó a brotar por todo su cuerpo. En unos segundos estaba empapada y temblaba de forma incontrolable. Entonces desapareció.

Empecé a gritar con todas mis fuerzas. Mis padres se levantaron y entraron a la carrera en mi habitación. Les abracé, desesperado, mientras ellos trataban de consolarme. Les conté lo que había visto, pero no me creyeron. Se limitaron a decirme que había sido un sueño, que no me preocupara, que se alegraban de que hubiese reaccionado... Como no conseguían calmarme, me llevaron a dormir a su cama. Con doce años debería haberme dado vergüenza dormir con mis padres, pero me sentí seguro y feliz entre sus brazos.

A la mañana siguiente yo también estaba convencido de que sólo había sido una pesadilla. Regresé a mi cuarto a vestirme y, al pasar por el centro de la habitación, me quedé paralizado, sintiendo como un frío glacial subía desde mis pies y me congelaba el alma. Acababa de pisar una zona de la alfombra que continuaba húmeda. Estaba seguro de que era agua del lago.

## II

Pasé el resto de la mañana siguiendo a mi madre, temeroso de quedarme solo. Me ofrecí a ayudarle a hacer las tareas de la casa, la acompañé de habitación en habitación, estaba siempre un paso por detrás de ella cada vez que se daba la vuelta... Al principio le hizo gracia, después se mostró comprensiva, más tarde empezó a ponerse nerviosa y, por fin, estalló:

—Eric, hijo... ¿No tienes nada que hacer? ¿No te apetece ver algo en la tele o dibujar un rato?

—No, estoy bien así —respondí, encogiéndome de hombros.

—Quizá debería salir un rato a jugar con sus amigos —sugirió mi padre.

Mi madre le lanzó una mirada envenenada. Swanton vivía en un estado de paranoia máxima después de las muertes de Anne y Bobby. No se hablaba de otra cosa. Todo el mundo tenía sus propias hipótesis: que alguien del pueblo se había vuelto loco y se había convertido en un asesino en serie, que tenía que ser algún forastero de los que venían en verano a alquilar las grandes mansiones cercanas al lago, que debía haberse escapado algún loco o algún criminal peligroso y las autoridades no querían decir nada... Incluso había gente que defendía la loca idea de la tía de Jake: que Champ, el monstruo del lago, había atraído hasta allí a los niños para devorarlos. En lo que todos estaban de acuerdo era en que todos los niños del pueblo estaban en peligro hasta que las autoridades atrapasen al culpable.

—¿Cómo va a salir solo a la calle? Por Dios, Jack... Ya sabes lo que está pasando.

Mi padre dejó sobre la mesa de la cocina el periódico deportivo que había estado ojeando, se levantó para acercarse a mí y revolvió mi pelo con cariño. Después le lanzó a mi madre una sonrisa confiada.

—Ya sabes lo que dijeron los doctores: la única forma de que se recupere es hacer una vida totalmente normal —mi padre señaló el paisaje luminoso que se veía a través de la ventana—. ¿A ti te parece normal que un crío esté encerrado en casa en un día como éste?

—Seguramente no va a haber ningún otro niño por la calle. No creo que sus padres les dejen salir.

—Bueno, no se pierde nada por probar. Al menos se dará un paseo —mi padre le guiñó un ojo—. Vamos, Evelyn... No va a pasarle nada.

Ella miró por la ventana durante unos segundos, como si quisiera asegurarse de que no había ningún psicópata escondido entre los setos del jardín dispuesto a saltar sobre mí en cuanto yo pusiera un pie fuera de casa. Al final, se dio por vencida y suspiró, resignada.

—Está bien, pero no quiero que te alejes del barrio. Nada de llevarte la bici y marcharte lejos. Y quiero que estés en casa para la hora de comer. Y si no encuentras a ninguno de tus amigos, vuelve a casa de inmediato...

—Evelyn, dale un respiro al chaval. ¿A ti te apetece salir, Eric?

Yo asentí, emocionado. La verdad es que las paredes de la casa se me caían encima. Tenía ganas de sentir el sol y el aire y de charlar con alguno de mis amigos. Además, estaba seguro de que allí fuera, a la vista de todo el mundo y bajo la brillante luz de un mediodía de agosto, no se me aparecería ningún espectro.

—Si no va a cumplir lo que le pido, no saldrá —seguía insistiendo mi madre.

Yo le prometí a gritos portarme bien, mientras corría hacia la puerta de la calle, temeroso de que se arrepintiera. Al llegar a la verja del jardín, la vi asomada a la ventana. Su mirada preocupada y la manera en la que se mordía el labio inferior me hicieron pensar que estaba a punto de llorar. Mi padre estaba detrás de ella, abrazándola por la cintura, tratando de tranquilizarla. Aquella imagen, lejos de hacerme sentir culpable, me llenó de una extraña alegría. Tenía dos personas increíbles que me querían y se preocupaban por mí. Ellos se encargarían de que nunca me pasase nada malo.

Empecé a caminar por las calles de mi barrio con las manos en los bolsillos. A pesar del buen tiempo y del cielo despejado y brillante, había una atmósfera triste y pesada sobre el pueblo. No había niños paseando con sus bicicletas ni en los columpios del parque ni jugando a la pelota por las calles. La gente caminaba apresurada y no se paraba a conversar con sus vecinos. Casi se diría que, al cruzarse, se miraban con desconfianza, como si pensarán que cualquiera podía ser el asesino que se estaba llevando a los niños para ahogarlos en las oscuras aguas del lago.

Mi paseo me llevó frente a la casa de Jake y Dave. Estaban sentados en el porche. Dave estaba entretenido leyendo un comic de la Patrulla X, pero Jake se limitaba a estar sentado en las escaleras, con los codos en las rodillas y las manos a ambos lados de su cara, mirando a la calle con el mismo anhelo con el que un preso mira a través de los barrotes de su celda. En cuanto me vio, su rostro se iluminó. Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta del jardín, como si temiera que fuese a pasar de largo.

—Eric, qué guapo verte por aquí. Pensábamos que estabas... —dejó la frase a medias y se quedó con la boca abierta, mientras toda su cara enrojecía.

—¿Que estaba loco? Bueno, puede que un poco, pero ya se me ha pasado.

Dave había dejado su comic y también se había acercado a saludarme. A pesar de que él y yo nunca habíamos terminado de encajar, noté por su sonrisa que se alegraba de verdad de que me hubiese recuperado.

—¿Dónde vas? —me preguntó.

—A dar una vuelta por el barrio. Me estaba muriendo de aburrimiento en casa. ¿Venís?

Jake se apuntó de inmediato. Creo que estaba tan aburrido que se habría apuntado a ir a picar a una mina. Dave dudó unos segundos antes de asentir y entrar en casa a avisar a su madre. Después de que la mujer saliera al porche y nos diera mil recomendaciones sobre seguridad, nos dejó marchar.

—¿Qué tal está Jim?

—Muy jodido —contestó Jake—. Le vimos en el funeral de su hermano y estaba como ido.

—Vaya palo. ¿Creéis que deberíamos ir a verle?

Los dos hermanos me miraron y se encogieron de hombros al unísono. Cuando hacían cosas así, se parecían tanto que daban escalofríos. Sé que hay miles de gemelos por el mundo y que es totalmente normal, pero, al ver a dos personas tan parecidas haciendo el mismo gesto, daba la impresión de que uno de los dos sólo era un reflejo escapado de un espejo, que el universo se había equivocado creando dos seres duplicados donde sólo hacía falta uno.

Tomé aquel encogimiento doble de hombros como un sí y nos dirigimos a la casa de Jim. No había nadie fuera y las persianas estaban medio bajadas. En el jardín yacía, tirado de lado, el triciclo de Bobby. Sentí el mismo escalofrío que se siente ante una cripta o una casa abandonada. Por suerte, Dave decidió tomar la iniciativa. Abrió la verja, subió las tres escaleras del porche y llamó a la puerta. Jake y yo le seguimos y nos quedamos en el jardín, guardando una

respetuosa distancia.

La madre de Jim apareció en el umbral. Estaba despeinada y tenía los ojos hinchados. A pesar del agobiante calor, llevaba puesta una gruesa bata y se abrazaba a sí misma, como si estuviera presa de un frío interior que no podía combatir con nada. Parecía haber envejecido veinte años desde la última vez que la había visto.

Dave conversó con ella en susurros. La mujer se metió en casa y volvió a cerrar la puerta. Jake y yo miramos a Dave, esperando que nos explicara qué había pasado.

—Dice que Jim bajará enseguida, que le vendrá bien salir un rato. Me ha pedido que no nos vayamos lejos y le he prometido que nos quedaremos en su casa del árbol. ¿Os parece bien?

Los dos asentimos. Por alguna razón, lo único que queríamos era estar juntos, daba igual el lugar. Esperamos impacientes hasta que la puerta volvió a abrirse y apareció Jim. Le dediqué una sonrisa triste que él no me devolvió. Tenía la mirada perdida y los ojos hinchados y rojos, pero no había rastro de lágrimas. Me pregunté si se podría llorar tanto como para que se te secasen los ojos.

Nos dirigimos a la casa del árbol, subimos y nos sentamos en silencio, cada uno en una esquina. El ambiente era incómodo. Parecía que nadie sabía qué decir. Jake cogió una pelota de béisbol y comenzó a pasársela de una mano a otra, mientras Dave se ponía a curiosear en la caja de los comics. Fue el propio Jim quien rompió el silencio.

—¿Qué vamos a hacer?

Los tres nos quedamos callados, sin saber qué contestar, sin entender bien su pregunta. Jim no añadió nada más. Se limitó a ir mirándonos uno a uno, exigiendo una respuesta.

—¿Qué vamos a hacer de qué? —preguntó al fin Jake.



—Con el asesino. ¿Qué vamos a hacer para detenerle?

Volvimos a mirarle en silencio, preguntándonos si le habríamos entendido bien. Jake carraspeó y fingió estar muy concentrado en seguir jugando con la pelota. Yo tan sólo le miraba sin saber qué decir.

—Nosotros no vamos a hacer nada —contestó Dave—. Ya está la policía trabajando en ello.

—La policía... —Jim hizo una mueca despectiva—. No van a conseguir nada. Estuvimos muchísimo más cerca nosotros de ver al asesino de Bobby de lo que han estado ellos. Vamos, tíos... Ya han matado a Anne y a mi hermano. ¿No vamos a hacer nada?

—No sé qué podríamos hacer —intentó explicarle Dave—. Tío, sólo tenemos doce años. ¿De verdad piensas que nosotros podemos hacer algo?

—Podríamos vigilar —intervine yo, emocionado—. Puede que nosotros no podamos detenerlo, pero podemos verle y avisar a la policía o, al menos, ver cómo es.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Patrullar el lago? —Dave seguía intentando meter algo de racionalidad en nuestras cabezas, pero en las sonrisas de nuestros rostros se podía percibir que estábamos alejándonos de la lógica—. Nuestros padres nos matarían si vamos allí.

—No hace falta ir al lago —expliqué yo—. El asesino pilla a los chavales aquí, en Swanton. Podemos repartirnos el pueblo entre los cuatro y patrullar con las bicicletas.

—No me parece buena idea estar separados —intervino Jim—. ¿Cómo vamos a avisarnos si alguno ve algo?

—Bueno, yo tengo un par de *walkies* y Jake y Dave también tenían. ¿Los vuestros funcionan?

Dave se quedó en silencio, como si siguiera resistiéndose a entrar en aquel loco plan, pero Jake asintió

entusiasmado y, sin esperar más, empezó a bajar de la casa del árbol para ir a buscar los *walkies*. Dave no daría problemas. Siempre acababa cediendo ante el impulso de su hermano.

—Yo también voy a casa a buscar los míos —le dije a Jim.

—¿Y yo qué hago?

—Trata de encontrar un mapa de Swanton para que podamos repartirnos el terreno. Esta misma tarde empezamos.

### III

Esa misma tarde comenzamos a patrullar las calles del pueblo. Parecía que nuestros padres estaban algo más calmados, porque nos dejaron sacar las bicicletas y recuperar algo de nuestra perdida libertad. La madre de Jim fue la más difícil de convencer y sólo le permitió coger la bici si prometía pasar cada diez minutos frente a la casa y tocar el timbre para que ella estuviera segura de que se encontraba bien. Tuvimos que asignarle a Jim la vigilancia de nuestro barrio, entre las calles First y Spring, para que pudiera cumplir las condiciones de su madre.

A Dave le asignamos la parte oeste, desde Spring Street hasta el río. Era una zona tranquila, con muchos comercios y parques, y Dave estuvo de acuerdo en que no parecía demasiado peligrosa. Decidí no recordarle que ésa era la zona en la que estaba Bobby cuando se lo llevaron. A mí me habría encantado patrullar allí. Estaba seguro de que el asesino podía andar por esas calles y me moría de ganas de atraparlo, pero mi padre tenía su taller de carpintería en Merchants Row, justo en el centro de esa zona, y no quería que me viese pasando solo una y otra vez.

Jake insistió en que él quería patrullar la zona sur, desde First Street hasta la escuela elemental. Era la zona más grande y él decía que era el más rápido con la bici, así que se la asignamos. Yo me tuve que quedar con la zona norte, un espacio lleno de urbanizaciones y bosques, un lugar demasiado apacible y tranquilo para los asesinos. Estaba seguro de que me aburriría mortalmente.

Probamos los *walkies* y quedamos en hablar por ellos cada cinco minutos, enviando un simple mensaje de confirmación de que todo seguía en orden. Empezaría yo,

seguiría Dave, después Jim y, por último, Jake. El resto del tiempo el canal debía quedar libre por si alguien veía cualquier cosa extraña y tenía que avisar a los demás.

Nos separamos y nos dirigimos hacia nuestras posiciones. Yo me sentía como si me hubiese tragado una canica gigante de plomo y, de vez en cuando, tenía que parar la bici en el arcén para secarme el sudor de las manos en las perneras del pantalón, pero, por otro lado, me notaba lleno de fuerza, confiado. Estábamos preparados y luchábamos por una causa justa. ¿Qué podía salir mal?

Cada cinco minutos, cogía el walkie para comenzar la ronda de comprobación:

—Aquí Eric. Todo en orden.

—Aquí Dave. Todo igual.

—Aquí Jim. Todo OK.

—Aquí Jake. No pasa nada. Me aburro. ¿Cuánto tiempo más vamos a estar haciendo esto?

—El tiempo que haga falta, Jake. Ya te hemos dicho que debes dejar libre el canal. Con un “Todo correcto”, servirá.

—Lo sé, pero esto es muy aburrido. ¿No podríamos dejarlo un rato y volver luego?

—Jake, el asesino no va a esperar a atacar cuando a ti te venga bien. Sigue patrullando y deja libre el canal.

—Esto no sirve de nada, tíos.

—¡Que dejéis libre el canal, joder!

Así pasamos la tarde. A las protestas de Jake, cada vez más insistentes, se le unieron al cabo de un par de horas las de su hermano Dave. Decía que estaba cansado, que hacía calor, que tenía hambre, que le dolía el culo de estar tanto rato sentado en la bici...

Yo me sentía cada vez más desesperado. Nos habíamos

separado como un grupo de marines preparados para la lucha y en una sola tarde parecíamos un grupo de viejas quejicas. Al menos Jim continuaba estando de mi parte. A los dos nos unía el dolor de la pérdida. Creo que podríamos haber seguido patrullando por siempre.

Cuando el sol inició su descenso, iluminando de rojo las colinas cercanas, decidimos regresar a casa. Le habíamos prometido a nuestras madres que estaríamos de vuelta mucho antes de que oscureciera y no queríamos hacerlas enfadar. Quedamos en reunirnos a la mañana siguiente frente a la casa de Jim para volver a salir de patrulla.

En cuanto entré en casa, mi madre me dio un fuerte abrazo y me anunció que teníamos pizza para cenar. Se la veía radiante al tenernos a todos reunidos alrededor de la mesa. Cada vez que yo hablaba, me reía o me peleaba con Lissie, ella sonreía con el mismo embeleso con el que alguien contemplaría un milagro. Debía de haberse asustado de verdad al verme sin hablar ni reaccionar durante tantos días y, a pesar de que no lo había hecho de manera consciente, me prometí a mí mismo no volver a preocuparla tanto nunca más.

Cuando llegó la hora de acostarse, mi madre me preguntó en susurros si estaba preparado para dormir yo solo o si prefería pasar la noche con ellos, en su cama. Yo le respondí que no era necesario, que estaría bien. Ya tenía doce años, no podía seguir durmiendo en la cama de mis padres. En realidad, ésa no era la auténtica razón. A pesar de que me moría de miedo con sólo pensarlo, quería volver a ver a Anne. Aunque fuese un fantasma, aunque no me dijera nada, aunque quizá su imagen sólo era una prueba de que estaba volviéndome loco, quería volver a tenerla frente a mí. Sin embargo, no fue Anne la que me visitó aquella noche.

Me metí en la cama y, a pesar del asfixiante calor, me tapé con la manta hasta las orejas. Pensaba que no iba a

poder dormirme, que el miedo y las ganas de volver a ver a Anne se aliarían para mantenerme despierto hasta la madrugada. Sin embargo, estaba tan cansado que, nada más tocar la almohada con la cabeza, caí rendido.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me desperté. Noté algo en mi mejilla, algo frío y húmedo que se deslizaba. Abrí los ojos y sentí como todo mi cuerpo se paralizaba. No podía gritar ni escapar ni mover un solo músculo. Sólo podía respirar, pero el aire que entraba en mis pulmones no era suficiente. Sentía que me ahogaba, como si me hubieran colocado una pesada losa sobre el pecho.

Por encima de mí, flotando ingrávido sobre la cama, estaba el cadáver de Bobby. Su pelo y su ropa se mecían movidos por una inexistente corriente de agua. Sólo pude quedarme quieto, mirando su piel pálida, sus labios azulados... Entonces abrió los ojos, aquellos ojos de pez muerto que, a pesar de estar dirigidos hacia mí, no miraban a ningún sitio. Sentí que el corazón se me paraba, que el aire se negaba a entrar en mis pulmones. Pensé que iba a morir.

Bobby abrió los labios y pude contemplar su lengua, amoratada y tan hinchada que casi no entraba dentro de su boca. Extendió los brazos hacia mí y me agarró por el cuello de la camiseta del pijama, tratando de atraerme hacia él. Por suerte, mi cuerpo estaba tan rígido que no pudo moverlo. Se acercó aún más a mí, mientras iba sacando esa lengua que me recordaba a una babosa. Su aliento olía como ellas, un aroma dulzón y pegajoso, a humedad y podredumbre.

De su boca empezó a manar agua a chorros. Me caía sobre la cara, impidiéndome gritar o respirar. Yo trataba de cerrar la boca para no tragar esa agua oscura y corrompida, pero mi cuerpo seguía sin obedecerme. Iba a morir allí, estaba seguro de eso. Bobby me mataría y me llevaría con él, a un lugar oscuro, frío y húmedo del que no había escapatoria.

Un alarido de terror rasgó el silencio de la noche, haciendo que Bobby se desvaneciera. Me di cuenta de que era yo quien estaba gritando. La parálisis había desaparecido y él ya no estaba, pero no podía dejar de gritar. La luz de la habitación se encendió. Mi madre entró corriendo y me abrazó, tratando de consolarme. Mi padre se quedó parado en la puerta de la habitación, sin saber cómo reaccionar.

—Era Bobby... Estaba aquí... Quería llevarme con él...

Yo repetía esas frases una y otra vez, como un mantra, mientras mi madre me abrazaba con fuerza y me susurraba que no iba a pasarme nada malo. Cuando consiguieron que me tranquilizara, mi padre me acompañó a la ducha, mientras mi madre cambiaba las sábanas de la cama. Todo estaba empapado. Por un momento me planteé que todo había sido una pesadilla y que me había hecho pis en la cama. Habría preferido que ésa fuera la explicación, aunque mearse en la cama fuese una vergüenza para un chaval de doce años. Lo que mojaba mis ropas, mi pelo y mis sábanas era un líquido oscuro, mezclado con barro y hojas secas. Era agua del lago. No podía ser otra cosa.

Cuando todo estuvo limpio, mis padres me acostaron en su cama. Dejaron la luz de la mesilla encendida y me dijeron que estuviese tranquilo, que ellos estarían al lado, en la cocina, y que volverían enseguida.

Les escuché hablar durante mucho rato en susurros. Aunque no alcanzaba a entender sus palabras, noté por el tono que mamá estaba muy preocupada. Seguro que a cada momento estaba más convencida de que me perdía, de que me estaba volviendo loco. Yo también lo pensaba.

La oí llorar un par de veces y escuché a papá tratando de consolarla. Me sentí muy culpable. Deseaba poder decirme a mí mismo que las visiones de Anne y Bobby habían sido sólo pesadillas, que había imaginado el agua empapando mi alfombra o mi cama, que a partir de esa noche sería valiente

y no volvería a preocuparles... Pero sabía que no sería tan simple. Anne y Bobby habían estado en mi habitación de verdad. No sabía lo que querían, si era justicia o venganza, pero sabía que no me dejarían en paz hasta que detuviésemos a su asesino.



## IV

A la mañana siguiente volvimos a reunirnos para patrullar. Al principio estábamos animados, creíamos de verdad que ese día conseguiríamos algo. Sin embargo, a medida que fueron pasando las horas, los ánimos fueron decayendo. Hacía un calor tan agobiante que incluso resultaba difícil respirar. Aquel agosto estaba siendo uno de los más calurosos y secos de los últimos años y ese día el sol pegaba con fuerza sobre Swanton. A medida que el calor aumentaba, los mensajes que intercambiábamos cada cinco minutos a través de los *walkies* fueron llenándose de quejas.

—Aquí Eric. Todo en orden.

—Aquí Dave. Estoy cansado y tengo calor. ¿No podríamos dejarlo un rato?

—Aquí Jim. No. Hay que seguir hasta mediodía. Deja ya de quejarte. En mi zona todo OK.

—Aquí Jake. Tampoco va a pasar nada si lo dejamos un rato. Podríamos ir al parque a echar unas canastas o al río...

—Aquí Eric. Vamos a seguir. Dejad libre el canal.

Seguimos así hasta la hora de comer. Las quejas de Dave y Jake eran constantes. Por momentos temí que ni siquiera pudiéramos mantenerlos con nosotros hasta mediodía. Sabía que tarde o temprano los perderíamos y que Jim y yo tendríamos que seguir patrullando solos todo el pueblo.

Cuando llegó la hora de comer, nos fuimos juntos a casa de Dave y Jake. Su madre había preparado una enorme fuente de macarrones con queso para todos, menos para Dave, que era intolerante al gluten o algo así. Me pareció muy triste verle con su plato de verduras y pescado mientras

nosotros comíamos hasta reventar. Además, temía que, sólo entre los tres, no terminaríamos aquella fuente en la vida. Por suerte, Jake se comió su ración, la de su hermano y otras dos más.

Cuando terminamos, estábamos tan llenos que nos resultó difícil levantarnos de la mesa. Salimos de la casa y nos sentamos en el porche, disfrutando de la sombra. El sol seguía golpeando con fuerza. Iba a ser imposible mover a Jake y a Dave en aquellas condiciones y obligarles a patrullar de nuevo. Incluso yo, que me moría de ganas de encontrar al asesino para no tener que volver a enfrentarme a los espíritus de Anne y Bobby, pensé que no pasaría nada si descansábamos un rato.

Nos quedamos a la sombra un par de horas, hablando de tonterías y escuchando música, hasta que Jim se cansó y, sin decir nada, se levantó y se montó en su bici.

—Yo voy a seguir patrullando. ¿Alguien viene?

—Yo también voy —me levanté y recogí mi bicicleta—. ¿Y vosotros?

Jake se levantó a regañadientes, agarró a Dave por un brazo y le hizo ponerse en pie. Yo me coloqué al lado de Jake y le di una palmada en la espalda.

—Venga, seguro que ahora conseguimos algo.

—¿Qué vamos a conseguir? Cuanto más lo pienso, más ridículo me parece todo esto —se quejó Dave.

—Nos habíamos comprometido a hacerlo, así que, al menos, vamos a seguir esta tarde —intervino Jim, con el ceño fruncido—. Por Anne. Por Bobby.

Todos asentimos, montamos en nuestras bicis y le seguimos calle abajo. Al llegar a Spring Street nos separamos para dirigirnos cada uno a nuestra zona. Las tres primeras horas transcurrieron con normalidad. Incluso Dave

y Jake se quejaron menos de lo habitual. Creo que la mirada que habían visto en Jim había vuelto a convencerles de que lo que estábamos haciendo era importante. Sin embargo, según el sol iba declinando y las sombras comenzaban a adueñarse de las calles, las quejas volvieron a aflorar.

—Aquí Eric. Todo en orden.

—Aquí Dave. Estoy cansado y se está haciendo de noche.

—Aquí Jim. Todo OK. Dave, vamos a seguir una hora más. ¿De acuerdo?

—Aquí Jake. Como no volvamos a casa antes de que anochezca, nuestra madre nos mata.

—Aquí Jim. Sólo una hora más. Todavía no será de noche del todo dentro de una hora. Y ahora dejad libre el canal.

A pesar de los chasquidos del walkie, su voz nos llegó con una fuerza especial, con una intensidad que no admitía réplica. Jim no se iba a rendir, no iba a retirarse. ¿Qué podíamos decirle los demás ante su voluntad inquebrantable de no dejar sin venganza la muerte de su hermano pequeño? Durante los siguientes minutos, seguimos patrullando. Nadie volvió a protestar en los mensajes que intercambiábamos:

—Aquí Eric. Sin cambios en mi zona.

—Aquí Dave. Todo correcto.

—Aquí Jim. Todo OK.

—Aquí Jake. Nada que informar.

Los minutos fueron transcurriendo. Las calles fueron vaciándose a medida que los comercios cerraban. Hacía rato que no se veía a ningún chaval por la calle. A pesar de que durante el día la gente de Swanton trataba de comportarse como si nada estuviera sucediendo, la llegada de la noche

hacía reaparecer el miedo. Había un asesino de niños suelto y todo el mundo se refugiaba en sus hogares, tratando de proteger a los suyos y de dejar el mal al otro lado de sus puertas.

Miré mi reloj. Quedaban cinco minutos para el final del plazo que nos había pedido Jim. Descolgué el walkie del manillar de mi bicicleta y comencé la penúltima ronda de informes:

—Aquí Eric. Nada nuevo por aquí.

No llegó ninguna respuesta, sólo un silencio repleto de chasquidos. A pesar de que seguía haciendo muchísimo calor, sentí un frío glacial trepando por mi espina dorsal.

—Dave, es tu turno. Informa.

Volví a quedarme en silencio, paralizado en el arcén, con el walkie pegado a la oreja, esforzándome por escuchar cualquier respuesta.

—¿Qué es lo que pasa?

—Dave, ¿eres tú? Joder, que susto, macho... Pensábamos que te había pasado algo.

—No soy Dave. Soy Jake —a pesar de que trataba de disimularlo, capté el miedo en su voz—. Dave, como nos estés gastando una broma, te voy a freír a collejas. Contesta, capullo.

Todos volvimos a esperar a que Dave contestara. Tenía que contestar. No podía haberle pasado nada malo. Yo intentaba convencerme a mí mismo de que habría dejado el walkie un momento para ir a comprar algo, para hablar con alguien, para sentarse tranquilo en algún sitio... Prefería creerme cualquier posibilidad antes de la que trataba de abrirse paso en mi mente. Sin embargo, por mucho que luchaba por negar aquella idea, a cada segundo estaba más seguro de que era la correcta. Conocía bien a Dave. Era un

quejica y un pesado, pero era un buen amigo y un tío responsable. No nos habría dejado tirados sin avisar ni se habría marchado a hacer ninguna tontería sin llevarse el walkie.

—Dave, joder... ¡Contesta! —la voz de Jake sonaba muy cercana a la histeria.

—Vamos a por él. Quedamos a la entrada del parking de Marble Mill —dijo Jim.

Volví a colgar el walkie del manillar de la bici y pedaleé hacia allí con todas mis fuerzas. En mi interior seguía tratando de encontrar una explicación diferente para que Dave no contestara: se le había estropeado el walkie, le había dado un mareo por el calor... Cualquier cosa que nos permitiera llegar hasta él, darle collejas hasta la muerte y después reírnos todos juntos por el mal rato que nos había hecho pasar.

Al llegar al cruce entre Spring y Canada Street todas aquellas posibles explicaciones se desvanecieron, haciendo que comprendiera que estábamos viviendo en la pesadilla que todos habíamos temido. Su bici estaba tirada sobre la acera, como un bicho muerto. El walkie seguía allí, colgando del manillar. Miré a todos lados en un último intento desesperado de encontrarlo, un último esfuerzo por negar lo evidente. Dave había desaparecido.

## V

Todavía estaba parado en medio de la carretera con un pie a cada lado de la bici, tratando de divisar a Dave, cuando vi a Jake llegando como una exhalación por Greenwich Street. Ni siquiera se detuvo. Mientras pasaba, miró durante un segundo la bicicleta abandonada de su hermano. Después me miró a mí. Yo negué con la cabeza, sin saber qué decirle, y él siguió pedaleando, aún con más fuerza, hacia el puente de Depot Street.

Empecé a seguirlo y escuché un grito a mi espalda. Jim se acercaba por Canada Street y nos pedía que le esperásemos. Sin dejar de pedalear, miré hacia atrás para gritarle:

—Al lago. Vamos al lago. ¡Rápido!

Jim asintió, se inclinó hacia delante en su bici y pedaleó con todas sus fuerzas para alcanzarme. Unos segundos después ya estaba a mi lado. Continuamos pedaleando para tratar de dar alcance a Jake, que ya cruzaba el puente sobre el río. Pensé que nunca le cogeríamos. Temí que llegaría el primero al lago, se encontraría con el asesino y le perderíamos también. Por suerte, no fue capaz de mantener aquel ritmo endiablado durante muchos minutos y conseguimos alcanzarle al llegar a Lake Street. Nos pusimos uno detrás de otro en el arcén, intentando avanzar lo más rápido posible.

Nunca en toda mi vida he ido más rápido con una bicicleta. He crecido, he desarrollado masa muscular, me he entrenado, he participado en alguna que otra carrera... Estoy seguro de que nunca he alcanzado la velocidad a la que íbamos aquella tarde. La desesperación es el más potente de los combustibles.

Recorrimos Lake Street mientras el sol iba ocultándose. Empezaba a oscurecer y los rayos rojizos, rosáceos y anaranjados que habían despedido el día estaban desapareciendo. Aún podíamos ver bien los márgenes de la carretera, la tierra reseca y agrietada, la hierba amarillenta y muerta... Aquel paisaje que agonizaba por la falta de lluvia me resultó inquietante. El mundo parecía indicarnos que todo Swanton estaba condenado y que tratar de resistirse era inútil.

Al llegar a Maquam Shore, algunos coches comenzaron a pitar al adelantarnos, haciendo que el corazón nos saltase en el pecho. El arcén en aquella zona era muy estrecho y podía resultar peligroso circular en bicicleta por allí. De hecho, había una senda cercana para bicis, pero no queríamos desviarnos. Sabíamos que cada segundo era importante y que teníamos que llegar al lago lo antes posible, así que seguíamos pedaleando, casi al límite de nuestras fuerzas, sintiendo que la respiración era cada vez más costosa y que nuestros músculos empezaban a quejarse.

De vez en cuando, yo elevaba la mirada al cielo. A pesar de mis ruegos, el día se moría. Aquello me daba fuerzas para seguir adelante, aún más rápido, en una enloquecida carrera contra la oscuridad que estaba destinado a perder. No quería que hubiese anochecido si nos encontrábamos con el asesino, pero no había nada que pudiéramos hacer para cambiarlo.

Nos detuvimos un segundo al llegar al final de Maquam Shore. El lago ya se veía detrás de las cuidadas parcelas de las casas. Jake tomó aliento durante un par de segundos, esforzándose por conseguir el aire suficiente para hablar.

—Al norte, ¿verdad?

Jim y yo asentimos y giramos hacia el norte, hacia el lugar en el que habíamos encontrado el cuerpo de Bobby. En cuanto llegamos al comienzo de la senda que recorría el

bosque, Jake paró de nuevo su bici.

—Joder, no se ve nada. No vamos a poder ir con las bicis por ahí —comentó Jim.

—Pero andando iremos mucho más lento. No tenemos tiempo —protestó Jake.

—No le vamos a servir de nada a Dave si nos rompemos la crisma. Dejemos las bicis aquí —dije, tratando de convencerle.

Jake lo pensó durante un par de segundos antes de bajarse de su bici, tirarla de cualquier forma en la cuneta e internarse a la carrera entre los árboles. Jim y yo le imitamos y corrimos tras él. En cuanto hubimos avanzado cinco pasos dentro de la senda, nos dimos cuenta de que habíamos acertado al dejar las bicis fuera. Las copas de los árboles eran tan tupidas que ocultaban por completo la débil claridad del atardecer. El camino estaba cubierto de raíces y piedras. Aunque tratábamos de avanzar con cuidado y en silencio, tropezábamos continuamente.

A pesar de la urgencia que parecía devorarlo por dentro, Jake redujo el paso. Yo me pegué a su espalda y Jim se colocó detrás de mí, agarrándome por el cinturón, como si fuera un niño asustado que temiera perderse. Era incómodo llevarle tan pegado, pero no le dije nada. Creo que me reconfortaba su presencia.

Caminamos así durante varios minutos. Los ojos se nos habían ido acostumbrando a la oscuridad y ya no tropezábamos tanto, así que avanzábamos en silencio. Durante todo aquel tiempo no pronunciamos ni una sola palabra. En nuestro interior todos sabíamos con certeza que estábamos cerca y no queríamos asustar a la persona que se había llevado a Dave.

Yo rezaba para que aquella situación no se prolongase mucho más tiempo. Todo mi cuerpo estaba en tensión.



Cualquier pequeño estímulo podía acabar por desquiciarme y provocarme un ataque de pánico. Sentía náuseas, me parecía que la cabeza me daba vueltas y que caería desmayado en cualquier momento... Aunque suene ridículo, tenía ganas de llorar, de escapar y correr a refugiarme en los brazos de mi madre, donde estaba seguro de que nada malo podría sucederme. No hice nada de eso. Traté de respirar de forma tranquila, erguí la cabeza y seguí caminando detrás de Jake, sin saber si deseaba encontrar al asesino de Anne y Bobby o si prefería que fracasáramos en nuestra misión.

Escuchamos un ruido a nuestra izquierda, unos pasos por delante. Lo interpreté de inmediato como el sonido de algo moviéndose en el agua, de alguien luchando por su vida mientras otra persona trataba de ahogarle. Nada más escucharlo, Jake comenzó a correr hacia allí. Yo traté de seguirle, pero Jim se había quedado paralizado y seguía agarrándome con fuerza por el cinturón, así que, durante unos segundos, me moví como los dibujos animados que tratan de arrancar sin moverse del sitio. Cuando Jim reaccionó y me soltó, el impulso hizo que cayese hacia delante. Por suerte, tuve los reflejos necesarios para poner las manos y no dejarme todos los dientes en aquella senda.

—Joder, Jim... —susurré desde el suelo—. Casi me matas.

—Perdona... No me había dado cuenta.

—Ayúdame a levantarme.

Jim me tendió la mano y, al agarrarle, estuve a punto de soltar un grito de dolor. Me había despellejado las palmas por completo y tenía cosas clavadas. Podían ser piedras o astillas o espinas de alguna planta. Con aquella luz y la sangre que me cubría las manos no podía verlo bien y, además, no podíamos detenernos a mirar. Jake había desaparecido de nuestra vista. Sin pensarlo más, ignoré el dolor y seguí la senda. El sonido de los pasos de Jim detrás

de mí me confirmó que él ya había reaccionado y se comportaba de una forma normal. Me alegré mucho por ello. Si la persona que había causado los ruidos era el asesino que buscábamos, íbamos a necesitar toda la ayuda posible.

Escuchamos más ruidos por delante de nosotros. Más chapoteos, como si alguien saliera del agua a la carrera, y los pasos y gritos de Jake. Corrimos cuanto pudimos para salir del bosque y llegar a la orilla. En cuanto dejamos atrás los árboles, la luz de la luna nos permitió ver algo más. Una sombra enorme corría por la orilla del lago, en dirección sur. Sólo pudimos verle durante unos segundos y estaba de espaldas a nosotros, así que nos fue imposible distinguir ningún detalle. Era sólo la sombra de un hombre bastante grande y fuerte vestido con ropas oscuras.

Los gritos de Jake nos hicieron desviar la mirada. Estaba metido en el lago hasta la cintura y tiraba con esfuerzo de un bulto mientras nos ordenaba que le ayudáramos. Me quedé un momento de pie en la orilla, mirando hacia un lado y otro, sin saber qué hacer. Jake necesitaba ayuda para salvar a su hermano, pero, si íbamos hacia él, aquel hombre se escaparía. Un nuevo grito de Jake hizo que me decidiera. Corrí hacia él, salté dentro del agua con Jim a mi lado y le ayudé a arrastrar el cuerpo inerte de su hermano.

Cuando conseguimos sacarlo, le dimos la vuelta. Jim soltó un grito agudo y asustado, como el que emitiría una niña pequeña. Yo me quedé sin habla ante aquellos ojos que parecían expresar sorpresa, ante aquellos labios entreabiertos... Jake se inclinó hacia él y puso su oreja al lado de la boca de su hermano, tratando de descubrir si aún respiraba. Al ver aquellos dos rostros tan parecidos, uno vivo y otro muerto, pensé que el universo se había dado cuenta por fin de su error y lo había enmendado. Ya no había duplicados. Sólo quedaba uno, como siempre debería haber

sido.

Aquel pensamiento tan estúpido me hizo reaccionar. Me levanté del suelo de un salto y le puse la mano en el hombro a Jim para llamar su atención y que me escuchara.

—Voy a tratar de alcanzar a ese hombre. Quédate con Jake y ayúdale.

—No nos dejes aquí —dijo Jake, apartando la mirada de su hermano para clavarme sus ojos aterrados—. Hay que salvar a Dave.

—Tranquilo, iré a alguna casa para que avisen a una ambulancia.

Sin esperar más, eché a correr por la orilla del lago, tratando de alcanzar a aquella sombra que habíamos visto. Ya no había ni rastro de ella. Debía de haberse internado en la senda para refugiarse entre los árboles. Sin pensarlo un momento, yo también corrí hacia allí. La oscuridad me envolvió por completo. Me quedé parado, esperando a que mis ojos se acostumbrasen a la falta de luz, mientras trataba de percibir cualquier sonido que pudiera indicarme que el hombre estaba cerca: el eco de sus pasos, el crujir de alguna rama, su respiración alterada mientras me observaba escondido... Aquellos pensamientos consiguieron que mi corazón se desbocara por completo, golpeando mi pecho con tanta fuerza como si quisiera escapar y dejarme solo en aquella locura.

Eché a correr hacia la salida de la senda. Era una estupidez pensar que el asesino podía estar oculto, esperándome. Seguro que ya había llegado a la carretera y había escapado. Si no le alcanzaba, sería para siempre una sombra, un fantasma oscuro, un espectro que poblaría mis pesadillas con sus largas garras y sus ojos rojos, un depredador salvaje que seguiría llevándose a los niños de Swanton, uno detrás de otro... No podía permitir eso. Tenía

que atraparle, aunque sólo fuera un crío de doce años sin ninguna posibilidad contra un asesino sanguinario. En aquel momento eso no me preocupaba. Sólo quería cogerle y vengar a Dave, a Bobby y a Anne. Sobre todo a Anne...

Escuché un sonido más adelante que volvió a paralizar mi respiración, algo parecido al rugido sordo de una fiera al acecho. Me sentí ridículo al darme cuenta de que sólo era el sonido de un motor al arrancar. Traté de correr aún más rápido. Podía ser el coche del asesino. Se me estaba escapando. Sin importarme el cansancio o la sensación de ahogo, forcé a mi cuerpo a correr a toda velocidad para salir del bosque. Los árboles se espaciaban unos pasos más adelante, mostrando la carretera que llevaba a Swanton.

Cuando llegué allí, sólo pude ver un coche oscuro que se alejaba de vuelta al pueblo. Supe que era él. Sólo alguien que no quiere ser visto conduce con todas las luces apagadas después del atardecer. No pude distinguir su matrícula, ni siquiera su color. Su coche también era una sombra que se me escapaba. Lancé un rugido de ira que hizo huir a la bandada de pájaros que se había refugiado en un árbol cercano a pasar la noche. Durante unos momentos surcaron el cielo dando vueltas sobre mí, como negros presagios que me acecharan.

Seguí la carretera hacia el sur, hacia la zona de casas residenciales. Corrí y corrí, a pesar de que me parecía que hacía tiempo que había gastado todas mis energías. En cuanto llegué a la primera casa, me apoyé en la valla, tratando de recuperar el aliento. Un enorme pastor alemán comenzó a ladrarme, tratando de abalanzarse sobre mí. Di un salto atrás, pero me tranquilicé al ver que estaba atado a su caseta por una gruesa cadena y que no llegaba hasta la valla.

Los ladridos del perro alertaron a los ocupantes de la casa. La luz del porche se encendió y un anciano vestido con

unas bermudas de rayas y una espantosa camisa con estampado hawaiano abrió la puerta. Cuando me vio y se dio cuenta de que sólo era un crío, su gesto se suavizó.

—Cállate, Brownie —le gritó al perro—. ¿Qué quieres, chaval?

—Tiene que ayudarme. Necesito llamar a la policía.

El hombre no se lo pensó. Se apresuró a abrirme la verja y me guió hasta su casa poniéndome un brazo sobre los hombros. Aquella muestra de familiaridad sirvió para aplacar la ira de su perro, que dejó de ladrar y se tumbó apoyando la cabeza sobre las patas delanteras, mirándonos pasar con cara de cachorro adorable.

En la puerta de la casa nos esperaba una anciana de pelo blanco que llevaba una bata floreada. Se apartó para dejarnos entrar y me señaló el teléfono, que descansaba sobre un tapete de ganchillo en una mesita auxiliar. Los dos esperaron abrazados, mientras yo le transmitía la información a una operadora bastante eficiente. Cuando colgué el teléfono, me di cuenta de que lo había manchado todo de sangre. Traté de disculparme, enseñándoles las palmas ensangrentadas de mis manos.

A pesar de las protestas de la mujer, que quería curarme las manos y que nos quedásemos en casa a salvo, el hombre descolgó una escopeta que tenía colocada sobre la chimenea y me guió hacia la salida.

—Vamos, muchacho. Te acompañaré. Quiera Dios que todavía podamos hacer algo por tu amigo.

Antes de salir de su propiedad, el hombre se detuvo ante un cobertizo. Rebuscó en su interior durante unos segundos, haciendo tanto ruido que temí que fuera a venirse abajo, y salió con una potente linterna.

Nos dirigimos tan rápido como pudimos hacia el camino que llevaba al lago. El anciano, a pesar de sus piernas

delgadas y su espalda encorvada, avanzaba a buena velocidad. Cuando llegamos a la senda, encendió la linterna, espantando las sombras de la noche. Con aquella luz y la compañía del anciano armado a mi lado, el camino se me hizo mucho más corto. En pocos minutos, escuché el sonido de unos lloros desconsolados. Nos abrimos paso entre los árboles y salimos a la orilla del lago.

Jim estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, tan inmóvil como una estatua. A su lado Jake lloraba, inclinado sobre el pecho de su hermano. El anciano se acercó y, con mucha delicadeza, tocó a Jake en el hombro para que se apartara. Éste levantó la cabeza y se echó hacia atrás, quedándose sentado en la orilla. El anciano trató de encontrar las constantes vitales de Dave, pero, al cabo de unos segundos, se enderezó, negó con la cabeza y, sin mediar palabra, se quitó su camisa hawaiana y tapó con ella aquel cuerpo sin vida.

Jake empezó a gritar, a tirarse del pelo y a arañarse la cara como si hubiera perdido la razón. Jim y yo nos acercamos a él y tratamos de agarrarle para que no se hiciera daño, pero él se revolvía como si estuviera poseído, tratando de llegar a su hermano.

No sé el tiempo que pasamos luchando contra él hasta que escuchamos las primeras sirenas y las carreras de gente acercándose a nosotros a través del bosque. Sólo sé que me pareció el rato más largo de mi vida, que me sentía cansado y con ganas de morir, que la angustia de Jake parecía invadirnos como un virus contagioso y que sólo tenía ganas de desconectar mi cerebro y de dejar de pensar, recordar y sentir. Y también sé que, por encima de todos esos pensamientos y sentimientos planeaba uno que ya no iba a abandonarme nunca: la culpa.

# **Burlington/Swanton, Agosto de 2016**

## I

Al volver a casa del trabajo, me encuentro a toda la familia sentada a la mesa. Es raro que nos reunamos. Aunque a mi madre le encantaría celebrar estas cenas familiares con todos juntos hablando amistosamente sobre lo que nos ha sucedido a lo largo del día, la verdad es que la mayoría de las noches cada uno cena lo que puede en el momento que le viene bien. Es lo que tiene el mundo actual. Todos estamos demasiado ocupados para comportarnos como las familias que salen en la tele.

Mi madre me indica mi sitio y, sin preguntarme si quiero o no, me llena el plato hasta arriba de estofado de carne con patatas. Yo me siento y acepto el plato sin protestar, aunque estoy seguro de que seré incapaz de comerme todo esto.

—Hoy vuelves tarde —comenta mi madre— ¿Ha pasado algo en la librería?

—No, es sólo que he tenido que quedarme a hablar sobre un asunto con el señor Rutherford después de cerrar.

—¡Qué misterioso! ¿Sobre qué asunto?

—Le he pedido quince días de vacaciones.

—¿Y eso? Pensaba que este año tampoco cogerías vacaciones y que tu jefe te las pagaría como horas extra.

—Sí, eso es lo que hablamos a principios de año, pero necesito esas vacaciones.

—Vaya, el señorito está muy cansado, tanto como para derrochar el dinero que tanta falta le hace a la familia en cogerse unas vacaciones —interviene mi padre entre bocado y bocado—. ¿Puede saberse a qué lugar paradisiaco vas a ir? ¿A Hawái? ¿A Bali?



Me quedo quieto, con el tenedor a medio camino de la boca, mirándole desconcertado. No me puedo creer que sea precisamente él quien me recrimine el dinero que pueda gastarme o no. Mi madre y yo llevamos años manteniendo a esta familia y nunca nos hemos quejado de ello.

—Me voy a Swanton —contesto sin más.

Él se me queda mirando con la boca entreabierta, como si no me hubiera entendido. Poco a poco la idea va calando en su mente. Deja el tenedor en el plato y da un fuerte golpe en la mesa, que hace que todos los demás saltemos asustados en nuestras sillas.

—¿Y se puede saber qué se te ha perdido a ti en Swanton? ¿Para qué demonios tienes que ir ahí?

—Bueno, tengo amigos de la niñez y muchos recuerdos bonitos de ese sitio. No creo que sea tan extraño querer volver.

—¿Cómo que no? Ese lugar estuvo a punto de volverte loco. Si nos mudamos a esta mierda de ciudad fue precisamente para alejarte de Swanton y tratar de salvarte.

—Bueno, todo aquello pasó hace muchísimos años. No voy a volverme loco por pasar allí quince días.

—Más te vale... —mi padre sigue mirándome enfadado mientras niega una y otra vez con la cabeza—. ¿Sabes la cantidad de sacrificios que tuvimos que hacer tu madre y yo por ti después de sacarte de Swanton? ¿Sabes la cantidad de dinero que tuvimos que gastar en psicólogos y psiquiatras para que volvieras a ser tú?

—Lo sé, me lo has dicho mil veces —le corto, furioso—. Al igual que has sugerido mil veces que vinimos a esta ciudad por mí y que, de alguna manera, soy el culpable de que tú tuvieras el accidente en la fábrica y de que desde entonces seas un tullido.

—¡No le hables así a tu padre! —me ordena mi madre, dando ella también un golpe en la mesa.

—¿Y cómo quieres que le hable? Estoy harto de tener que agradecer lo que hicisteis por mí en el pasado. ¡Yo no os lo pedí! Y estoy harto de que me culpéis de lo que le pasó a papá y de que se suponga que, a cambio, yo tenga que estar tirando de esta familia. No voy a manteneros toda la vida.

—¿Cómo que mantenernos? —protesta Lissie con su voz aguda—. Yo también trabajo.

—¿Quince días cada tres meses? ¿Crees que pagas algo con eso? Tu hijo se come en un mes más de lo que tú ganas en todo el año.

—Eh, que yo no me he metido contigo —interviene Brad con la boca llena de estofado.

Todo es tan surrealista que tengo ganas de marcharme de una vez y no volver jamás. Dejo el estofado sin probarlo siquiera y me levanto de la mesa. Subo a toda prisa las escaleras y me encierro en mi habitación. Mientras estoy sentado en la cama, agarrándome la cabeza con las dos manos para tranquilizarme, escucho los gritos de mi familia. Parece que se ha liado una buena. Ésa es otra de las razones por las que no solemos cenar juntos. Normalmente, por uno o por otro, todas las conversaciones acaban así. Aunque desde fuera podemos parecer una típica y feliz familia americana, todos tenemos demasiadas cosas que echarnos en cara los unos a los otros.

Al cabo de un rato, escucho un portazo y la casa queda en silencio. Supongo que mi padre ha debido cansarse de discutir y ha decidido ir a refugiarse en el bar. Sin pensarlo más, decido marcharme esta misma noche. Sacó una mochila de mi armario, meto un par de vaqueros, tres camisetas, algo de ropa interior y unas zapatillas de repuesto. Todavía estoy pensando si me dejo algo cuando

escucho un par de tímidos golpes en la puerta de mi cuarto. Sin esperar a que conteste, la puerta se abre y mi madre asoma la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Me siento en la cama y doy un par de golpecitos en el colchón para indicarle que se ponga a mi lado. Ella obedece, se sienta muy cerca de mí y apoya su cabeza en mi hombro.

—¿Hay algo que pueda decirte para que te quedes?

—No, no hay nada —aunque sigo enfadado, trato de contenerme. Ella es la única persona en el mundo que nunca me ha dado razones para tratarla mal—. No entiendo por qué os ponéis así. Sólo voy a Swanton. No va a pasarme nada malo.

—Comprende que nos preocupemos. Lo pasaste tan mal con las muertes de tus amigos... Hubo momentos en los que pensamos que nunca volverías a ser el mismo.

—Lo entiendo, pero ya no soy el niño de entonces. Estaré bien —me giro hacia ella y le lanzo una sonrisa tranquilizadora—. Siento mucho lo mal que os lo hice pasar y que tuvierais que cambiar toda vuestra vida por mí, pero no podéis seguir responsabilizándome de eso.

—Nadie lo hace, Eric. Todo lo que hicimos en el pasado por ti, lo hicimos porque te queríamos. No me arrepiento de ninguna de las decisiones que tomamos... y sé que tu padre tampoco lo hace. Simplemente seguimos preocupándonos por ti.

—Os lo agradezco, pero no va a pasar nada. No ha habido más crímenes desde entonces. Tan sólo serán unas vacaciones tranquilas en el pueblo de mi infancia. No tiene nada que ver con lo que sucedió.

Estoy mintiendo de una forma tan descarada que temo

que ella lo note. Además, me siento culpable. Mi madre está aquí, consolándome y abriéndome su corazón, y yo estoy mintiéndole a la cara. Parece que ella no se da cuenta. Se levanta de la cama, se pone frente a mí y me revuelve el flequillo, como hacía cuando yo era un crío. Ese gesto me desarma por completo y tengo que clavar la vista en las punteras de mis zapatillas, como si fueran lo más interesante que he visto en mi vida.

—Cuídate mucho y llama todos los días —se mete la mano al bolsillo y saca un fajo de billetes—. Toma. Lo estaba guardando para una lavadora nueva, pero creo que te vendrá mejor a ti.

Yo niego con la cabeza, pero ella toma una de mis manos, estampa los billetes sobre ella y me cierra el puño sin dejarme discutir. Después se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla.

—Voy a prepararte algo de comer para el viaje. Te lo dejo en la cocina.

Sin decir nada más, sale de la habitación. Me entran ganas de llorar como si fuera un chiquillo. Me arrepiento de haberla mentido y me da pena que pueda estar preocupada por mí mientras esté fuera. Durante unos segundos siento ganas de contarle la verdad, de hablarle sobre el libro, sobre la pobre Joan, sobre mis sueños... Creo que ella es la única persona en este mundo que podría comprenderme y ayudarme, pero, si se lo cuento, me encerrará en mi habitación de por vida. No puedo confesarle que me marcho a Swanton a jugar a la ruleta rusa con mi salud mental y esperar que ella me comprenda y me apoye. Además, aunque ya estoy empezando a plantearme que este viaje es una locura y que debería hacerle caso a mi familia, no puedo echarme atrás. Tengo que ir a Swanton. Es importante, aunque nadie más pueda entenderlo.

Termino de preparar la mochila. Meto el dinero, el

cargador del teléfono, un par de libros... Cuando estoy seguro de que ya lo tengo todo, vuelvo a sentarme en la cama y busco en el móvil cuándo sale el siguiente autobús para Swanton.

No me lo puedo creer. Sólo hay un autobús al día, a las seis y media de la mañana. Ese autobús hace un recorrido de unos cincuenta minutos y te deja en un lugar remoto y aislado llamado Georgia Park, donde hay que esperar ocho horas hasta que llegue el autobús a Swanton. Casi parece una broma, como si todo el universo estuviese conspirando para que me desanime y olvide la idea de llegar allí.

Sólo por probar, miro en Google Maps cuánto tardaría en llegar en bicicleta. Sólo son treinta y siete millas. Podría estar en Swanton en unas cuatro horas. Sin dudar un segundo más, me echo la mochila al hombro y bajo las escaleras. Si me quedo en casa esta noche, sé que lo pensaré mejor y ya no me moveré de aquí.

Mi madre ha preparado un par de sándwiches y un paquete de galletas. Lo meto todo en la mochila, junto con una botella de agua. Antes de salir, me quedo unos segundos en la cocina. Desde el salón, al otro lado del pasillo, escucho el murmullo de un concurso de la tele y las voces de mi madre, de Lissie y de Brad. Me planteo que quizá debería decirles adiós, pero prefiero no hacerlo. Ya me he despedido de mi madre en mi habitación y no tengo ninguna gana de encontrarme con las miradas de reproche de mi hermana y de su hijo.

Salgo de casa, abro la puerta del garaje y me pongo el casco y el chaleco reflectante. Después me ajusto bien las correas de la mochila y monto en mi bici. Creo que es lo mejor. Con esta bici recorrí las calles de Swanton una y otra vez. Es justo que sea ella la que me devuelva allí.

Salgo del garaje y, sin mirar atrás, tomo la carretera y me alejo de casa, siguiendo las luces rojizas del crepúsculo.

## II

Ya ha pasado la medianoche cuando por fin llego a Swanton. He tardado mucho más de lo que pensaba. Creo que fui demasiado optimista con mis capacidades físicas. No es lo mismo ir todos los días a trabajar en bici que recorrerse casi cuarenta millas, con sus correspondientes cuestas arriba, sin el equipamiento adecuado. Me duele tanto el culo que creo que no podré sentarme en un par de días y tengo la cara interna de los muslos en carnes vivas por el roce con el vaquero.

A pesar de todo esto, me detengo en First Street y me quedo de pie, con una pierna a cada lado de la bicicleta y las manos aún aferradas al manillar, contemplando el pueblo dormido a la luz de la luna con una sonrisa embobada en el rostro. Estoy aquí de nuevo y todo parece igual. Por un momento casi siento que vuelvo a ser aquel crío de doce años al que aún no le había sucedido nada malo y que pensaba que los monstruos sólo existían en los cuentos. Durante unos segundos casi creo que puedo ir a buscar a Jake y a Dave para ir todos juntos a la casa del árbol de Jim. Durante un instante casi creo que podré ir con Anne a robar chocolate al almacén de su padre.

El ruido de un motor y el brillo de unas luces azules me sacan de mi ensoñación. Un coche de la policía se acerca a mí por First Street. Continúo parado en el arcén de la carretera, esperando a que pase de largo para volver a disfrutar del pueblo en soledad, pero el coche se detiene a mi lado y la ventanilla del conductor desciende.

—¿Te has perdido, hijo? ¿Necesitas algo?

Reconocería ese enorme bigote de morsa en cualquier parte. No puedo creerme que el inspector Dunning siga en

activo. Ya era viejo cuando yo era un crío.

—¿Inspector Dunning? —le pregunto para asegurarme.

El hombre apaga el motor, abre la puerta y se baja del coche con esfuerzo. Si en mi recuerdo era un hombre enorme, en la realidad ese apelativo se queda muy corto. La barriga le ha ido creciendo a un ritmo constante en los últimos quince años, hasta el punto de que le cuesta manejarla. Más que salir del coche, se va desplegando hasta convertirse en una mole de más de ciento cincuenta kilos de peso. El simple acto de salir altera su respiración, que se escucha rápida y forzada en el silencio de la noche. Se queda unos segundos quieto, recuperando el resuello, mientras me mira con sus desconfiados ojillos de tejón.

—Sheriff Dunning —me corrige—. ¿Nos conocemos?

—Sí, soy Eric Armstrong —le tiendo la mano, pero él no hace ningún ademán para responder a mi saludo—. Mi familia y yo vivimos en Swanton hasta el año 2001. Usted me estuvo interrogando...

—Sí, por la desaparición de la niña de los Austen. Lo recuerdo. También eras uno de los chavales que encontraron los cuerpos de Robert Miller y David Carter.

Me sorprende que recuerde con tanta claridad los nombres de todas las víctimas. Han pasado más de quince años desde entonces y, aunque es posible que aquellos crímenes hayan sido el caso más importante de toda la carrera de Dunning, me pregunto si el hecho de recordar los detalles puede significar que para él ese crimen sin resolver es una espina clavada, una obsesión... Y me pregunto si, de alguna manera, esa obsesión podría ayudarme.

—No habrás vuelto aquí por eso, ¿verdad?

—No, no... He venido de vacaciones, a pasar unos días en el pueblo de mi infancia.

—¿A medianoche y en bicicleta? —frunce el ceño y sus ojillos se hacen tan pequeños que temo que desaparezcan.

—Bueno, desde Burlington no cuesta tanto. Tenía pensado llegar mucho antes, pero me entretuve por el camino.

—Espero que sea verdad y que no me des problemas, chico —dice con su mejor voz de poli duro—. No quiero verte metiendo las narices en cosas que no te importan.

—Bueno, el caso no está cerrado, ¿verdad? Nunca se encontró al asesino.

—El caso no está cerrado para la policía, pero sí para ti. Olvídate de todo aquello y disfruta de tus vacaciones. Los muertos, muertos están.

Asiento, obediente, me subo a mi bicicleta y sigo mi camino por First Street. Giro la cabeza unos segundos después y le veo, aún al lado de su coche, con los brazos cruzados ante su enorme pecho, vigilándome. Me gustaría haberle dicho que no tiene razón, que los muertos no siempre están muertos del todo y que algunos continúan merodeando y exigiendo justicia. No se lo digo porque sé que no serviría de nada. Si contara lo que me sucede, sólo conseguiría que piensen que estoy enloqueciendo, como me ocurrió de niño. Estoy solo en esto.

Tras pasar la biblioteca, giro hacia el sur por Grand Avenue y pedaleo hasta llegar al cartel amarillento al lado de la carretera que anuncia el motel de Swanton. A la entrada del parking hay una casita verde con un tejado gris a dos aguas. A través de sus ventanas se filtra la luz y la puerta principal está abierta. Dejo la bici en la entrada y paso a la recepción. Una mujer con el pelo gris levanta la cabeza de la revista que está leyendo tras el mostrador, se quita las gafas y me saluda sonriente:

—Bienvenido al Swanton Motel. ¿En qué puedo



ayudarle?

—Necesito una habitación individual. ¿Cuánto cuesta cada noche?

—La más barata son sesenta y dos dólares. ¿Cuántas noches piensa quedarse?

Me la quedo mirando durante unos segundos como si me hubiera hablado en otro idioma. ¿Sesenta y dos dólares la noche en un pueblo como Swanton? Se les debe haber ido la olla a todos mientras yo no estaba y se creen que esto es Las Vegas. No le encuentro otra explicación. Ese precio está muy por encima de mis posibilidades. Voy a tener que comprarme una tienda de campaña y dormir escondido en el bosque.

Ella me sonrío, nerviosa, esperando una respuesta. Ya es muy tarde para buscar otra opción y estoy destrozado, así que, con todo el dolor de mi corazón, saco mi tarjeta de crédito del bolsillo de los vaqueros y se la doy.

—Sólo una noche, gracias.

La mujer me pasa un libro para que escriba mis datos mientras me cobra. Después me tiende una llave atada a un trozo de madera blanca en la que está escrito el número 104.

—Que pase una buena noche. No olvide que tiene que dejar la habitación libre antes del mediodía o se le cargará otro día más.

Yo asiento y salgo de la recepción, convencido de que dejaré la habitación mucho antes. Sólo cuento con unos seiscientos dólares entre lo que me dio mi madre y un anticipo que le pedí al señor Rutherford. Si no encuentro algo más barato, tendré que marcharme en menos de una semana. No sé lo que voy a hacer, pero ya me preocuparé de ello por la mañana. Ahora sólo quiero darme una ducha y dormir ocho o diez horas.

El motel se compone del típico edificio de una sola planta con porche corrido en el que van sucediéndose las habitaciones. Voy recorriendo el parking con la bicicleta agarrada por el manillar hasta que veo la puerta de la habitación 104. Ato la bici a una columna, entro en mi habitación y enciendo la luz. No puedo creerme que me hayan pegado semejante clavada por esto. La habitación está limpia y ordenada, pero es pequeña y sólo contiene una cama con una horrible colcha floreada, una cómoda con espejo y un pequeño cuarto de baño con ducha. Me encojo de hombros mientras pienso que no necesito nada más. Tiro mi mochila sobre la cama, saco unos calzoncillos limpios y me voy al baño, rezando para que haya toallas porque olvidé llevarme alguna al hacer el equipaje.

Después de más de diez minutos bajo el agua templada noto que el dolor de mis músculos se va desvaneciendo. Me siento aún más adormilado que antes de ducharme y, durante un momento, temo que no seré capaz de llegar hasta la cama sin dormirme por el camino. Salgo del baño, me arrojo sobre la cama y me quedo dormido al instante.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando vuelvo a despertarme. Al principio estoy muy desorientado. Ni siquiera sé dónde estoy ni por qué no estoy en mi cama. Poco a poco, los recuerdos se abren paso en mi mente. Estoy en Swanton, en una habitación de motel que me ha costado un ojo de la cara. La cama es cómoda y el aire acondicionado hace que el ambiente sea agradable a pesar del bochorno de esta noche de agosto. Entonces, ¿por qué me he despertado?

Me siento en la cama y me froto los ojos, tratando de espabilarme. De repente, lo noto. Hay un ruidito, un sonido débil pero repetitivo. Ploc, ploc, ploc... He debido de dejarme algún grifo abierto en el cuarto de baño. Me tumbo, intentando ignorarlo y volver a dormir, pero ahora que me he hecho consciente de él, me parece que suena cada vez más

fuerte. No voy a poder dormirme de nuevo con ese sonido constante. Me levanto de mala gana y entro en el baño. El ruido proviene del lavabo. Cada segundo más o menos se forma una gruesa gota en el borde del grifo. Aprieto las llaves del agua con todas mis fuerzas y me aseguro de que queda bien cerrado antes de regresar a la cama.

Me tumbo de nuevo dispuesto a volver a dormirme. Todavía no entra luz desde el exterior, así que deben de quedarme bastantes horas de sueño. Sonrió ante la perspectiva de seguir descansando, me abrazo a la almohada y cierro los ojos.

Ploc, ploc, ploc... El sonido está otra vez ahí. Incluso parece que cae a mayor velocidad que antes. Me tapo la cabeza con la almohada, tratando de ignorarlo y dormir de nuevo, pero es imposible. El sonido se acelera y se hace más fuerte. Ploc, ploc, ploc, ploc, ploc... Lanzo un juramento, me levanto de la cama y vuelvo a entrar en el baño. El goteo es incesante y el grifo de la ducha ha decidido unirse al del lavabo para montar una fiesta. Cierro todas las llaves con tanta fuerza que me hago daño en las manos y compruebo que ya no salga agua antes de salir.

En cuanto cierro, lo oigo de nuevo. El sonido ha cambiado y ya no es un goteo. Abro la puerta del baño y contemplo la escena, alucinado. Los dos grifos están abiertos del todo, echando agua a chorros. Si siguen así, es posible que la habitación se acabe inundando y que encima pretendan cobrarme más por los destrozos. Me pongo unos vaqueros y una camiseta y, sin calzarme siquiera, salgo de la habitación a la carrera.

La mujer de recepción continúa tras el mostrador, como si el tiempo no hubiera pasado para ella. Tan sólo ha cambiado su revista por una novela en cuya portada puede verse el torso desnudo de un hombre vestido tan sólo con una falda escocesa. Ella cierra la novela y la esconde bajo el

mostrador. Noto que se ha sonrojado. Pienso en decirle que no se preocupe, que trabajo en una librería y no me asusto por las mierdas que lee la gente, pero no estoy de humor para comportarme de forma conciliadora.

—Pasa algo en mi cuarto de baño —le digo sin saludar siquiera—. Los grifos se abren continuamente.

—No puede ser. Acabamos de cambiar la grifería de la 104.

—Eso dígaselo al fontanero. Ahora mismo está saliendo el agua a chorros en el lavabo y en la ducha.

La mujer no discute más y sale tras de mi rumbo a mi habitación. En cuanto abro la puerta, noto que algo ha cambiado. El lugar está en silencio. No hay rastro del sonido del agua cayendo a borbotones. Ni siquiera se oye el tenue goteo con el que empezó el espectáculo. Ella se dirige al baño, abre la puerta y mira dentro. Después de un par de segundos, se gira hacia mí y niega con la cabeza.

—Los grifos están cerrados.

—No sé qué ha podido pasar. Le juro que se han abierto varias veces y que la última vez pensé que iba a inundarse todo.

—¿No lo habrá soñado?

Tengo ganas de gritarle que estoy seguro de que no lo he soñado. ¿Quién va a estar tan loco como para soñar con algo tan tonto como grifos que se abren? Sin embargo, lo dejo pasar. Sé que no serviría de nada protestar. Niego con la cabeza y me encojo de hombros.

—No lo entiendo. Puede que lo haya soñado, no lo sé... Espero que me disculpe.

Ella asiente y sale de la habitación sin decirme una palabra más. En cuanto cierra la puerta lo vuelvo a oír. Ploc, ploc, ploc...

Durante unos segundos dudo si salir corriendo para avisar de nuevo a la recepcionista, pero decido no hacerlo. Sé que ella no lo va a oír, que los grifos pararan en cuanto cruce la puerta. Ese sonido quiere decirme algo y ese mensaje, sea cual sea, es sólo para mí.

Vuelvo a abrir la puerta del baño. Entro con la mirada clavada en las baldosas del suelo, temeroso de mirar al espejo y encontrar algo que no sea mi imagen. Tomo aire varias veces, tratando de recuperar el valor que he perdido y, poco a poco, levanto la cabeza y miro al espejo. No hay nada. Tan sólo mi reflejo, la imagen de un tío pálido y tembloroso con las pupilas tan desorbitadas como si hubiera consumido un campo de marihuana.

Los grifos han vuelto a animarse y a arrojar abundantes chorros. Trato de convencerme de que todo esto no significa nada, de que me estoy dejando llevar por la histeria. Sólo es agua, algún tipo de desafortunada avería en la instalación. ¿Cómo voy a enfrentarme a mi pasado si unos simples e inofensivos chorros de agua me acojonan hasta este punto? Tan sólo tengo que pensar fríamente, tranquilizarme y conseguir detener esto para poder volver a la cama y descansar. Mañana lo veré todo de una manera diferente.

Busco las llaves de paso y las encuentro en una esquina, cerca del techo. Por suerte, puedo acceder a ellas poniéndome de puntillas, así que las cierro y compruebo que el agua deja de manar. Ya está. Ahora podré irme a dormir y olvidarme de todo esto.

Vuelvo a la cama con todos los sentidos alerta. Una parte de mi mente sigue sin estar tranquila y me sugiere (a gritos) que me largue de Swanton y vuelva a mi casa, que olvide todo lo que pasó y siga con mi vida, que, como ha dicho el sheriff Dunning, los muertos, muertos están.

A pesar del calor, me tapo por completo con la manta y

entierro la cabeza bajo la almohada. Si lo que sea que está intentando asustarme quiere seguir jugando con el agua, que lo haga, pero yo no quiero enterarme. Sólo quiero tranquilizarme y dormir.

Un nuevo sonido llega del baño, algo como el rugido de las tripas de una enorme bestia. Me siento en la cama, con el corazón retumbando en el pecho. Sé que debería ir a mirar, pero no soy capaz de moverme. Lo único que puedo hacer es luchar por llevar aire a mis pulmones a través de una garganta que se ha vuelto diminuta.

Reconozco el sonido. Es el ruido que hace el agua al avanzar por unas cañerías que llevan demasiado tiempo sin usarse. ¿Qué significa eso? ¿Por qué suena como si un torrente se aproximase a través de las tuberías huecas? Entonces escucho el ruido del agua al impactar con fuerza contra el lavabo y contra el suelo de la ducha y me invade el ridículo pensamiento de que el agua está furiosa y viene a hacerme daño.

Siento ganas de salir corriendo, pero no puedo hacerlo. Lo he dejado todo atrás para descubrir qué pasó, para traer paz a mi alma y a los espíritus de Dave, Bobby y Anne. No puedo rendirme ante la primera dificultad.

Me levanto de la cama, desenchufo la lámpara de la mesilla y con ella en alto, como una improvisada arma de defensa, abro la puerta del baño con tanta fuerza que se estampa contra la pared y vuelve hacia mí. La detengo con la mano y me quedo en el umbral, contemplando la estampa surrealista que se desarrolla ante mis ojos. El agua mana a chorros de los dos grifos, pero ya no es clara y transparente. Es oscura y turbia y está llena de hojas secas y pedacitos de ramas. Es agua del lago.

No sé quién está causando todo esto ni qué quiere decirme. ¿Son los fantasmas de mis amigos pidiendo ayuda? ¿O es el espíritu que aparecía en el cuento tratando de

asustarme para que me vaya? Si es él, está muy cerca de conseguir su objetivo. Sin embargo, decido apostar por la otra opción.

—¿Anne? ¿Dave? ¿Bobby? ¿Sois vosotros? He venido para ayudaros. No es necesario que hagáis todo esto.

El agua va perdiendo fuerza. Deja de golpear contra la porcelana para convertirse en un chorro y sigue debilitándose poco a poco hasta cesar por completo. El agua que se había quedado estancada en el lavabo y en el suelo de la ducha va colándose por el desagüe hasta desaparecer. Lo último que se escucha cuando el agua escapa por las tuberías es un desagradable sonido de succión, como si un enorme monstruo estuviera sorbiendo sopa. Después sólo hay silencio. Si no fuera porque el plato de la ducha y el lavabo continúan cubiertos de restos de hojas y ramas, podría pensar que lo he soñado todo.

Cierro la puerta del baño y vuelvo a la cama para sentarme. El corazón me va a mil por hora, el aire me falta y la vista se me nubla. Voy a caerme redondo si no me siento y consigo tranquilizarme. Esto va mucho peor de lo que había imaginado. Sólo llevo unas horas en el pueblo y ya me siento como un funambulista tratando de bailar sobre el abismo de la locura en medio de un vendaval. No hay nada que pueda tranquilizarme. O hay espíritus jugando conmigo o estoy teniendo alucinaciones. No sé cuál de las dos opciones me da más miedo. Lo único que sé seguro es que no soy la persona indicada para hacer esto.

Cuando noto que mi respiración se ha calmado un poco y que he dejado de temblar, me levanto de la cama, me visto y recojo mis cosas a toda velocidad. No quiero permanecer más tiempo en esta habitación. Echo un vistazo a mi reloj. Sólo he dormido tres horas. Creo que son los sesenta pavos peor invertidos de mi vida.

Salgo de la habitación sin saber adónde ir, ni qué voy a

hacer al día siguiente. No sé cómo investigar, no sé a quién puedo preguntar ni qué. Vuelvo a pensar que no estoy preparado para esto, pero sé que da igual. No hay nadie más. Han pasado quince años y nadie sabe qué pasó, nadie ha encontrado al culpable. Anne, Bobby y Dave sólo me tienen a mí. Tendrá que valer.



### III

Cuando voy a entregar la llave en recepción, la mujer ya no está. En su lugar hay un chaval con el pelo rizado y cara de dormido, que se limita a coger la llave y saludarme con un gesto de la cabeza, sin decir una sola palabra. Salgo del motel con la mochila al hombro y la sensación de estar perdido y solo en el mundo. No tengo ni idea de qué voy a hacer hoy, qué comeré o dónde dormiré, pero estoy decidido a no dejarme llevar por el desánimo. Tengo que ver esto como una aventura e ir solucionando cada problema según surja. Me encantaría sonreír y decirme a mí mismo eso tan bonito de "Dios proveerá". Lástima que soy agnóstico y que no tengo ni idea de si proveerá o no.

Me monto en la bici y me dedico a dar vueltas por el pueblo. En cuanto amanece, encuentro un bar abierto y decido darme un homenaje en forma de café con leche por litros y una montaña de tortitas con sirope. Me tiro un par de horas desayunando, entreteniéndome con un libro mientras Swanton va volviendo a la vida.

Cuando termino, me dirijo al ayuntamiento dispuesto a comenzar mi investigación. Sé que es una estupidez tomar los datos que una esquizofrénica ha escrito en un cuento infantil como punto de partida, pero no tengo nada más. Si confío en lo que escribió Joan en su libro, ya sé un montón de cosas sobre el asesino: es un hombre, vecino de Swanton desde hacía bastante años, ya que todo el mundo le conocía y confiaba en él, y que se marchó del pueblo después del último asesinato, a finales del año 2001. Creo que con estos datos será fácil ir descartando gente hasta quedarme con un grupo reducido de sospechosos. Tan sólo tengo que hacerle las preguntas correctas a la gente adecuada. Creo que el ayuntamiento es el mejor sitio para comenzar.

Entro en el edificio y me coloco en la fila de información. Un hombre gordo, que dedica más tiempo a secarse el sudor de la calva con un pañuelo que a trabajar, es el encargado de atender al público. A pesar de que aún es pronto, ya hay una cola considerable, así que tardo más de veinte minutos en llegar hasta él.

—Buenos días. Necesito saber los nombres de todos los hombres que se marcharon de Swanton entre agosto y diciembre del 2001 —digo nada más plantarme frente a él.

—Ésta no es la cola adecuada para ello. Tiene que ir a la ventanilla del registro municipal. Segunda planta, tercera puerta.

El hombre dirige su mirada hacia la persona situada inmediatamente detrás de mí, considerando que ya ha atendido mi petición. Vuelvo a ponerme la mochila al hombro y subo al segundo piso. La ventanilla del registro está cerrada. Parece que no hay nadie en toda la planta, así que me quedo de pie en el pasillo, mirando a todos lados con cara de tonto. Al cabo de un par de minutos, veo pasar a un chico con un mono gris y una escoba.

—Disculpe —grito para llamar su atención antes de que desaparezca tras la primera esquina—. ¿Sabe cuándo abren el registro municipal?

—A las ocho.

—Pero son las nueve y está cerrado.

—Supongo que habrá ido a desayunar—contesta él, encogiéndose de hombros antes de seguir con su trabajo.

Me resigno a esperar y tomo asiento en una incómoda silla de plástico. Media hora después aparece una mujer con un vaso de café en la mano. Supongo que será su segundo o tercer desayuno, ya que con lo que ha tardado, le ha tenido que dar tiempo de sobra a tomarse uno en el bar. Ella entra en una habitación y cinco interminables minutos después

abre la ventanilla del registro.

—Buenos días. Quería saber los nombres de todos los hombres que se marcharon de Swanton entre agosto y diciembre del 2001.

—Puedo proporcionarle la información del número de personas que se marcharon de Swanton en esa época.

—Con el número sólo no me sirve. Necesitaría sus nombres y antiguas direcciones. Y si pudieran proporcionarme también sus edades y algún teléfono o medio de contacto, sería perfecto.

—No me ha entendido. El número de habitantes que se marcharon es el único dato que puedo proporcionarle. El resto de datos que solicita son confidenciales y no puedo facilitárselos.

—Lo comprendo —trato de lanzarle mi sonrisa más encantadora—. Es totalmente normal que no puedan darle esos datos a cualquiera. A saber para qué los podrían utilizar... Mi caso es diferente. Estoy realizando una tesis doctoral sobre las causas de la emigración hacia zonas urbanas a principios del siglo XXI...

—En ese caso deberá rellenar estos impresos para solicitar que se le permita acceder a esos datos —la mujer empieza a sacar un montón de papeles y a colocarlos frente a mí—. Necesitará también una carta del rector de su universidad y otra del profesor que le está ayudando a realizar su tesis en las que se justifique la necesidad de acceder a esos datos confidenciales. También necesitaremos una declaración jurada en la que prometa no utilizar esos datos para otros fines que no sean los de su estudio, además de otra en la que se comprometa a la destrucción total de esos documentos una vez haya terminado su investigación...

La mujer sigue hablando mientras saca más y más impresos. Yo me limito a asentir y a sonreír mientras voy

guardándolos en mi mochila. Quizá me sirvan esta noche como combustible si tengo que acabar acampando en el bosque.

Cuando consigo salir del ayuntamiento, me quedo un momento parado en mitad de la acera, agarrando la bicicleta, sin tener ni idea de adónde ir. No puedo rendirme ya. Tiene que haber algún sitio en el que puedan contestar a mis preguntas. La respuesta se abre paso en mi cabeza en unos segundos. En el registro de propiedad tienen que saber todas las casas que han cambiado de manos y en qué año. Quizá allí sean menos exquisitos con las leyes de protección de datos.

Después de preguntar un par de veces, llego al registro. Ocupa la planta baja de un edificio comercial. Según entro, me sorprende la oscuridad y el frío que imperan allí dentro. Deben de tener el aire acondicionado funcionando a plena potencia. Un hombre rubio con gafas de pasta esboza una media sonrisa al verme entrar.

— Buenos días. Estoy realizando una tesis doctoral sobre las causas de la emigración hacia zonas urbanas a principios del siglo XXI y necesito saber las propiedades que cambiaron de dueño en Swanton entre agosto y diciembre del 2001. ¿Podrían proporcionarme esos datos?

— Bueno... esto... el caso es... —el hombre me esquivo la mirada y la pasea por los papeles del mostrador. Por un momento me planteo que el frío ha hecho que se me marquen los pezones a través de la camiseta y que por eso le da palo mirarme.

— Ya, ya sé —intento ayudarlo—. Me va a decir que esos datos son confidenciales, pero los necesito para una investigación académica y puedo asegurarle que serán tratados con la máxima discreción.

— No, no son confidenciales —el hombre se rasca el pelo

de la nuca, manteniendo la mirada baja. Está empezando a ponerme nervioso.

—Entonces, ¿me los puede facilitar?

—Sí, pero será una búsqueda muy amplia.

—No tengo prisa —es mentira, pero el hombre parece tan agobiado que casi me da pena.

—El problema es que cuesta veinte dólares el informe de cada propiedad que quiera consultarse. A lo mejor son muchas. ¿Puede permitírselo?

Me quedo mirándole como si acabara de pedirme que le vendiera mi alma inmortal y a mi primogénito varón. ¿Veinte dólares por consulta? No sé cuánta gente se marcharía de Swanton en ese año, pero si son más de cuatro o cinco, me habrán jodido las finanzas por completo. No puedo permitirme pagar eso, al menos hasta que haya reducido al mínimo la lista de las propiedades que quiero consultar.

—Tendría que hablarlo con la universidad —sonrío, tratando de esconder mi frustración—. Volveré en un par de días.

Salgo del registro sintiéndome aún más cansado y perdido. No puedo creerme que esto sea tan difícil. Ni tan caro. Sólo me queda una opción. Busco en el móvil si hay alguna inmobiliaria en Swanton. Hay una a las afueras del pueblo, hacia el norte, en la carretera 78. Vuelvo a montar en mi bici y me dirijo hacia allí. A pesar de que todavía no es mediodía, hace un calor infernal en la calle. El aire es tan cálido y seco que cuesta respirar. Miro hacia el cielo, buscando el atisbo de cualquier nube que proporcione algo de esperanza, pero, como en las últimas semanas, no hay nada. Empiezo a pensar que, el día que vuelva a haber nubes, ya no las reconoceremos.

Para cuando llego a la inmobiliaria, estoy rojo y

sudoroso. Lo peor es que sigo sin saber si voy a poder alojarme y ducharme en algún sitio, así que puede que este sudor me acompañe durante mucho, mucho tiempo. Nada más abrir la puerta de la inmobiliaria me siento mejor. Aquí también tienen el aire acondicionado funcionando a todo trapo. No me importaría que me hiciesen esperar un rato, pero una morena imponente se me acerca en cuanto cruzo la puerta y me tiende la mano. Yo me la froto en los pantalones antes de ofrecérsela.

—Buenos días —saluda ella con voz cantarina—. Bienvenido a Deso Real State. ¿En qué puedo ayudarle?

Vuelvo a repetir mi mentira sobre la tesis doctoral. A cada palabra que pronuncio, la sonrisa de la morena se reduce. Parece que no le sienta nada bien estar perdiendo su precioso tiempo con alguien que no es un cliente potencial.

—Lo siento, señor, pero no podemos ayudarle —me responde con voz seca—. Los datos que nos está pidiendo son confidenciales.

Tengo ganas de ponerme a soltar tacos y no parar en todo lo que queda de mañana. Joder, que puta manía tiene todo el mundo con la confidencialidad... Si la gente fuese tan celosa de su privacidad, no se pasaría el día colgando su vida en Facebook. Se puede saber dónde va la gente de vacaciones, lo que compran, lo que comen... Incluso cuelgan alegremente las fotos de sus niños en la bañera, pero si uno quiere saber quiénes se marcharon de un pueblo hace quince años, es imposible porque hay que preservar la intimidad de las personas. Puto país.

En lugar de decir todo eso, consigo sonreír y despedirme educadamente de la chica. Vuelvo a montar en mi bici y, aunque no tengo ni idea de por dónde seguir ni qué hacer, decido dar un paseo por el pueblo, a ver si me despejo y se me ocurre algo.

Veinte minutos después, paso por delante de un sitio llamado Shaggy's Snack Bar. Aunque todavía no es la hora de comer, me siento tan perdido que creo que será buena idea detenerme un rato y pensar. El local tiene unas mesas de plástico blanco en el exterior, con bancos corridos. Me siento en uno de ellos, bajo una sombrilla, y pido una Coca-Cola y un bocadillo.

Mientras espero a que me traigan la comida, me quedo allí sentado mirando las calles de Swanton. Ha habido algunos cambios desde que me marché. Han arreglado la fachada del edificio de bomberos y parece que hace poco han vuelto a asfaltar First Street. Por lo demás, sigue siendo el mismo pueblo tranquilo, de esos en los que parece que el tiempo no pasa, de esos en los que nadie diría que puede suceder algo malo. Sin embargo, este pueblo oculta algo maligno, algo capaz de asesinar a tres niños, de ahogarlos a sangre fría en las aguas del lago.

Me corrijo a mí mismo diciéndome que ya no hay nada maligno en Swanton, que el asesino se marchó y no ha habido más crímenes en quince años. No sé por qué no consigo creérmelo. Algo en mi interior me dice que el mal sigue rondando a los niños de Swanton, que es importante que siga investigando, no sólo para conseguir justicia para mis amigos muertos, sino para evitar que vuelva a suceder. A pesar del agobiante calor del mediodía, un escalofrío hace que me estremezca.

Esos pensamientos me refuerzan en mi convicción de seguir adelante. No puedo rendirme porque un par de burócratas me pongan pegas. Si ellos no quieren darme los datos que necesito, los conseguiré por mí mismo. Saco una libreta y un bolígrafo de mi mochila y empiezo a anotar una serie de preguntas.

Después de comer, me dirijo a la biblioteca del pueblo. Tal como sospechaba, ha cambiado mucho. En la pared del

fondo, las mesas de lectura han sido reemplazadas por tres modernos ordenadores. Le pregunto a la bibliotecaria si es posible imprimir un documento y, cuando me explica cómo hacerlo, me siento ante uno de ellos y trato de redactar las preguntas de la forma más profesional posible. Después busco en Internet el escudo de Swanton y lo coloco en la parte superior derecha del documento. Cuando estoy satisfecho con el resultado, lo imprimo y le pido a la bibliotecaria que me saque cien copias. Por suerte ella ni siquiera lo mira y se limita a hacer lo que pido y a cobrarme sin preguntar.

Una vez fuera de la biblioteca me planteo por dónde empezar. Si me fío de lo que dice el cuento de Joan, todos los niños conocían bien a su asesino. Aunque Swanton es un pueblo pequeño, seis mil habitantes son muchos para que todos nos conozcamos, por lo que el asesino debía de ser alguien cercano. Las tres víctimas vivían en mi vecindario, así que es muy probable que el asesino también viviera allí. Monto de nuevo en mi bicicleta y me dirijo hacia mi antiguo barrio.

Cuando llego, la nostalgia me invade. Está casi igual. Tan sólo la librería del señor Durham ha sido reemplazada por una moderna tienda de móviles, pero el resto parece haber resistido el paso del tiempo. Veo a la gente cuidando sus jardines, a un par de niños paseando con su perro, escucho el sonido de una radio saliendo por una ventana mientras una mujer canta... Incluso paso por delante de mi antigua casa. No hay nadie en el jardín y las ventanas están cerradas, así que, por un momento, puedo imaginar que seguimos viviendo allí, que yo vuelvo a ser un crío y que nada malo ha sucedido en mi vida. Me marchó, pedaleando a toda velocidad, antes de que alguien aparezca y estropee la ilusión.

Decido empezar por el norte, por Canada Street. Dejo



la bici atada a una farola, saco mi taco de encuestas y llamo a la puerta del número uno. Al cabo de unos segundos, una anciana vestida con una ligera bata de flores me abre.

—Buenos días, señora —saludo con mi mejor sonrisa—. Me envían del Ayuntamiento. Estamos haciendo unas preguntas para el censo del pueblo. ¿Podría decirme cuántos años lleva usted viviendo en esta casa?

Llevo cuatro horas haciendo una y otra vez las mismas preguntas por Canada Street y lo único que me ha quedado claro es que los seres humanos, en general, son un desastre. ¿Cómo es posible que la mayoría de la gente no esté segura de cuánto tiempo lleva viviendo en su casa? Mudarse no es algo que se haga tantas veces en la vida. Cabría esperar que para la gente fuese lo bastante relevante como para recordar el año en el que lo hicieron, pero no es así. Un montón de personas me han contestado que vinieron a vivir a Swanton alrededor del año 2000, pero no han sido capaces de precisar más.

De momento, al menos he encontrado ya tres casas en las que me han asegurado que se mudaron en el año 2001 y que la familia anterior era una pareja con al menos un hijo. Podría ser un punto por el que empezar a investigar, sino fuera porque aún me queda la mitad de Canada Street, First Street, Second Street, Newt Street, Pine Street y Liberty Street para terminar con mi vecindario. Hay una voz en mi cabeza que me susurra de vez en cuando que lo que estoy haciendo es un trabajo interminable y una absoluta pérdida de tiempo. Trato de no hacerle caso, pero cada vez me lo repite con más frecuencia.

Estoy a punto de tocar el siguiente timbre cuando escucho el sonido de una sirena acercándose por la carretera. Es un coche de policía y lleva las luces puestas. Se detiene frente al jardín de la casa en la que estoy. El sheriff Dunning

se baja del coche y se queda mirándome mientras trata de subirse los pantalones a pesar de su imponente barriga.

—Buenas tardes. ¿Te importaría que habláramos en privado un momento?

Estoy a punto de contestarle que ya estamos en privado cuando capto un movimiento al otro lado de una ventana. Hay una anciana asomada detrás de la cortina que trata de no perderse detalle de la escena. Salgo de su jardín y me coloco al lado del coche de Dunning.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, por supuesto. ¿Podrías explicarme qué se supone que estás haciendo?

—Sin problema —carraspeo un par de veces y trato de parecer seguro e intelectual, aunque no tengo muy claro qué tipo de cara hay que poner para parecer eso—. Estoy haciendo unas encuestas para mi tesis doctoral. El trabajo versa sobre las causas de la emigración hacia zonas urbanas a principios del siglo XXI y estoy tratando de hacer un estudio estadístico tomando a Swanton como pueblo de muestra.

—¿Podrías decirme en qué universidad estás estudiando?

—Sí... Claro... Esto... En la de Montpelier.

—Ayer me dijiste que venías de Burlington.

—Sí... Vivo en Burlington, pero estudio en Montpelier.

—¿En qué facultad?

—En la de sociología —en su mirada veo que no se cree una sola de las palabras que estoy diciendo, pero me niego a rendirme—. Es una facultad muy prestigiosa.

—Por supuesto. ¿Podrías dejarme ver esos papeles?

Le sonrío y se los tiendo. Estoy seguro de que la

encuesta me ha quedado lo bastante profesional como para que le parezca creíble. Él contempla los papeles durante unos segundos antes de girarlos hacia mí y señalar con su dedo índice la parte superior derecha.

—¿Por qué aparece el escudo de Swanton en tu estudio?

Me quedo unos segundos paralizado, tratando de encontrar una respuesta válida a la mayor velocidad posible. El sheriff Dunning niega con la cabeza y extiende una mano hacia mí, indicándome que pare.

—No es necesario que sigas mintiendo. En Montpelier sólo hay dos facultades: una de Bellas Artes y otra de Cocina. Lo sé porque mi hijo pequeño estudia allí. Además, si estoy aquí es porque varias personas han llamado a comisaría para notificar que un chico muy raro estaba haciendo preguntas haciéndose pasar por un empleado municipal. ¿Qué demonios se supone que estás haciendo, Eric?

Durante los siguientes quince segundos me limito a abrir y cerrar la boca, como un pez fuera del agua, tratando de componer una mentira lo bastante creíble como para salir de este follón. No se me ocurre nada. Puede que tenga muchas virtudes, pero mentir como un bellaco no es una de ellas. Finalmente, me doy por vencido y niego con la cabeza mientras me encojo de hombros.

—Estoy haciendo un estudio para la Universidad. Es la verdad, no puedo decirle otra cosa.

—Vas a tener que acompañarme a comisaría —se separa de mí un par de pasos, me abre la puerta de atrás y me invita a entrar en el coche con un gesto—. Espero que pasar la noche en una celda te ayude a ordenar tus pensamientos. Seguro que eres más colaborador por la mañana.

Entro en el coche sin protestar, con la mirada baja. No creo que se me vaya a ocurrir una razón que le convenza ni aunque me dé quince días para pensar en ella. Trato de ver

la parte positiva del asunto. Al menos esta noche no tendré que buscar un sitio donde dormir.

## IV

Ya es mediodía cuando escucho los pasos de alguien que se acerca por el pasillo. También oigo el tintineo de un montón de llaves, lo que me hace ilusionarme con la posibilidad de que mi encierro haya llegado a su fin. A pesar de que he podido disfrutar de una celda individual y de que he dormido mejor que en las últimas semanas, no me apetece quedarme aquí mucho más tiempo.

La figura del sheriff Dunning aparece tras los barrotes, eclipsando todo el pasillo. Me clava sus pequeños ojos negros, como si tratara de ver en el interior de mi alma. Yo agacho la cabeza, esquivando su mirada.

—¿Qué tal la noche? ¿Te ha servido para aclararte las ideas?

—No tengo nada que aclarar. Le dije la verdad. Hay una facultad de sociología en Montpellier, pero es muy pequeña y no es tan conocida como las demás.

—Ya basta, Eric —no parece enfadado, sólo hastiado—. Te voy a dejar salir, pero quiero que dejes de hacer lo que estabas haciendo, sea lo que sea. Quiero que te olvides de tu puto estudio inventado y que te dediques a hacer turismo. Me dijiste que habías venido a pasar unos días de vacaciones al pueblo de tu infancia, así que quiero que saques fotos, que busques a tus antiguos amigos y te emborraches con ellos, que vayas al lago a pescar... Como te vuelva a pillar haciendo algo diferente, algo que huela aunque sólo sea un poco a investigación, yo mismo te mandaré hasta la salida del pueblo de una patada en el culo. ¿He sido lo bastante claro?

Trago saliva antes de atreverme a mirarle a los ojos y asentir. Él vuelve a rebuscar en el llavero hasta que encuentra la llave de la celda y me abre. Salgo y le sigo por

el pasillo.

—Le diré a Reeves que te devuelva tus cosas. Tienes una visita en la entrada.

Mientras recorro el pasillo, me pregunto quién puede haber venido a buscarme. Nadie en el pueblo sabe que he vuelto. Veo a una chica de pie, vestida con una minifalda vaquera muy corta y una camiseta roja, paseando de un lado a otro mientras se frota las manos. Calculo que tendrá mi edad, así que es posible que haya ido con ella al colegio, pero no me suena de nada. Entonces caigo. El pelo naranja rizado, la piel blanca, las pecas... Tiene que ser Meg, aunque está mucho más buena ahora que con doce años.

Ella parece darse cuenta de que la observo, porque se gira hacia mí y se acerca tímidamente. Siempre ha sido una chica pálida, pero en este momento parece que toda la sangre ha abandonado su rostro. Tiene las pupilas tan dilatadas como si acabara de ver a un fantasma. Le tiendo la mano para saludarla, esperando que ese gesto la calme.

—¿Eric Armstrong? —me pregunta ella.

Cuando asiento, ella también tiende su mano, pero, en vez de estrechar la mía, desliza entre mis dedos un papel y, sin decir nada más, se gira y sale corriendo. Cuando consigo reaccionar, desdoble el papel que me ha tendido y lo observo, extrañado.

En la parte de arriba hay una lista de la compra. Pone cosas como "huevos", "leche", "salchichas". De repente la letra cambia. Es mucho más grande y redondeada y se ha escrito empleando tanta fuerza que el lápiz ha atravesado el papel en varios puntos. Sólo hay una palabra, que se repite una y otra vez, hasta ocupar todo el folio. "Ayúdanos". Al final de la página, escrito con la misma letra infantil, hay un último mensaje: "Para Eric Armstrong".

Me olvido de recoger mis cosas y de si tengo que firmar

algo para salir de comisaria y me lanzo detrás de Meg. La veo más adelante, bajando la calle a paso rápido. Corro tras ella y, en unos segundos, la alcanzo y la agarro por el brazo para obligarle a darse la vuelta. Cuando me ve, vuelve a asustarse e intenta librarse de mi presa, pero yo no se lo permito y le planto el papel delante de los ojos.

—¿Qué se supone que es esto?

—No quiero saber nada de este asunto —responde ella, volviendo a forcejear para liberarse—. Dile que me deje en paz.

—¿A quién?

—A Anne. No voy a pasarte más mensajes suyos —noto que está temblando—. Todo esto me da miedo. Quiero que pare.

—Meg, escúchame... —trato de hablarle en un tono tranquilizador y de captar su mirada para que me preste atención—. Si quieres que detenga esto, tienes que ayudarme. Necesito que me expliques lo que ha pasado.

—Sólo quiero irme y que se acabe.

—Te prometo que te ayudaré si tú me ayudas —paseo la mirada por la calle hasta descubrir una cafetería cercana—. Vamos, te invito a un café y me lo explicas todo.

Al final ha tenido que ser Meg quien invite, porque mi dinero está en comisaría con todos mis efectos personales. He dejado pasar los minutos, fingiendo que estoy concentrado en mi taza de café, para esperar a que Meg se tranquilice, pero creo que no estoy consiguiendo nada. Tiene los hombros en tensión y el culo medio levantado del asiento, como si estuviera preparada para salir corriendo en cualquier momento. Extiendo mi mano con cuidado sobre la mesa y toco con delicadeza uno de sus dedos. A pesar de que sólo es

un leve roce, ella salta en la silla como si acabara de apuñalarla.

—Tranquila. ¿Ya estás mejor?

Ella asiente y toma otro trago de café. Sé que no está mejor. No hace falta saber leer la mente para darse cuenta de que sólo quiere marcharse de aquí y no volver a verme en lo que le queda de vida.

—Cuéntame qué es lo que ha pasado. ¿Qué es ese papel que me has dado?

Ella se echa hacia atrás en la silla y se pasa las manos por el pelo, tirando con suavidad de la piel de sus sienes mientras respira profundamente. Después me mira y niega con la cabeza, a la vez que esboza una sonrisa nerviosa.

—Vas a pensar que estoy loca.

—Te aseguro que no. A mí también me han pasado cosas raras. Estoy seguro de que te creeré.

Su mirada cambia en segundos. Ya no es el animalillo desesperado por escapar. Ahora siente curiosidad y quizá alivio. Vuelve a sonreírme antes de comenzar a hablar.

—Todo empezó hace dos noches. Estaba viendo la tele y haciendo un crucigrama y, de repente, sentí un frío terrible que me atravesaba. Nunca, ni siquiera en el peor invierno, había sentido algo así. Era un frío que venía de dentro, que te paralizaba el alma... Y, al mismo tiempo, me sentí muy pérdida y muy sola... Quería llorar y gritar y romper cosas por lo injustos que habían sido conmigo...

—¿Injustos? ¿Quiénes? ¿Qué te pasó?

—Nada. ¿Lo ves? Sólo digo tonterías.

—No, tranquila. Sigue hablando.

—Está bien. Me di cuenta de que no podía moverme. Tenía todo el cuerpo rígido, como si fuera de madera. Sólo



podía mover el brazo, que empezó a escribir palabras a toda velocidad en la revista que tenía en la mano. Me sentí como una marioneta, como si alguien me estuviese controlando. Al cabo de unos minutos, todo cesó: el frío, la tristeza, la rigidez... Me sentía agotada y vacía. Miré lo que había escrito y sólo estaba esa palabra, una y otra vez: ayúdanos. Al final de la página había escrito "Para Eric Armstrong". Si te soy sincera, en el primer momento ni siquiera supe a quién se refería. Me sonaba el nombre, pero no sabía de qué. Me pasé toda la noche dándole vueltas, sin atreverme a ir a la cama, hasta que caí en que eras tú y en que no era la primera carta que tenía que entregarte.

—Es cierto. Tú me entregaste la carta de amor que Anne me escribió cuando su padre la castigó sin verme.

—Sí, cuando me di cuenta de eso, me dio aún más miedo. Anne lleva muerta muchos años... Esto no puede ser. Es una locura.

—¿Qué hiciste con el mensaje?

—Lo rompí en trocitos y lo tiré a la basura. Cuando se hizo de día, llamé a mi madre para preguntarle si sabía qué había sido de ti. Me dijo que te había perdido la pista, pero que se informaría. Al cabo de unas horas, me llamó para decirme que habías vuelto al pueblo y que te habían visto con tu bici, recorriendo nuestro vecindario arriba y abajo.

—Vaya, las noticias vuelan —me sorprende.

—Aquello también me asustó. Quiero decir... No puede ser una casualidad que justo vuelvas al pueblo y que yo, sin saberlo, escriba una nota para ti cuando llevaba años sin recordarte.

—¡Qué poco halagador! —intento bromear para relajar la tensión—. Pensé que habría dejado más huella en las chicas del pueblo.

Ella me lanza una sonrisa por compromiso. Veo que sus

ojos vuelven a estar vidriosos y que sus manos tiemblan. La voz se le entrecorta cuando vuelve a hablar.

—He escrito esa nota un montón de veces antes de entregártela. Anne, esa cosa, lo que sea, se me mete dentro y me hace volver a escribirla. La rompí una y otra vez, le pedí que me dejara en paz, le jure que no la ayudaría y que tendría que buscarse a otro... Al final he tenido que traértela, pero ya basta. Dile a esa cosa que no quiero saber nada de todo esto. No voy a hacer de mensajera de una muerta.

Ya ha perdido el poco autocontrol que había mostrado hasta el momento. Las lágrimas surcan su cara, todo su cuerpo tiembla por los sollozos... La gente en la cafetería ha abandonado sus conversaciones y nos mira. Deben pensar que soy un monstruo y que la estoy abandonando o algo así. Intento tocar su mano para calmarla, pero ella la aparta como si acabara de quemarla con ácido.

—Ya tienes tu mensaje. He hecho lo que tenía que hacer y no voy a participar más. Díselo.

Se levanta de la mesa, recoge su bolso y se marcha a la carrera. Yo termino mi café de un par de tragos, mientras noto las miradas de desaprobación de todos los presentes. Salgo de la cafetería mientras me planteo que ojalá todo fuese tan fácil como cree Meg. Yo no puedo hablar con Anne, no puedo pedirle que la deje en paz. Me encantaría que ella se me presentase y me dijera a las claras cómo puedo ayudarla, pero, por desgracia, parece que las cosas de fantasmas no funcionan así. Ojalá pueda comprender pronto cómo funcionan.

Regreso a la comisaria a recoger mis pertenencias. El tal Reeves, un agente alto y musculado con hoyito en la barbilla, saca un sobre grande de color manila en el que guardaron mi cartera, mi teléfono y mis llaves. También me devuelve la

mochila e incluso me indica que tienen guardada mi bicicleta y que me la entregará en cuanto le firme unos cuantos papeles.

Salgo a la calle sin tener ni idea de qué hacer o hacia dónde dirigirme. Parece claro que no puedo volver a mi barrio a seguir preguntando de puerta en puerta, al menos hasta que pasen unos días y Dunning se olvide de mí. Sigo tan perdido como al principio de mi investigación. Sólo tengo un cuento infantil y una lista de la compra en la que un fantasma me pide ayuda.

Me subo en la bici y decido dar una vuelta por el pueblo para ver si la inspiración surge de alguna parte. Tras recorrer unos metros, me doy cuenta de que algo no va bien. Me detengo en el arcén y observo la bicicleta. La rueda trasera está pinchada. Maldigo entre dientes mientras me pregunto si habrá sido un accidente o una advertencia de los chicos de comisaría. Lo mejor será pensar que he pisado algún clavo sin querer. No me serviría de nada ponerme paranoico y hacerme mala sangre.

Desde donde estoy veo una gasolinera de Shell, bajando por Fist Street. Parece que al menos en esto la suerte me sonrío. Dejo la bici en la puerta y entro en la pequeña tienda de 24 horas para preguntar si alguien puede ayudarme.

Hay otro pelirrojo pecoso detrás del mostrador. No me había fijado en que hubiese tantos en Swanton. Cuando el chico escucha el timbre de la puerta, levanta la cabeza y me mira. A pesar de los años que han pasado, le reconozco al instante. Es Jim, mi gran amigo de la infancia. Me quedo quieto sin saber cómo saludarlo, mientras veo como una gran sonrisa se dibuja en su rostro.

—La ostia puta —dice, mientras sale de detrás del mostrador—. ¿Eric? ¿Eres tú?

Yo asiento y, antes de poder decir una sola palabra, se lanza sobre mí y me da un abrazo que me corta la respiración. Es extraño, creo que nunca antes nos habíamos tocado, pero ese abrazo es la primera cosa que me hace sentir que estoy en casa desde que regresé a Swanton.

—Joder... ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Quince años —contesto cuando me suelta y puedo volver a respirar—. Tío, estás igual.

—Los cojones estoy igual. Estoy mucho más bueno — bromea él—. Tú sí que estás igual, la misma cara de pardillo. ¿Qué haces en Swanton?

—He venido de vacaciones, a pasar un par de semanas.

—Pues hay que celebrarlo. Ahora tengo que trabajar, pero esta tarde quedamos para cenar y tomar unas birras. Eric y Jim juntos de nuevo. Vamos a arrasar Vermont.

Yo sonrío y asiento, aunque me da miedo su entusiasmo. Nunca he sido capaz de beber mucho y no quiero emborracharme y hablar demasiado, pero, por otro lado, Jim podrá informarme sobre todo lo que ha pasado en el pueblo desde que me marché. Quizá pueda conseguir algún dato importante. Además, me da la impresión de que Jim no aceptará una negativa y tengo que conseguir que me ayude a reparar la bici.

## V

Estoy sentando en un banco, en la esquina en la que he quedado con Jim, mirando cómo anochece. No tenía nada que hacer, así que he llegado con más de media hora de antelación. Tengo la bicicleta apoyada en el banco y la mochila al lado, con todas mis cosas en ella. No parece el equipamiento adecuado para una noche de borrachera con un colega de la infancia, pero sigo sin tener ni idea de adónde voy a dormir esta noche. Me veo yendo otra vez al Swanton Motel, aunque, entre el precio y los problemas con la grifería, no tengo la más mínima gana de pasarme por allí.

Veo a una chica caminando por la acera de enfrente. Es bajita y delgada, casi con cuerpo de niña. Tiene una melena morena y ondulada que le llega hasta los hombros. Me quedo embobado porque, durante un segundo, me recuerda mucho a Debbie. Cuando la chica se gira, veo que no se parece en nada. No tiene sus enormes ojos azules, ni el flequillo demasiado largo, ni su sonrisa de labios finos... De repente, me encuentro echándola de menos y me siento aún más gilipollas. ¿Qué demonios es lo que echo de menos? ¿Pasarlo mal en la cola de su cafetería mientras espero a que llegue mi turno? Porque eso es lo único que tengo con ella. A pesar de la lógica de mis pensamientos, siento como se me encoge el estómago y, por alguna extraña razón, tengo el convencimiento de que me sentiría mejor sólo por verla o por escuchar su voz, aunque sólo fuera para preguntarme cuánto azúcar quiero en mi café. Si al menos hubiese tenido alguna vez el valor suficiente para pedirle su número de teléfono, podría llamarla y hablar de cualquier tontería. Sé que su voz, que no tiene nada que ver con mi vida pasada, con mi familia o con Swanton, sería como un bálsamo que me haría sentir menos perdido y solo.

El sonido de un claxon me saca de mis pensamientos. Veo a Jim aparcado en la acera de enfrente. Conduce una camioneta de esas que llevan la parte de atrás descubierta.

—¿Piensas ir con la bici de juguera, pringado? —me dice a modo de saludo—. Anda, súbela atrás.

Le obedezco y me meto en el asiento del copiloto, dejando la mochila a los pies. Él la mira extrañado, pero no comenta nada. Baja un poco el volumen de la música y me da un par de palmadas en el hombro que están a punto de descolocarme la clavícula.

—Pensaba que nos quedaríamos por aquí cerca y que podría dejar la bici en algún sitio— digo para disculparme.

—No vamos a quedarnos en Swanton, tío. Esto está muerto. Nos vamos a St. Albans. Vamos a quemar la ciudad.

Yo asiento, aunque me da miedo que mi hígado no pueda seguir el ritmo de Jim. Le sonrío y me dejo llevar. Después de todo, me hace ilusión irme de copas con él y ver si todavía queda algo de lo que nos unió cuando éramos críos. Y, aunque sé que puede ser doloroso, quiero intentar que me hable de su hermano y de lo que pasó. Con lo perdido que me encuentro, cualquier pequeño dato podría ayudarme. No puedo irme a dormir sin haber avanzado absolutamente nada. Creo que los espíritus de mis amigos no me lo perdonarían.

Hace rato que he perdido la cuenta de las cervezas que llevo. El local parece fluctuar, el suelo es blando y hace que me resulte difícil mantenerme de pie sin oscilar. Miro hacia el fondo del bar. Hay unas mesas pequeñas que parecen llamarme. Tras insistir un par de veces, consigo que Jim deje de hacer el baboso con la camarera y que me siga hasta allí. En cuanto me siento, el mundo parece recuperar un poco de su nitidez y consistencia habituales.

—¡Qué mareo llevo, tío! No estoy acostumbrado a beber tanto.

—¿Es que en Burlington no salís de copas?

—No sé los demás, pero yo no demasiado. Ya te he dicho que soy un aburrido librero con costumbres monásticas.

—Joder, estás amariconado —se ríe de mí y le da otro largo trago a su cerveza—. Deberías quedarte en Swanton. Yo te llevaría por el mal camino.

—Me gustaría, pero sólo he venido para un par de semanas...

—¿Y cómo es eso? Anda que no hay sitios mejores para ir de vacaciones que el puto Swanton.

A pesar de que no me apetece meterme una gota de alcohol más, levanto la jarra y le pego un trago a mi cerveza, tratando de ganar algo de tiempo para ordenar mis nublados pensamientos. No sé cómo explicarle mis auténticas razones para haber regresado a Swanton sin que llame a emergencias diciendo que necesito asistencia psiquiátrica. No puedo decirle que creo que hay varios espíritus acosándome para que les consiga justicia y que uno de ellos es el de su hermano muerto.

—La verdad es que no estoy aquí sólo de vacaciones... No sé cómo contarte esto, pero he vuelto por los asesinatos... No he podido olvidar lo que pasó y siento que tengo que hacer algo.

—¿Y qué vas a hacer tú? —Jim esboza una sonrisa sarcástica mientras se echa hacia atrás en la silla y cruza las piernas—. La policía estuvo investigando durante meses. Incluso vino el FBI. No consiguieron nada. Dudo mucho que tú vayas a encontrar algo.

—¿Entonces lo dejamos así? ¿Nos olvidamos y seguimos

con nuestra vida?

Jim deja la jarra en la mesa con un golpe. Hay chispas de rabia en sus ojos. Parece que le he enfadado de verdad.

—¿Crees que va a servir de algo darle más vueltas a eso? ¿Acaso crees que me ha sido fácil seguir con mi vida? Tú te marchaste y lo dejaste todo atrás, pero yo he tenido que seguir paseando por las mismas calles por las que paseaba Anne, he tenido que seguir viviendo en la casa en la que vivía Bobby, he tenido que seguir yendo a clase con Jake, viendo en lo que se convertía tras perder a su hermano...

—Eh, tío... Cálmate. Yo no decidí marcharme —le doy unos segundos para que le pegue un nuevo trago a su cerveza y se tranquilice—. ¿Qué ha sido de Jake? ¿Consiguió recuperarse?

—Júzgalo tú mismo —me señala disimuladamente una mesa en penumbra al fondo del bar—. Le tienes ahí.

Me giro despacio, tratando de que no se me note, y miro al lugar que me ha señalado Jim. Hay un tío sentado solo, dándole vueltas a un vaso de whisky. En un primer momento pienso que Jim me está tomando el pelo. Ese hombre es mucho mayor que nosotros dos, tiene una barriga cervecera que amenaza con reventar los botones de su camisa y los hombros encorvados, como si la vida le pesara demasiado. El pelo le empieza a ralearse y debe llevar días sin ducharse ni afeitarse.

—Ése no es Jake —le digo después de un minuto de observación.

—Sí que lo es: Jake Carter, nuestro amigo de la niñez. Es increíble cuanto se estropean algunas personas con el tiempo, ¿verdad?

Sigo sin poder creerme que sea él. Jake era el mejor de nosotros: el más alto, el más fuerte, el más guapo... Siempre



imaginé que crecería y se convertiría en el capitán del equipo de beisbol del instituto y que iría a la universidad con alguna beca deportiva. Desde pequeño tenía aura de ganador, una energía con la que parecía que iba a comerse el mundo. Incluso tenía sonrisa de actor de cine y un hoyito en la barbilla. El espectro que da vueltas a su vaso de whisky no puede ser nuestro Jake.

—Nunca pudo superar la muerte de Dave. Creo que se culpaba de ella y que nos culpaba a nosotros también. Se encerró en sí mismo, dejó de hablar con todo el mundo, abandonó el equipo de beisbol, empezó a suspender curso tras curso... Cuando pasé al instituto, dejé de verlo. Cuando terminó de estudiar, fue arrastrándose de un trabajo miserable a otro. Ahora sobrevive haciendo recados para las viejas del barrio, cortándoles el césped y haciendo chapuzas. Con eso saca lo suficiente para pasarse las noches de bar en bar.

Vuelvo a mirar a la figura grisácea del rincón. Ha acabado su vaso y trata de llamar la atención de la camarera para que le ponga otro. Viendo en lo que se ha convertido, pienso que hay otra víctima del asesino del lago a la que hacer justicia. Al Jake que yo conocía también lo asesinaron aquel verano.

Me levanto de la silla y voy a la barra a pedir otras dos jarras de cerveza y un whisky solo. Cuando me sirven, le hago una seña a Jim para que se levante y me siga. Él mira hacia la mesa en la que Jake sigue sentado, con el rostro enterrado entre sus manos. Niega con la cabeza y mira al techo mientras resopla.

—No es buena idea —susurra mientras me sigue—. ¿Tú has visto el pedo que lleva?

No le contesto. Me limito a colocarme al lado de la mesa de Jake y a poner el vaso de whisky frente a él. Levanta la cabeza y me mira con ojos vidriosos.

—¿Puedo invitar a un whisky a un viejo amigo? —sin esperar a que conteste, me siento frente a él y le indico a Jim que haga lo mismo.

—Perdona, ¿te conozco? —consigue balbucear.

—Soy Eric. Eric Armstrong. ¿Te acuerdas de mí?

Jake asiente y le pega un trago a su whisky. No parece especialmente emocionado por verme. Me mira con los ojos entrecerrados y los labios apretados. No consigo adivinar por su gesto si no quiere hablar conmigo porque sigue culpándome por lo que le pasó a Dave o si siente vergüenza de que le haya encontrado en este estado.

—Claro que me acuerdo —se gira hacia Jim y le saluda levantando su vaso—. Hace mucho que no hablaba tampoco contigo, Jim.

—Sí, bueno... La vida —la cara de Jim expresa a la perfección que no tiene ninguna gana de estar aquí. De hecho, contesta sin mirar a Jake, fingiendo estar muy interesado en los culos de unas rubias que bailan al lado de la barra.

—Sí que ha pasado mucho tiempo —digo yo, tratando de salvar la situación—. ¿Quién nos lo iba a decir? Todos juntos de nuevo, tanto tiempo después.

—No estamos todos —contesta Jake—. Éramos cuatro. ¿Recuerdas?

No sé qué decir ante esa frase. No esperaba un ataque directo. Reconozco la mirada de Jake: es la mirada de alguien que busca bronca. Con la borrachera que lleva, no creo que sea buena idea tratar de reconducir la conversación. Tengo muchas probabilidades de acabar con un puñetazo en las narices. Por suerte, Jim se levanta y me coge del brazo.

—Vaya mierda de música. Vamos a hablar con la camarera para ver si ponen algo decente.

Yo me giro hacia Jim para pedirle algo más de tiempo, pero él niega con la cabeza, mientras dibuja con los labios la palabra "Vámonos". Agarro mi jarra y me levanto de la mesa.

—Me alegro de haberte encontrado. Adiós, Jake.

No puedo jurarlo por el volumen de la música, pero me da la impresión de que él susurra un "Vete a la mierda" como despedida. Jim y yo vamos hasta la barra y nos acodamos en ella. No puedo apartar la vista de Jake, que ya ha hecho desaparecer el whisky que le hemos llevado y está contando monedas, seguramente tratando de calcular para cuántos más le llega.

—Joder, qué pena —le pego un largo trago a mi cerveza y decido volver al tema, aun a riesgo de que Jim se enfade y acabe dejándome tirado en este bar—. ¿Sigues creyendo que hay que dejarlo todo como está y olvidar?

—Eric, tío... Eres mi colega y te quiero —Jim me pasa un brazo por los hombros. Parece que con los últimos tragos ha llegado a la fase de "exaltación de la amistad"—, pero no hay nada que puedas hacer tú. El asesino se fue. Supongo que le asustamos la noche que murió Dave. Tú le perseguiste y él no pudo estar seguro de si habías visto su cara o su matrícula, así que esa misma noche se largaría de Swanton para no volver. Ya no hay nada que podamos hacer.

Me revienta su actitud, pero decido no insistir más. De todos modos, no da la impresión de que pueda saber algo que yo desconozca sobre los crímenes. Asiento y le lanzo una sonrisa forzada.

—Venga, dejemos de hablar de cosas tristes —me dice mientras me da dos fuertes palmadas en la espalda—. Ésta es una noche de celebración.

—Vale. ¿Qué quieres hacer?

—Pedir dos tequilas e ir a entrarle a esas dos rubias que nos están mirando.

—Paso de liarme con nadie esta noche. No estoy de humor.

—Mejor, así serán las dos para mí —me guiña un ojo y vuelve a golpearme la espalda como si quisiera dislocarme un par de vertebras.

No creo que sea buena idea seguir bebiendo ni tengo ganas de ponerme a ligar, pero no me queda más remedio que seguir aquí, así que trato de sonreír, saco un par de billetes del bolsillo y le pido a la camarera que nos ponga dos tequilas.

Son más de las cuatro de la mañana y han tenido que echarnos del bar con la amenaza de llamar a la policía para poder cerrar. Jim y yo nos dirigimos hacia su coche apoyados el uno en el otro, mezclados con el resto de borrachos que salen del local. Jim se para frente a la puerta de su coche y trata de meter la llave en la cerradura.

—¿Estás seguro de que vas a poder conducir?

—Por supuesto... La carretera no tiene ni una curva y la he recorrido cientos de veces. Podría llegar a casa dormido.

Yo no lo tengo muy claro y estoy pensando seriamente si no sería más seguro regresar a Swanton en bicicleta. El aire fresco de la madrugada me despejaría y, además, no tengo ninguna prisa. Ni siquiera sé dónde demonios voy a dormir esta noche.

El ruido de un golpe detrás de nosotros nos hace girarnos. Vemos una figura oscura que acaba de chocar contra la puerta de un coche y que se desliza lentamente hasta el suelo. Cuando acaba de caer, se queda tirado boca arriba, como si se hubiera muerto.

—Ése sí que no va poder llegar a casa —comenta Jim, riendo.

Yo también me río, pero me acerco hasta la figura para ver si está bien. Cuando estoy a su lado, le reconozco. Es Jake y parece inconsciente.

—Jim, ven aquí. Es Jake. Tenemos que ayudarlo.

—¿Ayudarlo? Ya se le pasará la mona. Déjale dormir tranquilo.

—No podemos dejarle aquí. Le puede pasar cualquier cosa. Ayúdame a meterlo en tu camioneta.

Jim resopla y suelta un par de maldiciones entre dientes, pero se acerca para ayudarme. Entre los dos conseguimos levantarlo, agarrándole por debajo de los brazos. Jake murmura palabras incomprensibles, pero se deja llevar. Lo sentamos en el asiento del copiloto y yo le ajusto el cinturón de seguridad. Después busco en su bolsillo las llaves de su coche.

—Le llevaremos a su casa —le explico a Jim—. Yo conduciré su coche y te seguiré.

—Vale, pero como vomite en mi camioneta, lo vas a limpiar tú.

—Trato hecho.

Le guiño un ojo a Jim y vuelvo al coche de Jake. Cuando arranca, me da las largas un par de veces para indicarme que está listo. Yo pongo el coche tras el suyo y le sigo hasta Swanton.

La verdad es que Jim conduce muy bien para la borrachera que lleva. Soy yo el que tiene dificultades para mantener el coche en el carril. Además, a pesar de que el viaje apenas dura quince minutos, estoy tan cansado que tengo miedo de quedarme dormido al volante. Por suerte, consigo aguantar y llevar el coche hasta el jardín de la casa de Jake.

Paro el coche, me meto las llaves en el bolsillo y voy a

ayudar a Jim, que está tratando de sacar a Jake sin mucho éxito. Cuando conseguimos ponerlo de pie, está tan dormido que casi se nos cae al suelo. Mientras luchamos para llevarlo hasta su casa, él levanta la cabeza, nos mira con cara de alucinado, suelta una risa tonta y vuelve a quedarse inconsciente.

Una luz se enciende en el porche, dejándonos ciegos como conejos. La puerta delantera se abre y aparece una mujer con bata y cara de dormida. Reconozco a la madre de Jake y Dave, aunque el tiempo no la ha tratado muy bien. Ella se queda mirándonos con los brazos en jarras mientras niega con la cabeza.

—¿Otra vez borracho? —nos pregunta como si nosotros tuviéramos la culpa.

—Lo hemos encontrado así a la salida del Karib —se disculpa Jim—. ¿Dónde lo ponemos?

—Dejadlo ahí mismo, en el sofá —dice la mujer, haciéndose a un lado para permitirnos el paso.

Consiguimos llevarlo hasta el sofá y dejarlo ahí. Su madre se acerca con una manta y le arropa, mientras nos da las gracias. Jim y yo salimos de la casa sin decir nada más.

—¿A ti dónde te dejo? —me pregunta Jim mientras regresamos a su camioneta—. ¿Dónde duermes?

—No lo tengo muy claro. Supongo que tendré que ir al Swanton Motel. Es carísimo, pero a esta hora dudo que vaya a encontrar algo mejor.

—Ven a mi casa. Puedes dormir en el cuarto de invitados.

No hace falta que me lo repita dos veces. Ahorrarme una noche de hotel es una noticia fantástica después de lo que acabo de gastarme en copas. Además, estoy tan cansado que estoy seguro de que podría dormir en cualquier sitio. Le

doy las gracias con una sonrisa y me meto en la furgoneta para que me lleve a su casa.

## VI

Cuando me despierto, me doy cuenta de que todavía no ha amanecido. Hay una claridad muy tenue que se filtra por las rendijas de la persiana y que dibuja bultos y sombras en el cuarto en el que he dormido. Me siento inquieto, pero, en lugar de abrir los ojos del todo y encender alguna luz, los cierro de nuevo con fuerza. Sé que hay algo cerca, algo que me observa y que espera. Sé que es ridículo, pero acaricio la idea de que, si me hago el dormido, se cansará y se marchará. Si no es así, estoy seguro de que la luz del día hará que desaparezca. Sólo tengo que mantenerme muy quieto y esperar.

El silencio es desesperante, sobrecogedor. No se escucha nada. Ni el canto de algún pájaro madrugador, ni el ronroneo de un motor lejano, ni siquiera el susurro del viento entre los árboles. El silencio es tan absoluto como si el resto de habitantes del planeta se hubieran extinguido, dejándome solo con mi misterioso acompañante.

Entonces lo escucho. Un sollozo ahogado, como si el ser tratara de llamar mi atención. Quizá quiera darme pena. Me da igual. Me encuentro tan aterrado que todo mi cuerpo se ha vuelto de granito. No podría moverme ni levantar los párpados por mucho que me lo propusiera. Incluso me da la impresión de que mis pulmones también se están endureciendo y de que cada vez me llega menos aire. Mierda, estoy entrando en pánico. Tengo que controlarme. El ser se marchará si aguanto lo suficiente.

Siento que un frío glacial invade la estancia, un frío imposible para una noche de agosto. Consigo moverme lo suficiente para arrojarme aún más con la manta, escondiendo incluso la cabeza, pero el frío parece estar



dentro de mí, invadiéndome por completo y paralizándome. En el silencio imposible que reina en la habitación escucho con claridad el sonido de unos pasos descalzos sobre el suelo de madera. Se acerca a la cama, quizá vaya a tocarme. Me encojo aún más, como si quisiera volverme tan pequeño como para que no me viera. Sólo la parte superior de mi cabeza está fuera de la manta y, justo ahí, noto una suave corriente, un soplo helado. El ser me está susurrando u olisqueando, no lo sé. Sólo quiero que esto acabe.

De repente, los sonidos regresan. Escucho un motor acercándose por la carretera, el trino de algunos pájaros y los pasos acelerados de algún madrugador. Poco a poco la temperatura va volviendo a la normalidad. Aún así, me niego a salir de debajo del absurdo refugio que me ofrece la manta hasta que empiezo a sudar y el ambiente se vuelve irrespirable. Saco poco a poco la cabeza y observo la habitación. Ya no hay nadie. Incluso empiezo a plantearme que todo ha sido una pesadilla, que debía estar en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia y que lo he imaginado todo. Seguramente se debe a mis sentimientos de culpa por haber pasado la noche emborrachándome con Jim en lugar de estar investigando.

Aunque casi he conseguido convencerme de que nada de lo que he sentido ha sido real, sigo encontrándome intranquilo. Mi corazón va a mil revoluciones, mi respiración está alterada y un desagradable hormigueo me recorre toda la piel, como si la tuviera electrizada. Con este nivel de ansiedad, cualquier sombra puede parecerme un horrible monstruo, así que enciendo la luz de la mesilla para estar más tranquilo. Al instante mi respiración se detiene. Hay huellas en la habitación. Huellas muy pequeñas, de unos pies descalzos y mojados. Surgen del centro de la habitación y se detienen justo al lado de la cama. Después desaparecen. No hay huellas de vuelta hacia la puerta. Ahora sé que no ha sido un sueño. Estoy seguro de que ha sido Bobby.

Miro el reloj y descubro que sólo son las siete de la mañana. No he dormido ni tres horas y la razón de que no tenga resaca es que aún estoy un poco borracho. Aunque sé que debería volver a dormir, me planteo que, seguramente, este cuarto de invitados fue en el pasado la habitación de Bobby. Estoy en su territorio, yo soy el intruso aquí.

Me visto, recojo mis cosas y, antes de salir, me giro de nuevo hacia el interior de la habitación. Las huellas siguen ahí, recordándome mi misión.

—Lo conseguiré. Descubriré lo que os sucedió y tendréis la justicia que merecéis —le digo a la habitación vacía.

Noto una ligera corriente que atraviesa el dormitorio y se posa en mi mejilla, casi como un suave beso. Decido interpretarlo como una señal de que me lo agradecen.

Salgo a la calle y me paso un par de horas dando vueltas por el pueblo con la bici. Me siento muy cansado, pero al menos el aire de la madrugada consigue despejarme. A eso de las nueve decido parar en algún sitio a desayunar. Dejo la bici frente a un bar y meto la mano en mi bolsillo para ver si llevo dinero suelto. Tropiczo con algo metálico que no reconozco. Lo saco y me lo quedo mirando. Es un llavero.

La luz se abre paso en mi mente y recuerdo que es el llavero de Jake. Lo puse en mi bolsillo tras dejar su coche aparcado y, con el lío de meterle dentro de casa, olvidé devolvérselo.

Vuelvo a subir a la bici y regreso a la casa de Jake. A pesar de que es muy pronto, espero que su madre ya esté despierta. Al llegar, me quedo parado frente a su jardín. La casa tiene todas las ventanas cerradas. La fachada lleva mucho tiempo sin pintar, las plantas del jardín están marchitas y hay varias tablas carcomidas y sueltas en el porche. Da la impresión de que, con la muerte de Dave,

todos sus habitantes murieron un poco y que la casa que los acoge también ha enfermado por la pena.

Llamo con un par de tímidos golpes. Si siguen dormidos, prefiero no despertarles todavía y volver más tarde. Sin embargo, escucho unos pasos al otro lado de la puerta. La madre de Jake aparece en el umbral, vestida con la misma bata de la noche anterior y con unas ojeras moradas adornando su rostro. Me mira durante unos segundos como si no me reconociera.

—Buenos días, señora Carter. Soy Eric Armstrong. ¿Me recuerda?

Ella me mira durante unos segundos, seguramente tratando de encontrar en el joven que soy al niño que conoció. Finalmente, asiente con la cabeza, aunque no sonrío ni se le iluminan los ojos. Sus labios están cerrados y su mirada transmite desconfianza. Creo que, aunque no lo diga, para ella soy responsable de la muerte de su hijo.

—Ayer ayudé a Jim a traer aquí a Jake y, sin querer, me llevé su llavero —lo saco del bolsillo y se lo tiendo.

—Él no está en casa y yo iba a salir a hacer unos recados importantes. ¿Te importaría llevárselo por si lo necesita?

—Sin problema. ¿Dónde está?

—Está en casa de su tía Eloise, arreglándole el tejado. Es el número cinco de Liberty Street. No está lejos.

Yo asiento y me despido. Ya sé dónde está la casa de la tía de Jake. Lo sabíamos todos los chavales del barrio. Es la casa de la bruja. La tía de Jake era una mujer extraña que siempre vestía de negro. Su mirada era inquietante. Parecía encerrar algo secreto, algún poder misterioso. Su porche siempre estaba lleno de amuletos de protección y de símbolos arcanos pintados en la fachada.

Recuerdo con una sonrisa que en Halloween solíamos retarnos para ver quién de nosotros se atrevía a dar más pasos dentro de su jardín, arriesgándose a la ira de la bruja y a alguna terrible maldición. La diversión siempre terminaba cuando Jake y Dave entraban sin miedo hasta tocar a la puerta y pedir caramelos. Sin embargo, el resto de chavales nos quedábamos fuera. Era posible que con Jake y Dave se portase bien, porque eran sus sobrinos, pero no nos fiábamos de que fuese a ser igual de clemente con nosotros.

Ahora que he crecido, todo eso me hace gracia. Es increíble como la imaginación de unos críos podía transformar a una mujer excéntrica en una temible hechicera. Pienso eso durante todo el camino hasta su casa, pero, cuando detengo mi bici frente a ella, ya no me siento tan seguro. El irracional miedo infantil vuelve a invadirme. No es sólo el recuerdo distorsionado por el tiempo ni la imaginación de un niño. Esta casa tiene algo extraño. Es alargada y oscura y sus estrechas ventanas parecen ojos que me observan.

El porche sigue lleno de extraños objetos colgantes, fabricados de manera artesanal con ramas, plumas, cristales de colores... Me recuerdan a la película de la bruja de Blair. Y los símbolos de las paredes... No sé cómo explicarlo, pero dan la impresión de haber sido dibujados por alguien que sabe lo que hace. No son dibujos sin más. Simbolizan algo importante. Algo poderoso.

Mientras atravieso el jardín, vuelvo a sentirme como el crío asustado que se atrevía a desafiar la ira de la bruja. Intento respirar hondo y calmarme y llamo a la puerta tratando de aparentar tranquilidad. La sonrisa se me congela en el rostro según se abre. Frente a mí está la bruja, aún más temible de lo que la recordaba. Es una mujer de unos cincuenta años, con el pelo muy negro recogido en un apretado moño. Tiene la cara alargada y unos rasgos duros y

marcados, casi caballunos. No es una mujer hermosa, pero, de alguna manera, no puedes dejar de mirarla y de sentirte atraído por ella. Quizá sean sus ojos, dos pozos oscuros que parecen atravesarme y leer en mi alma. A pesar de que me he quedado paralizado y no soy capaz de decir nada, ella comienza la conversación.

—Eres Eric, ¿verdad? Eric Armstrong. Los espíritus me dijeron que vendrías.

Ahora sí que no soy capaz de pronunciar una sola palabra. Noto que estoy mirándola embobado, con la boca abierta, pero no sé qué responder a lo que acaba de decirme.

—Tengo muchas cosas de las que hablar contigo, pero prefiero que Jake no esté en casa. Vete ahora y regresa a las cinco.

Yo asiento, me meto la mano en el bolsillo y le doy el llavero de su sobrino. Ella también asiente, como si ya supiera por qué he ido allí y a quién debe dárselo, y cierra la puerta, dejándome sumido en un mar de dudas.

## VII

A las cinco en punto de la tarde estoy plantado frente a la entrada de la casa de Eloise Carter. Tengo la mano cerrada en un puño, colocada a la altura de mi hombro, preparada para llamar, pero llevo así un minuto y no me atrevo a moverme.

Ni siquiera sé muy bien por qué estoy aquí. Desde pequeño he pensado que esta señora está medio loca. ¿Por qué debería cambiar de opinión ahora? ¿De verdad voy a creerme que los espíritus le avisaron de mi llegada?

Bien pensado, creer eso tampoco se aleja mucho de la locura en la que llevo inmerso desde hace unos días. He regresado a Swanton empujado por el libro que una esquizofrénica catatónica escribió mientras estaba en trance, poseída por el espíritu de mi amiga muerta. He escapado de una habitación de hotel por la que acababa de pagar una fortuna porque he pensado que la grifería trataba de decirme algo. Me he largado de la casa de Jim porque me dio la impresión de que el fantasma de su hermano muerto se hallaba frente a mí, esperando a que dejase de ser un cobarde y sacase la cabeza de debajo de las mantas. He estado consolando a una chica asustada porque un espíritu le obliga a escribir mensajes de socorro en la lista de la compra... ¿Cuánto tiempo más voy a luchar por dotar a esta situación de una apariencia de cordura? Lo que estoy tratando de hacer no es una investigación corriente, no va de buscar pistas ni de interrogar sospechosos... Hay algo mucho más grande y oscuro que no puedo controlar yo solo. Quizá la mujer que me espera en esta casa pueda ayudarme. Sin pensarlo más, doy un par de golpes en la puerta, sintiendo que realmente no he sido yo quien ha tomado la decisión de hacerlo. No sé si es una fuerza oculta o el destino. Lo que sé

es que me siento como una marioneta manejada por un ser desconocido, mientras trato de engañarme a mí mismo diciéndome que controlo la situación.

La puerta se abre de inmediato, como si la mujer me hubiera estado esperando al otro lado. No sonrío ni me saluda. Se limita a apartarse un poco para dejarme paso libre y a indicarme con un gesto de la mano que me dirija hacia la sala.

La decoración del lugar no sirve para que cambie mi opinión sobre Eloise ni para tranquilizarme. Las persianas de toda la casa están entrecerradas, dejando que se filtre muy poca luz. Todos los muebles están abarrotados de objetos extraños: pirámides y bolas de cristal, amuletos, velas de colores, estatuas de dioses desconocidos... La atmósfera está muy cargada. Huele a una mezcla de libros viejos, incienso y humo de tabaco. Durante unos segundos, me siento mareado. Eloise me guía hacia una mesa camilla cubierta por un pesado mantel azul oscuro con estrellas estampadas de color amarillo, de esos que usan las adivinas en las ferias. Me señala una silla y se sienta enfrente.

—Disculpe, no quiero resultar maleducado, pero le agradecería que abriese alguna ventana. El ambiente está muy cargado.

—El ambiente está tal y como debe estar —contesta ella, cortante—. Los espíritus prefieren las sombras para manifestarse.

—¿Qué espíritus? —pregunto, mientras me planteo que quizá debería levantarme y salir de aquí.

—¿Acaso no ha venido a hablar con los espíritus? ¿No necesita su ayuda?

Me mantengo en silencio, sin saber qué contestar. La verdad es que me vendría genial la ayuda de cualquiera, fuese espíritu o no, pero no creo que a mi salud mental le

venga bien frecuentar estos ambientes y empezar a pensar que se puede contactar con los muertos. Me costó mucho esfuerzo convencerme a mí mismo de que las cosas que veía de crío estaban sólo en mi imaginación. Si ahora decido tomarlas como reales y empezar a aceptarlas como parte de mi vida normal, quizá abra una puerta que no estoy seguro de poder volver a cerrar.

—Por supuesto que la necesita —Eloise interrumpe mis pensamientos dando un golpe con la palma de la mano sobre la mesa—. La niña me dijo en un sueño que usted vendría y que tenía que ayudarle.

—¿Qué niña?

—Una chiquilla de unos once o doce años, con unos ojos castaños enormes —a medida que Eloise va hablando, siento que mi sangre se cristaliza—. Tenía un flequillo muy gracioso, todo despeinado, como si tuviera un remolino justo en medio.

La parte racional de mi mente que aún no ha querido rendirse a este sinsentido me grita que esta mujer ha vivido toda la vida en Swanton, que seguramente sabe todo lo que pasó, que conocía a Anne y me conocía a mí y que lo único que quiere es desplumarme.

—No tengo dinero...—farfullo entre dientes.

—Ya sé que no tiene dinero, que ni siquiera tiene un sitio donde alojarse, pero ya le he dicho que voy a ayudarle —me corta la mujer—. Le he preparado un cuarto para que pueda dormir mientras esté en Swanton. El desayuno es a las siete, la comida a la una y la cena a las ocho. A partir de las diez cierro la puerta de casa, así que, si va a llegar más tarde, avise o se queda en la calle. ¿Alguna otra pregunta?

He vuelto a quedarme sin palabras. Lo que me está diciendo resuelve la mayoría de mis problemas, pero no sé si quiero quedarme en esta casa un segundo más y mucho



menos dormir aquí. Ya tengo bastantes pesadillas y sensaciones extrañas como para quedarme a vivir en un ambiente como éste. La mujer vuelve a hablar, como si estuviera leyendo mis pensamientos.

—Sé que la decoración de la casa puede resultar un tanto turbadora, pero le aseguro que aquí dentro no le sucederá nada malo. Todos los amuletos y símbolos que ve no tienen un fin decorativo. Sirven de protección. Mi casa es una fortaleza contra el mal. Éste es el lugar más seguro de todo Swanton.

Yo asiento mientras trago saliva. Me encantaría creerla, pero en este momento me da más miedo ella que cualquier fuerza oculta que pudiera estar acechándome. Eloise ha apoyado los codos en la mesa, ha cruzado los dedos de las manos y ha colocado su barbilla sobre ellos mientras me clava sus ojos oscuros. Creo que espera que yo diga algo.

—¿Podría llamarla Eloise? Creo que me sentiría más cómodo, ya que voy a vivir aquí...

—No. Prefiero señorita Carter —me corta ella—. Acabamos de conocernos. No tenemos la suficiente confianza.

Vuelvo a quedarme sin palabras, boqueando como un pez. Si sigo comportándome así, Eloise va a empezar a pensar que está hablando con un pirado, así que me limito a cerrar la boca, a asentir a sus palabras y a esperar a que siga hablando.

—¿Está preparado para empezar?

—¿Para empezar qué?

—A contactar con los espíritus. ¿No es a eso a lo que ha venido?

La verdad es que no tengo muy claro a qué he venido, pero estoy seguro de que no era a esto. Llevo toda la vida

tratando de convencerme de que los espíritus no existen, he llegado a conseguirlo durante años enteros y ahora esta mujer pretende que me ponga a charlar con ellos.

—No se preocupe. No habrá ningún peligro. Puede confiar en mí —Eloise espera a que yo asienta antes de continuar hablando—. Le noto muy nervioso y negativo. En ese estado bloqueará cualquier energía que quiera comunicarse con nosotros. Espere aquí.

Se levanta y sale del salón, dejándome solo en la penumbra. La escucho hacer ruidos en la habitación contigua. Me pregunto qué estará haciendo. Es posible que esté preparando algún brebaje mágico destinado a abrir mi ojo espiritual, algo inspirado en los potingues que tomaban los chamanes, algo que me hará alucinar y tener un viaje psicodélico aterrador y que me volverá medio loco. Cada vez tengo menos ganas de estar en esta casa y de participar en los aquelarres de esta chalada, pero no sé cómo decírselo sin resultar descortés. Noto que mi corazón se va acelerando y que empiezo a hiperventilar. Estoy a punto de levantarme y escapar sin decir nada cuando Eloise vuelve a aparecer con una taza en las manos. Al menos no parece un cáliz ritual. Es una taza normal, de porcelana blanca con una florecita azul estampada. No reconozco el contenido, pero me tranquiliza que sea amarillento y no rojo sangre y que su aroma me resulte familiar.

—Tan sólo es tila —me dice ella, como si hubiera vuelto a leerme la mente—. Puede beber, no le pasará nada. Mientras se tranquiliza, iré preparando la sesión.

Todos sus preparativos sólo sirven para ponerme aún más nervioso. Cierra del todo las persianas, dejándonos a la tenue luz de las velas. Por suerte, va encendiendo más por todo el salón, despertando sombras por todos los rincones. Tengo que contenerme una y otra vez para no saltar de la silla cada vez que capto algún movimiento a mi espalda. Tan

sólo es la sombra de Eloise, proyectada sobre las paredes cada vez que se mueve, pero mis nervios están tan alterados que me parece que no se mueve de la forma correcta, que va un milisegundo más lenta, como si fuera un ser independiente que tratara de imitarla. Me bebo la tila de tres tragos, tratando de calmarme.

Eloise vuelve a salir de la habitación y regresa con una enorme tabla de madera que deposita sobre la mesa. Es un tablero de ouija antiguo. Me quedo mirándolo hipnotizado, buscando la manera de explicarle a Eloise que no quiero hacer esto, que le estoy muy agradecido por ofrecerme su ayuda, pero que no creo que una sesión de espiritismo vaya a ayudarme a resolver mis problemas.

—¿Cómo se llamaba esa chiquilla, la del flequillo despeinado? —me pregunta mientras se sienta frente a mí.

—Anne, Anne Austen. ¿Vamos a intentar contactar con ella?

—Sí, ella es quien se me ha estado apareciendo en sueños con más frecuencia.

Ya no tengo ganas de marcharme y mi mente ha dejado de repetirme que no creo en estas cosas, que son sólo trucos de feria para engañar a incautos, que, en caso de que sea real, no es algo con lo que deba jugar... Ya nada de eso importa. Tan sólo puedo pensar en la posibilidad de volver a hablar con Anne.

—Ponga sus manos sobre el máster.

—¿Sobre el qué?

—El máster. Es este triángulo de madera con un cristal en medio. Nos servirá para canalizar las energías que se presenten y se irá deslizándose por el tablero, marcando una a una las letras del mensaje que quieran transmitir. Pase lo que pase, no rompa el contacto y esté tranquilo.

—No sé si podré. Todo esto me resulta muy extraño.

—Lo comprendo, pero yo lo he hecho cientos de veces. Estará a salvo conmigo.

Aunque sigo sin sentirme seguro, la posibilidad de contactar con Anne ha disipado todas mis dudas. Extiendo mis manos y las coloco sobre el máster. Eloise hace lo mismo y nuestros dedos se tocan. Tiene las manos heladas, como si estar en contacto con los espíritus le hubiese contagiado el frío de la muerte.

Eloise cierra los ojos y empieza a respirar de forma lenta y profunda. Yo la imito, a pesar de que me da miedo dejar de vigilar las sombras de la habitación. Con los ojos cerrados, mis otros sentidos se agudizan. Escucho los quejidos de la madera en el piso superior, el canto de un pájaro en el jardín, el ladrido lejano de un perro... Tal y como he practicado muchas veces, trato de ignorar todos esos estímulos externos y de concentrarme sólo en mi respiración, en las sensaciones de mi cuerpo, en seguir el ritmo de Eloise al respirar. Aunque el ambiente me parece el menos apropiado para relajarme, noto que me voy calmando y que mis frenéticos pensamientos van disolviéndose para dejarme sólo una sensación de paz.

—Lo está haciendo muy bien. Siga respirando tranquilo y con los ojos cerrados. Vamos a intentar canalizar nuestra energía —la voz de Eloise me sorprende. Casi había olvidado que estaba allí—. Trate de visualizar una pequeña burbuja dorada saliendo del máster. Intente imaginar su brillo, su tamaño. Ahora, poco a poco, imagine que la burbuja va creciendo. Primero se hace tan grande que cubre toda la tabla, después sigue creciendo y nos envuelve con su luz, protegiéndonos de todo mal. Poco a poco se irá expandiendo hasta ocupar toda la habitación. ¿Lo ve?

Yo asiento, mientras imagino la habitación envuelta por la luz de esa burbuja. En mi mente puedo ver su brillo,

desterrando hasta la última sombra. Me siento tranquilo y en paz, seguro de que no podrá sucederme nada malo.

—Abra los ojos ahora. Estamos preparados.

Obedezco y, al abrir los ojos, me sorprende la oscuridad que lo invade todo. La imagen que había creado en mi mente parecía tan potente y real que casi esperaba que la burbuja de luz estuviera aquí, iluminando cada rincón. Eloise me mira a los ojos, esperando una confirmación de que estoy listo. Yo asiento y ella toma una profunda bocanada de aire antes de empezar a hablar.

—Anne, Anne Austen. ¿Estás ahí?

## VIII

Durante los primeros segundos no sucede nada. No sé qué era lo que esperaba, quizá algún olor extraño o que la temperatura de la estancia bajase de repente unos cuantos grados. El máster que reposa bajo nuestras manos no hace el más mínimo intento de moverse, ni siquiera noto ninguna vibración. Me mantengo en un respetuoso silencio, dejando que sea Eloise la que anuncie que hemos fracasado. Sin embargo, ella no se da por vencida. Vuelve a respirar profundamente y deja que su voz, profunda y algo ronca, inunde el salón.

—Anne Austen, ¿estás ahí? Te ordeno que te manifiestes.

El máster bajo nuestras manos se desliza de repente hacia una de las esquinas. A través del grueso círculo de cristal de su centro veo que se ha situado sobre la palabra "Hola". No puedo creerme que esté funcionando, que me esté comunicando con Anne después de tantos años. Me siento tan nervioso como un adolescente en su primera cita.

—¿Eres Anne? —pregunta Eloise.

El máster se mueve hasta el extremo superior derecho para indicar la palabra "No", borrando todas mis ilusiones como un viento invernal y dejándome triste y vacío por dentro. Me siento tan frustrado que, aunque no le he preguntado a Eloise si puedo intervenir, me inclino hacia delante y hablo directamente con el tablero.

—Queremos hablar con Anne Austen. ¿Por qué has venido tú?

Los movimientos del máster se aceleran: A-N-N-E-N-O... Trato de seguirlo con la mirada, pero me pierdo. Por suerte, Eloise está mucho más entrenada que yo y sus ojos

siguen los movimientos del puntero sin perder detalle.

—Anne no puede hablar contigo.

El máster ha vuelto a quedarse quieto. Eloise me mira, esperando una explicación. Yo me limito a negar con la cabeza y a encogerme de hombros. No se me ocurre ninguna razón por la que Anne no quiera hablar conmigo. Después de todo, ha sido capaz de poseer a una pobre loca para obligarla a escribir un libro y pagar la edición de su bolsillo para poder comunicarse conmigo. Ha estado metiéndose en la mente de Meg, su amiga de la infancia, para obligarla a traerme un mensaje. No entiendo por qué ahora, que le estamos poniendo todas las facilidades posibles para hablar, se hace la difícil.

—¿Quién eres tú? —pregunta Eloise.

El puntero vuelve a moverse a toda velocidad por las letras del tablero. P-E-T-E-R... Esta vez soy capaz de leer su mensaje. Ese espíritu, sea quien sea, dice llamarse Peter Anderson. No me suena de nada y vuelvo a sentirme frustrado. Ya que no es posible hablar con Anne, esperaba que pudiéramos comunicarnos con Dave o con Bobby, con alguien que pudiera arrojar alguna luz sobre quién había sido su asesino.

—¿Por qué has venido a hablar con nosotros? ¿Estás con Anne? ¿Te envía ella?

El máster se desliza con un movimiento seco y se queda clavado en el "Sí", como si esperara nuestra próxima pregunta. Le echo una mirada a Eloise, preguntándole con los ojos si puedo intervenir. Ella asiente.

—¿Podrías preguntarle quién los mató? Necesitamos saberlo para hacerles justicia.

Vuelvo a tratar de seguir los rápidos movimientos del puntero. T-O-D-O-E-S-T-A... Ya he vuelto a perderme. Creo que sería más fácil entender los mensajes de la ouija si el

tablero incluyera un espacio. Por suerte, cuando el puntero se detiene, Eloise vuelve a transmitirme el mensaje.

—Todo está en el cuento.

Eloise me mira de nuevo, enarcando una ceja mientras frunce sus finos labios. Yo asiento, dándole la razón. Seguramente esta sesión estaría funcionando mucho mejor si me hubiera tomado unos minutos para ponerla en antecedentes.

—Luego le explicaré lo del libro —vuelvo a inclinarme sobre el tablero para hablar—: ¿Por qué Anne me está pidiendo ayuda ahora? ¿Por qué ha tardado tanto tiempo?

Comienza la sucesión de letras. E-L-A-G... El máster se mueve tan rápido que me resulta difícil no separar las manos. Casi parece que Peter tuviera prisa por transmitirnos su mensaje y regresar a donde quiera que estén los muertos esperando a que les llamen.

—El agua nos duerme —recita Eloise—. ¿Tampoco sabes qué puede significar eso?

Vuelvo a negar con la cabeza, sintiéndome cada vez más perdido y desesperado. No entiendo por qué los espíritus no pueden dar respuestas más claras y concretas. Sólo necesito el nombre del asesino de mis amigos, no una recopilación de acertijos. Antes de que podamos formular la siguiente pregunta, el puntero comienza a moverse de nuevo.

—Tú...deberías...estar...muerto —va leyendo Eloise.

—¿Yo? —siento un escalofrío recorriendo mi columna vertebral—. ¿Te refieres a mí? ¿Por qué dices eso?

El puntero sale despedido hacia el "Sí" y después continua moviéndose, componiendo un nuevo mensaje. Esta vez pongo todos mis sentidos a trabajar para entenderlo. Necesito saber qué significaban sus anteriores palabras.



¿Eran una amenaza? ¿Un aviso? Sin embargo, su mensaje no explica nada de eso. Las letras componen la frase “Él se acerca”.

Miro a Eloise, tratando de entender algo. Esta vez es su turno de encogerse de hombros. Yo resoplo desesperado. ¿No se supone que ella es la experta en estos temas? ¿No debería saber reconducir la conversación para tratar de obtener algún dato que nos pueda ser de utilidad?

El puntero empieza a vibrar bajo nuestras manos. No parece querer señalar ninguna letra, tan sólo vibra y se agita de lado a lado. Noto que se va calentando cada vez más, hasta empezar a resultar doloroso.

—No lo suelte —me ordena Eloise—. No debemos romper el contacto.

Me concentro en mantener las manos sobre el máster, aunque sigue calentándose. Eloise fija sus ojos en el tablero y aprieta aún más el puntero para evitar que siga moviéndose sin control.

—¿Eres Peter? —el puntero se mueve hasta el “No” y se queda clavado allí—. ¿Quién eres?

El espíritu se niega a contestar. A pesar del calor que emana del puntero, la atmósfera de la sala se ha vuelto tan fría que puedo ver el vaho que sale de nuestras bocas al respirar. Al mismo tiempo, noto un olor desagradable, a humedad, a cosas muertas bajo las aguas desde hace mucho tiempo. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo para no levantarme de un salto y abandonar este lugar para siempre. No me importa reconocerlo: estoy aterrado. La única razón para no marcharme es que tendría que separarme de Eloise y recorrer su casa a oscuras, solo y a merced de ese ser, para encontrar la puerta de la calle.

—En el nombre de Dios, te exijo que te identifiques.

La voz de Eloise es profunda y está cargada de una

seguridad y una autoridad tan absoluta que no me sorprende que el puntero empiece a moverse, deslizándose con lentitud sobre el tablero. Cuando consigo leer el mensaje, siento que toda mi sangre se congela:

—Me rio de tu dios, puta.

Eloise pronuncia esas palabras en un susurro lento, como si las masticara. Todavía estoy esperando a que ella reaccione y ponga a ese espíritu en su lugar cuando el máster vuelve a vibrar, cada vez con más fuerza. La vibración se transmite a la mesa, que empieza a bailar y botar como si estuviera viva. En unos segundos el temblor se ha extendido a todo el salón. Es tan fuerte que empiezo a pensar que no se debe a ningún fenómeno sobrenatural, sino que estamos en el epicentro de un terremoto. Surgido de la nada, un viento cargado de olor a humedad y podredumbre inunda el salón. El olor es tan fuerte que empiezo a sufrir arcadas. A pesar de que el suelo parece oscilar, trato de levantarme de la silla. No puedo soportarlo más. Tengo que huir de este lugar.

—No se mueva. No rompa el contacto —grita Eloise.

Yo vuelvo a pegar el culo al asiento y la miro aterrado, suplicándole con los ojos que haga que esta pesadilla se detenga. Ella echa la cabeza hacia atrás, clavando su mirada en el techo.

—Dios todopoderoso, ayúdame. Expulsa a este ser impío de la casa de tu sierva.

El viento se hace aún más fuerte y apaga todas las velas, sumiéndonos en la más completa oscuridad. No me avergüenza decirlo: siento ganas de llorar, de hacerme un ovillo en una esquina segura y rezar para que esto acabe. Lo único que me mantiene cuerdo es sentir el roce de las manos de Eloise al lado de las mías.

—Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis

satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabolica, in nomine et virtute Domini Nostri Jesu Christi, eradicare et effugare a Dei Ecclesia, ab animabus ad imaginem Dei conditis ac pretioso divini Agni sanguine redemptis.

La voz de Eloise no transmite el menor temor o duda. Es la voz de alguien poderoso, que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Según comienza su oración, la vibración del suelo aumenta. Las vigas de madera de la casa parecen gemir, quejándose de esos malos tratos, amenazando con derrumbarse y sepultarnos en vida. El viento se hace aún más fuerte y maloliente, impidiéndome respirar. Y entonces todo cesa y queda en calma. Eloise separa sus manos y se levanta de la silla. Escucho como se mueve a oscuras por la habitación. Siento ganas de rogarle que vuelva a mi lado, que no me deje, pero no consigo que de mi boca surja ninguna palabra.

Escucho el roce de un fósforo y veo la luz de una vela en una esquina. Eloise se acerca, llevando un candelabro que deposita sobre la mesa. Los dos nos quedamos unos segundos mirando el tablero de la ouija. Está partido en dos trozos, como si alguien lo hubiera roto golpeándolo contra algo.

—¿Esto que ha pasado es normal? —consigo pronunciar al fin.

—No, no lo es. Nunca me había encontrado con un espíritu tan poderoso, tan cargado de odio —Eloise se derrumba en la silla con la mirada perdida. Incluso a la débil luz de las velas notó que su rostro está pálido y sudoroso.

—Usted dijo que estaba todo bajo control, que este sitio era seguro. ¿Cómo se le ha podido colar eso?

—Este sitio es seguro, pero tuve que levantar las protecciones.

—¿Es que está loca? ¿Fue usted la que dejó entrar a esa cosa?

—Tenía que hacerlo para la sesión, para dejar entrar a los espíritus. De otro modo habría sido como pedir comida a domicilio y no abrirle la puerta al repartidor. ¿Lo entiende?

—Sí, pero debería haberme avisado. Si llego a saber esto, no me habría quedado.

—Bueno, no soy la única que no lo ha contado todo. ¿De qué cuento hablaba el espíritu? —abro la boca para contestar, pero ella levanta la mano pidiéndome tiempo—. Es mejor que me lo cuente luego. Salga al porche y espéreme allí. Tengo que limpiar este lugar de energías negativas y colocar de nuevo todas las protecciones.

Eloise se levanta, recorre el salón y enciende la lámpara del techo. En cuanto tengo la suficiente luz para moverme, me dirijo a la puerta a paso rápido, encantado con la idea de salir de este lugar. Nada más poner un pie fuera de la casa, siento que la adrenalina me abandona, dejándome exhausto. Me derrumbo en las escaleras del porche y, con las manos temblorosas, busco el paquete de cigarrillos en el bolsillo trasero de mi pantalón. Enciendo uno y me limito a quedarme mirando el paisaje. La calle está tranquila a esta hora. Se escuchan los gritos de alegría de unos críos en un parque cercano, el sonido de un televisor, a una mujer que tararea mientras cuelga la ropa... El cielo está empezando a teñirse de matices rosados, anunciando la llegada de otro anochecer.

Es curioso, pero sólo hacen falta unos minutos para que mi mente decida retomar el control y tratar de negar todo lo que acaba de suceder. Empiezo a cuestionarme que todo lo que he visto no puede ser real. Tiene que ser un espectáculo organizado por Eloise. He visto algunos reportajes sobre los trucos que utilizan los médiums para engañar a los incautos: luces que se encienden y se apagan,

mesas saltarinas, objetos que se mueven o se caen... Sólo es necesario un ambiente oscuro, unos cuantos cables y la credulidad de una mente tan fácil de sugestionar como la mía. Sin embargo, no acabo de creerme del todo estos argumentos. Hay algo que falla: ¿qué razón tendría Eloise para montar un espectáculo así para mí? No me ha pedido dinero. De hecho, es ella la que me ha ofrecido cobijo y comida para los próximos días. Tampoco puede estar tratando de asustarme para que abandone. Por lo poco que hemos hablado, parece tan interesada como yo en conseguir información.

Al cabo de una media hora, Eloise sale de la casa y se sienta a mi lado en las escaleras. Su larga falda negra de tela arrugada cubre los escalones como una flor mustia. Espero que me diga algo, pero se limita a mirar al frente, disfrutando del atardecer. Saca una pequeña bolsa de terciopelo. Cuando la abre, veo que está llena de tabaco de liar. Me apresuro a echar mano a mi bolsillo trasero para ofrecerle un cigarrillo ya hecho.

—¿Le apetece uno?

—No, yo no fumo esas porquerías.

Eloise se mete la mano en un bolsillo de la falda y saca una pipa de madera oscura. Va desmigando el tabaco poco a poco, echándolo en la cazoleta y apisonándolo. Mientras lo hace, no habla ni mira a ningún otro lado. Sus movimientos son lentos y precisos, como si estuviera realizando un importante ritual. Cuando termina, enciende una cerilla, la deja arder durante unos segundos antes de acercarla a la cazoleta y después mueve la llama sobre la superficie del tabaco, mientras da una calada profunda y lenta. Una bocanada de humo azulado con aroma a vainilla sale de su boca.

—¿Por qué me mira así? —me pregunta con una sonrisa asomando a sus labios—. ¿Nunca ha visto a una mujer

fumando en pipa?

—La verdad es que he visto a muy poca gente fumando en pipa. Parece trabajoso, pero huele muy bien.

—No tiene nada que ver con esos cigarrillos que fumáis: humo rápido para gente que no sabe disfrutar de la vida — vuelve a dar una calada y sigue con la mirada las espesas y lentas volutas de humo—. Fumar en pipa es un proceso lento, requiere una preparación, un tiempo para disfrutar. Tengo algunas viejas pipas guardadas. Si un día le apetece, puedo enseñarle a preparar una.

Yo asiento y, aunque después de sus palabras me siento un poco inferior, saco un cigarrillo. Durante unos minutos nos quedamos en silencio, fumando, viendo como el cielo va convirtiéndose en un incendio de tonos rojizos y anaranjados. Nadie que nos viera podría imaginarse lo que hemos vivido dentro de esta casa hace unos minutos. Tan sólo parecemos dos personas normales disfrutando de la leve brisa que se va despertando según se marcha el sol.

—¿Sabes lo que he pensado? —me pregunta, sacándome de mis pensamientos—. Creo que, ya que hemos pasado miedo juntos, puedes llamarme Eloise.

—¿Tú has pasado miedo? Pensaba que eras una experta en estos temas y que ya nada te impresionaría.

Esta vez Eloise me dedica una sonrisa amplia y sincera. Sus ojos oscuros se rodean de pequeñas arrugas cuando lo hace. Antes de contestar le da una nueva calada a su pipa.

—Hay personas que dicen no tenerle miedo a los fantasmas: las que son lo bastante necias para creer que no existen. Yo sé que existen, que son reales. Los he visto, los he sentido, me acompañan en mis sueños. Sé lo que son, los sentimientos que esconden, cuánto pueden llegar a pervertirse sus almas, cuánto dolor y odio pueden llevar consigo... Y, como los conozco, los temo. Sí, reconozco que

me dan miedo. Todos deberíamos temerlos.

## IX

Cuando me despierto, son más de las diez de la mañana. Me encuentro descansado y tranquilo. Puede que Eloise tenga razón al decir que su casa está protegida contra espíritus y malas energías. Creo que hacía meses que no dormía tan bien.

Cuando bajo a la cocina, me encuentro a Eloise sentada a la mesa, leyendo el libro de Los crímenes del lago. Parece muy concentrada, con unas pequeñas gafas de montura metálica suspendidas en la punta de la nariz. Cuando me oye entrar, deja el libro, se levanta y me sirve una taza de café.

—Pensaba que el desayuno era a las siete y que ya me lo había perdido —le comento, divertido.

—Hoy haremos una excepción, porque ayer fue un día de muchas emociones y porque te tuve levantado hasta tarde para que me lo explicaras todo —la mujer corta un enorme trozo de pastel de manzana y me lo pone delante—, pero no te acostumbres.

—No lo haré —prometo solemnemente, poniendo una mano sobre mi corazón—. No te imaginaba cocinando pasteles.

—Y no lo hago. Es un regalo de la señora Truman, la vecina de enfrente. Somos compañeras en el coro de la Iglesia.

—Tampoco te imaginaba en el coro de la Iglesia.

—Me gusta mucho cantar. Deberías ir a verme un domingo.

—Lo digo por tus aficiones y creencias. No son muy acordes al pensamiento cristiano.



Ella sonríe y se sienta frente a mí, mientras observa como doy buena cuenta del pastel de manzana. Yo me siento un poco incómodo. Siempre me ha puesto nervioso que me miren comer. Dejo el tenedor en el plato y la miro, esperando a que me d e una respuesta.

—Puede que te parezca extraño, pero lo cierto es que soy creyente. Quiz a no sea una creyente al modo tradicional, pero estoy segura de que existe un Dios creador.

— Entonces eres cristiana?

—Nunca me han gustado esas etiquetas: cristiano, musulmán, judío... Creo que hay un mismo Dios para todos, pero que es demasiado complejo para que la mente humana pueda comprenderlo.  l ha ido presentándose a algunos humanos elegidos para transmitirles su verdad, pero ésta es tan grande que sólo pudieron comprenderla en parte. Las distintas religiones no son más que interpretaciones parciales del verdadero Dios.

— Ves? A eso me refería. No creo que el sacerdote de la Iglesia a la que vas est e muy contento con esa interpretación tan particular de la religión.

—Lo s e. Ya intent  convencerme de que las cartas del tarot y las sesiones de espiritismo sólo eran engaños prohibidos por Dios y que debería dejar esas prácticas si quería seguir acudiendo a la iglesia.

— Y qu e le dijiste?

—Que las cartas me habían advertido de que él estaba engañando a su esposa y que eso también iba contra la ley de Dios. Desde entonces no ha vuelto a molestarme.

Suelto una carcajada al imaginarme la cara del sacerdote al escuchar esas palabras. La verdad es que, aunque al principio Eloise me daba miedo, va cay ndome mejor a cada momento. Ella me devuelve una sonrisa de gata satisfecha y vuelve a abrir el libro que había dejado

sobre la mesa.

—¿Qué te ha parecido? ¿Has encontrado algo importante?

—Lo he leído varias veces y me da la impresión de que, tal como nos dijo Peter, todo está en el libro. Creo que hay pistas que se nos escapan y que seguramente no podremos entender hasta que sepamos algo más —comenta mientras pasa las páginas del cuento. Yo no puedo evitar sentirme decepcionado. Esperaba que ella pudiera arrojar luz sobre este laberinto—. Lo que parece claro es que tenemos dos culpables en los asesinatos de tus amigos: una persona real que fue quien los mató y un espíritu que le obligó a hacerlo.

—¿En serio crees que hay un espíritu implicado en todo esto?

—Bueno, el cuento lo deja muy claro y lo señala como principal responsable —Eloise cierra el libro y me señala el dibujo infantil de un fantasma con sábana blanca que aparece en la portada—. Además, creo que a este culpable ya lo hemos conocido ayer.

—¿Crees que es el que se presentó en la sesión de ouija?

—Sí. Parecía muy interesado en que dejáramos de hablar con Peter y de enredar en sus asuntos. Incluso rompió el tablero para que no pudiéramos volver a contactar.

—Por mí puede estar tranquilo. No tengo ningún interés en volver a encontrarme con él. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Detener a un fantasma?

—No te preocupes por eso ahora —Eloise extiende la mano por encima de la mesa para apretar la mía—. Yo intentaré buscar información y descubrir cómo podemos detenerlo. Tú dedícate al plano terrenal, a tratar de descubrir al hombre que mató a tus tres amigos.

—Tampoco es que eso me parezca muy fácil. No tengo ni idea de por dónde empezar.

—Bueno, tenemos un nombre: Peter Anderson.

—Pero ése no es el nombre de ninguna de las víctimas.

—Nos dijo que estaba con Anne. Tiene que estar relacionado de alguna manera.

—¿A ti no te suena de nada? —Eloise niega con la cabeza. Yo suspiro, termino mi café de un trago y me levanto —. Está bien, creo que me toca pasar la mañana investigando en la biblioteca. Espero encontrar algo.

—Recuerda que la comida es a la una y que ya has gastado tu comodín de hoy.

Recojo mi mochila y salgo de la casa. El cielo es tan azul y luminoso que parece invitarme a dar un paseo por el pueblo, a sentarme en un banco de Marble Mill o a ir hasta el lago para nadar un poco. Por desgracia, tengo que ir a encerrarme en una oscura biblioteca para tratar de encontrar algo de información sobre ese tal Peter Anderson sin tener ni idea de por dónde empezar. Decido no pensarlo más, me monto en mi bicicleta y me encamino hacia First Street.

Tal y como esperaba, cuando entro en la biblioteca me la encuentro casi vacía. Tan sólo veo a un par de ancianos leyendo el periódico y a un joven utilizando los ordenadores del fondo de la sala. La bibliotecaria levanta la vista del libro que está leyendo al ver que me acerco a su mostrador.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, me preguntaba si tienen archivados los periódicos locales de los últimos años.

—Por supuesto. En nuestro archivo tenemos guardados todos los ejemplares del St. Albans Messenger desde 1861 — la mujer contesta con una amplia sonrisa, tan orgullosa como si ella misma hubiera coleccionado esos ejemplares uno a

uno—. ¿Qué año quiere consultar?

—La verdad es que no quiero consultar ninguno en particular. Sólo quería echar un vistazo.

La sonrisa de la mujer se borra de inmediato. Parece que no le hace gracia que alguien quiera poner las manos sobre su magnífica colección sin una buena razón para hacerlo. Aún así, coge una llave de un cajón y me indica que la siga. Abre una puerta en el lateral de la biblioteca y me invita a pasar. Cuando enciende la luz y veo todas las cajas apiladas, siento que el alma se me cae a los pies. Revisar todo esto hasta encontrar una respuesta puede ser un trabajo de años.

—Aquí tiene los periódicos de la década de los 50, aquí los de los años 60, aquí los de los 70... —la bibliotecaria va señalándome las diferentes estanterías—. Espero que le sirva con eso. Los anteriores a los años 50 no están disponibles para el público sin una razón de peso, ya que un uso excesivo podría estropearlos —la mujer me señala una mesa situada en el centro de la estancia—. Puede trabajar ahí. Le dejo solo. Si necesita algo, me encontrará en el mostrador de recepción.

Le doy las gracias y me siento mientras ella sale, cerrando la puerta tras de sí. Durante los primeros minutos me limito a mirar las filas y filas de cajas apiladas, pensando que no lo conseguiré nunca, que estoy condenado a pasar el resto de mi vida mirando un periódico tras otro sin estar siquiera seguro de que la respuesta que busco esté aquí. A pesar de que temo que todo mi esfuerzo será en vano, consigo desbloquearme y sacar la primera caja del año 1950 para empezar a trabajar. No puedo volver a casa de Eloise sin siquiera haberlo intentado.

Cuando tengo el periódico del primer día de aquel año frente a mí, vuelvo a preguntarme qué demonios estoy buscando. No puedo leerme todos estos periódicos enteros

buscando el nombre de Peter Anderson. Después de reflexionar durante unos segundos, me doy cuenta de cuál es el único dato útil que poseo: sé que Peter Anderson está muerto. Abro el periódico por atrás y voy pasando páginas hasta encontrar la sección de obituarios.

Poco a poco voy cogiendo práctica y revisando los periódicos a mayor velocidad. Aún así, para mediodía tan sólo he podido comprobarlos hasta el año 1953. Tal como sospechaba, esto va a ser eterno. Además, se me está levantando un dolor de cabeza horrible. Decido salir a fumar un cigarrillo para despejarme. Al pasar frente al mostrador, la bibliotecaria vuelve a levantar la cabeza de su libro y me sonrío:

—¿Qué tal le va? Para estar sólo echando un vistazo, lleva mucho tiempo ahí dentro.

—Me va bien —su sonrisa abierta y las ganas que tengo de quejarme me hacen detenerme a hablar un rato—. Creo que, al ritmo que voy, conseguiré terminar antes de jubilarme. Espero que no le importe tenerme por aquí treinta o cuarenta años más.

—¿Por qué no me dice lo que busca? Quizá pueda ayudarle...

—Busco el nombre de una persona que creo que murió en Swanton, pero no sé el año, así que estoy mirando las páginas de obituarios de todos los periódicos desde los años cincuenta.

La mujer suelta una carcajada que resuena en la biblioteca. Me quedo sorprendido ante este comportamiento tan impropio. ¿No se supone que son precisamente las bibliotecarias las encargadas de mantener el silencio en sus dominios? Tarda unos segundos en controlarse. Incluso se limpia una lágrima que se le ha escapado.

—Lo siento. Si no llego a preguntarle, se podría haber

muerto usted ahí dentro —suelta un par de risillas ahogadas más ante mi cara de desconcierto—. No hace falta mirar los periódicos uno por uno. Los archivos del St. Albans Messenger están digitalizados y se pueden hacer búsquedas en su página web. Puede consultarlo en los ordenadores del fondo. Le costará un dólar la hora, pero creo que le merecerá la pena.

La acompaño hasta las mesas del fondo, intentando no fijarme en la sonrisa burlona que, aunque intenta reprimir, sigue aflorando a sus labios. Seguro que soy el motivo de cachondeo a la hora del almuerzo en su casa: el gilipollas que se ha pasado dos horas mirando periódicos antiguos porque no se ha dado cuenta de que existe Internet. Me siento al ordenador, decidido a ignorar a la bibliotecaria. Después de todo, estoy tan contento de no tener que pasarme días encerrado en la sala de archivos que me da igual haber hecho el ridículo.

Busco en Google la página del St. Albans Messenger y, después de trastear un par de minutos, encuentro su sección de archivos. Veo que está dividido en tres partes: archivo de noticias, archivo histórico y archivo de obituarios. Como lo único de lo que estoy seguro es de que Peter Anderson está muerto, elijo el último. Por desgracia, en este archivo sólo aparecen los fallecidos desde el 2006 y la búsqueda del nombre de Peter no arroja ningún resultado. La web me indica que, para muertes anteriores, debo visitar el archivo histórico.

Esta vez sí consigo varios resultados al repetir la búsqueda. Puedo ver los titulares. Hay un obituario dedicado a Peter Anderson con fecha del 12 de julio de 1979. También encuentro el titular de una noticia hablando sobre su muerte el día 10. Nada más leerlo siento que el frío me invade y estoy seguro de que he encontrado algo:

*Un niño muere ahogado en el lago Champlain en*

*extrañas circunstancias.*

Por desgracia, cuando pulso en el titular para ampliar la noticia, la página me conduce a un formulario de registro. Con manos temblorosas voy rellenando todos los campos, mientras recito de carrerilla todos los juramentos que me sé. La información está ahí y tengo que perder varios minutos en hacer todas estas estupideces. Después de rellenar toda la información y de entrar en mi email para confirmar el registro, regreso a la página para encontrarme que tengo que pagar diez dólares para poder consultar sus archivos durante un día. Saco mi tarjeta de crédito del bolsillo mientras recito nuevas maldiciones que tenía olvidadas. Creo que investigar es una tarea para gente con más paciencia y dinero del que yo tengo.

Tras meter el número de la tarjeta de crédito, parece que mis problemas se solucionan. Cuando pulso en el titular de la noticia, se abre una página nueva en la que puedo verla. El artículo está ilustrado con dos fotografías. En una de ellas se ve la cara de un crío sonriente de unos nueve o diez años. Tiene unos ojos enormes y una sonrisa de pillo que parece sugerir que sería mejor no perderle de vista un solo segundo. La otra fotografía muestra un embarcadero a orillas del lago Champlain ocupado por policías y curiosos. En el extremo más alejado del embarcadero se puede divisar un pequeño bulto cubierto por una sábana blanca. Esta imagen despierta en mi mente toda una cadena de horribles recuerdos. Hago un esfuerzo para volver a apartarlos al rincón de mi cerebro en el que los tengo confinados y me concentro en el cuerpo de la noticia:

*Peter Anderson, de nueve años de edad, ha muerto ahogado en un accidente ocurrido ayer por la mañana en el lago Champlain, en Swanton. Según fuentes cercanas, el niño estaba nadando mientras su padre, Steve Anderson, pescaba. Por causas aún desconocidas, el niño se hundió en*

*las aguas y, a pesar de los esfuerzos de su padre, no pudo ser rescatado.*

*Los servicios de Emergencias recibieron un aviso, a las 10.15 horas, en que se les comunicaba que un niño se había ahogado en las aguas del lago Champlain, en uno de los embarcaderos residenciales de las casas cercanas a la carretera de Maquam Shore.*

*Cuando los servicios de emergencias llegaron al lugar, los padres les informaron de que el niño había sido arrastrado hacia el fondo del lago sin que ellos pudieran hacer nada por evitarlo. Tras unos angustiosos minutos de búsqueda, pudieron rescatar el cuerpo del pequeño. Aunque durante media hora los médicos del servicio de urgencias estuvieron practicándole maniobras de reanimación, no se pudo hacer nada para salvar su vida.*

*A pesar de que el caso aún está siendo investigado, se sospecha que el niño pudo sufrir un calambre o engancharse con la vegetación del fondo del lago, lo que le impidió nadar hasta la superficie.*

Releo la noticia una y otra vez. Esta muerte sucedió muchos años antes que las de mis amigos y, además, no parece que se trate de un crimen. Entonces, ¿qué les relaciona con Peter? ¿Por qué están juntos en el más allá? ¿Es que los organizan según el sitio en el que se murieron o por causa de fallecimiento? La verdad es que no tengo ni idea de qué pueden tener que ver. Quizá Eloise pueda ayudarme con eso.

Paso los siguientes minutos buscando más noticias sobre Peter, por si se había acabado descubriendo que su muerte se debía a un asesinato, pero no encuentro nada más. Sólo hay otra entrada con su nombre: la de su obituario.

*SWANTON —Peter Thomas Anderson, de nueve años de*



*edad, murió ahogado en el lago Champlain el martes 10 de Julio de 1979.*

*Nacido en Highgate, el 15 de Julio de 1969, era hijo único de Steve y Camille Anderson. Era un alumno sobresaliente de la Escuela Elemental de Swanton.*

*La liturgia por su funeral se celebrará este jueves, 12 de julio, a las 11 a.m. en la Iglesia de La Natividad, en Canada Street (Swanton). Seguidamente, el entierro se realizará en el Cementerio de Riverside.*

Me empieza a dar la impresión de que he tirado diez dólares. A no ser que Eloise consiga relacionar esta muerte con la de mis amigos, no se me ocurre qué podemos sacar de todo esto. A pesar de que Peter también murió ahogado, todo indica que fue un accidente. Mi reloj ya marca las doce y media del mediodía. Lo mejor será que vuelva a casa si no quiero que Eloise se enfade y me deje sin comer.

Cuando voy a cerrar la página en la que aparece la noticia de la muerte de Peter, noto una corriente de aire frío acariciando mi nuca. Me doy la vuelta, preguntándome si habrán encendido algún ventilador apuntando directamente a mi coronilla, pero no veo nada. Tras unos segundos intentando encontrar una explicación, me convengo a mí mismo de que lo he imaginado y vuelvo a colocar la mano sobre el ratón para cerrar la página.

Esta vez siento el frío sobre mi mano. No es una corriente ni un leve soplo. Es algo pesado y consistente con un tacto glacial que se ha situado sobre mi mano derecha para impedir que se mueva. Casi puedo sentir el tacto de unos pequeños dedos helados que me sujetan para impedir que cierre esta noticia y la olvide. No sé si es el espíritu de Peter, el de alguno de mis amigos o el fantasma que se nos presentó ayer en casa de Eloise y que destrozó medio salón. No soy capaz de reaccionar. Siento tanto miedo que me quedo paralizado, con la mano crispada sobre el ratón y la

mirada fija en el monitor. Todos mis músculos están en tensión, preparados para hacerme saltar de la silla y salir a la carrera en cuanto la parálisis desaparezca. Sin embargo, continuo sin moverme, con la espalda tan recta como si me hubiera tragado un palo. No digo nada, no me muevo, casi ni respiro... Lo único que hago es repetir mentalmente "Que se vaya, que se vaya, que se vaya...". La mano sigue ahí, fría, pesada e inerte. Me doy cuenta de que no me dejara hasta que haga lo que quiere.

A pesar de mis nervios, releo a toda prisa la noticia de la muerte de Peter. Parece que las circunstancias del accidente no estaban claras, que incluso hubo una investigación. Con un esfuerzo de voluntad enorme, consigo asentir.

—Está bien. Investigaré la muerte de Peter.

Noto que la mano invisible se desliza con suavidad sobre mi piel, como una caricia de despedida. Cuando el contacto se desvanece, consigo controlar las ganas de salir corriendo de la biblioteca. Busco en Internet las páginas blancas de Swanton e introduzco el nombre del padre de Peter sin ningún resultado. Ya voy a levantarme cuando se me ocurre introducir el nombre de la madre: Camille Anderson. Esta vez tengo más suerte. Hay una mujer con ese nombre en el 107 de Maquam Shore. Aunque no tenga ni idea de qué preguntarle a esa mujer, creo que tendré que ir hasta allí a hablar con ella. Peter y sus fantasmales amigos no me están dejando otra opción.

## X

Me encuentro en un sinuoso camino de gravilla que surge de la carretera general para dirigirse hacia el lago Champlain, cuyas aguas azules y tranquilas lanzan reflejos al sol de mediodía. El camino está bordeado por parcelas de césped, sin verjas que separen una propiedad de otra. La persistente sequia ha hecho que la hierba amarillee un poco, pero, aún así, parece un lugar agradable para vivir. La primera casa del camino a la derecha es el 107 de Maquam Shore, una pequeña edificación de dos pisos con las paredes rojas y el tejado y la puerta de madera blanca. Me bajo de la bici y camino hacia allí agarrándola por el manillar.

Escucho música saliendo por las ventanas de la casa. Me detengo un momento, tratando de ordenar en mi cabeza todas las mentiras que he urdido por el camino. A pesar de que el estómago me duele por los nervios, aporreó la puerta un par de veces y espero a que me abran. La música se detiene y escucho unos pasos lentos que se dirigen a la entrada. Una mujer anciana con el pelo recogido en un moño plateado aparece en el umbral. Lleva unas pequeñas gafas adornando su cara redondeada. Debe de rondar los setenta años, pero no tiene arrugas desagradables ni la piel seca, sino que luce unas encantadoras y saludables mejillas sonrosadas.

—¿Necesitas algo, hijo?

—¿Es usted la señora Anderson? ¿Camille Anderson? —le pregunto mientras le dirijo la que espero que sea mi mejor sonrisa profesional. Cuando ella asiente y estrecha mi mano, continúo hablando—. Me envían del ayuntamiento de Swanton. Ha habido quejas sobre la seguridad en el lago y parte de la población está pidiendo que se contrate a socorristas o que al menos se vallén las zonas más

peligrosas. Nos han encargado un informe sobre los peligros del Champlain y hemos encontrado que usted tuvo la desgracia de perder a un hijo ahogado en 1979. ¿Mis datos son correctos?

—Sí, sí lo son —la sonrisa ha desaparecido por completo del rostro de la mujer, haciéndome sentir culpable—. Por desgracia, esas medidas de seguridad llegan ya muy tarde para mi pobre Peter.

—Lamento despertarle recuerdos tan dolorosos, pero nos sería de gran utilidad que pudiera contarme qué sucedió para incluirlo en nuestro informe.

La señora Anderson se queda en silencio durante unos segundos, haciéndome temer que va a darme con la puerta en las narices. Sin embargo, acaba asintiendo y apartándose para permitirme entrar.

—Pase a la cocina y siéntese. Estaremos más frescos aquí dentro.

Yo susurro un gracias y entro en la casa. Según me siento en una de las sillas de la cocina, un enorme gato atigrado se sube a mi regazo, ronroneando tan fuerte que parece que alguien lo ha puesto a hervir durante demasiado tiempo.

—Espero que pueda disculpar a Neville. Es demasiado mimoso.

—No hay problema —fuerzo una sonrisa mientras veo a otra media docena de gatos pululando por el suelo de la cocina. Si todos deciden subírseme encima, acabaré sepultado en pelo.

La señora Anderson saca una jarra de limonada de la nevera y llena dos vasos antes de sentarse. En cuanto lo hace, un gato con manchas blancas y negras se sube sobre ella.

—Sé lo que está pensando —dice, sonriendo—. Una loca de los gatos. Desde que perdí a mi familia, son lo único que tengo.

Yo asiento y le hago un par de mimos al gato gris que tengo encima. Nunca me han gustado los gatos, pero, si esa mujer ve que soy cariñoso con ellos, quizá se abra más a mí. Por desgracia, Neville no parece estar de acuerdo con mi plan, ya que me muerde la mano y se baja, alejándose con la cola erizada y erguida.

—Bueno, parece que no le gusto mucho —lanzo una sonrisa de disculpa y decido ir al grano—. ¿Podría hablarme del accidente de Peter?

—Peter no tuvo ningún accidente. Es imposible que se ahogara él solo en el lago —ante mi cara de desconcierto ella continúa hablando—. Vivimos al lado del embarcadero. Peter aprendió a nadar antes que a andar. Con nueve años nadaba mejor que cualquier niño de las cercanías. Incluso participaba en competiciones contra niños mayores que él y, aún así, ganaba siempre. Solíamos llamarle “el niño pez”. Mi hijo no se ahogó.

Siento un escalofrío recorriéndome el cuerpo. Parece que he encontrado algo importante, aunque todavía no sé qué es. Quizá las afirmaciones de esta mujer sean sólo los desvaríos de una loca que no ha sido capaz de afrontar la pérdida de su hijo.

—Los periódicos de la época dicen que pudo deberse a un calambre o a que se enganchara con la vegetación del fondo del lago. Al menos ésas eran las hipótesis que manejaba la policía.

—Me importa una mierda lo que pensase la policía —escuchar esas palabras en boca de esta ancianita adorable me hace dar un respingo—. Yo sé lo que vi.

—¿Le importaría contármelo?

La señora Anderson asiente y, antes de empezar a hablar, le da un largo trago a su vaso de limonada. Yo la imito, dándole tiempo para ordenar sus ideas. La mujer se acaba el vaso y lo deja sobre la mesa. Después se inclina hacia mí, como si fuera a contarme un secreto y no quisiera que nadie más lo escuchara.

—Ese día estábamos los tres en el embarcadero. Yo estaba sentada en la hierba, leyendo una revista. De vez en cuando, levantaba la vista para mirar a Peter, que estaba nadando y buceando, como hacía todos los días en cuanto las aguas del lago dejaban de estar heladas. Su padre se encontraba aún más cerca, intentando pescar. Aunque los gritos y chapoteos de Peter hacían muy difícil que ningún pez se acercase, le gustaba sentarse ahí y pensar en sus cosas — la mujer me mira, tratando de comprobar si sigo su historia. Yo asiento, animándole a continuar—. De repente, Peter dio un grito y se hundió en las aguas. Nos levantamos de un salto y nos quedamos unos segundos mirando el sitio en el que había desaparecido, sin saber qué estaba pasando. Al cabo de unos segundos, Peter volvió a emerger, pidiendo ayuda. Gritaba algo como “Me tiene, me ha cogido”. Su padre se puso de rodillas en el embarcadero y le tendió el brazo para ayudarlo a salir. Peter se agarró con fuerza, pero algo tiraba de él desde el otro lado. Yo también agarré el brazo de mi niño para tratar de sacarlo, pero era imposible. Los gritos que daba Peter eran tan terribles como si fuéramos a partirlo por la mitad. De repente, algo tiró con fuerza y Peter se nos escapó de las manos y volvió a hundirse.

La mujer deja de hablar y trata de contener un sollozo. Me gustaría decirle que es suficiente, que no es necesario que siga recordando un suceso tan doloroso, pero creo que ya es tarde para arrepentirse y que estoy ante algo importante. Estiro mi brazo sobre la mesa para tocar su mano en un gesto que espero que le resulte reconfortante. Ella finge una sonrisa, arranca un trozo del rollo de papel de

cocina que hay sobre la mesa y se seca con disimulo las lágrimas que han escapado de sus ojos.

—Su padre se arrojó al lago para ayudarle, pero las aguas del Champlain son muy oscuras y no pudo encontrarlo. En cuestión de segundos, varios vecinos llegaron corriendo. Lo habían visto todo desde sus ventanas o jardines y habían avisado a emergencias. Mi marido estuvo sumergiéndose una y otra vez, desesperado por encontrarlo, hasta que llegó la policía, las ambulancias y los bomberos... Y entonces mi niño apareció flotando cerca de la orilla, muerto...

—Lo siento mucho, señora Anderson.

—Gracias, hijo —ahora es el turno de la mujer de apretar mi mano para reconfortarme—. Trataron de reanimarlo durante mucho tiempo, pero no se pudo hacer nada. Cuando mi marido vio que Peter estaba muerto, se volvió loco. Empezó a gritar, hablando con alguien que no estaba allí, prometiéndole que haría cualquier cosa por recuperar a nuestro hijo, exigiéndole que se lo devolviera... diciendo que mataría a cualquier niño del pueblo a cambio de que Peter estuviera vivo de nuevo.

—¿Y qué pasó? ¿Sabe con quién estaba hablando o a qué se refería con matar a otros niños?

—No, no sé nada. Se lo llevaron al hospital en una ambulancia y lo tuvieron varios días ingresado en la unidad de psiquiatría.

—¿Cuándo volvió se encontraba mejor?

—No, nunca se recuperó. Se convirtió en un espectro. No podía trabajar, no hablaba con nadie, casi no comía... Muchas noches notaba que se levantaba de la cama, pensando que yo dormía, y se sentaba en el porche a mirar el lago durante horas. A veces me levantaba de puntillas para espiarle...

—¿Y qué hacía?

—Hablaba solo, como si rezara. Seguía pidiéndole a un ser invisible que nos devolviera a nuestro hijo. Al principio pensé que hablaba con Dios, pero las cosas que decía eran tan raras... Decía que tres niños muertos no eran tanto pago por la vida de su hijo, que se había equivocado. Pedía que le dejaran volver a intentarlo, que estaba dispuesto a pagar el sacrificio.

Sus palabras me dejan paralizado. No sé qué decir. Incluso mi cerebro parece haberse bloqueado. Sólo me repito una y otra vez “Tres niños: Anne, Bobby y Dave”, “Tres niños: Anne, Bobby y Dave”... La señora Anderson está llorando otra vez. Verla tan triste me saca de mi estupor.

—¿Dónde está su marido? ¿Sigue viviendo aquí?

—No, se marchó pocos meses después y nunca he vuelto a saber nada de él. Ni siquiera sé si está vivo o muerto.

—¿Se fue sin dar ninguna explicación?

—Me dejó una carta en la que decía que, si se quedaba en Swanton, acabaría cometiendo una locura. Unos años después, unos vecinos del pueblo me dijeron que le habían visto en Montpelier, que estaba mendigando por las calles, que dormía escondido entre cartones... No he vuelto a saber nada más de él.

Me da mucha pena la señora Anderson. Después de todo lo que ha pasado, no quiero causarle más dolor, pero tengo que hacerle una pregunta más antes de marcharme.

—Lamento tener que preguntarle esto, pero ¿cree usted que su marido pudo estar relacionado con la muerte de los tres chicos a los que ahogaron en el lago en el año 2001?

Ella arranca un trozo aún más grande de papel de cocina y esconde el rostro en él mientras sus hombros se sacuden por los sollozos. La dejo llorar sin decir nada, esperando a que se serene y me dé una respuesta.



—No lo sé. Llevo desde entonces con ese miedo, deseando que no tenga nada que ver, rezando incluso para que ya estuviera muerto cuando eso sucedió. ¿Usted cree que pudo ser él? ¿Cree que mi Steve pudo matar a esos tres niños?

Salgo de casa de la señora Anderson una media hora después, tras haber intentado tranquilizarla acerca de las sospechas sobre su marido. Camino hacia mi bicicleta con paso tranquilo, dejando que la brisa que llega desde el lago me sacuda el dolor y el miedo de esa mujer, que parece haberse impregnado en mi piel. Me quedo parado mirando el lago. A pesar de su color azulado, del brillo de los rayos del sol en la superficie y de las copas de los árboles meciéndose en la orilla, ya no me produce sensación de paz. En estos momentos no me metería en sus aguas ni por todo el oro del mundo. La historia que me ha contado la señora Anderson me ha impresionado tanto que casi puedo verla, como si fuera una película frente a mis ojos. Los gritos del niño, los esfuerzos de sus padres por sacarlo y algo oscuro y desconocido tirando de él hacia las profundidades. A pesar del calor del mediodía vuelvo a estremecerme.

Intento tranquilizarme y pensar de una manera fría y racional. ¿Hasta qué punto puedo fiarme de una historia relatada por una anciana solitaria que lleva años viviendo entre gatos? Todo lo que me ha contado sucedió hace muchísimo tiempo y estará teñido por el dolor, por la soledad, por la pérdida... Nadie culparía a esa mujer por buscar alguna explicación a aquel acontecimiento que destrozó su vida para siempre, aunque para ello tuviera que inventarse a un ser oscuro y maligno que le arrebató a su hijo y enloqueció a su esposo. Aunque la comprendo y me da mucha pena, no puedo tomar su historia como algo objetivo.

Por otro lado, si sumo lo que esta mujer me ha contado

a todo lo que me ha sucedido en los últimos tiempos, su historia encaja perfectamente. El libro de Anne, la posesión de Joan, mis extraños visitantes nocturnos, la sesión de espiritismo con Peter, la visita de ese espíritu furioso que intentó asustarnos... No, no puedo seguir ese hilo de pensamiento o me volveré loco. Tengo que intentar llevar esta investigación de forma racional y dejarle las locuras paranormales a Eloise. Mi función es tratar de unir los hechos objetivos para encontrar a un culpable de carne y hueso y, aunque no hubiera nada sobrenatural en la muerte de Peter, el hecho es que su padre es un buen sospechoso.

Estoy tan abstraído en mis pensamientos que no me fijo en el enorme coche blanco aparcado en la cuneta de la carretera general, justo a la salida del sendero. Estoy a punto de montarme en la bici para regresar a Swanton cuando escucho una voz conocida a apenas cuatro pasos de mí:

—Hola, Eric. ¿Te importaría que habláramos un momento?

Levanto la cabeza del sendero de gravilla para encontrarme con la imponente figura del sheriff Dunning. Está sentado en el capó de su coche, con los brazos cruzados ante su enorme pecho. Tiene el ceño tan fruncido que sus cejas casi se unen. Me acerco a él, llevando la bicicleta por el manillar, mientras trato de mostrar mi sonrisa más inocente.

—Buenos días, sheriff. Encantado de verle.

—No me vengas con chorradas. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Bueno, hace un día espléndido, así que he venido dando un paseo con la bici para disfrutar de las vistas del lago.

—No me mientas. Una vecina nos ha llamado diciendo que un joven desconocido había entrado en casa de la señora Anderson y que llevaba demasiado tiempo allí dentro.

Me sorprendo de los límites que puede alcanzar el chismorreo. ¿Qué creía esa mujer que podía estar haciendo con la señora Anderson? ¿En serio la policía de este pueblo no tiene nada mejor que hacer que atender una llamada tan estúpida?

—La señora Anderson ha sido muy amable y me ha invitado a un vaso de limonada. Ha debido ver que estaba muy acalorado...

—Ya basta, Eric. ¿Quieres pasar otra noche en comisaría?

—¿Acusado de qué? ¿De tomar limonada?

Me sorprendo a mí mismo por mi tono arrogante. Siempre he sido un tío tímido, dispuesto incluso a dejarse pisotear para no molestar, pero Dunning está empezando a hartarme. Si él no quiere investigar la muerte de mis amigos, al menos podía dejar de incordiar. De todos modos, parece que mi chulería no ha afectado a Dunning en absoluto. Se incorpora y se acerca a mí, dejando apenas unas pulgadas entre nuestros cuerpos. Es tan alto que tengo que mirar hacia arriba para poder verle los ojos, lo que me hace sentir como un crío tratando de enfrentarse a un hombre de verdad.

—¿El hecho de que el hijo de Camille Anderson se ahogase en el lago no tiene nada que ver con tu visita? ¿Podrías jurarme que has venido hasta aquí por casualidad y no por qué sigues empeñado en descubrir algo sobre la muerte de tus amigos?

—El hijo de la señora Anderson se ahogó accidentalmente, mientras que mis amigos fueron asesinados. No hay nada que relacione ambos hechos. ¿O usted cree que sí?

Dunning se queda en silencio, sopesando mis palabras. Da un par de pasos atrás y vuelve a sentarse sobre el capó

del coche, que se inclina ante su peso. Sus dedos hinchados rebuscan en el bolsillo anterior de la camisa. Saca un arrugado paquete de tabaco y, después de extraer uno para él, me lo tiende.

—Coge uno. Sé que fumas.

—¿Cuántas cosas más sabe de mí?

—Más de las que te gustaría —Dunning enciende su cigarrillo y se queda en silencio mirando hacia el lago, con los ojos entrecerrados para protegerlos de los reflejos—. En serio, chico, déjalo. Si sigues revolviendo la mierda, no vas a conseguir otra cosa más que pringarte.

—No me parece una comparación muy adecuada para hablar sobre los asesinatos sin resolver de tres niños inocentes.

Dunning se levanta como impulsado por un resorte y viene hacia mí como un toro de lidia. Parece que al final me he pasado de listo. Su cara está roja de ira y su rostro tan crispado que casi no se le ven los ojos.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así, niñoato? ¿Crees que eres el único al que le duelen esas muertes? ¿Tienes idea de la cantidad de horas que le metí a esa investigación, de la cantidad de noches sin dormir, de las pesadillas continuas, del terror de no saber si habría nuevas víctimas sin poder hacer nada por evitarlo? Me he pasado años investigando esos casos y no he conseguido nada. ¿Crees que tú vas a llegar aquí, hacer cuatro preguntas y encontrar...

La voz de Dunning se interrumpe por un fuerte ataque de tos. El hombre se agarra el pecho mientras todo su cuerpo se sacude por el esfuerzo. Por un momento temo que vaya a desplomarse y morirse delante de mí, así que me acerco a él y le doy varios golpes en la espalda para ayudarlo. Poco a poco, el ataque va cesando.

—Gracias, no debería enfadarme tanto. Mi mujer siempre me lo dice —vuelve a apoyarse en el coche y saca un pañuelo de tela de su bolsillo trasero para limpiarse la boca y las gruesas gotas de sudor que resbalan por su frente.

—Lo siento, no pretendía enfadarlo, pero no entiendo por qué no me deja investigar. No le estoy haciendo daño a nadie.

—No va a servir de nada. Tan sólo vas a despertar recuerdos dolorosos.

—¿De verdad cree que hace falta que alguien despierte esos recuerdos? ¿Cree que la familia de Anne, Bobby o Dave han dejado de pensar en ellos un solo día? ¿Cree que la señora Anderson ha olvidado a su Peter?

Dunning niega con la cabeza y resopla, desesperado. Después me mira durante un largo rato, como si estuviera evaluándome. Yo me quedo muy quieto, sin atreverme a decir nada que pueda estropearlo, esperando su veredicto.

—Vamos, sé sincero conmigo. ¿A qué has venido aquí? Tú mismo has dicho que la muerte del niño de los Anderson fue un accidente. ¿Qué te hace pensar que tiene algo que ver con la muerte de tus amigos?

Ahora es mi turno de quedarme callado y evaluarle. No sé si puedo fiarme de él, ni cuánto puedo contarle sin que piense que estoy loco, ni si mis próximas palabras pueden tener como premio otra noche en el calabozo. Me parece descubrir un brillo de interés genuino en sus ojillos negros. Creo que, aunque no me he ganado su respeto, al menos he despertado su curiosidad. Dejo la bici en el suelo y me siento en el capó del coche, a su lado.

—No creo que Peter esté relacionado con mis amigos, pero puede que su padre sí. La señora Anderson me ha contado que su marido tuvo que ser ingresado en la unidad de psiquiatría tras la muerte de Peter, que hablaba con un

ser invisible, prometiéndole matar a tres niños a cambio de que le devolviera a su hijo.

—¿Tres niños? ¿Estás seguro?

—Eso es lo que me ha contado la señora Anderson. Estoy seguro de que usted puede preguntárselo y revisar el informe policial de la muerte de Peter. El caso es que acabó marchándose del pueblo para no cometer una locura y su propia esposa me ha confesado que lleva años temiendo que él pudiera tener algo que ver con las muertes del 2001.

Dunning vuelve a quedarse en silencio, meditando sobre mis palabras. A pesar del ataque de tos de hace un rato, saca un nuevo cigarrillo, pero está tan ensimismado que ni siquiera me ofrece.

—¿La mujer sabe dónde está?

—Dice que unos vecinos le vieron vagabundeando por Montpelier, pero de eso hace ya muchos años. ¿Cree que podría encontrarle?

Dunning se pone de pie y empieza a caminar por delante del coche, con la vista fija en sus pies. Al cabo de un rato, levanta la cabeza, asiente y me sonrío:

—No habrías sido mal poli, chaval. Voy a investigar esos datos, pero a cambio quiero que me prometas que vas a dejar de meter las narices en lo que no te importa.

—No puedo prometerle eso, sheriff —ensayo de nuevo mi mejor sonrisa de chico bueno—. Todo esto me importa mucho más de lo que usted imagina.

Dunning vuelve a negar con la cabeza mientras murmura algo entre dientes. Creo reconocer las palabras "mocoso entrometido", pero hago como si no me hubiera enterado. Él se mete en su coche y enciende el motor. Antes de arrancar, saca la cabeza por la ventanilla.

—Voy a investigar los datos que me has dado y te

informaré de lo que encuentre —en su cara redonda se abre paso una sonrisa de complicidad—. Confío en que tú hagas lo mismo.

—Por supuesto, sheriff. A sus órdenes —le hago un saludo militar a modo de despedida.

Él vuelve a refunfuñar, hace girar el coche y se dirige a Swanton. Yo me quedo unos segundos mirando como desaparece, sin poder creerme del todo lo que ha pasado. Parece que tengo permiso de Dunning para seguir investigando, así que decido aprovecharlo antes de que cambie de opinión.

## XI

Estoy pedaleando de vuelta a casa de Eloise cuando una idea se cuela en mi cabeza. ¿Y si Peter no es la única víctima de la que no sabíamos nada? Intento ignorar ese pensamiento. Con lo que sé de la historia hasta el momento, todo es perfecto: Peter se ahogó en un accidente, su padre se volvió loco y se marchó del pueblo, pero siguió dándole vueltas a la extraña idea de que, matando a tres niños de Swanton, su hijo le sería devuelto, así que regresó al pueblo, mató a mis amigos y volvió a esfumarse. Tan sólo necesito que Dunning lo confirme para haber cumplido con mi misión y poder regresar a mi vida normal.

Es una pena que mi mente no se quedé tranquila con esta idea. ¿Cómo encaja en esta explicación tan perfecta y racional el cuento que escribió Joan? En él se habla de un hombre que seguía viviendo en el pueblo y que tenía un hijo vivo. ¿Y cómo encaja el fantasma que se nos presentó en la sesión de espiritismo? No quiero pensar en eso. Es mucho mejor para mi salud mental que me centre en los hechos que he descubierto y me olvide de cuentos escritos por locas poseídas y de espíritus malignos que obligan a la gente a asesinar niños.

A pesar de la fuerza de estos argumentos, sé que no voy a poder ignorar estas dudas y seguir adelante. Después de todo, no sé cuánto tiempo tardará Dunning en confirmar o desmentir mi hipótesis y no tengo nada más que hacer hasta entonces, así que me convengo a mi mismo de que no me hará daño investigar un poco. Además, ya tengo pagado el acceso al archivo del St. Albans Messenger durante todo el día de hoy. Al llegar al pueblo por Merchants Row, continuo recto por Grand Avenue y me dirijo a la biblioteca.

Después de pagar otra hora de acceso a Internet, me



siento en uno de los ordenadores y vuelvo a la página del periódico. No sé qué me pasa, pero me siento nervioso. Las manos me tiemblan y el vello de la nuca se me eriza. Tengo la impresión de que no voy a descubrir nada bueno, de que sería mejor que me marchara y esperara la respuesta de Dunning, dedicando mi tiempo a pasear por el pueblo, a leer sentado en un banco del parque, a pescar... Sin embargo, sé que no puedo hacerlo. Algo en lo más profundo de mi cerebro me dice que estoy a punto de encontrar algo importante. Algo peligroso.

Respiro varias veces, tratando de tranquilizarme. Noto unos ojos clavados en mi nuca y me doy la vuelta a toda velocidad, temiendo encontrarme con el espectro de Anne, con su boca cosida, o con el cuerpo flotante de Bobby, mirándome con sus ojos de pez muerto, o con el fantasma de Dave, señalándome acusador. No hay nada de eso. Es sólo la bibliotecaria, que me mira con gesto preocupado. Debo llevar varios minutos paralizado delante del ordenador, como si me hubiera dado un ictus. Le sonrío para tranquilizarla y abro la página de búsquedas del archivo histórico del periódico. Sin pensarlo más, escribo las palabras "niño, ahogado, Champlain".

La búsqueda me devuelve muchos más resultados de los que me gustaría. Trato de pensar que quizá no signifique nada. Muchas de esas muertes pueden ser accidentales. Saco unos folios de mi mochila y voy abriendo los artículos, uno por uno, tratando de fijarme bien en todos los detalles.

Una hora después he conseguido eliminar las muertes que, según todos los indicios, fueron sólo accidentes. También he eliminado de mi lista la muerte de cuatro niños que se ahogaron juntos en una barca y la de otros dos que murieron en unas inundaciones junto con sus padres. Si he decidido hacer caso al maldito cuento de Joan, sólo me sirven las muertes de un solo niño o las que vayan en grupos de

tres. Cuando termino de revisar todas las noticias, releo la lista de los nombres apuntados:

*1930:*

- *Jacob Smith*
- *Sophie Jonhson*
- *Ethan Williams*

*1941:*

- *Rose Davis*

*1949:*

- *Michael Brown*
- *Olivia Wilson*
- *Emily Moore*

*1960:*

- *Donna Taylor*

*1979:*

- *Peter Anderson*

*2001:*

- *Anne Austen*
- *Robert Miller*
- *David Carter*

Mi mano tiembla al escribir los tres últimos nombres, como si me doliera plasmarlos sobre el papel. Me da la impresión de que al hacerlo vuelvo sus muertes aún más reales y, al mismo tiempo, las convierto sólo en piezas de algo mucho más grande y más macabro. ¿Qué significan todas estas muertes? ¿De verdad me creo que todas ellas están relacionadas?

Repaso las muertes de 1930 y 1949. Los periódicos de

aquella época también hablaban de un asesino en serie, de un terrible depredador que se llevaba a los niños y los ahogaba en el lago. Hablaban de un ambiente de terror y paranoia en Swanton, del dolor y el miedo de la población, de investigaciones infructuosas... Poco a poco, las noticias fueron volviéndose más esporádicas, hasta desaparecer en el olvido.

Nada de esto tiene sentido. Es imposible que el mismo asesino haya estado cazando niños desde 1930 hasta el 2001. Aunque hubiese empezado a asesinar con veinte años, en la época de los últimos crímenes habría tenido noventa. La silueta del hombre al que perseguí por el bosque no era la de un anciano decrepito.

La otra posibilidad es que en menos de un siglo en un pueblo tan pequeño como Swanton hayan surgido tres asesinos en serie diferentes. No hace falta haber estudiado ciencias del comportamiento en Quantico para saber que esta hipótesis también es imposible.

Sólo me queda la tercera. Las palabras de Peter resuenan en mi mente: "Todo está en el cuento". Niego con la cabeza, tratando de estrujar mi cerebro para encontrar una explicación más razonable. No quiero creer en un espíritu maligno que obliga a abnegados padres a asesinar a otros niños para salvar la vida de sus hijos.

Tengo un dolor de cabeza espantoso y sé que, por muchas más vueltas que le dé a esto, no voy a encontrar una explicación que me deje satisfecho. Lo mejor será comentar todos estos datos con Eloise y reflexionar sobre ellos con calma.

Cuando voy a levantarme de la silla, una nueva pregunta se abre paso en mi mente. ¿Por qué esos años? Si decido creer que hay un espíritu empeñado en acabar con los niños de Swanton, ¿por qué no exigir sacrificios cada año? ¿Por qué a veces hay casi veinte años entre unos crímenes y otros?

Abro Google y escribo la siguiente búsqueda: "Vermont 1930 1941 1949 1960 1979 2001". Empiezo a leer los resultados y, entre páginas dedicadas a los nacimientos y matrimonios de esos años, una lista de los gobernadores de Vermont y los archivos históricos del estado, encuentro una entrada que hace que se me erice todo el vello del cuerpo: "Sequias en Vermont".

Entro en la página y lo que encuentro son gráficos y gráficos que representan las lluvias en el estado a lo largo de los años. Voy bajando por la página hasta que encuentro un gráfico correspondiente al caudal del río Missisquoi a su paso por Swanton y al volumen de agua del lago Champlain. Ahí está todo. Los años que he introducido coinciden exactamente con los años de sequia severa, años en los que el nivel de las aguas descendió de forma evidente.

—El agua nos duerme.

Intento convencerme de que esa frase es sólo un recuerdo reproducido por mi cabeza, pero sé que no es así. La he escuchado a mi lado, pronunciada en mi oído. Incluso he sentido la caricia gélida del aliento de quien la ha pronunciado. Me giro, sintiendo que el corazón se me va a salir por la boca, pero a mi lado no hay nadie.

Recojo mis cosas con manos temblorosas. No puedo permanecer aquí dentro un segundo más. Necesito luz, necesito aire, necesito compañía... Lo que tanto he temido durante estos años está sucediendo: me estoy volviendo loco. Empiezo a ver cosas que no existen, a escuchar voces que no están ahí... Yo mismo me lo he buscado. Sabía que no estaba preparado para volver a Swanton y enfrentarme a mi pasado y, aún así, me he empeñado en hacerme el héroe, en apostar mi delicada cordura en un juego que estoy perdiendo.

Salgo de la biblioteca y me derrumbo en el banco más cercano. Aspiro con fuerza, pero, aún así, noto que me estoy

ahogando. Estoy a punto de entrar en pánico. Me inclino hacia delante, poniendo la cabeza entre las rodillas, mientras trato de respirar de forma lenta y tranquila. Inspira. Uno, dos, tres, cuatro. Expira. Uno, dos, tres, cuatro.

Poco a poco voy recuperando el control. Levanto la cabeza y veo a un par de mujeres con sus niños de la mano, mirándome con cara de reproche. Deben pensar que estoy borracho o drogado, pero en este momento me da igual. Al erguirme y contemplar el paisaje que me rodea, siento que el pánico me invade de nuevo. Miro el cielo azul y despejado e intento recordar cuánto tiempo hace que no veo una nube de tormenta. Contemplo la hierba amarillenta y la tierra reseca y resquebrajada, mientras recuerdo los titulares de los últimos meses:

*Terrible sequía en Vermont.*

*La sequía continúa.*

*Vermont se seca.*

Me levanto del banco de un salto, recojo mi bici y pedaleo lo más rápido que puedo hacia casa de Eloise. Tenemos que hacer algo. Va a volver a suceder.

## XII

Cuando llego a casa de Eloise, entro con la bici en su jardín delantero y me bajo casi en marcha. No sé por qué siento esta urgencia de hablar con ella. Por muchos poderes sobrenaturales que tenga, no creo que sea capaz de hacer llover para que todo esto se detenga. Me da igual que no pueda hacer nada. Necesito compartir todo esto con ella, decírselo en voz alta y que me diga que no me estoy volviendo loco.

Hay alguien en las escaleras de entrada, oculto en las sombras del porche. En un primer momento no le reconozco, pero, cuando se adelanta un par de pasos, veo que es Jake. Está sudoroso y despeinado y avanza hacia mí con una mirada de odio en sus ojos y un martillo en la mano derecha.

—¡Lárgate de aquí! —me grita—. Deja en paz a mi tía. ¿No le has hecho ya bastante daño a mi familia?

La situación es tan surrealista que me quedo paralizado, sin saber qué decir. Él se acerca aún más y se coloca a un paso de mí. Lo único que puedo pensar es que es mucho más alto y corpulento que yo. Si su plan es reventarme la cabeza con ese martillo, no voy a poder hacer mucho por detenerle.

—¿Es que no me oyes? Quiero que te largues de esta casa, que te marches de este pueblo para siempre.

—No puedes pedirme eso —intento hablarle de manera tranquila para conseguir que sea más razonable, pero noto que la voz me tiembla—. No estoy haciendo nada malo.

—Todo lo que venga de ti es malo —su mirada transmite odio—. Destrozaste a mi familia y te marchaste. Huiste como una rata.

—Yo no decidí marcharme. Por dios, Jake... Tenía doce

años.

Por un momento, me da la impresión de que su mirada cambia. Creo percibir miedo, angustia, soledad y una infinita sensación de injusticia. Le entiendo perfectamente. Nada de lo que nos pasó fue justo. Aquello destrozó nuestras vidas, pero culparme a mí no le va a devolver a su hermano ni va a hacer que vuelvan aquellos años de la infancia que nos fueron arrebatados. Mientras aún estoy planteándome cómo hacer que lo entienda, la puerta delantera se abre y Eloise aparece en el porche.

—Jake, deja en paz a mi invitado.

—Él no tiene que estar aquí. Es veneno, sólo nos traerá desgracia.

—He dicho que le dejes en paz. Y termina de arreglar el tejado, que ya te he pagado por ello —la voz de Eloise es tan firme que no admite discusión—. Eric, entra en casa. Ya.

Sin decir una palabra más, Eloise vuelve a entrar en su casa, dejando la puerta entornada para que yo pase. Doy un paso hacia un lado, tratando de esquivar la imponente figura de Jake, evitando su mirada. Él me sujeta por la camiseta, haciendo que levante la vista del suelo.

—Eres un maldito cobarde —su mirada transmite tal desprecio que me siento tan insultado como si me hubiera escupido a la cara—. Ni siquiera tuviste valor para acudir al funeral de Dave.

**Swanton, Agosto/Septiembre de 2001**



## I

Ni siquiera tuve valor para acudir al funeral de Dave. Todo el pueblo estuvo allí, incluso vino gente de Richford y de St. Albans. También vinieron decenas de periodistas, no sólo de los medios de Vermont, sino incluso de cadenas nacionales. El caso del asesino en serie que ahogaba a los niños de Swanton era la noticia del momento.

Había tal cantidad de gente que el funeral tuvo que celebrarse a puerta cerrada, sólo para los familiares y amigos cercanos. Todo el mundo estaba allí, menos yo, uno de sus mejores amigos.

Desde su muerte, dos días atrás, había sido incapaz de salir de mi habitación. Me limitaba a estar tumbado en la cama con la vista clavada en el techo. Habría dado cualquier cosa por estar inconsciente, por no pensar. La mayor parte del tiempo lo conseguía. Mi mente desconectaba y, cuando volvía en mí, me daba cuenta de que habían pasado horas. El resto del tiempo lo pasaba torturado por la pena, la vergüenza, la culpa...

Yo no había matado a Dave, pero me sentía tan responsable como si hubiera sido el que mantuvo su cabeza bajo las aguas hasta que se le escapó la vida. No podía dejar de recordar sus protestas cuando propuse que patrulláramos el pueblo, sus quejas continuas para que abandonásemos aquella locura. El dolor por la muerte de Anne me tenía tan cegado que me había negado a escucharle y lo único que había conseguido era más dolor, tanto que sentía que me ahogaba, que no podía soportarlo.

Así pasaron un par de semanas. Mi madre trataba de no molestarme. Creo que, en un primer momento, entendió que necesitaba estar solo, que me hacía falta tiempo para

curar mi alma. En su mente yo era como un capullo de gusano, encerrado en sí mismo mientras cambiaba. Sólo había que esperar a que decidiese salir de mi encierro, convertido en mariposa. Sin embargo, según pasaban los días, empezó a preocuparse más y más. Me traía mis comidas favoritas, me proponía salir al jardín o ir al parque, se sentaba en la cama a mi lado, hablándome de cualquier cosa mientras me acariciaba el pelo... Y cada noche venía para llevarme a su habitación y meterme en su cama, para que durmiese entre ella y mi padre. Yo se lo agradecía con una sonrisa y contestaba a sus preguntas directas, pero seguía sin poder hablar de mi dolor, de mi sensación de culpa... Tampoco tenía fuerzas para salir de esa situación. En mi mente seguía diciéndome que debería ser yo el que hubiera muerto.

Un día mi madre se presentó en mi habitación llevando varios libros bajo el brazo. A pesar de que yo nunca había leído nada más que lo que me mandaban en el colegio, en su desesperación por ayudarme había ido a la librería a preguntar por libros para chicos de mi edad. Yo me senté en la cama y acaricié sus lomos con gesto aburrido. Musité un gracias y esperé a que saliera. Cogí el primer libro del montón y me quedé unos segundos contemplando la portada. Los tres mosqueteros de Alejandro Dumas. No sabía de qué iba la historia, ni siquiera sabía qué era un mosquetero, pero lo abrí y empecé a leer. Y se obró el milagro.

Cuando me quise dar cuenta, la noche ya empezaba a caer sobre Swanton. Por unas horas había dejado atrás mi cama, mi habitación y mi pueblo. Y, lo que era más importante: me había dejado atrás a mí. Durante el tiempo en el que estuve viviendo en el París del siglo XVII, inmerso en intrigas palaciegas, luchas a espada, romances y aventuras, desaparecí. No es que mi conciencia se quedará adormilada en un segundo plano, sino que se desvaneció por

completo. En esas horas no existió un Eric atormentado, triste, culpable... No existí en absoluto.

Aquello era lo que estaba buscando, una forma de no pensar, de no ser yo. Me dediqué a la lectura en cuerpo y alma y durante las siguientes semanas devoré cuanto caía en mis manos: La isla del tesoro, La vuelta al mundo en ochenta días, Moby Dick, El prisionero de Zenda, Las minas del rey Salomón... Mi madre, al ver que había dejado de ser un espectro que dedicaba su vida a mirar al techo, se preocupaba de que siempre tuviera algo para leer. Durante las horas de las comidas, únicos momentos en los que yo cerraba mis libros y me relacionaba con los demás, les contaba entusiasmado las aventuras que estaba leyendo y les hablaba de las palabras y datos nuevos que había aprendido.

Creo que leer me protegió de la locura, que fue una tabla de salvación para mi mente torturada. Mis padres también debieron de empezar a pensarlo porque, un domingo a mediodía, mientras disfrutábamos en el jardín de unas fantásticas hamburguesas y yo le contaba emocionado a mi madre las aventuras de Un yanqui en la corte del rey Arturo, mi padre me interrumpió:

—Me alegro de que te encuentres mejor, Eric. ¿No crees que ya va siendo hora de que vuelvas a dormir solo?

Después de arroparme, mi madre salió de la habitación y se quedó unos segundos en el umbral, mirándome preocupada. Yo le sonreí, tratando de convencerla de que todo estaría bien.

—¿Te dejo la luz encendida?

—No, no hace falta —contesté mientras encendía la lámpara de la mesilla—. Me basta con ésta. Voy a leer un poco.

—Está bien, cariño, pero no leas hasta muy tarde. Buenas noches.

En cuanto cerró la puerta, saqué mi libro y me tumbé boca abajo para leer. A pesar de que no se lo confesaría nunca a mi madre, no pensaba tratar de dormir ni apagar la luz en toda la noche. Mi plan era leer hasta que se hiciera de día. Cuando la luz empezase a entrar por la ventana y estuviese seguro de que ellos no iban a venir, me permitiría dormir unas horas.

Cuando mi padre había propuesto que volviese a dormir solo, no protesté ni traté de convencerle de lo contrario. A pesar de que seguía muerto de miedo, comprendía que no podía seguir durmiendo con ellos toda la vida. Ya tenía doce años. No podía continuar comportándome como un crío pequeño. Además, tenía la ligera idea de que los padres hacían cosas por la noche en la cama en las que no me gustaría estar presente.

Pasé las siguientes horas leyendo, tan inmerso en la historia que no pensé ni por un momento en mis miedos ni en posibles apariciones. Poco a poco el sueño me fue venciendo y, sin darme cuenta, caí dormido.

Me desperté unas horas después, sin saber en un principio qué era lo que me había sacado del sueño. Entonces volví a oírlo: un siseo largo, parecido al ruido que se hace al pedir silencio. Tras unos segundos el ruido cesó. Yo aún estaba atontado y adormecido, así que volví a cerrar los ojos para seguir durmiendo. Y entonces volví a oírlo.

Me incorporé en la cama de un salto y me quedé paralizado, mirando a un rincón de la habitación, al lado de la ventana. Dave estaba allí, de pie en posición de firmes, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Llevaba algo blanco en su mano y, cada pocos segundos, lo pulsaba, produciendo aquel extraño sonido. Era su inhalador para el asma. Me planteé que tenía que ser una pesadilla. Los fantasmas no van por

ahí con inhaladores para el asma. Aquello era ridículo, al igual que lo era el hecho de que Dave se hubiera pasado media vida llevando encima ese cacharro para evitar ahogarse y hubiera acabado muerto ahogado de todos modos.

Dave levantó la cabeza, poco a poco, hasta clavar su mirada en mí. No sé lo que esperaba ver, quizá una mirada vacía y perdida como la de Bobby. No fue así. Me miraba con odio, con rencor, echándome en cara que yo estuviera vivo y él no.

Empezó a moverse hacia mí muy despacio. Escuché el ruido de sus pasos sobre la madera de la habitación. No era un sueño. No era una alucinación. Estaba ahí, era real y había venido a llevarme con él.

Conseguí salir de mi parálisis y reptar hacia atrás hasta encontrarme con el cabecero, que me impedía seguir huyendo. Dave seguía acercándose. Había llegado a los pies de la cama y se había subido al colchón. Ahora gateaba hacia mí, sin prisa, seguro de que no tenía escapatoria. A la luz de la lámpara de la mesilla distinguí su carne blanquecina y húmeda, las manchas de barro de su ropa, las algas que colgaban de sus extremidades... Abrió la boca y el aire de la habitación se impregnó de olor a moho y podredumbre. Dave levantó su mano izquierda y la extendió hacia mí, buscando con torpeza mi cuello. Quería ahogarme y llevarme con él, hacer que compartiera su mismo destino.

Cuando su mano estaba a punto de rozarme, mi boca se abrió y empecé a gritar y a gritar, desesperado, sin saber qué decía. Escuché algo que se caía al suelo en la habitación de mis padres y sus pasos apresurados por el pasillo. Temí que no llegaran a tiempo. Dave no se había desvanecido cuando comencé a gritar. Seguía frente a mí, clavándome su mirada cargada de odio y de ansias de venganza, dispuesto a no permitir que nadie se interpusiera en su deseo de

llevarme con él.

La puerta de la habitación se abrió y yo giré la cabeza. Mi madre estaba allí, con los ojos desorbitados. Le pedí ayuda con la mirada y volví a mirar hacia la cama, pero Dave ya no estaba. Había desaparecido, sin dejar ningún rastro de su presencia.

Mi madre se arrojó hacia mí y me abrazó con fuerza, mientras yo sollozaba de forma descontrolada. Noté una mano en mi espalda y me giré. Mi padre se había sentado a nuestro lado y trataba de reconfortarme. Creo que se sentía culpable por haber hecho que durmiese solo. Le miré, tratando de expresarle que no estaba enfadado con él y pareció entenderlo, porque se acercó aún más para rodearnos a mi madre y a mí con sus fuertes brazos. Cuando estuve más calmado, los dos se levantaron de la cama, me tendieron sus manos y me guiaron a su habitación para que volviéramos a dormir todos juntos.

Me desperté muchas horas después. El sol lucía radiante y estaba muy alto en el cielo. Debía de ser casi mediodía, pero supuse que mis padres habían preferido dejarme descansar. La casa estaba en silencio, como si no hubiera nadie, pero de la cocina llegaba el aroma de las tortitas y del café recién hecho.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana para mirar a la calle. Hacía un precioso día de finales de agosto. A pesar de que era sábado y la calle debería estar llena de gente, casi no había nadie. Por mucho que el sol brillase en el cielo, los habitantes de Swanton llevábamos días comportándonos como si viviéramos en una noche perpetua, como si el pueblo hubiera sido engullido por una niebla espesa que nos robaba las ganas de vivir y nos daba miedo.

Nadie salía a la calle si no era imprescindible. Los niños

estaban encerrados en sus casas, como tesoros que había que proteger. No había chavales en bicicleta ni chicas jugando a la cuerda ni risas infantiles. Los columpios de los parques estaban abandonados y ya sólo un viento triste los hacía balancearse. Las mujeres no se atrevían a salir solas. De vez en cuando se veía un grupo de dos o tres, agarradas por el brazo y mirando continuamente por encima de su hombro, temiendo que alguien pudiera estar siguiéndolas. El pueblo había dejado de pertenecer a sus habitantes para pasar a ser el dominio del miedo y la paranoia.

Aquel paisaje me puso triste, así que me aparté de la ventana y, descalzo y en pijama, me encaminé hacia la cocina. Al ir acercándome, escuché las voces de mis padres hablando en susurros. Supuse que hablaban de mí, así que seguí acercándome de puntillas para poder escucharles sin que se diesen cuenta.

—Tenemos que hacer algo con él... —la voz de mi madre se quebró, como si estuviera tratando de contener el llanto—. Me han dicho que hay una psicóloga infantil muy buena en St. Albans.

—No necesita una psicóloga —la cortó mi padre—. El niño está bien.

—No, no está bien. No se relaciona con nadie, no quiere salir a la calle, no quiere ver a sus amigos...

—Nadie se relaciona con nadie, Evelyn. ¿Has visto la calle? Todo el mundo está muerto de miedo. Es normal que Eric esté asustado. Él vio a esos chicos muertos, pero se le pasará. Lo único que necesitamos todos es tiempo.

—¿En serio crees eso? ¿Tú viste su cara anoche? Se está volviendo loco.

—Mi hijo no se está volviendo loco. Le cuidaremos y no permitiremos que le suceda nada malo, como hemos hecho siempre. No te preocupes, todo pasará.

Escuché como mi madre comenzaba a llorar y como mi padre la consolaba. Me sentí muy culpable por estar preocupándoles tanto, pero no se me ocurrió qué podría hacer. No podía dormir solo, no podía fingir que no sucedía nada. Ellos estaban ahí de verdad, esperando a que llegase la noche para venir a por mí. Quería que todo parase, pero no sabía cómo hacerlo. Además, estaba de acuerdo con mi padre. No me estaba volviendo loco, no necesitaba una psicóloga. Ella tampoco iba a creer lo que me estaba sucediendo.

Regresé a la habitación de mis padres de puntillas y después volví a andar hacia la cocina pisando fuerte y canturreando una canción, para advertirles de mi llegada. Cuando entré, mi madre se había secado las lágrimas y me esperaba con una sonrisa, a pesar de que seguía teniendo los ojos rojos. Mi padre me revolvió el pelo y fingió leer el periódico.

—¿Qué tal estás hoy, Eric? —preguntó mi madre mientras me servía un tazón de mis cereales favoritos.

—Muy bien, mamá —le dije con una enorme sonrisa en la cara—. He dormido muy bien. ¿Dónde está Lissie?

—En su habitación. Hace horas que ha desayunado.

—¿Podríamos ir todos juntos a dar un paseo o a pescar? Estoy aburrido de estar todo el día en casa.

Miré a mi padre para ver si estaba de acuerdo con el plan. Él asintió y sonrió, interpretando mis ganas de salir como un paso hacia mi recuperación. Mi madre me dio un fuerte beso en la mejilla y después me agarró la cara con las dos manos y se quedó mirándome embelesada, como si yo fuera lo más bonito que hubiera visto nunca. En aquel momento lo decidí: pasase lo que pasase, tenía que fingir que estaba bien y que no me sucedía nada.



## II

El verano terminó y llegó el momento de volver al colegio. Ya habían pasado un par de semanas desde la muerte de Dave y Swanton había ido regresando a la normalidad. Las calles seguían quedándose desiertas en cuanto anochece, pero, durante el día, los vecinos habían ido retomando poco a poco su territorio. La gente salía a sus jardines y volvía a hacer barbacoas los domingos. Los niños ocupaban de nuevo las calles, aunque siempre bajo los ojos atentos de algún adulto.

Aquella mañana me levanté de buen humor. Ya estaba aburrido de estar en casa. Volver al colegio significaba reencontrarme con mis amigos, estar rodeado de gente, de risas, de conversaciones... A pesar de que también significaría pasar eternas horas de aburrimiento escuchando pesadas explicaciones, montañas de deberes y difíciles exámenes, estaba dispuesto a todo eso por volver a la normalidad.

Mientras desayunaba, mi padre entró en la cocina. Llevaba las manos manchadas de grasa y dedicó un par de minutos a lavárselas en el fregadero.

—¿Ya has estado otra vez tratando de arreglar esa maldita moto? —le preguntó mi madre—. ¿Para eso te has levantado tan temprano?

—Exacto. Me he levantado para darle un último repaso y ya está lista. Eric, ¿quieres que te lleve en moto al colegio?

Casi salté de la silla ante aquella pregunta. Por supuesto que quería montar en su Harley. Aquella moto me encantaba. No podía imaginar nada mejor que llegar al cole el primer día montado en esa máquina, con su carrocería negra brillante y su manillar plateado. Iba a ser la envidia de todo el colegio. Mientras asentía con la cabeza, me bebí de un solo trago mi vaso de zumo y, sin dar tiempo a que mi

madre protestara, corrí a recoger mi mochila.

—Sabes que no me hace nada de gracia que lleves a Eric en ese cacharro —protestó mi madre.

—¿Has visto lo ilusionado que está el chaval? Danos ese capricho.

Yo me presenté en la puerta con la mochila colgada a la espalda y los ojos brillantes de emoción, lanzándole a mi madre mi mejor mirada de cachorrito abandonado. Ella se rió y asintió:

—Está bien, pero tened cuidado.

Los dos lo prometimos y salimos de casa antes de que cambiara de opinión. Mi padre me ayudó a ponerme el casco y me izó como si yo no pesara nada hasta el asiento. Después se subió, encendió el motor y lo hizo rugir un par de veces, ante la mirada de desaprobación de mi madre. Salimos disparados calle abajo. El mundo parecía deslizarse borroso a ambos lados. A pesar de que estaba disfrutando de la sensación, me agarré con fuerza a la chaqueta de mi padre, temiendo que saldría volando si no lo hacía. En menos de cinco minutos ya habíamos llegado a la entrada del colegio. Todavía quedaba un cuarto de hora para entrar. Mi padre se bajó de la moto y me ayudó a descender.

—Jo, qué rápido. ¿No podríamos dar otra vuelta?

—Lo siento, tengo que abrir el taller a las nueve —me ayudó a quitarme el casco y revolvió mi pelo con cariño—. Otro día lo repetimos.

—Será si mamá nos deja —dije, cruzándome de brazos y frunciendo el ceño, frustrado.

—Nos dejará. Yo la convenceré. Un día nos iremos tú y yo a recorrer todo Swanton. Prometido.

Le vi alejarse por la carretera, agitando el brazo derecho a modo de despedida. Sonreí, feliz con aquella

promesa. En aquel momento no podía concebir que dentro de poco perdería aquella moto, que perdería Swanton, que perdería al padre que yo conocía, así que, despreocupado, me apreté las correas de la mochila y entré en el colegio.

Después de elegir taquilla y pasar por secretaría para recoger mi horario, me encaminé hacia mi clase del curso pasado. Me habían dicho que ese año volvía a tocarnos en el aula 102, así que no tuve que volverme loco buscando.

Nada más entrar, Jim levantó el brazo para llamar mi atención. Me había reservado sitio a su lado. Sonreí y me dirigí hacia él. Parecía que aquel día todo iba a ser perfecto. Poco a poco el resto de alumnos fue llegando y ocupando su lugar. Ya casi iban a dar las nueve cuando vimos entrar a Jake. Parecía cambiado. Caminaba con la cabeza agachada y los hombros hundidos, como si su mochila pesara una tonelada. A pesar de que le hicimos señas, no levantó la cabeza ni nos miró. Se dirigió al final de la clase, al mismo pupitre en el que él y su hermano se habían sentado el año pasado. Verle allí solo hizo que mi buen humor se esfumase. Incluso me pareció que la luz que entraba por las ventanas disminuía un poco y que el rumor de las conversaciones se atenuaba.

En aquel momento me di cuenta. Había otro pupitre vacío, otro que no se llenaría por mucho que esperásemos para comenzar la clase. Miré hacia delante, al segundo pupitre al lado de las ventanas. Meg estaba sentada al lado de un sitio vacío. Ya nunca más vería a Anne, nunca más me quedaría atontado admirando como los rayos de sol doraban su pelo castaño, nunca más escucharía su risa y sus cuchicheos cuando ella y Meg me descubrieran mirándola con cara de lelo. No sé qué pasó en mi cabeza en aquel momento, pero la realidad me golpeó con tanta fuerza que me dejó sin respiración. Ya sabía que Anne estaba muerta.

Había estado en su funeral, había visto su cuerpo dentro de aquella caja de madera blanca, había visto como la enterraban en el cementerio de Riverside, pero fue su pupitre vacío lo que me convenció de que todo se había acabado, de que nunca más volvería a verla.

La desesperación que sentí fue tan grande que noté como mis ojos se llenaban con un torrente incontenible de lágrimas mientras mi alma se vaciaba, como si la hubieran succionado para dejar a cambio un vacío inmenso y negro.

Cuando desperté, no supe dónde me encontraba. Todo era blanco y silencioso. Por un momento temí haberme muerto. Sin embargo, poco a poco fui descubriendo los sonidos que me rodeaban. Escuché las ruedas de un carrito al otro lado de la puerta y un leve pitido que salía de un monitor a mi lado. Estaba en un hospital, pero no conseguía recordar por qué.

Me sentía muy cansado y tenía la sensación de que estaría mejor dormido, de que estar despierto sólo me traería dolor, así que volví a cerrar los ojos, dispuesto a dejarme llevar por la inconsciencia. Estaba a punto de dormirme de nuevo cuando escuché como la puerta de la habitación se abría y se cerraba y unos pasos que se acercaban a mi cama. Sentí una mano cálida y suave acariciando mi mejilla y supe que era la de mi madre, pero, aún así, decidí continuar con los ojos cerrados, disfrutando de la sensación.

—¿Cuánto tiempo más va a estar así? —preguntó la voz de mi padre—. Lleva dos días durmiendo.

—Los médicos no lo saben. Dicen que, después del ataque de pánico que sufrió en el colegio, es mejor que siga así mientras su mente se recupera y que se despertará por sí solo cuando esté preparado.

—Bueno, también nos han dicho que hay posibilidades

de que no despierte nunca —escuché como mi padre se desplomaba sobre un sillón—. Odio todo esto. No es justo...

—Tenemos que tener fe. Eric se pondrá bien. Ya lo verás.

—No, no se pondrá bien mientras sigamos en este puto pueblo. Los recuerdos le están matando.

—Pero siempre hemos vivido aquí...

—No, éste ya no es nuestro lugar. Ya nunca seremos felices en Swanton.

—¿Y a dónde podemos ir?

—¿Recuerdas a Ralph, mi antiguo compañero de instituto? Me lo encontré el otro día en el Jamersons. Me dijo que está viviendo en Burlington y que hay mucho trabajo en las fábricas.

—Pero tendríamos que dejar nuestra casa y los niños acaban de empezar el colegio —volvió a protestar mi madre—. Y tú adoras tu taller. Nunca has trabajado en una fábrica.

Escuché a mi padre levantarse de nuevo y acercarse a mi madre. Debió de abrazarla, porque escuché como ella suspiraba mientras él le daba un beso.

—No te preocupes por eso. Sabes que haré cualquier cosa para que tú y los niños estéis a salvo.

Ella no contestó, aunque supongo que asintió, accediendo al plan de mi padre, porque un par de semanas después, nos marchamos de Swanton para siempre.

### III

La vida en Burlington era una mierda. La nueva casa estaba situada a las afueras, en una zona plagada de almacenes y naves industriales. En lugar del fabuloso jardín lleno de flores del que habíamos disfrutado en Swanton, tan sólo teníamos una pequeña parcela de césped reseco, plagada de malas hierbas. La casa era oscura y estrecha. Casi parecía que había crecido colándose entre los edificios adyacentes, robándoles un exiguo espacio. El interior no era mucho mejor. Las reducidas ventanas apenas dejaban pasar la luz del sol, las paredes mostraban oscuras manchas de moho y todas las habitaciones olían a cerrado y a humedad.

No protesté ni una sola vez, ni siquiera cuando me enseñaron mi pequeña y triste habitación. Sabía que todo aquello era por mi culpa, que habíamos tenido que dejar nuestra casa y nuestro pueblo porque yo no era capaz de controlar las cosas que veía. Así que me resigné, tratando de sonreír emocionado y de encontrarle las cosas positivas a aquella casa y a aquella ciudad. No era fácil. Todo Burlington era deprimente. Incluso la luz del sol parecía distinta, más tenue y más triste. Y por la noche era peor. La contaminación de las fábricas cubría el cielo con una especie de niebla que, iluminada por las farolas, se teñía de un espectral color amarillento. Casi nunca se veían las estrellas.

El colegio era una porquería, o al menos a mí me lo pareció. Se trataba de un triste edificio de tres plantas en color arena, rodeado de hierba reseca y árboles mustios. Aunque supongo que en realidad no sería así, en mis recuerdos siempre lo veo bajo un plomizo cielo gris. Las clases ya habían empezado cuando llegué y los grupos estaban formados. Nadie se acercó a mí para ofrecermé ser su amigo o unirme a su cuadrilla y yo tampoco hice ningún

esfuerzo por adaptarme. En los recreos sacaba un libro de mi mochila, buscaba un banco apartado y me ponía a leer. Pronto me di cuenta de que empezaban a ponerme mote: el bicho raro, el autista, el marginado... Me dio igual. Creo que, sin ser consciente de ello, yo mismo me apartaba del resto del mundo. Acababa de perder a todos mis amigos. Algunos habían muerto, otros habían desaparecido de mi vida. Tenía el corazón en carne viva. No podía arriesgarme a hacerle más heridas por perder a alguien más. Los libros eran compañeros más seguros.

Recuerdo perfectamente la tarde en la que mi madre vino a buscarme al colegio. Yo estaba sentado en mi pupitre, siguiendo con interés las evoluciones de una mosca de color verde brillante al otro lado de la ventana mientras la profesora Collins contaba algo sobre la guerra de independencia, cuando escuchamos dos golpes en la puerta de la clase. De inmediato todos giramos nuestras cabezas hacia allí.

La puerta se abrió y el director entró en el aula, seguido por mi madre. Me levanté de un salto sin preguntar nada. Mi madre tenía los ojos enrojecidos y la cara congestionada. Había sucedido algo, algo muy malo. Recogí mi mochila a toda prisa y corrí hacia ella para tomarle la mano y apretársela, tratando de hacerle entender que, hubiera pasado lo que hubiera pasado, me tenía a mí.

Cuando salimos de la clase, ella me sentó en un banco del pasillo y se puso a mi lado. Yo esperé a que respirase, tratando de controlar sus ganas de llorar.

—Tu padre ha tenido un accidente en la fábrica.

—¿Se va a morir? —pregunté yo, desesperado.

—No, tranquilo. Una máquina le ha aplastado el brazo y han tenido que llevarle al hospital. He estado con él y está fuera de peligro, pero no saben si podrán salvarle la mano.

Me quedé callado, sin poder creer lo que me estaba contando. Mi padre siempre había sido un hombre fuerte, una especie de superhéroe capaz de arreglarlo todo, el punto de apoyo para toda la familia, el enclave seguro al que podías aferrarte. No podía creerme que le hubiera pasado nada malo y mucho menos que pudiera perder una mano. En todos mis recuerdos, siempre estaba construyendo un mueble, haciendo alguna chapuza en casa, arreglando su moto, reparando los juguetes que Lissie y yo destrozábamos... No podía imaginarlo tullido y derrotado.

—Ahora vamos a buscar a Lissie y después iremos todos juntos a verle al hospital. No quiero que os asustéis ni que lloréis delante de él. ¿De acuerdo? ¿Podrás ser un chico fuerte?

Yo asentí y, cuando ella se levantó, volví a coger su mano. No sabía si podría ser un chico fuerte porque sólo podía pensar en una cosa, una idea que se repetía una y otra vez en mi cabeza: si no nos hubiéramos ido de Swanton por mi culpa, a mi padre no le habría pasado nada malo.

Las siguientes semanas fueron un infierno. Los médicos consiguieron que no hubiera que cortarle la mano a mi padre, pero no pudieron hacer nada para que quedara como antes. Al parecer la máquina había seccionado varios nervios y tendones, por lo que perdió la movilidad para siempre. Tenía la mano, pero sólo era un apéndice muerto y doblado en forma de garra que no le servía para nada y que le provocaba dolor.

Cuando por fin le dieron el alta y pudo regresar a casa, la situación no mejoró. Tal y como estaba, no podría volver a su trabajo, así que la empresa le despidió. Yo no entendía mucho de indemnizaciones, seguros, pensiones y abogados, pero en mi casa no se hablaba de otra cosa. Lo único que entendía era que el dinero se nos acababa, que mis padres



se pasaban el día discutiendo y que, cuando llegaban a los gritos, mi padre salía de casa dando un portazo y no regresaba hasta la madrugada. Cuando volvía, se quedaba a dormir en el sofá. Allí le encontrábamos por la mañana al levantarnos. Recuerdo que me quedaba mirándole desde la puerta del salón, preguntándome cómo era posible que mi padre, mi héroe, se estuviera convirtiendo en ese espectro gris y babeante que olía a whisky barato.

Aquella situación al menos tenía una parte positiva. Durante todo el tiempo que mi padre estuvo internado, estuve durmiendo con mi madre. Continuamos con aquella costumbre cuando él regresó. Después de todo, pasaba la mayoría de las noches fuera de casa, así que mi madre y yo seguimos haciéndonos compañía. Ella me ayudaba a ahuyentar a mis fantasmas y yo la ayudaba a sentirse menos sola.

En todo aquel tiempo, ninguno de mis amigos vino a visitarme. Empecé a pensar que los había despistado, que no tenían poder más allá de Swanton o que quizá ya habían encontrado la paz y dejarían de molestarme. Me daba igual la razón. Lo importante era que ya no los veía. Empecé a acariciar la idea de poder llevar una vida normal y a plantearme que sólo habían sido sueños provocados por la angustia de aquellos días. Incluso comencé a convencerme poco a poco de que tan sólo les había imaginado. Hasta que llegó aquel día en la piscina...

## IV

Había comenzado el mes de octubre y, aunque el aire empezaba a ser más frío, seguía sin llover. De vez en cuando, veíamos nubes negras que pasaban sobre nuestras cabezas, pero continuaban su camino para descargar en lugares lejanos. En la ciudad se rumoreaba que pronto el ayuntamiento tendría que tomar medidas y empezar con las restricciones de agua.

Puede que ésa fuera una de las razones por las que el colegio decidió adelantar los cursillos de natación de aquel año, por miedo a que el ayuntamiento decidiera que la piscina municipal suponía un gasto de agua que no podía afrontar. Nos avisaron de que ese jueves debíamos llevar una mochila con todo lo necesario y, en lugar de acudir al colegio, aquel día nos reunimos en las puertas del polideportivo.

Yo no estaba preocupado en absoluto. Sabía nadar desde pequeño. Había pasado infinidad de tardes de verano nadando en la rápida corriente del río Missisquoi o en las profundas aguas del lago Champlain. Para mí nadar en una piscina era un juego de niños, así que fui el primero en ponerme a la cola para comenzar las actividades.

El monitor nos explicó la primera prueba, que le serviría para determinar nuestro nivel y dividirnos después en grupos. Se trataba de subir hasta el trampolín, saltar al agua y recorrer un largo de la piscina. Nada más escuchar la explicación, la mayoría de mis compañeros se echó atrás, diciendo que no podían saltar desde tanta altura. Otros empezaron a burlarse y a llamarles gallinas y, en pocos segundos, todo el mundo estaba insultando o tratando de defenderse.

—Basta ya —gritó el monitor, tratando de imponer

silencio—. Esta prueba no es obligatoria. Los que quieran hacerla que vayan hacia el trampolín. Haced grupos de cinco e id subiendo.

Yo acudí hasta las escaleras del trampolín sin pensarlo un segundo. Ya he comentado que no era muy popular entre mis compañeros y creo que pensé que ser el primero en demostrar mi valor me ayudaría a que me mirasen con otros ojos. En cuanto vi que otros cuatro chicos me seguían para completar el grupo, empecé a subir la escalerilla sin dudar.

Cuando llegué arriba, recorrí el trampolín hasta el borde con paso tranquilo, mientras a mi espalda oía como alguno de mis compañeros empezaba a dudar. Me sentí valiente y poderoso. Estaba seguro de que podría hacer un salto estupendo y entrar clavado en el agua. Miré un momento hacia abajo, esperando ver si algún grupillo de chicas me observaba con admiración, pero no fue eso lo que me encontré.

Había algo en la piscina, sumergido bajo las aguas. Me fije mejor y me pareció distinguir tres figuras oscuras. Estaban de pie, colocadas en un círculo en la zona en la que yo debía caer. Me extrañó que el monitor no les ordenase salir. Quedarse en la zona en la que íbamos a saltar podía ser peligroso. Sin embargo, el monitor seguía de pie en el borde de la piscina sin decirles nada, como si no les viera.

Escuché un carraspeo a mi espalda, acompañado de unas risitas. Debía llevar bastante tiempo en el borde del trampolín, sin dar ninguna señal de que fuese a saltar. Mis compañeros debían estar interpretando esa tardanza como miedo. En aquel momento eso no me preocupó. Me parecía mucho más importante el hecho de que aquellas tres personas llevaran tanto tiempo bajo el agua sin dar ninguna señal de que necesitasen subir a coger aire.

Me incliné un poco más hacia delante. No podía estar viendo mal, la distancia no era tan grande. Veía claramente

tres personas en el agua. En aquel momento las tres figuras levantaron las cabezas hacia mí, como si se hubieran dado cuenta al unísono de que estaba mirándolas. Los reconocí de inmediato. Eran ellos: Anne, Bobby y Dave. Estaban ahí, habían vuelto a encontrarme y no les importaba aparecer a plena luz del día delante de un montón de testigos con tal de atraparme.

El pánico se apoderó de mí e intenté recular, pero el chico que tenía detrás no se tomó bien el empujón y me gritó que saltara. Mis cuatro compañeros estaban ocupando todo el trampolín y no parecía que tuvieran ninguna intención de quitarse y dejarme huir. Traté de empujar al chico que tenía detrás y él me devolvió el empujón aún con más fuerza. Noté que perdía pie y que el vacío se abría debajo de mí. Intenté patear y agitar los brazos, como si tuviera la loca idea de que podría mantenerme en el aire y volver a alcanzar la seguridad del trampolín. No fue así. Caí y caí, durante un tiempo infinitamente lento, mientras iba viendo como ellos alzaban los brazos para recogerme.

Las aguas se cerraron sobre mí. Por un momento me vi rodeado de espuma y burbujas y pensé que, cuando por fin mi visión se aclarara, ellos ya no estarían en el agua. Prefería creer que me estaba volviendo loco, que alucinaba y veía cosas que no estaban ahí antes que pensar que podían ser reales. Por desgracia, pronto volví a verlos. Estaban a mi lado, en el fondo de la piscina, nadando a mi alrededor. Vi a Anne, con su pelo castaño flotando en el agua, a Bobby con sus ojos muertos y su camiseta de Bart Simpson, a Dave nadando con su estúpido inhalador para el asma en la mano derecha... Me rodeaban y me impedían huir. Nunca en mi vida había tenido tanto miedo. Supe que no podría hacer nada para escapar y que iba a morir en aquella piscina. Ellos extendieron sus miembros blanquecinos de carne reblandecida hacia mí, tratando de tocarme. El miedo se trocó en una repugnancia extrema. No podía soportar que

me tocasen con sus manos muertas. Sentí una arcada incontenible subiendo por mi garganta y, sin poder hacer nada por evitarlo, vomité todos los cereales del desayuno, expulsando a la vez el poco aire que me quedaba. Braceé y pataleé desesperado, flotando en medio de una nube de cereales y leche con cacao, pensando que era un lugar asqueroso para morir.

Escuché un ruido fuerte a mi espalda y sentí que las aguas se movían. Algo enorme venía a por mí. Volví a bracear y a patalear para escaparme, sin tener muy claro dónde estaba el fondo y dónde la superficie. En mi desesperación, sólo quería escapar de aquello que se acercaba, mientras notaba como mis pulmones dolían como si fueran a explotar y como mi visión se iba haciendo cada vez más borrosa. Algo me agarró con fuerza por la cintura y tiró de mí. Pensé que era el fin, que me habían atrapado y que me arrastrarían al lugar húmedo y oscuro en el que estaban condenados a pasar la eternidad. Sin embargo, no fue así. Noté que las aguas se abrían y que volvía a haber aire respirable a mi alrededor. Empecé a abrir la boca, desesperado, como si más que respirar, tratara de tragarme el aire a bocados.

El monitor me llevó hasta el borde de la piscina, me ayudó a salir y me mantuvo incorporado para que vomitase el agua que había tragado. Cuando conseguí recuperarme un poco y volver a enfocar mi visión, miré de nuevo hacia la piscina. Seguían allí, bajo la superficie, girados hacia mí, esperándome. Sólo sé que grité y grité hasta perder el conocimiento.

Así fue como me gané mis apodos para lo que me restaba de colegio y que después me acompañarían en el instituto. Eric, el pirado. Eric, el loco. Eric, el chiflado. Y mi favorito: Eric, el potakrispies.

Cuando me desperté en el hospital, aún no sabía nada de aquellos apodosos, ni de cómo iban a condicionar mi vida futura. No sabía que me esperaban años de ser el raro, el blanco de las burlas de todos mis compañeros. Aún no me explico cómo no cogí la pistola de mi padre y me fui al instituto a cometer una barbaridad. Bueno, sí me lo explico. La pistola estaba escondida en el armario de la habitación de mis padres, dentro de una caja de seguridad cerrada con una llave que mi padre siempre llevaba encima. Ni siquiera tuve nunca esa opción.

Mi madre estaba sentada al lado de mi cama en el hospital. Se había inclinado hacia delante y estaba dormida, con la cabeza apoyada en el colchón, a la altura de mis rodillas, tomándome la mano. A saber el tiempo que llevaba así. Sentí mucha pena por ella y la culpa volvió a acosarme. ¿Hasta cuándo iba a seguir preocupándola y dándole esos sustos?

Mientras todavía estaba preguntándome si debía despertarla, la puerta de la habitación se abrió. Una mujer morena con gafas de montura de concha y bata blanca se acercó a mi cama. Mi madre se despertó al oír sus pasos y, al ver que yo tenía los ojos abiertos, se abalanzó sobre mí para abrazarme.

—Vaya, parece que el “bello durmiente” se ha despertado —la mujer me sonrió antes de encaminarse a los pies de la cama y recoger una carpeta en la que debían estar todos los datos sobre mi ingreso —. Señora Armstrong, me gustaría poder hablar con su hijo a solas un momento. ¿Le importaría salir de la habitación?

Mi madre asintió y, después de darme un beso en la mejilla, salió, dejándome a solas con aquella desconocida. Yo me incorporé con cuidado, pero, aún así, noté que la habitación giraba un poco.

—Tranquilo, Eric. Tienes que moverte poco a poco o te

marearás. Has estado un par de días inconsciente.

¿Había vuelto a perder dos días con mi último ataque? ¿Qué le pasaba a mi mente para desconectarse de esa manera? Asentí despacio para evitar marearme y apoyé la cabeza de nuevo en la almohada, mientras la doctora manipulaba los controles de la cama para incorporarme un poco.

—Bueno, Eric, soy la doctora Coleman y voy a ser tu psiquiatra.

¿Psiquiatra? Yo no necesitaba ningún psiquiatra. Aquella gente trabajaba con locos, con gente peligrosa a la que había que tener atada para que no le hiciera daño a nadie. En un solo segundo todas las películas sobre manicomios que había visto pasaron por mi mente. Duchas de agua fría, drogas que te freían el cerebro, descargas eléctricas... ¿Era eso lo que me esperaba en el futuro? Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Tranquilo, Eric. Sólo estoy aquí para hablar. Necesito saber qué fue lo que te pasó en la piscina. ¿De qué te asustaste?

Continué en silencio. ¿Cómo iba a fiarme de ella y contarle lo que me estaba pasando? ¿Cómo iba a decirle que los fantasmas de mis amigos muertos venían a visitarme, que me habían seguido desde Swanton y que nunca me dejarían en paz? Decir aquello era la manera más rápida de conseguir un billete directo al manicomio.

—Eric, ¿puedes hablar?

—Sí, claro, pero no quiero hablar de eso.

—¿Por qué no quieres hablar de eso? —ella me lanzó una sonrisa dulce y comprensiva, con la que pretendía convencerme de que podía fiarme de ella, pero yo no la creí.

—Porque no va a creerme. Nadie lo haría.

—Podrías probar —se quedó en silencio unos segundos, como si esperara que con sólo aquello fuera a animarme a hablar—. No te preocupes, no voy a pensar nada malo de ti. Escucho cosas raras todos los días.

—Claro, escucha cosas raras porque trata con locos, pero yo no lo estoy.

—Nadie está diciendo que lo estés, Eric, pero para poder ayudarte, necesito que confíes en mí. Tu madre me ha dicho que ves fantasmas. ¿Es así?

Me quedé mirando la televisión del cuarto, como si estuviera muy interesado, a pesar de que estaba apagada. En realidad, estaba tratando de contener las lágrimas. Me sentía traicionado por mi propia madre. ¿Cómo podía haberle contado eso a la doctora? ¿Es que quería que me encerraran?

—Eric, necesito que colabores. Si no me dices lo que te pasa, no podré hacer nada por ti.

—No necesito que haga nada por mí. Lo único que quiero es irme a casa.

Ella siguió insistiendo un par de minutos más, pero yo no volví a contestar a ninguna de sus preguntas. Me limité a mirar la pantalla en negro casi sin pestañear. Escuché como la doctora soltaba un largo suspiro, se levantaba y se dirigía a la puerta de la habitación, desde la que pidió a mi madre que pasara de nuevo. La doctora corrió una cortina y se quedaron hablando a unos pasos de mí. En aquel momento me dio por pensar que los adultos en ocasiones se comportaban como estúpidos. ¿Acaso se creían que no las oiría con una miserable cortina de por medio? ¿O es que pensaban que estaba tan ido que no podría entender lo que decían?

—¿Ha hablado con usted? —preguntó mi madre.

—De momento no. Está muy cerrado, pero estoy segura de que aprenderá a confiar en mí.



—No tenemos dinero para muchas sesiones. Mi marido está sin trabajo...

—No se preocupe por eso. Tenemos un programa en el hospital para la gente sin recursos. Luego le explicaré qué impresos debe rellenar para solicitarla.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Mi familia iba a tener que recurrir a la caridad por mi culpa? No iba a permitir que aquello sucediera. Yo no necesitaba más sesiones con aquella mujer. Lo único que quería era volver a casa y recuperar mi vida normal. Ya me encargaría de convencer a mi madre de que estaba bien.

—¿Cree que podrá curarle? ¿Es grave?

—No quiero mentirle. Puede ser bastante más grave de lo que esperábamos. En un primer momento a su hijo, dadas las experiencias que acababa de sufrir, se le diagnosticó un trastorno postraumático. Las dificultades para dormir, los terrores nocturnos, la sensación de culpa y tristeza... Todo eso encajaba, pero no podemos engañarnos. Sus síntomas son más graves. Tiene delirios y alucinaciones y, después de sus crisis, cae en un estado de estupor catatónico. Tenemos razones para pensar que podemos estar ante los primeros brotes de un trastorno psicótico.

—No la entiendo. ¿Qué quiere decir?

—Estamos hablando de esquizofrenia, señora Armstrong. Es un trastorno grave y crónico. Creo que deberíamos empezar con el tratamiento farmacológico cuanto antes.

—Pero él dice que está bien y puede estar semanas comportándose normalmente.

—Los pacientes que padecen esquizofrenia siempre dicen que están bien. No aceptan su enfermedad. Sé que lo que le estoy diciendo es muy duro, pero debe empezar a concienciarse.

—Creo que no puede diagnosticar a mi hijo sin haber hablado siquiera con él.

—Está bien. Tendremos unas cuantas sesiones hasta que pueda confirmar o rebatir mi diagnóstico.

—¿Podríamos irnos ahora a casa?

—Sí, por supuesto, pero fijemos primero la hora de nuestra siguiente reunión. ¿Le vendría bien pasado mañana a las cinco?

—Sí, es perfecto.

La doctora se despidió y salió de la habitación. Escuché como mi madre lloraba al otro lado de la cortina. En aquel momento decidí que no volvería a verlos, que si se me aparecían, los ignoraría, que no iba a permitir que me volviesen loco. Aquello estaba destrozando a mi familia. Me repetí una y otra vez a mí mismo que no existían, que sólo eran un producto de mi imaginación y que podía controlarlos.

Me giré hacia la ventana y vi que estaba lloviendo. El agua caía con fuerza sobre las calles de la ciudad. Durante años pensé que había sido gracias a mi voluntad por lo que había dejado de verlos y oírlos. Me sentí orgulloso del poder de mi mente, de mi capacidad de control, pero la realidad es que el agua les durmió y les alejó de mí. Y ahora han vuelto.

**Swanton, Agosto de 2016**

## I

—... Durante años pensé que había sido gracias a mi voluntad por lo que había dejado de verlos y oírlos. Me sentí orgulloso del poder de mi mente, de mi capacidad de control, pero la realidad es que el agua les durmió y les alejó de mí. Y ahora han vuelto.

Durante todo el tiempo que he estado hablando, he mantenido la vista clavada en la mesa. No me atrevía a mirar a Eloise. Sé que ella es una persona abierta a estos temas, pero, si hubiera visto en sus ojos la más mínima sombra de duda sobre mi cordura, no habría podido seguir hablando. Ahora levanto la cabeza y la miro, con miedo a que se ría de mí, me señale y grite "Eric, el pirado".

Ella no se ríe ni me mira con pena o miedo. Se mantiene en silencio unos segundos, con el ceño fruncido, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para asimilar todos los datos que le he proporcionado. Tiene enfrente el libro de Joan y los apuntes que he tomado en la biblioteca con los nombres de las víctimas y las fechas de las sequías.

—Vamos a ver si lo he entendido todo... —Eloise mueve los papeles de un lado a otro de la mesa, como si fuera a comprender mejor esta locura colocando los datos en otra posición—. Según lo que dices, hay un fantasma...

—Bueno, no sé si es un fantasma. Desde luego no espero que sea un ente volador con sábana como el que aparece en el libro.

—Llámalo fantasma, espíritu, alma en pena o energía negativa. Eso da igual —Eloise parece molesta por mi interrupción, así que decido quedarme callado y dejarla pensar en voz alta—. La cuestión es que habría un fantasma que, por alguna razón que de momento desconocemos, cada

cierto tiempo obliga a un hombre de Swanton a asesinar a tres niños para salvar la vida de su propio hijo. Por los datos que tenemos, ha habido muchas ocasiones en los que esos hombre no han hecho caso y su hijo ha muerto, como sucedió en 1941, 1960 y 1979.

—Eso es. En esos años sólo hay un niño que se ahogó en circunstancias extrañas.

—Sin embargo, suponemos que en 1930, en 1949 y en el 2001, el padre al que se le presentó el espíritu decidió hacer todo lo que estuviera en su mano para salvar a su hijo. Por eso en esos años tenemos series de tres asesinatos.

—No estoy muy seguro de que en 2001 pasase eso. Ya te he dicho que sospecho que el asesino pudo ser el padre de Peter Anderson. Según su mujer, se volvió medio loco y se pasaba el día hablando con un ser invisible, prometiéndole la muerte de tres niños si le devolvía a su hijo.

—Eso no tiene mucho sentido —Eloise niega con la cabeza, mientras coge uno de mis papeles de apuntes—. Mira, en 2001 también hubo sequía. Yo apuesto a que el espíritu buscó un nuevo asesino.

—Puede ser, pero le he pedido a Dunning que lo investigue. No perdemos nada por esperar a ver qué nos dice.

—Sí, sobre todo porque saber quién fue el asesino en el año 2001 es lo que menos nos importa ahora.

—¿Cómo que no nos importa? Yo he venido a Swanton para descubrir eso precisamente. No tengo ganas de pasar el resto de mi vida recibiendo visitas de mis amigos muertos.

—Los espíritus de tus amigos no te harán nada. Sólo están pidiéndote ayuda.

—Pues a veces no me lo parece. No me gusta como me miran...

—Tienes que abrir tu mente y verlo todo en perspectiva. Lo primero que debemos hacer es evitar que haya más muertes. Para ello, debemos destruir a ese espíritu.

—Hagámoslo. Llámalo con la ouija, le echas un conjuro y acabamos con él.

—No es tan sencillo. No sé lo que es ese ser, ni el poder que tiene...

—Pero si la otra vez lo expulsaste sin problema.

—No, aquello fue suerte —Eloise esboza una media sonrisa y se encoge de hombros—. Cuando apareció, me puse tan nerviosa que empecé a recitar el ritual romano de expulsión de demonios porque no se me ocurrió qué otra cosa hacer.

—Pero el espíritu se marchó.

—Se marchó porque quiso o porque ya había terminado lo que tenía que hacer —Eloise agacha la mirada, avergonzada—. No sé lo que es ni cómo vencerlo. No vamos a invocarlo hasta que sepa a qué nos enfrentamos y cómo controlarlo.

—¿Qué vamos a hacer mientras tanto?

—Creo que mañana tendrás que darte otra vuelta por la biblioteca para coger prestados todos los libros que encuentres sobre la historia del pueblo y antiguas leyendas locales... Para que haya surgido un espíritu vengativo con tanto poder, algo terrible tuvo que suceder en Swanton. Nuestra misión es averiguarlo.

Aunque me ha llevado más tiempo del esperado, creo que tengo todos los libros que necesitamos. Llevo la mochila tan repleta de libros sobre Swanton que parece a punto de reventar. En mi vida habría creído que se podía escribir tanto sobre un pueblo tan pequeño. La mayoría son libros escritos

por historiadores locales, aficionados que decidieron investigar y publicar una pequeña tirada de ejemplares para sus familiares y amigos, legando uno a la biblioteca. No sé la validez que tendrán esos estudios, pero, teniendo en cuenta que tratamos de averiguar algo sobre un fantasma, no creo que se pueda pedir mucho rigor científico.

Había temido que la bibliotecaria no me dejase llevarme los libros, pero, cuando le he dicho que los necesitaba para hacer una tesis doctoral sobre la historia de Swanton, se ha vuelto loca con la idea y ha empezado a sacar libros y más libros. Cada vez miento mejor. Si sigo haciendo esto durante mucho tiempo, quizá pueda labrarme un futuro como estafador.

Mis fantasías sobre una posible vida delictiva se cortan de raíz al ver a Dunning esperándome apoyado en su coche frente al jardín de Eloise. Le saludo con la cabeza, dejo la bici a su lado, apoyada contra la verja, y le tiendo la mano, amistoso. Él continúa con los brazos cruzados ante el pecho, ignorando mi saludo.

—Hola, chaval. Ya he investigado lo que me pediste.

—¿Ha encontrado al señor Anderson? ¿Ha podido hablar con él?

—No, no he podido. Y no creo que nadie pueda hacerlo porque murió durmiendo en la calle durante una ola de frío en 1998.

Me abstengo de comentarle que está aparcado delante de la casa de una señora que sí podría. Me da la impresión de que no se lo tomaría bien. Además, ese dato me ha sentado como un jarro de agua fría.

—Vaya, entonces eso significa que no pudo ser el culpable de los crímenes del 2001.

—Exacto. He tenido que pedirle un favor a un amigo policía de Montpelier y todo para nada.

—Bueno... Usted consideró que era una pista interesante. Lo siento si no ha funcionado.

—Tú me hiciste creer que podía ser una pista interesante con esa manía tuya de meter las narices donde no te importa. Ahora voy a tener que conducir hasta Maquam Shore para decirle a la señora Anderson que su marido lleva enterrado casi veinte años en una fosa común de Montpelier. Lo más seguro es que se empeñe en recuperar el cuerpo, así que tendré que asesorarla sobre como pedir la exhumación y el traslado del cadáver... ¿Tú sabes el trabajo que me va a llevar haber seguido tu estúpida pista?

—Insisto en que no era tan estúpida y, además, le quedará la satisfacción del trabajo bien hecho. ¿No le alegra que la señora Anderson vaya a saber por fin dónde está su marido y que le pueda dar una sepultura digna?

Dunning no me contesta. Me mira entrecerrando aún más sus negros ojillos de tejón mientras aprieta los dientes. Por un momento me planteo que no se controlará y me pegará tal puñetazo que me dejará tatuado sobre el asfalto, pero, en lugar de eso, saca un cigarrillo, lo enciende con parsimonia y le da un par de caladas antes de volver a hablar.

—Escúchame bien, chaval... No quiero tener que repetírtelo más veces. Quiero que dejes de investigar y que te dediques a hacer turismo. De lo contrario, vas a pasar más de una noche en el calabozo de comisaria.

Sé que debería asentir, poner cara de niño bueno y seguir haciendo lo que me diese la gana en cuanto Dunning desapareciese de mi vista, pero algo en mi interior me dice que no lo haga. Estoy seguro de que le caigo fatal y de que está predispuesto a tomar como una chorrada cualquier cosa que yo diga, pero, aún así, decido arriesgarme.

—Me encantaría seguir su consejo, sheriff Dunning, pero



no voy a poder hacerlo. Creo que hemos descubierto datos muy interesantes que debería conocer.

—¿Hemos? ¿Quiénes?

Recojo la bici, abro la puerta de la verja y me interno en el jardín de Eloise, mientras le indico con un gesto de la cabeza que me siga. Él duda un par de segundos, mirando hacia la casa con recelo. Tengo que contener una sonrisa. No pensaba que Dunning le tuviera miedo a la bruja del pueblo. Va a ser una conversación interesante.

Cuando terminamos de explicárselo todo, Dunning se queda unos segundos en silencio antes de soltar una risita nerviosa. Niega con la cabeza mientras pasea la mirada por los muebles, abarrotados de objetos extraños, del salón de Eloise.

—Esto es uno de esos programas de cámara oculta, ¿verdad? ¿Quién lo ha montado todo? ¿Mi mujer?

—Lo que le hemos contado es muy serio —contesta Eloise, clavándole sus ojos oscuros—. Estamos hablando de la posibilidad de que aparezcan más niños muertos. Yo no le veo la gracia por ningún lado.

—Y yo no le veo el sentido —Dunning da un golpe sobre la mesa con la mano abierta, haciendo tintinear el servicio de té de Eloise—. ¿En serio pretendéis que me crea una sola palabra de esta locura?

—¿Qué otra explicación le ve? —pregunto yo—. Hay grupos de asesinatos similares desde 1930. ¿De verdad cree que estamos buscando al asesino en serie más viejo de la historia?

—No sé qué significan todos estos datos. Ni siquiera sé si son reales.

—No se preocupe por eso. No necesitamos que nos crea

ahora mismo. Le pasaremos una copia para que pueda llevárselos a comisaria e investigarlos —Eloise se gira hacia mí—. Eric, ¿serías tan amable de copiar las fechas y nombres de los niños ahogados para que el sheriff pueda comprobarlo?

Yo asiento, saco unos folios de mi mochila y empiezo a copiar la lista como si fuera lo más interesante del mundo, dejándole a Eloise la responsabilidad de convencer a Dunning.

—Los datos que Eric está copiando tan amablemente para usted han sido extraídos del St. Albans Messenger. Estoy segura de que en los archivos de su comisaría podrá encontrar los expedientes correspondientes.

—Imaginemos por un momento que me creo lo que me estáis contando, aunque no sea así —Dunning levanta una ceja, sarcástico—. ¿Me estáis diciendo que el culpable de todas esas muertes es un fantasma que sólo sale cuando no llueve? ¿Es que se le encoge la sábana si se moja?

Eloise resopla, desesperada, mientras Dunning suelta una risilla demasiado aguda para su enorme corpachón. Yo decido ignorarles y seguir copiando nombres. No creo que vaya a sacar nada bueno de meterme entre los dos.

—No sea ridículo. Todavía no sabemos la razón por la que los crímenes sólo suceden en épocas de sequía, pero es así. Cuando investiguemos más, podremos decirle la causa.

—Ya le he dicho al chaval que no quiero que investiguéis más...

—Ni el chaval ni yo tenemos por qué obedecerle. No estamos haciendo nada ilegal y no puede impedirnos que continuemos.

—Perdonad, pero el "chaval" está aquí delante y le gustaría que le llamaseis por su nombre.

—Tú calla y cópiame también las fechas de las sequias  
—me corta Dunning, demostrándome que no va a tratarme con más respeto ni aunque se lo pida.

—¿Para qué? Si cree que todo esto es una tontería... —  
me burlo yo.

—Tú cópialo y ya te diré yo si es una tontería o no.

Eloise se levanta y empieza a recoger las tazas de té, dando por concluida la conversación. Se marcha a la cocina sin despedirse siquiera de Dunning. Espero que no esté tan enfadada con él como para echarle una maldición o convertirlo en sapo, porque sigo empeñado en que puede ser un aliado valioso. Termino de copiar todos los datos y se los paso a Dunning. Él dobla el papel de cualquier manera y lo guarda sin ningún cuidado en el bolsillo de la camisa. Empiezo a temer que acabará en la primera papelera por la que pase.

—Compruébelo, por favor. Es importante.

—¿Importante? Voy a comprobarlo para demostraros que sólo estáis haciendo el ridículo y que dejéis de molestarme.

—En serio, Dunning... Si estamos en lo cierto, pronto habrá más víctimas en esa lista. Estoy seguro de que no quiere tener la muerte de otro crío sobre su conciencia. Compruébelo y vuelva a hablar con nosotros.

Él niega con la cabeza, mientras suelta otra de sus risitas agudas. Cuando se gira, le oigo murmurar algo así como "Vaya par de chalados", pero finjo que no le he oído. Le acompaño hasta la puerta y le observo mientras cruza el jardín y llega a su coche. Cuando ya ha abierto la puerta, vuelvo a llamarle.

—Dunning, por favor. Compruébelo.

Creo que percibe en el tono de mis palabras que para mí

es realmente importante, porque asiento con firmeza una sola vez antes de luchar por encajarse dentro del asiento del conductor. Me quedo en el porche y, cuando el coche ya ha desaparecido tras la primera esquina, elevo la mirada al cielo. Ya está atardeciendo y toda la línea del horizonte está teñida de brillos rojizos y anaranjados. Me enseñaron de crío que eso significa que el día siguiente será radiante y soleado. A pesar de la belleza del paisaje, no puedo evitar estremecerme.

## II

Llevamos dos días leyendo libros sobre la historia de Swanton. Se nota que están escritos por aficionados. No tienen ningún ritmo, muchos de ellos se pierden en explicaciones largas y tediosas e incluso algunos están plagados de errores gramaticales y ortográficos. Al cabo de dos horas de estar leyendo, le dije a Eloise que no íbamos a sacar nada de toda esta colección inconexa de datos y chismorreos, pero ella se limitó a mirarme por encima de la montura plateada de sus gafas y a ordenarme que siguiera trabajando.

En estos dos días de aburrimiento mortal he recordado mil veces esas escenas de investigación que aparecen en las novelas y películas. En algunas, nada más abrir un libro o sentarse frente al ordenador, el protagonista encuentra el dato que le permitirá continuar con su investigación y resolver el caso. En otras, después de sugerirte que llevan mucho tiempo trabajando, sucede ese mágico "de repente" en el que aparece el dato buscado. Yo no hago otra cosa que plantearme que ese "de repente" nunca sucederá, que tendré que pasar días y días leyendo páginas y más páginas para que al final no encontremos nada.

El ambiente en casa de Eloise no resulta de gran ayuda. Ella se empeña en no dejarme abrir ninguna ventana, ya que eso rompería la protección espiritual de la casa. El calor es insoportable y el humo de la pipa de Eloise, que en un primer momento me pareció aromático y agradable, me mantiene en un estado entre la modorra y el mareo. Le echo un vistazo al libro que acabo de empezar: Relaciones con los nativos americanos en la zona del lago Champlain desde su descubrimiento hasta la Guerra de Independencia. Tan sólo el título ya promete más horas de bostezos y cabezadas.

Estoy planteándome si Eloise se enfadaría mucho si le dijera que voy a aparcar los libros por un rato para salir a dar un paseo en bici cuando suenan dos golpes en la puerta. Antes de que ella pueda decir nada, me levanto de un salto de la silla para ir a abrir. Sea quien sea, me proporcionará unos segundos de luz y aire puro.

—No olvides volver a cubrir con sal el umbral cuando cierres —me grita Eloise desde el salón—. Tienes el paquete sobre la cómoda de la entrada.

Después de gritarle que no se preocupe, abro la puerta para encontrarme con la enorme figura de Dunning. Le saludo con una sonrisa, pero él no parece alegrarse de verme. Está muy serio, incluso más de lo normal. Durante unos segundos, me planteo si habré hecho algo que pueda haberle molestado y que me lleve de cabeza al calabozo. Él me agarra con fuerza por el brazo para tirar de mí y guiarme hacia su coche.

—Ha desaparecido una niña, tal como dijiste. Necesito que me ayudes.

Cuando salimos de la casa de Norah Ackerman, me siento enfermo y con ganas de vomitar. Quedarme callado, contemplando el gesto de preocupación de su padre y las lágrimas de su madre, mientras Dunning les interrogaba me ha supuesto un ejercicio de fuerza de voluntad casi insuperable. Escuchar sus hipótesis sobre que podía haberse perdido o que quizá la hayan secuestrado y vayan a pedir un rescate me provocaba ganas de salir corriendo de allí. Creen que van a recuperarla. No saben lo que yo sé. Si no hacemos algo para impedirlo, aparecerá dentro de unas horas flotando boca abajo en las aguas del Champlain.

Dunning me da una palmada en la espalda y me pasa una foto de la pequeña Norah. La sostengo en las manos,

tratando de evitar que me tiemblen. Sólo tiene tres años y es una preciosa niña morena con el pelo muy rizado y unos ojos redondos y enormes con espesas pestañas que le dan aspecto de muñeca.

—Vamos a salvarla —susurra Dunning, casi como si se lo estuviera prometiendo a sí mismo—. No sé si Eloise y tú tenéis razón, pero no voy a permitir que suceda otra vez.

—¿Entonces nos cree?

—Sigo pensando que tiene que haber una explicación racional para todo esto, pero no puedo obviar el hecho de que todos los datos que me pasasteis son reales y que predijisteis que volvería a suceder. Me importa una mierda si es un fantasma, una saga familiar de asesinos en serie o el mismísimo hombre del saco... Sea lo que sea, voy a impedirlo y tú vas a ayudarme.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo? —pregunto, mientras siento que mi ansiedad empieza a incrementarse.

—Bueno, no puedo comentarle a mis compañeros de comisaría vuestras locuras. Pensarían que me estoy haciendo mayor y que empiezo a chochar, así que a ellos les he encargado la investigación oficial del caso. Mientras interrogan a los testigos, comprueban cámaras de seguridad y la buscan por toda la ciudad, tú y yo vamos a ir a patrullar el Champlain.

—Eso ya lo hicimos mis amigos y yo cuando éramos críos y no sirvió de nada.

—Sí, pero vosotros no teníais esto —Dunning se abre un poco la chaqueta para enseñarme su arma reglamentaria—. Si a ese tío se le ocurre asomar la nariz por el lago llevando a la pequeña, conseguirá un tiro entre ceja y ceja como recuerdo.

Tras llegar al lago, Dunning conduce hacia la parte norte siguiendo mis indicaciones. Nos internamos por el sendero del bosque. Cuando parece claro que ya no podemos avanzar más, Dunning busca un lugar entre los árboles donde dejar el coche sin que se vea desde el camino. Esperamos durante un par de horas, con las ventanillas abiertas, escuchando la radio y fumando, atentos al ruido de cualquier motor que pudiera acercarse. Según va oscureciendo, voy notando que mis nervios se tensan.

Estar en este lugar hace que afloren demasiados recuerdos dolorosos. Mi mente se llena con la imagen del cadáver de Bobby, flotando en las aguas, de su pequeño cuerpo golpeando contra las raíces de aquel árbol... Veo claramente a Dave, muerto en la orilla, con su hermano llorando desconsolado a su lado. Veo esa sombra a la que perseguí por el bosque. Aunque sé que no será el mismo hombre, siento una ira y unas ganas de venganza incontenibles. Quiero hacerle pagar por las muertes de Anne, Bobby y Dave, por mi infancia perdida, por todo el daño que les hizo a mis amigos...

—Joder, no aguanto más —abro la puerta del coche y salgo—. ¿Está seguro de que tiene que pasar por aquí?

Dunning abre su puerta y, tras unos segundos de forcejeo, consigue salir del coche. Camina hasta mí, nos sentamos juntos sobre el capó y me ofrece un cigarrillo.

—Si pretende ahogar a la niña en la zona norte del lago, no hay otro camino —me contesta tras encender su cigarro y darle la primera calada. De inmediato, se estremece por una tos potente y desgarradora.

—Debería fumar menos —le aconsejo, mientras le doy una profunda calada a mi propio cigarrillo—. Con su edad y su peso no creo que le siente demasiado bien.

—¿Estás tratando de asegurarte de que hoy vaya a



haber un ahogado en este lago? Ya tengo a mi mujer para echarme la bronca. No necesito tus consejos.

—Está bien, no he dicho nada —me encojo de hombros—. ¿Y qué pasa si decide ahogar a la niña en otra zona del lago? No estamos seguros de que vaya a venir aquí.

—Yo sí lo estoy. He comprobado todos los asesinatos desde 1930 y todos fueron en esta zona. Puede que tenga algo especial que atrae a los asesinos en serie.

Me giro y contemplo el paisaje. Enfrente de nosotros, tras varias hileras de árboles que llegan hasta la orilla, se ven las aguas del lago. Detrás de los árboles en los que estamos ocultos, hay una gran explanada de tierra ennegrecida y reseca. Nunca me había fijado, pero resulta extraña y perturbadora. Ni siquiera las malas hierbas crecen allí. La tierra está resquebrajada y agrietada, parece un lugar herido y plagado de cicatrices. Algo malo ha sucedido en ese sitio.

—¿Sabe por qué ese terreno está así? —le pregunto a Dunning.

Él lo observa durante unos segundos, como si lo viera por primera vez, antes de negar con la cabeza.

—Ni idea. Es muy raro. Todo el terreno de alrededor está verde. Parece como si la tierra estuviera herida, como si estuviera...

—...maldita —termino la frase por él—. Ya sé que usted no cree en esas cosas, pero no se me ocurre otra palabra mejor para describirlo.

Él no contesta. Se ha quedado muy quieto, con la cabeza inclinada hacia un lado. Escucho con atención y yo también lo capto. Es el ruido de un motor acercándose, pero no viene por el camino. Parece llegar a través del bosque. A medida que el sonido se hace más claro, me da la impresión de que no suena como el motor de un coche.

—¡Joder! —grita Dunning, sobresaltándome—. Es una moto. El muy cabrón viene en moto.

Sin pensarlo un segundo, empiezo a correr hacia la fuente del ruido. No puedo creerme que vaya a suceder otra vez. Llegaremos tarde de nuevo y lo único que conseguiremos será sacar otro cadáver de las aguas. Oigo a Dunning correr detrás de mí, pero se va quedando atrás. Me detengo, dudando si debo esperarle. No hemos corrido ni veinte segundos y Dunning ya está congestionado y agarrándose el costado, mientras intenta sin éxito seguir mi ritmo. Mientras le espero, se dobla por la cintura y empieza a toser como si fuera a echar el hígado por la boca.

—Sigue tú —consigue decir entre tos y tos—. Tienes que detenerle.

Vuelvo a correr sin pensarlo un segundo. Todavía se escucha el motor de la moto, cada vez más cerca. Eso significa que aún no se ha bajado, que no ha empezado a ahogar a la pequeña Norah, que todavía estoy a tiempo de salvarla... Mientras corro por el oscuro bosque, sus ojos brillantes y redondos llenan mi mente. No quiero que cambien, no quiero que se conviertan en los ojos apagados de un pez muerto.

Me doy cuenta de que Dunning se ha quedado la pistola. Ahora mismo estoy corriendo indefenso para encontrarme con un asesino del que no sé si va armado. Muy inteligente por mi parte. Durante un momento me planteo si debería retroceder para pedirle a Dunning que me deje su arma, pero finalmente desecho la idea y sigo corriendo. No quiero llegar tarde por segundos y, además, ni siquiera sé disparar.

El sonido del motor se ha detenido. Corro aún más deprisa, sin preocuparme de las veces que tropiezo con piedras sueltas, me arañó las piernas con arbustos o me engancho con las ramas bajas de los árboles. En mi cabeza

sólo existe la sensación de que el tiempo se me acaba, de que puede estar matándola ya... Noto la sangre bombeando con fuerza por todo mi cuerpo, los latidos resuenan en mi cabeza como si el corazón se me hubiese instalado en el cerebro. Sólo oigo ese pum, pum, pum y el agónico silbido de mi respiración. Siento un fuerte pinchazo en el costado y la vista se me nubla. Todo mi cuerpo me urge a detenerme, pero no pienso hacerle caso. Me limito a prometerle que, a partir de ahora, le cuidaré y dejaré de fumar, pero a cambio tiene que aguantar un rato más.

He llegado a la zona en la que me pareció escuchar la moto por última vez, pero no la veo. Atravieso los árboles y llego a la orilla del lago. En un primer momento no soy capaz de distinguir nada. El cielo ya ha adquirido un color azul oscuro, pero la luna aún no ha salido. A mi alrededor cada roca, cada raíz y cada arbusto parecen figuras humanas, agazapadas para sorprenderme.

Capto un movimiento a unos treinta pasos, justo en la orilla del lago. Hay alguien ahí. Vuelvo a correr, sintiendo que la adrenalina invade cada una de mis células. En este momento, creo que podría matarlo con mis propias manos. Corro hacia él, gritando como un animal enloquecido. No me preocupa sorprenderle ni atraparlo. Lo único que quiero ahora mismo es que se aparte de la niña.

La sombra levanta la cabeza y se queda paralizada, observando mi avance. En cuanto consigue reaccionar, se pone de pie y empieza a correr. Me lleva bastante ventaja y debe de estar fresco, pero eso no me detiene. Ignorando el agotamiento, saco fuerzas que no sabía que tenía y consigo correr aún más rápido. En unos segundos llego al lugar en el que el hombre había estado parado.

Hay una gran mochila de camping vacía en el suelo. A su lado está la niña, tumbada boca arriba, con una dulce sonrisa en el rostro, como una hermosa muñeca de

porcelana. Lleva puesto un vestido azul con rosas rojas bordadas en el pecho y unos calcetines blancos con lazos. Sus zapatos negros de hebilla descansan en la orilla del lago.

Me arrodillo a su lado y pego mi oreja a sus labios, tratando de captar su aliento, rogando a Dios para que no esté muerta. No noto nada, ni el más leve hálito. La sacudo por los hombros, llamándola por su nombre. Al incorporarla, abre levemente los ojos, lo que acrecienta su parecido con las muñecas de porcelana que tenía mi hermana Lissie cuando era pequeña.

Oigo un ruido de pisadas que llegan a la carrera. Dunning se aproxima a la orilla, resollando como una caldera averiada. Me levanto de un salto y echo a correr hacia el lugar por el que ha desaparecido nuestro sospechoso.

—La niña está viva y el tío ha escapado —le grito sin mirar atrás—. Pida refuerzos.

En unos segundos, vuelvo a estar inmerso en la espesura. Me planteo que puede estar escondido entre la maleza, esperándome emboscado. Puede que vaya armado, que sea más fuerte que yo, que sepa pelear mejor... No tiene ningún sentido que corra como loco buscando a un tío contra el que no tengo ninguna posibilidad, pero no puedo hacer otra cosa. Escucho sus pasos apresurados, tropezando en la oscuridad, y un juramento ahogado. Corro de nuevo en la dirección de esos sonidos. Lo primero es atraparlo, o al menos verle la cara. Ya pensaré luego qué hacer.

Mis esperanzas se desvanecen cuando escucho el ruido de un motor. Ya ha llegado a su moto. Si no me doy prisa, se desvanecerá en la noche y lo perderemos para siempre. Exactamente igual que con la muerte de Dave.

Sigo el sonido del motor, que ya casi ha llegado a la carretera. Para cuando atravieso el bosque y puedo ver algo, la moto es una sombra que se aleja. Sólo puedo quedarme

agotado, doblado por la cintura, tratando de recuperar la respiración mientras desaparece tras la primera curva.

No hay nada más que pueda hacer, así que, sintiéndome derrotado y débil como un anciano, regreso al lado de Dunning. Él levanta la mirada al verme llegar y yo sólo puedo negar con la cabeza y derrumbarme a su lado sobre las piedras de la orilla.

—¿Qué tal está la niña?

—Creo que la ha drogado para poder meterla en la mochila y traerla hasta aquí, pero sus constantes vitales son correctas —contesta Dunning—. La ambulancia ya está de camino.

—Siento no haber podido atraparlo —no puedo decir nada más porque la voz se me quiebra.

—Tranquilo, le pillaremos. Y hemos salvado a la niña. Deberías estar orgulloso, chaval.

Nos quedamos en silencio mientras vemos las luces de las ambulancias y los coches de policía alumbrando el cielo al otro lado del bosque.

### III

Cuando abro los ojos, el sol está muy arriba en el cielo. Debe de ser casi mediodía, lo que significa que he dormido más de diez horas. A pesar de ello, me cuesta tanto mover mi cuerpo como si alguien lo hubiese cosido a las sábanas. La tensión de los últimos días está empezando a pasarme factura.

Ya he conseguido sentarme en la cama y ponerme la camiseta y los calcetines, cuando escucho un par de golpes abajo, en la puerta de entrada. Oigo como Eloise abre e intercambia unas cuantas frases con una voz femenina que me resulta conocida.

—Eric, preguntan por ti —grita Eloise—. Es Meg Freeman.

—Bajo en un segundo —contesto mientras trato de enfundarme los pantalones.

Mientras termino de vestirme me pregunto qué querrá Meg de mí. La última vez que nos vimos me dejó muy claro que no quería tener nada que ver conmigo ni con mi investigación. Bajo las escaleras de dos en dos y salgo a la calle. Meg está allí, mirando hacia el jardín con las manos apoyadas en la barandilla del porche.

—Meg, qué sorpresa. No esperaba volver a verte.

—Menos lo esperaba yo —me dirige una sonrisa sarcástica—, pero parece que Anne no quiere darse por enterada. Tengo otro mensaje para ti.

Saca de su bolsillo un folio doblado en cuatro partes y me lo tiende. Yo lo desdoblo, tratando de aparentar serenidad. Toda la página está ocupada por una sola frase, escrita con una letra muy grande de trazos infantiles:

*ERIC, NO PUEDO HABLAR CONTIGO*

Levanto la vista de la hoja, sin saber qué decir. ¿Qué mierda de mensaje del más allá es éste? No puedo creerme que Anne haya poseído a su amiga de la infancia para comunicarse conmigo y decirme solamente que no puede comunicarse conmigo. ¿No le habría costado el mismo trabajo decirme algo útil, como el nombre de su asesino o la manera de acabar con todo esto?

—¿Entiendes lo que significa? —pregunta Meg. Yo me limito a negar con la cabeza y permanecer en silencio—. He debido de escribirlo dormida. Cuando me he despertado, tenía ese papel a mi lado, en la almohada —Meg eleva la mirada hacia el cielo, resopla y se frota la cara con las manos, como si tratara de despertar de un mal sueño—. Tienes que decirle que pare. Estas cosas me dan mucho miedo. Lo siento, pero no quiero seguir participando en esto.

—Ya has visto el mensaje. No puede hablar conmigo y yo tampoco puedo hablar con ella —hago un gesto con la cabeza, señalando hacia la casa de Eloise—. Créeme, lo hemos intentado. De todos modos, puedes estar tranquila. Anne no te hará ningún daño.

Meg me lanza una mirada airada. La entiendo perfectamente. A mí tampoco me tranquiliza nada que Eloise me diga que los fantasmas de mis amigos no pueden dañarme. Sin decir una palabra más, Meg baja las escaleras del porche, cruza el jardín y se marcha. Yo vuelvo a entrar en la casa y cierro la puerta, sin separar la mirada del mensaje escrito en el papel.

—La sal —dice Eloise, parada en mitad del recibidor con los brazos en jarras.

—¿Qué sal? —pregunto sin entender.

—La que tienes que echar en la puerta cada vez que salgas.

—Ahora lo haré, pero primero tienes que ver esto...

—La sal. No hay nada más importante que mantenernos a salvo —insiste ella.

Suspiro resignado y vierto un puñado de sal, cubriendo todo el umbral. Me doy la vuelta enfadado, esperando a que Eloise asienta para empezar a hablar.

—¿Le parece bien así a la señora?

—Sí, y no seas sarcástico conmigo, niño. Me parece que no te estás tomando esto tan en serio como deberías.

—Y a mí me parece que exageras. ¿En serio crees que hay fantasmas esperando al lado de la puerta para ver si nos despistamos?

—¿Te jugarías tu vida o tu cordura a que no los hay? —cuando ve que no contesto, sonrío satisfecha— Pues acuérdate de la dichosa sal.

—Está bien, lo recordaré. ¿Podemos hablar ahora de cosas más importantes? —le tiendo el papel que me ha dado Meg—. Es otro mensaje de Anne.

Ella lo coge con rapidez, se acerca a una ventana para ver mejor y se pone las gafas sobre la punta de la nariz. Después de mirarlo durante unos segundos, le da la vuelta, como si esperase que hubiera más por la parte de atrás.

—¿Esto es todo? ¿Se ha puesto en contacto contigo para decirte que no puede hablarte?

—Sí. Esperaba que tú pudieras arrojar algo de luz sobre todo esto. No creo que sea normal que los fantasmas se molesten en pedir disculpas por no comunicarse con los vivos.

—No lo es. Para Anne esto tiene que ser importante —se pone a pasear por delante de la ventana con el papel desplegado frente a ella, mirándolo con tanta intensidad como si esperase que se desvelara algún mensaje secreto—. Según me contaste, se te ha presentado en varias ocasiones.



¿En alguna de ellas te ha dicho algo?

—No, siempre llevaba los labios cosidos con hilo negro, pero supongo que eso es normal. Se lo hacen a todos los cadáveres, ¿verdad?

—Sí, es habitual. ¿Dave y Bobby también llevaban la boca cosida las veces que te visitaron?

—No, sólo Anne.

—Entonces significa algo. Creo que es otra manera de tratar de expresarte que no puede hablar contigo. Ella quiere hacerlo, ha buscado la manera poseyendo a esa mujer del psiquiátrico y a su amiga Meg, pero, aún así, insiste en la misma idea. Incluso Peter nos lo dijo en la sesión de ouija. Trata de concentrarte. ¿Qué puede querer decirte?

Yo intento bucear en mis recuerdos para encontrar cualquier pista que pueda servirnos, pero sigo sin entender el mensaje. Al cabo de unos segundos, me encojo de hombros y niego con la cabeza, tratando de disculparme.

—Por dios, Eric. Piensa un poco. ¿Estabais enfadados antes de que ella muriera? ¿Le dijiste que no te hablara nunca más?

—No, al contrario... Estábamos enamorados —siento que me sonrojo al decirlo en voz alta—. Ya sabes, como están enamorados los niños de doce años... Los últimos días vivíamos una especie de amor imposible. Habíamos estrellado el coche de su padre y la castigó sin salir durante todo el verano. Creo que pensaba que yo era una mala influencia para ella, así que le dijo que no quería que volviera a hablarme en su...

—¡Eso es! —Eloise se acerca a mí y me agita, cogiéndome por los hombros, tratando de que reaccione—. ¿No lo ves? Cuando murió, estaba castigada sin hablar contigo y se fue a la tumba con ese peso en el alma.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Anne era rebelde por naturaleza. Sus padres se pasaban el día quejándose de que era muy desobediente. ¿Por qué iba a elegir obedecer justo ese último castigo?

—Precisamente porque era el último, por todo lo que significó. ¿Es que no lo ves? Murió sin poder despedirse de ti, con sus padres enfadados y sin que la perdonaran...

—Vale, lo acepto porque no le encuentro otro sentido al mensaje. ¿Qué tendríamos que hacer?

—Eric, hijo... Eres un encanto de chico, pero en ocasiones eres muy corto. ¿Es que no lo ves? Tienes que ir a hablar con su padre y conseguir que la perdone.

—¿Pero crees que sigue enfadado con ella?

—No, pero seguro que nunca se lo ha dicho. Tienes que convencerle de que lo diga en voz alta.

—Estás loca si crees que voy a presentarme en casa de ese hombre para decirle que hable con su hija muerta.

Eloise va a replicarme cuando la puerta vuelve a sonar. Me acerco a abrir mientras pienso que con tanta visita vamos a necesitar toneladas de sal. Cuando abro, me encuentro con Dunning.

—Hola, chaval. Buenos días, señorita Carter. ¿Podría pasar un momento?

Ella asiente y yo me aparto para permitirle el paso. Él entra y se queda esperando una invitación para pasar al salón, pero parece que, después de su última discusión, a Eloise se le ha olvidado cómo se comporta una buena anfitriona. Al cabo de unos segundos, mientras yo echo sal frente a la entrada, decide empezar a hablar.

—Venía a decirte que la niña ya está fuera de peligro y ha vuelto a su casa. Pensé que te alegraría saberlo.

—Es una gran noticia. Me alegro muchísimo —contesto con una sonrisa radiante.

—No es tan buena noticia —me corta Eloise, cruzando los brazos frente al pecho—. No me entendáis mal. Me alegro mucho de que hayáis conseguido salvar a esa niña, pero, si nuestra teoría es correcta, el hombre que intentó matarla cuenta con muy poco tiempo para cazar a otro niño y ahogarlo si no quiere que el espíritu se lleve a su hijo. Sea como sea, pronto tendremos un niño muerto en Swanton. A no ser que lo impidamos.

—Señorita, siento tener que ser maleducado en su propia casa, pero lo que está diciendo es una gilipollez. Todo esto no tiene que ver con espíritus ni maldiciones ni tonterías de esas. Estamos tratando de atrapar a un ser de carne y hueso que ha intentado asesinar a una niña. No necesito que usted lée aún más mi investigación con esas ridículas supersticiones.

—Mientras no se dé cuenta de que mis “ridículas supersticiones” son ciertas, no conseguirá nada de su investigación.

—Sí, conseguiré meter a un maldito asesino entre rejas y evitar que muera cualquier niño.

—Y dentro de tres años, diez o veinte, cuando vuelva a haber sequía, todo volverá a suceder. Usted ya no estará trabajando para la policía, así que no será asunto suyo, pero aún así sabrá que tuvo en su mano detener esto para siempre y que no lo hizo.

—¿De verdad cree en lo que me está diciendo? Todas sus baratijas, las velas y el lenguaje místico están bien para engañar a los incautos y sacarles los cuartos, pero no puede pretender que fundamente una investigación oficial en sus chorradas.

Eloise le lanza una mirada de odio capaz de detener

corazones, resopla y se va sin decir una palabra más, dejándonos solos. Yo la miro marcharse mientras pienso que estará todo el día de mal humor y que me tocará a mí soportarlo.

—Debería hacerle caso —le aconsejo a Dunning.

—¿Tú también? Te tomaba por un chaval coherente, pero ya veo que te ha comido el tarro.

—Si hubiera visto las cosas que yo he visto, usted también tendría el tarro comido.

—Dejémoslo. No vais a convencerme —Dunning niega con la cabeza mientras me lanza una sonrisa irónica—. He venido a hablarte de datos reales, no a discutir sobre cuentos de viejas.

—¿Han averiguado algo? ¿Tienen alguna pista?

—Lamentablemente, no. La niña es muy pequeña y estuvo drogada casi todo el tiempo. Hemos mandado una muestra de su sangre a Montpellier para que determinen con qué la drogaron. Quizá eso ayude en algo.

—Pero ella tuvo que verle en algún momento...

—Si, nos ha dicho que era un hombre muy grande, pero tras hablar un rato nos hemos dado cuenta de que para ella todos los hombres son grandes. También nos ha dicho que tenía la cabeza negra con un par de agujeros para los ojos.

—Un pasamontañas...

—Exacto. No vamos a sacar ninguna pista de esa niña — Dunning se queda unos segundos en silencio, mirándose las punteras de los zapatos. Cuando levanta la cabeza, me mira suplicante, esperando que le contradiga—. Tú también crees que lo volverá a intentar, ¿verdad?

—Sí. Los datos que hemos encontrado indican que serán tres niños y, por el momento, no tiene ninguno. Tendrá que

encontrar a una nueva víctima cuanto antes para tranquilizar al espíritu —antes de que Dunning pueda hablar, le hago un gesto con la mano indicando que espere y me escuche—. Incluso aunque no crea en ese espíritu, los asesinatos se producen en series de tres...

—Esto puede no tener nada que ver con los asesinatos de los años anteriores...

—No, claro... Año de sequía, mismo lugar en el que cometer los crímenes, mismo tipo de víctimas... Joder, no hace falta ser un experto en comportamiento criminal para ver que está relacionado. Escúcheme, no acepte la explicación sobrenatural si no quiere, pero no se ciegue. Ese hombre volverá a atacar.

Dunning resopla y empieza a andar en círculos por el recibidor, negando una y otra vez con la cabeza. Yo espero en silencio, dándole tiempo para reflexionar.

—Está bien. Os creo.

—¿Lo del fantasma también?

—Ni de coña, chaval... Sigo creyendo que estáis como cabras, pero no puedo ignorar que predijisteis que habría más asesinatos y que algunas de las cosas que decís tienen sentido. Voy a pedir refuerzos a las ciudades vecinas y patrullaremos la zona. No va a moverse ni una rana en la orilla de ese lago sin que yo me entere.

—¿Me informará si consiguen algo?

—Claro, no te preocupes por eso. Serás el primero en saberlo.

Dunning se despide y abre la puerta de la calle, desparramando toda la sal. Cierro la puerta y me giro hacia la cómoda para coger el paquete y arreglar la protección antes de que Eloise me riña, pero ella ya ha vuelto al recibidor.

—Deja eso. Ya lo hago yo.

—Pero si me acabas de decir que tengo que hacerlo yo siempre que abra la puerta —protesto, incapaz de comprender qué debo hacer para tenerla contenta.

—No servirá de nada que eches la sal, porque tienes que salir ahora mismo y volverías a esparcirla. Ya la echaré yo en cuanto salgas.

—¿En cuanto salga a dónde?

—A casa de Anne. Tienes que ir a hablar con su padre.

## IV

Aquí estoy, plantado en el jardín de la casa de Anne, mirando a la puerta sin atreverme a dar los pasos que me separan de ella y llamar. Nada más pisar el camino de entrada, los recuerdos me han invadido con tanta fuerza que me encuentro paralizado y al borde del llanto. Todas aquellas tardes de verano en las que venía a buscarla... Verla salir de casa, saltando los tres escalones del porche, con su pelo al viento y aquella sonrisa en la cara... Aquellos atardeceres rojos, sentados en la hierba de su jardín, hablando de cualquier cosa mientras esperábamos a que su madre la llamase para cenar... Casi espero que la puerta se abra y ella aparezca, pero, al mismo tiempo, la certeza de que eso nunca más sucederá me duele como un puñal al rojo vivo retorciéndose en mis entrañas. Todo eso nos arrebataron. Es tan injusto que siento que me falta el aire.

Podría haberme pasado una eternidad plantado en su jardín, sin poder mover un músculo, pero la puerta se abre y aparece un hombre de unos cincuenta años. Me cuesta reconocer al señor Austen. Está mucho más delgado y ha perdido pelo, pero, además, su piel parece gris, no hay rastro de sonrisa en su rostro y sus ojos están apagados y tristes. Es una sombra del hombre que conocí quince años atrás.

—¿Necesitas algo, chico? ¿Te has perdido?

—No, señor Austen. Venía a hablar con usted —me acerco a él y le tiendo la mano—. Soy Eric Armstrong. Era amigo de su hija. ¿Me recuerda?

Él no se mueve ni acepta mi mano. Yo me quedo ahí parado, con la mano tendida, mientras él me clava una mirada que no sé si interpretar como triste o enfadada. Temo que me culpe por la muerte de su hija. Si no hubiera sido por

nuestra travesura con el coche, ella no habría estado castigada, no habría vuelto sola a casa y el asesino no la habría atrapado. Sé lo que está pensando porque yo llevo toda la vida sintiéndome culpable por esas mismas razones. Por eso no me sorprende cuando él se cruza de brazos en postura defensiva.

—¿A qué has venido?

—Tengo que hablar con usted sobre Anne —antes de que él pueda decir nada, levanto las dos manos, pidiéndole que espere y me escuche—. Sé que seguramente no querrá hablar de nada conmigo, que, de algún modo, me culpará por la muerte de su hija y que debo ser la última persona del mundo con la que quiere hablar de ella, pero esto es importante.

El silencio vuelve a adueñarse del jardín, mientras él me atraviesa con la mirada. Por un momento, temo que entre en casa, coja su escopeta y me eche de su jardín a tiros, pero, en lugar de eso, lanza un largo suspiro, que suena como si el alma se le estuviera saliendo por la boca. Sus ojos no transmiten furia. Brillan un poco por unas lágrimas rebeldes que pretenden escapar y que él ataja, secándoselas con la manga de su camisa. Sin decir nada, asiente con la cabeza antes de girarse hacia la casa.

—Sígueme. Estaremos mejor dentro.

Estoy sentado a la mesa de la cocina del señor Austen. Aunque fuera el sol luce radiante, la cocina está en penumbra. Hace tanto tiempo que no se limpian las ventanas, que la suciedad filtra la luz como una espesa cortina. Hay un montón de platos sin lavar amontonados de cualquier forma, invadiendo todas las superficies disponibles. Huele a cerrado y a comida en mal estado.

El señor Austen abre la puerta de su nevera, saca dos



latas de cerveza y me coloca una delante. No estoy acostumbrado a beber alcohol sin haber desayunado siquiera, pero se lo agradezco con una sonrisa de todos modos. Él se sienta frente a mí, abre su lata y le da un trago tan largo como para vaciar la mitad. Me da la impresión de que tiene muchísima práctica en esto de beber cerveza.

—Disculpa el desorden. Vivo solo y las tareas del hogar nunca han sido lo mío.

Me planteo dónde estará su mujer. No sé si habrá muerto o si lo abandonó, pero no me atrevo a preguntar. Bastante incómoda es ya la situación como para entrar en preguntas íntimas.

—Tranquilo, tendría que ver usted mi habitación.

A pesar de la broma, él no sonrío ni hace ningún comentario. Se limita a mirar la lata de cerveza mientras le da vueltas entre sus manos. Parece que no va a poner nada de su parte para hacer que la conversación fluya, así que decido ir al grano directamente, a pesar de lo nervioso e incómodo que me encuentro.

—Bueno... Como supongo que recordará, yo era muy amigo de su hija.

—Sí, claro que lo recuerdo. No te imaginas cómo me sentí cuando llegó a casa diciendo que tenía novio. Te confieso que tenía la escopeta preparada por si le hacías cualquier cosa mala a mi princesa.

Ya están ahí de nuevo: las lágrimas furtivas asomando a sus ojos. Vuelve a secárselas con la manga y le da otro trago a su cerveza.

—Yo la quería mucho —le confieso—. Sé que sólo teníamos doce años y que éramos un par de mocosos sin idea de cómo funciona el mundo, pero para nosotros aquello era importante. Ha pasado mucho tiempo y no he podido olvidarla.

Ahora no puede evitarlo. Un par de lagrimones caen a plomo por sus mejillas. Me siento muy culpable por estar haciendo esto, por hacer aflorar sentimientos que él lleva años tratando de ahogar en alcohol, pero, aún así, tengo que continuar.

—Sé que lo que le voy a contar le parecerá una locura y que lo más seguro es que me acabe echando de su casa a patadas, pero le ruego que me escuche hasta el final. Es importante —espero hasta que él asiente—. Desde que Anne murió, la vi varias veces. Sé que pensará que estoy loco. Mis padres lo pensaron, mis médicos también... Incluso yo lo pensé. Luego dejó de aparecer y creí que habían sido imaginaciones mías, causadas por el trauma de su pérdida, pero entonces encontré esto.

Abro mi mochila y saco el libro de Los crímenes del lago. Lo pongo sobre la mesa y se lo paso para que pueda verlo. Él abre mucho los ojos al ver el nombre de la autora en la portada, pero no dice nada. Se limita a terminarse su cerveza y a levantarse a por otra. Después se sienta de nuevo, da otro largo trago y abre el libro para empezar a ojearlo.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto? —pregunta por fin.

—Ese libro me hizo regresar a Swanton para descubrir qué era lo que había pasado, para tratar de detener a quien lo hizo. Desde que llegué, Meg Freeman, la amiga de Anne, me ha hecho llegar dos mensajes suyos —saco de mi mochila los dos papeles y se los tiendo—. Meg dice que los escribe en trance y que cree que es Anne la que me está escribiendo.

—Se parece a su letra —la voz se le corta en un sollozo, pero, al segundo siguiente, su rostro se transforma. Da un fuerte puñetazo en la mesa, que hace temblar las latas de cerveza, y me mira con desprecio—. ¿Qué pretendes con todo esto? ¿Volverme loco? ¿Sacarme dinero?

—No, señor Austen. Cálmese, por favor.

—No entiendo por qué estás haciendo esto, por qué vienes aquí a remover el pasado y a hacerme daño. ¿No crees que ya nos causaste suficiente dolor? ¿Qué es lo que buscas? ¿Que te perdone por haberme destrozado la vida?

Lo que suponía. El padre de Anne también cree que yo fui el responsable de su muerte. Me dan igual sus palabras y el odio que destilan sus ojos. No hay nada que pueda decirme que yo no me haya repetido más de mil veces en estos quince años.

—No quiero que me perdone. Puede odiarme para siempre si eso le ayuda. Lo único que quiero es que Anne esté en paz, que su espíritu pueda descansar —mis palabras parecen dejarle descolocado, porque se me queda mirando con la boca abierta—. He estado hablando con Eloise Carter. Ya habrá oído en el pueblo que ella sabe de estos temas. Me ha dicho que es posible que Anne no pueda hablar conmigo porque usted se lo prohibió antes de que muriera. Eloise cree que Anne murió con el peso de saber que usted seguía enfadado con ella.

—¿Cómo voy a estar enfadado con ella después de lo que pasó? ¿Cómo voy a seguir enfadado con mi princesa?

El señor Austen pierde el poco control que le quedaba y se derrumba sobre la mesa, con la cabeza enterrada entre los brazos. Su cuerpo se convulsiona por los sollozos. Durante unos segundos no sé qué hacer. No sé si puedo levantarme y tratar de consolarle o si se lo tomará como un insulto y se enfurecerá más. Me quedo en silencio, esperando a que los sollozos remitan un poco.

—Sé que usted la ha perdonado, pero ella no lo sabe. ¿Podría decírselo?

—¿Decírselo? —él levanta la cabeza y vuelve a mirarme con rabia—. Está muerta. ¿Cómo voy a decírselo?

—Simplemente dígalo en voz alta. No pierde nada por hacerlo.

Se echa hacia atrás en su silla, tratando de controlar la respiración aún agitada por el llanto. Me mira indeciso. Creo que está buscando cualquier pequeño indicio de que estoy tomándole el pelo para estampar mi cabeza contra los azulejos de la cocina. Yo me mantengo serio y expectante, tratando de transmitirle con la mirada que puede confiar en mí. Finalmente, asiente y, elevando la mirada hacia el techo, como si Anne estuviese ahí flotando, se decide a hablar con ella:

—Anne, mi niña... Ya no estás castigada. Te perdono y te quiero. Y te echo mucho de menos...

El grifo de la cocina se abre de repente, expulsando agua a toda presión. El señor Austen se levanta de un salto de la silla y trata de cerrarlo, pero se aparta con un gesto de dolor, sacudiendo la mano.

—El grifo está ardiendo. ¿Qué cojones significa esto?

Yo niego con la cabeza, sin saber qué decirle. El grifo sigue arrojando agua ardiendo, aumentando la temperatura de la cocina y empañando los cristales de la ventana. Entonces vemos como van apareciendo poco a poco unas letras sobre el vaho del cristal.

### *GRACIAS*

Debajo de esa única palabra, un pequeño dedo invisible dibuja un corazón. Y entonces todo cesa. El grifo deja de arrojar agua y notamos una brisa fresca, que huele a melocotón y jazmín. A pesar de todos los años que han pasado, reconozco su colonia. Creo que su padre también la reconoce, porque levanta la cabeza olfateando el aire con una sonrisa soñadora en el rostro.

—Anne, ¿eres tú, mi niña?

No recibimos respuesta. Tan sólo otro leve soplo de esa brisa perfumada rozándonos el rostro como un ligero beso.

No sé cuánto tiempo nos mantenemos en silencio, el uno frente al otro, tratando de asimilar lo que acabamos de vivir. Finalmente, agito la cabeza, como si tratara de despertar de un sueño y, sin decir nada, empiezo a recoger los mensajes de Anne y el libro.

Mis movimientos parecen espabilar al señor Austen, que se levanta de la silla. Parece mareado. Incluso tiene que apoyarse un momento en la mesa para no caerse. Sin decir palabra, me acompaña hasta la puerta de su casa. Yo cruzo el jardín para recoger mi bicicleta cuando le oigo llamarme.

—Eric, espera... —se acerca a mí mientras rebusca en su bolsillo. Yo ruego para que no pretenda darme dinero—. ¿Ésa es la misma bici que tenías cuando eras crío?

—Sí, mi fiel bicicleta —contesto con una sonrisa—. No me ha fallado nunca. Incluso he venido con ella desde Burlington.

—¿No tienes coche?

—Bueno, no... Tenemos un coche familiar, pero mi madre lo necesita para ir a trabajar.

El señor Austen encuentra lo que estaba buscando en su bolsillo. Es un llavero con una sola llave. Me indica con la cabeza que le siga y levanta la puerta de su garaje. Dentro hay dos coches: un Ford que parece bastante nuevo y el Chevrolet Impala del 67 con el que Anne y yo destrozamos el buzón de la señora Jones. Aún se ve la abolladura que le hicimos al lado del faro delantero derecho.

—No he vuelto a conducirlo desde que Anne murió. Me traía demasiados malos recuerdos, pero, aún así, nunca fui capaz de desprenderme de él... Creo que, sin saberlo, lo estaba guardando para cerrar el círculo —me tiende la llave que lleva en la mano—. Es para ti.

—No puedo aceptar su coche. Es un clásico, debe de costar una fortuna.

—Eso no importa. Es mi manera de demostrar que os perdono, que el coche no me importa, que daría mil coches por abrazarla un segundo... —el hombre resopla, tratando de mantener otra vez las lágrimas a raya—. Lo que has hecho hoy por mí y por mi Anne no tiene precio. Acepta el coche como pago.

Yo asiento y extiendo mi mano para aceptar la llave. Él me la da y, después, con un gesto brusco, atrae mi cuerpo y me da un abrazo tan fuerte que me corta la respiración. Cuando nos separamos, veo que nuevas lágrimas surcan su rostro, pero, de alguna manera, me parece más feliz que cuando llegué. Parece menos gris, menos triste, menos sombra de lo que fue...

En silencio desmontamos las ruedas de mi bici y la metemos en el maletero. Por suerte, cabe perfectamente. Le dedico una sonrisa de despedida y me meto en el coche. En cuanto acciono el contacto, el motor me saluda con un rugido. Bajo la ventanilla para despedirme del señor Austen. Él se inclina y apoya las manos en la puerta.

—Encuéntrale. Encuentra al hijo de puta que mató a mi Anne y házselo pagar.

—Lo haré. Lo prometo.

Él se retira y me deja marchar. Esta vez paso sin complicaciones por delante del buzón de la señora Jones. En el espejo retrovisor veo como la figura del padre de Anne va haciéndose más pequeña y vuelvo a jurarme a mí mismo que descubriré quién nos hizo todo esto. Por Anne, por Bobby, por Dave... También por el padre de Anne, por Jim, por Jake, por mi familia... Y por mí mismo.

## V

En cuanto aparco frente a la casa de Eloise, noto que algo raro pasa. El coche de Dunning también está aparcado aquí. Ambos están de pie en el porche y no se están matando, así que debe de haber sucedido algo grave. Me bajo del coche y corro hacia la casa.

—¿Y ese coche? —pregunta Dunning, curioso.

—Me lo ha regalado el padre de Anne. Puede preguntarle si cree que se lo he robado —me giro hacia Eloise con una sonrisa de satisfacción en los labios—. Misión cumplida.

Ella asiente, pero no me devuelve la sonrisa. Está aún más seria de lo habitual y, a pesar de que se mantiene quieta y en silencio, noto por la forma en la que frunce los labios y por la rigidez de sus hombros que está nerviosa.

—Ha desaparecido otro niño, tal como predijimos —me informa.

—Bueno, ahora no es momento de discutir quién tenía razón y quién no —la corta Dunning—. Vamos a ir a patrullar el lago. ¿Me acompañas?

Asiento y los dos nos dirigimos hacia el coche de Dunning. Eloise se queda en el porche, viéndonos marchar. Espero que pueda ayudarnos con sus oraciones, sean al dios que sea. Ocupo el asiento del copiloto y espero a que Dunning me explique lo que ha pasado.

—Ha desaparecido el pequeño de los Jackson, Mark. Estaba jugando con su hermano en el jardín. El mayor ha entrado un momento a por algo de beber y, cuando ha salido, el niño no estaba.

—¿Qué edad tiene?

—Sólo dos años.

—Supongo que escoge niños tan pequeños para poder llevarlos en una mochila, como hizo con Norah. Eso significa que no tiene coche.

—Puede que tenga, pero que piense que es más fácil secuestrar a niños tan pequeños. Es más difícil que se resistan o que escapen.

—Yo creo que deberíais tomar esa idea en cuenta —le sugiero—. Eso reduciría la lista de sospechosos.

—No va a hacer falta reducir ninguna lista. Si ese tío aparece por el lago, no vamos a permitir que escape de nuevo. Han llegado refuerzos desde Highgate, Franklin, Sheldon y St. Albans y ya están esperando escondidos en los alrededores. Esta vez no va a poder escapar.

A pesar de la seguridad de sus palabras, noto que la ansiedad se instala en mi estómago, retorciéndolo y apretándolo hasta dejarlo pequeño y compacto como una pelota de golf. Aunque espero que Dunning no se dé cuenta, dedico el tiempo de viaje hasta el lago a tratar de respirar de forma lenta y pausada. Necesito tranquilizarme y ser útil. Bastantes problemas podría causarle a Dunning llevar a un civil a la persecución de un criminal, como para que encima éste sufra un ataque de nervios.

Respirar de forma profunda no me sirve de nada. En cuanto vislumbro la superficie del lago, siento que mis piernas se vuelven de gelatina y que estoy sudando por cada poro. Da igual. Tengo que estar aquí. Tenemos que evitar que ese niño muera.

Dejamos el coche oculto cerca de la explanada muerta en la que estuvimos la noche anterior. Miro alrededor, tratando de descubrir a los compañeros de Dunning, pero no veo a nadie. Me sentiría más tranquilo si supiera dónde están, pero, por otro lado, me consuela la idea de que, si yo



no puedo verlos, el asesino tampoco podrá.

Nos escondemos tras unos arbustos. Dunning, incapaz de mantenerse agachado o en cuclillas durante todo el tiempo que vamos a tener que estar esperando, se sienta directamente en el suelo, se abre la chaqueta y suelta el cierre que mantiene sujeta la pistola. Siento que la saliva se me espesa en la boca hasta formar una mezcla viscosa que no puedo tragar. Me acabo arrodillando a su lado porque me da la impresión de que las piernas no me sostendrán durante mucho tiempo más, mientras me pregunto qué demonios pinto yo aquí. No estoy ayudando con la investigación, soy el tío más histérico y cobarde en muchas millas a la redonda y ni siquiera llevo un arma. Supongo que soy algo así como la mascota de Dunning. Debe de pensar que le daré suerte.

Pasamos horas esperando. La luz va desapareciendo y el bosque se sume en la penumbra. En cuestión de minutos, los brillos rojizos del cielo desaparecen, dejando sólo sombras oscuras a nuestro alrededor. No soy capaz de ver más allá de los primeros árboles. El lugar está en silencio. No hay susurros ni pisadas furtivas. Tan sólo puedo escuchar el canto de las ranas y el chirrido de los grillos. Por alguna extraña razón, la sintonía nocturna del bosque me va calmando, consiguiendo que el retumbar de mi corazón se reduzca. En ese momento el petardeo de un motor vuelve a hacer que golpee contra mi pecho con fuerza.

Dunning se pone en pie de un salto y empieza a moverse hacia el origen del sonido. Me sorprende del silencio y la seguridad con la que avanza por el bosque a pesar de su tamaño, mientras yo tropiezo con cada piedra y ramita seca. Él se gira hacia mí y se pone un dedo delante de los labios, exigiendo silencio. Yo me encojo de hombros, tratando de expresarle que no lo estoy haciendo adrede, pero él ya no me mira. Vuelve a avanzar hacia el sonido de la moto, que atraviesa el bosque en dirección al lago.

Un par de minutos después, el sonido desaparece. Ya debe de estar cerca de la orilla. En mi imaginación le veo claramente. Una sombra enorme y amenazadora con una mochila en la espalda, un monstruo capaz de drogar y ahogar a un crío de dos años sin dudarlo un segundo. Aunque trato de decirme a mí mismo que, con todos los policías que hay escondidos, no logrará llevar a cabo su macabra misión, no me sentiré tranquilo hasta que vea al niño sano y salvo. Si fallamos, si ese hombre consigue matarle, no podré perdonármelo nunca.

De repente, el bosque se ilumina y se llena de sonidos. Veo las luces azules de un coche de policía, que también ha encendido sus focos apuntando hacia la orilla del lago. Casi una docena de hombres van surgiendo desde detrás de los árboles y arbustos cercanos, apuntando con sus pistolas a la figura que permanece inmóvil con las manos levantadas. A sus pies distingo una mochila en la que algo se mueve. Tengo que contener las ganas de llorar de alivio.

La sombra baja uno de sus brazos y, a pesar de los gritos de los policías, que le ordenan que esté quieto, lleva la mano hasta su cintura. La detonación me sorprende y me deja paralizado en la linde del bosque, donde seguramente seré un blanco perfecto. Siento un golpe brutal en mi costado, que me derriba al suelo. Un peso enorme me cae encima y, durante unos segundos, temo que haya alcanzado a Dunning y que esté muerto sobre mí, pero entonces noto que se incorpora un poco y que empieza a disparar hacia la orilla, mientras sigue cubriéndome con su cuerpo. Espero que esto no dure mucho. Si no me matan los tiros, el peso de Dunning terminará asfixiándome. También puede ser que sufra un infarto por el terror que me invade. Sea como sea, tengo muy pocas posibilidades de salir con vida de ésta.

Desde debajo del cuerpo de Dunning puedo ver la orilla. El hombre está corriendo, mientras se gira para

disparar a todo lo que se mueve. La mochila está abandonada en el suelo, en medio del intercambio de tiros. Me gustaría ser tan valiente como para lanzarme a por ella y poner al niño a salvo, pero sé que, aunque no tuviera el cuerpo de Dunning inmovilizándome, no sería capaz de mover un músculo. No soy un héroe. No sé a quién quiero engañar.

El siguiente tiro impacta en la sombra, que se echa ambas manos al estómago antes de desplomarse en el suelo. Dunning se levanta y echa a correr con sus compañeros. En un par de segundos el hombre está rodeado y ha sido desarmado e inmovilizado. Un policía se ha acercado a la mochila y la ha abierto para liberar al pequeño Mark. Me acerco hasta allí para ver como saca al niño de la bolsa, adormilado y con la cara cubierta de lágrimas. Me arrodillo a su lado y el niño extiende sus brazos hacia mí para que lo abrace. Yo le agarro y le aprieto contra mi cuerpo, mientras le susurro que no se preocupe y que todo estará bien. No puedo creerme lo pequeño que es, lo poco que pesa y lo cerca que ha estado de la muerte. Noto que tengo la cara mojada y me doy cuenta de que yo también estoy llorando.

Pocos minutos después, escuchamos el ulular de otra sirena. Ya han llegado las ambulancias. La orilla del lago se convierte en un hervidero de policías y enfermeros. Puedo ver que ya se van congregando los curiosos y los periodistas, pero la policía les impide el paso.

Una enfermera se acerca a mí y me pide que le pase al niño. El pequeño Mark se agarra a mi cuello con más fuerza y lloriquea.

—Tranquilo. Esta chica te cuidará y te llevará con tu mamá —le susurro con voz cariñosa—. Has sido un niño muy valiente.

Él se separa un poco de mí y, a pesar de que sus ojos aún están nublados y vidriosos, me dedica una sonrisa que

se me clava en el alma y que sé que nunca olvidaré. Cuando la enfermera se lleva al pequeño, Dunning se acerca a mí y me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Bueno, puede que tenga un par de costillas rotas, pero, por lo demás, estoy perfectamente.

—Siento haber sido tan brusco, pero te habías quedado paralizado como un conejo. Era cuestión de segundos que te llevases un tiro.

—Lo sé. Se lo agradezco. ¿El sospechoso está vivo?

—Sí, tiene un buen boquete en el estómago y se lo llevan al hospital para operarlo de urgencia. Si sobrevive, trataré de hablar con él mañana.

—¿Podría ir con usted? Quizá confiese cosas sobre espíritus malvados y, ya que usted no va a tomar nada de eso en serio, creo que alguien con la mente más abierta debería estar presente.

—Está bien. Sigo pensando que estás loco, pero puede que padezcas el mismo tipo de locura que ese tipejo. Te iré a buscar sobre las diez. Ahora vamos, te llevaré a casa. Creo que te vendrá bien descansar.

## VI

Aún estoy desayunando, mientras le cuento a Eloise los detalles de mi conversación con el padre de Anne, cuando escuchamos el ruido del motor de un coche aparcando frente al jardín. Eloise se acerca a la ventana y separa un poco la cortina.

—Es Dunning. Deberías salir.

—Joder, llega pronto. No he acabado de desayunar.

—Creo que ya has comido bastantes tortitas por hoy. Anda, sal ya.

—No quieres que entre en casa, ¿verdad? ¿Tan mal te cae?

—Ese hombre es como una úlcera. Tratar con él me desequilibra. Si no te importa, preferiría no tener que soportarle desde la mañana.

—Está bien, ya salgo. Espero volver para mediodía.

—Perfecto. Me dedicaré a seguir buscando maneras de protegernos contra ese ser. Ahora que Anne ya puede hablar contigo, creo que deberíamos hacer otra sesión de ouija y quiero que estemos preparados.

Eloise me acompaña a la entrada para volver a echar sal en la puerta según me vaya. La sola mención de hacer otra sesión de ouija ya ha hecho que las tortitas empiecen a bailar break dance en mi estómago. Lo mejor será tratar de no pensar en ello hasta que llegue el momento. Me acerco al coche de Dunning con una sonrisa.

—Buenos días —saludo tras sentarme—. ¿Hay novedades?

—Poca cosa. Michael Patterson, nuestro detenido, fue

operado anoche de urgencia en St. Albans y, al menos de momento, está fuera de peligro. Vamos a ir al hospital a ver si nos permiten hablar con él.

—¿Y el niño?

—Está perfectamente. Me he pasado por su casa antes de venir aquí y los padres me han dicho que ha dormido como un bendito toda la noche.

Sus palabras me tranquilizan. Espero que, al ser tan pequeño, no mantenga ningún recuerdo de esas horas, que para él su "hombre del saco" pase a ser sólo una pesadilla. En mi mente vuelvo a ver sus ojos llorosos y la sonrisa que me dedicó cuando nos separaron. ¿Cómo alguien podía querer hacerle daño a un ser tan indefenso?

En menos de un cuarto de hora estamos aparcando frente al Northwestern Medical Center, un edificio rectangular de ladrillo rojizo. Dunning se acerca a recepción, donde le informan de que Patterson está ingresado en la UCI y que es posible que no nos permitan visitarlo. Dunning ignora esas últimas palabras y me indica que le siga hasta el ascensor.

Cuando llegamos a la zona de la UCI, una enfermera nos indica que debemos esperar hasta que uno de los médicos de planta nos reciba. Nos señala una pequeña sala de espera, una habitación pintada de verde claro con un par de filas de sillas de plástico blanco atornilladas a las paredes. En la sala sólo hay una mujer rubia con el pelo sujeto en una alta cola de caballo. Su ropa arrugada y las bolsas bajo los ojos parecen indicar que ha pasado la noche en esta sala. Ni siquiera nos saluda. Mantiene la vista fija en el televisor colgado en una de las esquinas de la habitación, que transmite una telenovela con el volumen a cero.

Pocos minutos después aparece un hombre vestido con una bata blanca. La mujer desvía la mirada del televisor, como si estuviera esperando a que ese médico le trajera

noticias, pero, cuando ve que se dirige hacia nosotros, vuelve a mirar a la pantalla.

—¿Inspector Dunning? —pregunta el médico—. Lamento informarle de que, aunque el paciente se encuentra fuera de peligro, aún no está consciente, así que no podrá interrogarle.

—Mierda, debería haber preguntado antes de venir hasta aquí. ¿No hay alguna forma de despertarle? ¿Alguna droga o alguna descarga?

—Está bromeando, ¿verdad? No voy a llevar a cabo ningún procedimiento que pueda poner en riesgo la vida de mi paciente. Tendrá que esperar.

—Está bien. Lo comprendo. ¿Sabe cuánto tardará en despertar?

—No puedo asegurarle nada. Podría despertar en la próxima hora o tardar días. No se preocupe. Le avisaré en cuanto el señor Patterson esté consciente.

—¿Patterson? —pregunta la mujer, levantándose de la silla—. ¿Quieren hablar con mi marido?

—Por supuesto, señora —contesta Dunning—. Como supongo que sabrá, su marido es sospechoso de dos delitos de secuestro e intento de asesinato.

—Todo eso es mentira. Tiene que ser un error. Mi marido nunca haría nada tan horrible...

La mujer se cubre la cara con las manos y empieza a sollozar. Durante unos segundos, nos quedamos todos paralizados, sin saber qué decirle. El médico reacciona, se acerca a ella y le pone una mano en el hombro.

—Señora Patterson, debería ir a casa y tratar de dormir un poco. Ya sabe que la avisaremos de cualquier cambio.

—No, quiero estar aquí.

—Insisto en que aquí no puede hacer nada. Vaya a casa con su hijo y descanse.

—¿Su hijo? —el terror se abre paso en mi cabeza con la fuerza de un tornado. ¿Cómo hemos podido olvidar eso? —. ¿Tiene usted un hijo? ¿Dónde está?

—Está con mi hermana —contesta la mujer, mirándome asustada—. Le pedí que lo cuidara para que no se entere de nada de esto y me dijo que no me preocupara, que se lo llevaría al lago con sus primos para que estuviera entretenido.

Ahora sí que estoy aterrado, tanto que no se me ocurre qué responder. Por suerte, Dunning reacciona y se acerca a la mujer.

—¿Tiene el teléfono de su hermana? —la mujer asiente y saca el móvil de su bolsillo—. Llámela y dígame que mantenga al niño alejado del lago, que regrese a casa y espere a que nosotros lleguemos.

La mujer le mira como si no entendiera nada, pero la urgencia en la voz de Dunning la convence de llamar a su hermana sin hacer más preguntas. Esperamos unos segundos con la respiración contenida, hasta que ella niega con la cabeza y cuelga.

—No contesta. No hay buena cobertura en esa zona del lago. ¿Qué pasa?

—¿A qué zona les ha llevado? —pregunta Dunning.

—Al pequeño espigón que hay detrás de Maquam Shore...

Sin decir nada más, salgo corriendo hacia el ascensor, seguido de Dunning. Conozco la zona. Es el mismo lugar en el que se ahogó Peter Anderson. Mientras bajamos en el ascensor, Dunning se pone en contacto con su comisaría y ordena que una unidad se dirija hacia allí inmediatamente



para buscar al pequeño de los Patterson y alejarlo de ese maldito lago.

El viaje se nos hace eterno. Dunning ha conectado la sirena de su coche y conduce a casi cien millas por hora, pero, aún así, da la impresión de que el paisaje siempre es igual y de que no nos acercamos a nuestro destino, como en esos sueños en los que no consigues escapar de la sombra que te persigue por mucho que corras.

A pesar de la velocidad a la que vamos, una ambulancia nos adelanta cuando estamos a punto de llegar al lago. La veo torcer a la izquierda, pasando por delante de la casa de la señora Anderson, directa al espigón. La seguimos y aparcamos justo detrás de ella.

Ya hay un coche de policía en la zona. También veo a un montón de familias que habían venido a pasar el día al lago con sus cestas de picnic. Por desgracia, éste será un día que no olvidarán. Hay muchos niños llorando abrazados a sus madres. En la punta del espigón, hacia donde ya corren dos enfermeros, veo a una pareja de policías inclinados sobre un cuerpo muy pequeño. Están tratando de reanimarlo hasta que los enfermeros les sustituyen.

Los dos policías se separan un par de pasos y se quedan contemplando la escena. Dunning y yo nos acercamos lentamente. Mi mente se debate entre la esperanza de haber llegado a tiempo y la certeza de que ya es demasiado tarde.

—Reeves, Johnson —Dunning llama a sus hombres, que tardan unos segundos en reaccionar al sonido, como si estuvieran saliendo de una pesadilla—. ¿Qué ha pasado?

—Inspector Dunning, no le habíamos visto... Es el niño que nos dijo. Cuando llegamos, acababan de sacarlo del agua.

—¿Cómo ha sucedido?

—No hemos podido preguntar mucho. Estábamos tratando de reanimarlo, pero, por lo que hemos podido oír, nadie se explica qué ha pasado. Dicen que estaba nadando tranquilamente con sus primos y que, de repente, se ha hundido, como si algo lo arrastrara hacia el fondo.

Uno de los enfermeros se ha incorporado y se acerca hasta nosotros, negando con la cabeza. Mi mente se niega a aceptarlo. No puede ser, no otra vez... He hecho todo lo que estaba en mi mano y, aún así, he vuelto a fracasar, como sucedió con Bobby y con Dave... Siento que las lágrimas rebosan de mis ojos sin poder frenarlas.

—Ha muerto. Creo que deberían llamar al forense —dice el enfermero, dirigiéndose a Dunning.

Éste asiente y empieza a realizar llamadas y a organizar la investigación. Yo me aparto unos pasos para no molestar y me siento bajo un árbol a dejar que la pena y la culpa me consuman. ¿Cómo no pensé en el hijo del asesino? ¿Cómo es posible que no me acordara de que había que avisar a su madre? Ese ser acaba de cobrarse una nueva pieza y ha sido culpa mía. ¿Cómo podré perdonármelo? ¿Qué podré decirle si decide venir a visitarme cualquier noche?

Dunning se acerca a mí y me tiende la mano para ayudarme a que me levante. Mantengo la cabeza agachada y le esquivo la mirada. No quiero que se dé cuenta de que he estado llorando. Él me pasa un brazo por los hombros y me aprieta con cariño.

—No ha sido culpa tuya —me dice como si pudiera leer mi mente—. Uno de mis hombres te va a llevar a casa. Yo pasaré más tarde, cuando haya arreglado todo esto.

—No sé para qué va a venir. Todo ha terminado... Ya tiene a su víctima...

—No voy a dejarlo así —Dunning respira hondo, buscando fuerzas para hablar—. Os creo. Me sigue

pareciendo una locura, pero os creo. Esto tiene que acabar.

## VII

No puedo creerme que Dunning esté sentado junto a mí, frente a la tabla de ouija. Se remueve nervioso en su silla y carraspea una y otra vez, mientras se seca los torrentes de sudor que resbalan por su frente. El ambiente en la habitación es insoportable. El aire parece escaso y está impregnado de olor a velas y a incienso.

En la penumbra, Dunning y yo contemplamos como Eloise realiza los últimos preparativos. Cuando todo está a su gusto, se acerca a nosotros con una caja de madera envejecida. La pone sobre la mesa y extrae tres saquitos de tela parduzca que cuelgan de unos cordones de color negro. Nos tiende uno a cada uno y coloca el sobrante alrededor de su propio cuello.

—Tenéis que ponéroslos —nos ordena—. Son amuletos de protección. Funcionan de la misma forma que la protección de la casa, pero de manera individual.

—¡Qué práctico! —comenta Dunning mientras lucha por hacer un nudo con el cordel tras su gorda nuca—. Mi propio campo de fuerza unipersonal.

—No voy a soportar sus impertinencias durante mucho tiempo, Dunning —incluso con la escasa luz puedo percibir la ira ardiendo en las pupilas de Eloise—. He permitido que esté presente porque Eric me lo ha pedido, porque me ha dicho que esto también era importante para usted. Si sólo ha venido a demostrar su falta de fe y a reírse de mis creencias, le invito a marcharse de inmediato y a dejarnos trabajar en paz.

—Le juro que sabré comportarme —Dunning consigue mantenerse serio hasta que Eloise se da la vuelta. En ese momento, me guiña un ojo mientras se inclina hacia mí para

susurrarme—. ¡Vaya carácter!

Yo consigo contener la risa y fingir que estoy muy concentrado tratando de relajarme y prepararme para la sesión. La verdad es que mi interior es un hervidero de hormonas y sensaciones: tengo ganas de huir, de esconderme, de quedarme llorando en un rincón... Por suerte, hay una emoción que se impone sobre todas ellas: las ganas de hablar con Anne. En este momento, por mucho miedo que me dé la posibilidad de que ese ser aparezca, no hay nada en el mundo capaz de levantarme de esta silla.

Eloise se sienta por fin a la mesa y nos indica que debemos poner la mano sobre el máster. Después cierra los ojos y se concentra, tratando de contactar con el otro lado. Como sucedió la vez anterior, en los primeros minutos no sucede nada, hasta que, de repente, notamos una leve vibración en el puntero.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta Eloise, emocionada.

El máster se desliza a toda velocidad hacia el sí. Noto que Dunning se tensa en su silla y le miro de reojo. Tiene los ojos desorbitados y la boca abierta. Me pregunto si su castigado corazón podrá soportar tanta emoción si el ser vuelve a obsequiarnos con una demostración de sus poderes.

—¿Eres Anne? ¿Anne Austen?

El puntero se desliza hacia el centro de la tabla y después regresa veloz al sí, donde se queda vibrando, como si quisiera remarcar que es ella sin dejar la más mínima duda. Sé que es una estupidez, pero tengo que contenerme para no acariciar el puntero, para no transmitirle con ese gesto todo lo que la he echado de menos.

—Ahora que puedes hablar con nosotros, necesitamos que nos ayudes —explica Eloise—. Necesitamos saber qué fue lo que te pasó y qué les sucedió a Dave y Bobby.

El puntero empieza a moverse de letra en letra mientras

tratamos de seguir el mensaje sin perdernos. T-O-D-O-E-S-T...

—Todo está en el cuento —lee Eloise cuando el puntero vuelve a detenerse—. Eso ya nos lo dijo Peter, pero no conseguimos entenderlo. Necesitamos saber quién fue el que os mató. ¿No podrías decirnos su nombre?

El máster vuelve a ponerse en movimiento, deletreando de nuevo el mismo mensaje: T-O-D-O-E-S-T...

—Todo está en el cuento. No puede decirnos nada más —Eloise se echa hacia atrás en su silla, aunque no separa la mano del máster—. ¿Alguna idea?

—Yo no voy a decir nada porque no quiero enfadarla, pero la verdad es que esto está resultando bastante frustrante —comenta Dunning, mientras se gira hacia mí esperando que yo diga algo.

Yo sí que me siento frustrado. Y dolido. Y triste. No sé que esperaba de poder hablar con Anne, pero desde luego era algo más que esta especie de mensaje de contestador del más allá. Me da la impresión de que es a mí a quien más le duele lo que les hicieron, a quien más le importa resolver esto. No parece que Anne esté dispuesta a proporcionarnos ningún dato útil, como si no le importara que le hicieran justicia, ni escapar del ser que les tiene atrapados. Siento que estoy haciendo el ridículo. He dejado mi hogar, he enfadado a mi familia, he jugado con mi cordura, he estado en el calabozo, he hablado con su padre y he conseguido que la perdone. ¿Qué más tengo que hacer para que me ayude? Antes de darme cuenta de lo que hago, estoy de pie, inclinado sobre la ouija como si pretendiera intimidarla, gritándole como un energúmeno a una tabla de madera.

—Basta ya de acertijos y de mierdas. Quiero saber quién os mató. Necesito su puto nombre.

Eloise me pone su mano libre sobre el brazo. Cuando la

miro, me indica con un gesto que me siente y que me tranquilice mientras me mira con dureza. Vuelvo a sentarme, aunque no me tranquilizo en absoluto. Ya estoy harto de todo esto. El puntero está deslizándose de nuevo, componiendo otra vez el mismo puto mensaje: "Todo está en el cuento".

—Anne, por favor. Tienes que ayudarme —a pesar de que todavía siento que mi sangre hierve de rabia, mis palabras son un ruego, están teñidas de súplica y de dolor—. Ha muerto otro niño. ¿Hay algo que hubiera podido hacer para evitarlo?

El máster vuelve a deslizarse hacia la T. Estoy a punto de coger la ouija y arrojarla contra la pared cuando me doy cuenta de que no es el mismo mensaje. Por fin parece que avanzamos.

—Tú deberías haber muerto —susurra Eloise cuando el mensaje termina.

—¿A quién se refiere? —pregunta Dunning, confuso.

—A Eric. El otro espíritu con el que contactamos le dijo lo mismo. No sabemos qué significa.

El máster se mueve hacia el "Adiós" con un rápido movimiento. A pesar de que Eloise continua intentando contactar durante un par de minutos, el puntero se niega a moverse de nuevo. Ya está. Esto es todo lo que Anne tenía que decirme: que relea su puto cuento y que estaría mejor muerto. En estos momentos me siento tan vacío y deprimido que casi le doy la razón.

Cuando Eloise se da por vencida, acompaña a Dunning a la salida. Escucho como echa sal en la puerta y como se dirige a la cocina y trastea con los cacharros. Yo me limito a quedarme en esta habitación sumida en las penumbras, dejando que el penetrante aroma del incienso me maree. No me veo con fuerzas para levantarme de esta silla. No sé qué esperaba, pero no era esto. Ni siquiera me ha mandado un

beso, ni me ha dicho que todavía me echa de menos... Me siento estúpido, manipulado, una triste marioneta en manos de un espectro...

Eloise aparece en el salón con un par de tazas de chocolate caliente. Pone una frente a mí y se sienta a mi lado. Siento su mano fría en mi brazo, reconfortándome.

—Te agradezco el chocolate, pero con este calor no me apetece nada.

—Lo necesitas. El contacto con los espíritus consume mucha energía... Mira cómo te has quedado tú...

—Sabes que no es eso. Esperaba... Esperaba... —golpeo la mesa con ambos puños, incapaz de transmitir mis sentimientos—. La verdad es que no sé qué esperaba...

—Esperabas volver a encontrarte con ella, hablar como lo hacíais cuando estaba viva, volver a sentir lo mismo... Ésa es una de las razones por las que la ouija es peligrosa. Ella está muerta y nunca nada volverá a ser igual. No puedes aferrarte a un tablero de madera ni a tus recuerdos... Nada puede hacer que ella vuelva.

—Pero podría haberme dicho algo: que me echa de menos, que piensa en mí, que aún me quiere...

—El mundo de los espíritus no es como el nuestro. El espacio no existe, el tiempo es diferente, los recuerdos se nublan y la mente se va perdiendo. Poco a poco, los espíritus se convierten en seres sin pasado, sin conciencia, sin sentimientos... Por eso puede resultar peligroso contactar con ellos. Si no consiguen trascender, se pervierten y se convierten en seres perdidos que tratan de aferrarse a los vivos para poder sentir algo. Que ella no haya querido decirte nada puede ser el mayor signo de que todavía te quiere, pero no quiere que te quedes atrapado en su desgracia.

—¿Y por qué no trasciende?



—Mi hipótesis es que ese ser les tiene prisioneros, que se alimenta de ellos para poder seguir con su misión, sea la que sea.

—¿Y cómo podemos liberarlos?

—Aún no lo sé, pero lo descubriremos —Eloise se levanta de la silla y me acerca la taza—. Tómate el chocolate y ve a dormir. Mañana continuaremos.

Yo le sonrío agradecido y, cuando ella sale de la sala, me bebo el chocolate de un trago. Ha sido una mala idea. Acabo de abrasarme el esófago, pero me da igual. Subiré a mi habitación, tal y como me ha sugerido Eloise, pero no pienso descansar. Si la respuesta que busco está en el cuento, voy a releerlo hasta que la encuentre, aunque se me sequen los ojos, aunque acabe aprendiéndomelo de memoria. No voy a permitir que haya más muertos, ni ahora ni dentro de veinte años. Y no voy a permitir que ese ser siga alimentándose de Anne. Tengo que encontrar la manera de liberarla.

## VIII

Me levanto de la cama con todo el cuerpo dolorido. Llevo tres horas recostado sobre el brazo izquierdo, leyendo este maldito cuento una y otra vez, tratando de encontrarle sentido. Intento mover el hombro para devolverle la movilidad y el muy jodido me lo agradece con unos terribles pinchazos.

Me gustaría abrir la ventana y dejar que la brisa de la noche refrescara el caldeado ambiente de la habitación, pero sé que Eloise me mataría aunque sólo la mantuviese entornada un par de minutos. A pesar de que llevamos nuestros "amuletos de protección personal", dice que no se fía de que ese ser pueda colarse en su casa y quedarse agazapado hasta que un día ella se despiste. Yo creo que está paranoica, pero, después de las cosas que estamos viviendo, no puedo culparla. Me resigno a fumarme un cigarrillo mientras miro a través del cristal el pueblo dormido a la luz de la luna creciente. No hay una sola nube en el cielo y puedo dejar que mi mente divague entre una cantidad imposible de estrellas. Hacía mucho tiempo que no veía un cielo tan claro, tan hermoso... Trato de pensar en esas tonterías que siempre piensa la gente cuando mira las estrellas: que somos muy pequeños en relación con el universo y que, comparados con esa inmensidad, nuestros problemas son insignificantes. Los cojones... Mis problemas son inmensos, son un agujero negro en el que me estoy ahogando. Dudo mucho que ninguna constelación, por muy grande que sea, se haya sentido nunca tan agobiada como yo lo estoy.

Cuando termino el cigarrillo, vuelvo a abrir el cuento. Ya no sé ni qué mirar. Lo he leído tantas veces... También he repasado sus ilustraciones hasta el más mínimo detalle.

Incluso he tratado de leer la primera letra de cada frase para ver si había un mensaje oculto. Nada. Si todo está en el cuento, yo soy incapaz de verlo. A pesar de que siento que no va a servir para nada, comienzo de nuevo desde la primera página.

Cuando termino, me siento en la cama y pongo el libro abierto sobre mis rodillas. Tiene que haber algo que se me escapa... Tengo ganas de tirar el libro contra la pared y salir a dar un paseo con la bici, pero sé que no servirá de nada. Pasear en bici por Swanton ya no es lo que era, ya no me siento como cuando era niño. Nunca volveremos a estar los cuatro juntos, Jim, Jake, Dave y yo, picándonos a ver quién corre más o quien aguanta más tiempo pedaleando a tope o simplemente disfrutando del modo en el que el verano parecía deslizarse bajo nuestras ruedas.

Había algo en el cuento sobre nosotros y nuestras bicicletas. Voy pasando páginas hasta que lo encuentro:

*David sabía que su hermano y sus amigos se preocuparían y saldrían en su busca al ver que no estaba, pero sus ponis eran mucho más lentos que la carreta del hombre, así que tuvo miedo de que no llegaran a tiempo.*

Si los ponis eran nuestras bicicletas, está claro que la carreta del hombre era su coche, aquel coche que alcancé a vislumbrar tras la muerte de Dave. Recuerdo que, en algún momento del cuento, hablaba sobre esa "carreta". Vuelvo a ir adelante y atrás en el libro hasta que encuentro el fragmento que estoy buscando:

*A la mañana siguiente ya lo había decidido. No dejaría que aquel ser se llevara a su hijo. Recorrería las calles del pueblo y cogería al primer niño que encontrase. Entró en el establo, dispuesto a ensillar a su magnífico caballo negro, pero se dio cuenta de que los vecinos podrían ver al niño que se llevase. Decidió que sería mucho más seguro ir en la carreta. Así podría poner al niño en la parte de atrás y ningún vecino*

*podría verlo.*

Intento encontrar el significado que ocultan estas palabras. Noto que mi respiración está acelerada y que mis manos están sudadas. No sé por qué, pero estoy casi seguro de que estoy a punto de encontrar algo importante... Si los ponis son bicicletas y la carreta es su coche, ¿qué es el caballo negro? Tiene que ser algo similar a los ponis, pero más grande. Una moto... Tiene que ser una moto negra... Siento algo extraño, una especie de mordisco en el cerebro, un escalofrío que me indica que deje de pensar, que no siga por ese camino...

La verdad empieza a abrirse paso en mi mente. A pesar de las veces que he tenido miedo en mi vida, ninguna se ha acercado a la sensación que me invade al asomarme a este abismo. La imagen de la Harley se ha clavado en mi cerebro. La veo con todo detalle, con su carrocería tan negra y brillante, con su manillar en color plateado... ¿Qué tenían en común Anne, Bobby y Dave? Todos conocían a mi familia, habíamos ido a sus casas muchas veces, se fiaban de nosotros... Por eso confiaron en el amable hombre que se ofrecía a llevarles. Él era el hombre que, después de aquellas muertes, se marchó con su familia de Swanton para no regresar jamás. Ahora lo entiendo todo. Por fin comprendo las palabras de Peter y Anne:

*¿Hay algo que hubiera podido hacer para evitarlo?*

*Tú deberías haber muerto.*

Yo era el niño al que el asesino quería salvar. Yo era el último sacrificio, ése que habría hecho que la maldición se detuviera para siempre. El hombre que asesinó a Anne, a Bobby y a Dave es mi padre.

No sé cuánto tiempo permanezco quieto, mirando las páginas del libro sin parpadear siquiera. No sé qué estoy esperando,

seguramente encontrar algún dato que me haga dudar de esa idea, que me convenza de que lo que estoy pensando no puede ser cierto. No encuentro nada. Todo tiene tanta lógica que no admite discusión. Me pregunto cómo es posible que no lo haya visto antes. Todo está en el cuento.

Al cabo de unos minutos mi mente se desbloquea. Suelto el aire de forma lenta, como si me estuviera deshinchando. Me gustaría expulsar en ese aire todos mis pensamientos, todos mis recuerdos, quedarme vacío por dentro, pero no lo consigo. El aire sale, pero estos pensamientos que me envenenan siguen dentro. Sé que no podré liberarme nunca de ellos.

Con manos temblorosas saco el móvil de mi bolsillo. Es más de medianoche, pero estoy seguro de que mi padre estará despierto. Aunque no lo esté, voy a llamarle de todas formas. No puedo quedarme con esta angustia dentro. Mientras busco su número, me planteo qué quiero conseguir con esta conversación: que me explique por qué, que se disculpe, que se arrepienta... Sé que no es nada de eso. Lo que de verdad quiero es que me lo niegue, que me dé los argumentos necesarios para que deje de pensar que él los mató. El hombre que me contaba cuentos cuando era niño, el que me enseñó a pescar y a jugar al beisbol, el que me llevaba a pasear en su moto, no puede ser el asesino de mis amigos. Quiero que me hable, que me cuente, que me explique... que me mienta si es necesario.

Tras un par de tonos mi padre coge la llamada. Mis manos tiemblan tanto que casi se me cae el teléfono, pero consigo sujetarlo. Escucho de fondo el ruido de conversaciones en voz alta y el tintineo del cristal. Está en el bar, como cada noche.

—Eric, ¿eres tú? —mi padre grita al teléfono para superar el jaleo de su alrededor—. Estoy en el bar y no se oye muy bien.

Durante unos segundos me planteo que no es el mejor momento para hablar de algo tan importante. Es muy posible que esté borracho o que no me escuche bien. Además, no sé cómo afrontar la conversación. ¿Cómo se le dice a un padre que crees que es un asesino? Sin embargo, me fuerzo a hablar sin rodeos. Si no lo digo ya, sé que nunca reuniré el valor para preguntárselo.

—¿Fuiste tú el que mató a mis amigos? ¿Fuiste tú el que ahogó en el lago a Anne, Bobby y Dave?

Al otro lado de la línea no se escucha nada aparte del ruido de fondo de la taberna. Temo que me dirá que no me ha escuchado bien, o que me colgara el teléfono sin darme explicaciones... Sin embargo, después de unos segundos, me llega el sonido de un sollozo ahogado.

—Lo siento, Eric.

No se escucha nada más. Ha colgado la llamada. Me quedo con el teléfono en la oreja, esperando a que la conversación se restablezca por sí sola. ¿Qué significa ese "lo siento"? ¿Es una confesión? Mi mente se niega a aceptarlo. Tiene que haber alguna explicación para esta pesadilla, algo que me permita seguir adelante sin volverme loco.

Cuando consigo reaccionar, vuelvo a llamarle. En las tres primeras llamadas, el teléfono suena y suena sin que nadie lo coja. Después de eso, ya ni siquiera da tono y la única respuesta que recibo es una grabación que me indica que el teléfono al que llamo está apagado o fuera de cobertura. Supongo que es su manera de expresarme que no tiene nada que decirme.

Me quedo sentado en la cama, mirando al teléfono sin saber qué hacer. Durante un momento pienso en llamar a mi madre, pero no sé qué podría decirle. ¿Cómo se le dice a alguien que su marido es un asesino de niños, que el hombre al que lleva amando toda su vida es un psicópata sin

conciencia? No me creería. Ni siquiera yo quiero creerlo...

Termino arrojando el móvil sobre la cama y paseando por la habitación como un tigre enjaulado mientras fumo un cigarrillo tras otro. Por mucho que pienso, no se me ocurre qué debo hacer a continuación. ¿Debería coger el coche y conducir hasta Burlington para enfrentarme a él? Me da miedo lo que pueda decirme, pero estoy seguro de que no hay nada que pueda hacerme sentir peor de lo que ya me siento. Podría estar allí en menos de una hora, sorprenderle y arrinconarle hasta que me lo cuente todo, hasta el último detalle. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no intentó rebelarse y buscar otra opción? Y, sobre todo, ¿por qué Dave, por qué Bobby, POR QUÉ ANNE?

La melodía de mi móvil me sorprende, haciéndome dar un salto. Me lanzo hacia la cama para recogerlo, pensando que será mi padre. Supongo que ha conseguido sobreponerse al impacto inicial y me llama para explicarse.

Sin embargo, no es su número el que aparece reflejado en la pantalla. Es Lissie. ¿Les habrá confesado todo? No se me ocurre otra razón para recibir una llamada de mi hermana, que no me llama nunca, a estas horas de la noche.

—Eric, ¿eres tú? — noto en su voz un matiz de histeria.

—Sí, ¿qué pasa?

—Es papá... —durante unos segundos lo único que escuchó a través de la línea son sus sollozos desesperados—. Se ha encerrado en el garaje y se ha pegado un tiro en la cabeza... Está muerto.

## IX

Después de tranquilizar a Lissie diciéndole que no se preocupe porque tengo coche y estaré allí en una hora, meto mis escasas pertenencias en la mochila a toda velocidad, me pongo las zapatillas y la chaqueta vaquera y salgo de la habitación. Mientras cierro la puerta del cuarto, pienso que debería despedirme de alguna manera de Eloise. No está bien que me marche sin decirle nada. Tendré que dejarle una nota. Sin embargo, cuando me giro hacia las escaleras, veo que no hará falta. Eloise está de pie en medio del pasillo, con los brazos en jarras. Lleva una bata de felpa blanca con estampado de ovejas azules y unas zapatillas a juego. Me sorprende que alguien vestido de peluche pueda transmitir esa imagen de autoridad.

—¿Dónde crees que vas con tanta prisa?

Intento hablar, pero las palabras se me atorán en la garganta. Mi cuerpo está tan invadido por la pena, por la culpa, por la pérdida, que no me cabe ni el aire. Siento el fuego de las lágrimas escociendo en mis ojos y lo único que puedo hacer es tirar mi mochila al suelo, recorrer los pasos que me separan de ella y echarme en sus brazos para llorar como un chiquillo.

—¿Qué ha pasado, niño? —me pregunta en susurros mientras me acuna.

Como sigo sin poder pronunciar palabra, espera a que el primer embate de mi llanto pierda fuerza y después toma mi mano y me conduce escaleras abajo, hasta dejarme sentado a la mesa del comedor. Acerca una silla, se sienta a mi lado y me pasa un brazo por los hombros.

—Cuéntame qué ha pasado, Eric. No podré ayudarte si no lo haces.



Yo mantengo la cabeza hacia abajo, contemplando como mis lágrimas se estrellan contra el mantel, dibujando pequeños círculos. Inspiro profundamente para coger fuerzas y empiezo a hablar.

—Es mi padre... Se ha suicidado... Se ha pegado un tiro en la cabeza... Está muerto...

—Dios mío, lo siento muchísimo —Eloise vuelve a abrazarme, haciendo que mis lágrimas cobren fuerza de nuevo—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Era él, Eloise... Todo estaba en el cuento, como dijeron. Él mató a mis amigos para salvarme... —antes de que ella pueda hablar y tratar de convencerme de que eso no puede ser real, levanto una mano pidiéndole que me escuche y continúo hablando—. Le llamé para preguntárselo, me dijo que lo sentía y colgó. Y ahora está muerto... Por mi culpa...

—Ya basta de echarte la culpa de todos los males del mundo, Eric. No eres el centro del universo. No todas las cosas malas suceden por ti y no tienes ninguna responsabilidad en esto. Tú no has apretado el gatillo, tú no mataste a aquellos chicos ni tuviste la más mínima capacidad de cambiar lo que sucedió. Por Dios, Eric... Tenías doce años...

Me da igual lo que diga. Ningún argumento, por muy razonable que suene, va a conseguir que se desvanezcan mis ganas de morirme. Niego con la cabeza y me levanto de la silla.

—Gracias por tratar de consolarme, Eloise —hago un verdadero esfuerzo por sonreírle—. Tengo que marcharme. Le he dicho a mi hermana que ya salía para Burlington.

—Dame tu teléfono —me ordena Eloise—. Voy a hablar con ella. Tú quédate aquí sentado hasta que te tranquilices.

No tengo fuerzas para discutir, así que saco mi teléfono, busco en los contactos el número de Lissie y se lo

paso. Ella lo coge y se va a la cocina. Escucho ruido de cacharros y el sonido del agua corriendo. Supongo que estará llenando la tetera para prepararme alguna bebida reconfortante. No me apetece nada. Sólo desaparecer, dejar de sentir...

—¿Lissie Armstrong?... Soy Eloise Carter. Usted no me conoce, pero su hermano está alojado en mi casa, aquí en Swanton... Sí, la llamaba por eso. Lamento mucho su pérdida, pero su hermano no va a poder ir a Burlington esta noche... No, me niego a dejarle salir de casa y que se estrelle en la primera curva... ¿Cómo que quién soy yo para decidir eso? Soy la persona que está viendo el estado de nervios en el que se encuentra Eric. Tal y como está, no le dejaría conducir ni hasta la esquina de la calle... Sí, comprendo la situación por la que están pasando, pero no creo que, si se mata en un accidente de coche, esa situación vaya a mejorar mucho... La llamaré por la mañana y, según como se encuentre Eric, tomaremos una decisión. Mi más sentido pésame. Buenas noches.

No puedo creerme que Lissie haya aceptado la decisión de Eloise sin protestar. Está acostumbrada a que siempre se haga su voluntad. Seguro que en estos momentos está molestando a mi madre quejándose de que no quiero estar con ellos y de que una señora insoportable le ha hablado de malos modos. La verdad es que me siento aliviado de no tener que ir hasta Burlington esta noche. No sé cómo voy a poder enfrentarme a los ojos de mi madre.

Un par de minutos después, Eloise aparece en el comedor con una taza humeante entre las manos. Me la pone delante mientras me echa una mirada con la que me ordena que me lo beba sin rechistar. Yo le doy el primer trago y tuerzo el gesto.

—¿Qué es esto? Está muy amargo.

—Es tila. Échale más azúcar.

—Esto no es tila —le digo tras pegarle otro trago—. ¿Me estás drogando?

—No preguntes y no tendré que mentirte —a pesar de su sonrisa, veo en sus ojos que está muy preocupada por mí—. ¿Qué vamos a decirle a Dunning?

—Nada. No vamos a decirle nada. Por favor... —extiendo el brazo por encima de la mesa para apretar su mano—. Dame unos días. Deja que mi madre entierre a su marido y que supere este golpe. No creo que pueda soportar saber que el hombre al que lleva amando toda la vida era un...

No puedo seguir hablando. Apoyo los antebrazos en la mesa y escondo la cabeza entre ellos. Noto la mano de Eloise acariciándome la espalda. Saber que ella está a mi lado y que se preocupa por mí, que puedo llorar sin que me juzgue, sólo le da nuevas fuerzas a mi llanto. No sé cuánto tiempo paso llorando. Sólo sé que pienso que nunca habría imaginado que cupieran tantas lágrimas dentro de una sola persona.

Eloise me susurra frases tranquilizadoras y, de vez en cuando, insiste en que siga bebiéndome la infusión. Yo la obedezco y la termino en unos cuantos tragos. Poco a poco va haciendo efecto. Es muy curioso. Sigo teniendo los mismos pensamientos y sé que deberían dolerme, pero parece que, de alguna manera, se ha cortado la comunicación entre mi mente y mis sentimientos. No hay dolor, ansiedad ni angustia. Mi alma se ha quedado plana, como la de un robot. A pesar de que es una sensación muy extraña, la agradezco. Creo que daría cualquier cosa por no volver a sentir. Consigo esbozar una sonrisa bobalicona mientras miro a Eloise con los ojos entrecerrados.

—Esta mierda es muy buena. Voy a tener que pedirte que me pases un poco...

—Anda, no digas tonterías. Ya te he dicho que es sólo

tila —se levanta y tira de mí—. Voy a llevarte a tu habitación antes de que te quedes dormido en la silla.

Subimos las escaleras con dificultad. A pesar de su delgadez, Eloise es lo bastante fuerte como para mantenerme en pie y evitar que me caiga. Cuando llegamos al dormitorio, me desplomo sobre la cama. Noto que ella me quita las zapatillas y me cubre con una manta.

—Ahora descansa. Mañana todo será mejor —me dice antes de abandonar la habitación.

Pienso que mañana nada será mejor, porque mañana mi padre seguirá muerto. Sin embargo, ese pensamiento, que debería dolerme como un puñal en las entrañas, no me produce ninguna emoción. Cierro los ojos y dejo que el vacío me invada.

Cuando bajo a la cocina a la mañana siguiente, me encuentro a Eloise preparando espaguetis con salchichas. Como me parece un desayuno muy raro, miro el reloj de la cocina que ya marca la una del mediodía.

—¿Cómo me has dejado dormir tanto tiempo? —le pregunto, enfadado—. Mi familia debe de estar desesperada por no saber nada de mí.

—Te he dejado dormir tanto porque lo necesitabas —contesta ella mientras remueve la salsa de tomate—. Y no te preocupes por tu familia. He hablado con tu madre esta mañana y me ha dicho que no hace falta que vayas a Burlington.

—¿Cómo no va a hacer falta? Es el funeral de mi padre...

—El funeral se celebrará aquí en Swanton mañana por la tarde. Tu madre me ha dicho que tus abuelos tienen un panteón familiar en Riverside y que tu padre quería que se le enterrara allí. Llegarán esta tarde al pueblo y se reunirán

contigo en el motel sobre las cinco. Ahora siéntate, que vamos a comer.

Me siento, pensando que no lograré probar bocado, pero, en cuanto Eloise coloca el plato en la mesa, mi estómago se despierta y empiezo a devorar cuanto se me pone por delante. Supongo que mi cuerpo está tratando de llenar de algún modo el vacío que llevo dentro. Eso o, tal como sospecho, la infusión de Eloise llevaba algo con el efecto secundario de provocarte un hambre voraz.

Cuando terminamos de comer, le digo a Eloise que voy a echarme una siesta. Ella me mira asombrada. He dormido más de diez horas y es imposible que tenga sueño. Sin embargo, no me dice nada. Creo que comprende que no tengo ganas de hablar y que lo único que quiero es estar aislado y pensar.

Me encierro en el cuarto y, después de fumar un cigarrillo, me siento en la cama sin saber qué hacer. Ni siquiera tengo ganas de llorar. Creo que me he secado por dentro. Sigo sintiendo una pena infinita, un vacío inmenso, como si la nada me estuviera invadiendo, pero de mis ojos ya no brota ni una lágrima. Simplemente me siento agotado, sin ganas de nada, ni siquiera de pensar...

En el pasado sólo ha habido una cosa que me haya ayudado a evadirme de la pena: leer. Sobre la cómoda de la habitación están los libros que estábamos utilizando para la investigación. Busco en el montón y saco el que tenía empezado, el de la historia de los nativos americanos de Swanton. No me apetece nada leer sobre este tema ahora, pero al menos me ayudará a mantener la mente ocupada hasta que llegue la hora de reunirme con mi familia.

A las cuatro y media bajo las escaleras para ir a reunirme con ellos. Eloise está al lado de la puerta, llevando un vestido negro que le llega hasta los pies. Su pelo está recogido en un moño impecable e incluso lleva un coqueto

bolso en las manos.

—¿Vas a salir? —le pregunto.

—Claro, te acompaño —ella se cuelga de mi brazo como las damas de las películas antiguas—. ¿Hay algún problema?

—Sí que lo hay —contesto con una sonrisa burlona—. Si salimos los dos de casa a la vez, ¿quién echará la sal en la puerta?

—No te preocupes, la echaremos por la parte de fuera. La llevo en el bolso.

Cuando llegamos al motel, mi familia todavía no ha aparecido. Nos sentamos fuera, en un banco, a esperar en silencio. Es extraño lo a gusto que me siento con Eloise, aunque estemos sin hablar. Estar a su lado me calma y me hace sentir mejor. Si no me sacara casi treinta años, creo que le pediría que se casara conmigo.

Cada vez que escucho un coche acercándose por la carretera, levanto la cabeza para ver si son ellos. Por fin les veo llegar en nuestro viejo Ford. En cuanto aparcan frente a nosotros, mi madre se arroja fuera del coche y corre hacia mí. Yo me levanto del banco y la espero con los brazos abiertos. Su abrazo es tan fuerte que me corta la respiración. Nos quedamos abrazados durante mucho tiempo, sin decir nada, dejando que nuestra sola presencia sea un leve bálsamo para las heridas abiertas.

Cuando por fin nos separamos, me mira de arriba abajo. Creo que quiere comprobar si estoy bien, si he adelgazado en los días que no hemos estado juntos, si tengo aspecto de llevar noches sin dormir por haber estado de bar en bar... Su inspección debe ser satisfactoria, porque me sonrío y me acaricia la mejilla.

—¿Nos ayudas con el equipaje, hijo? —pregunta

mientras regresa junto a Lissie y Brad, que han abierto el maletero y están vaciándolo. Hay tantas bolsas y mochilas como para quedarse a vivir en el pueblo para siempre—. ¿Dónde está el tuyo?

—Yo no voy a dormir en el motel —me giro hacia Eloise y le indico con un gesto que puede acercarse—. Mamá, ésta es Eloise Carter. Estoy alojado en su casa.

Mi madre enarca una ceja, pero le tiende la mano sin preguntar nada. Supongo que se habría imaginado que Eloise era alguna jovencita alocada con la que estaba pasando unos días y que le ha sorprendido encontrar a esta mujer madura, elegante y de aspecto autoritario. Eloise le da la mano y le dedica una sonrisa de cortesía, pero no dice nada.

—Vaya, hijo... Habíamos pensado en coger dos habitaciones. Una para Lissie y para mí y otra para Brad y para ti.

—Será mejor así. Podéis coger una habitación doble y pedir que instalen una cama supletoria —intento convencerla—. Os saldrá mucho más barato.

—Como quieras, pero yo había pensado que estaríamos mejor todos juntos...

—Y lo estaremos. Sólo iré a casa de Eloise para dormir, pero no os dejaré solos ni un segundo más —vuelvo a girarme hacia Eloise—. ¿A ti te parece bien?

—Por supuesto —ella asiente y recoge su bolso del banco—. Ahora os dejaré solos, creo que lo necesitáis. Nos vemos a la noche.

Mi madre le dedica un saludo con la cabeza y se queda mirándola mientras se marcha. Después se gira hacia mí, esperando una explicación.

—No es nada raro, mamá. Es la tía de Jake y le he alquilado una habitación porque el motel era muy caro —le

miento.

—Y, si solamente es eso, ¿por qué ha sido ella la que nos ha estado contestando al teléfono? ¿Y por qué te ha acompañado hasta aquí?

—Bueno... Supongo que me vio ayer muy afectado y estaba preocupada por mí. Ya sabes cómo soy.

—Ay, sí... Mi pobre niño —mi madre vuelve a acariciarme la mejilla con ternura mientras sus ojos se nublan por las lágrimas—. No te preocupes. Tu madre ya está aquí y, en cuanto termine el funeral, nos volveremos juntos a casa.

—No puedo, mamá. Todavía tengo cosas que hacer aquí.

—Ni hablar de eso —su gesto se vuelve duro y resuelto—. No te creas que no he estado viendo las noticias: dos niños secuestrados y uno que se ahogó en el lago. Sé lo que estás haciendo aquí y no quiero que sigas con eso.

—Pero mamá...

—Ni mamá ni nada. Este pueblo sólo te ha causado dolor. No voy a permitir que vuelva a hacerte daño.

Mi madre recoge un par de maletas más y, sin darme oportunidad de replicar, se dirige con ellas hacia la puerta del motel. Decido que no es buen momento para discutir con ella y, después de saludar a Lissie y a Brad, les ayudo con el equipaje.

Pasamos la tarde en la cafetería del motel. El ataúd con los restos de mi padre no llegará hasta mañana y mi madre ya hizo todo el papeleo antes de salir de Burlington, así que no tenemos nada que hacer aparte de hablar, beber y recordar.

Es curiosa la forma en la que la muerte modifica el recuerdo. Contamos anécdota tras anécdota, con la mirada soñadora y una sonrisa triste, sobre lo maravilloso que era



mi padre. Recordamos las excursiones de pesca, las barbacoas en el jardín, su habilidad para arreglar cualquier cosa, su entusiasmo para enseñarnos a jugar a la pelota, a montar en bici, a leer... No se dan cuenta de que todos esos recuerdos son de Swanton, de que el padre al que añoramos se quedó aquí, de que el ser que se mudó con nosotros a Burlington era otra persona. No se hace ni un solo comentario acerca de que en los últimos años sólo fue una sombra de sí mismo, siempre huraño y aislado. No se habla de sus borracheras, de que se gastaba gran parte de nuestro presupuesto familiar en alcohol, de que tenía explosiones de ira por cualquier tontería, de que gritaba, golpeaba los muebles o arrojaba cosas contra las paredes. Es muy curioso como la muerte te convierte de repente en un ser sin defectos. Nadie comenta que era deprimente o agresivo. Y, desde luego, nadie comenta que era un asesino de niños...

Pasada la medianoche, regreso a casa de Eloise. No sale luz de ninguna ventana, así que supongo que ya estará durmiendo. Entro en casa a hurtadillas y, tratando de no hacer ruido, recubro la puerta con un reguero de sal, sonriendo al pensar que mañana ella estará orgullosa de que me haya acordado. Subo las escaleras tratando de no hacer crujir la madera, pero ella me habla desde su habitación:

—¿Todo bien, Eric?

—Sí. Gracias, Eloise. Voy a ver si duermo un poco. Estoy agotado.

—Que descanses. Buenas noches.

Me meto en la habitación y me siento en la cama. La verdad es que no tengo nada de sueño. Hay mil ideas y sentimientos dando vueltas en mi cabeza. No me apetece profundizar en ellos y pasarme la noche en vela llorando. Cojo el libro que estaba leyendo de la mesilla de noche, lo abro sobre la almohada y me tumbo boca abajo. Estoy seguro de que leer esto me dará sueño.

Un par de horas después, sigo con el libro, aunque poco a poco el sueño va llegando. Llevo un par de páginas sintiendo que los párpados me pesan cada vez más y que no me entero muy bien de lo que estoy leyendo, cuando sucede el mágico “de repente” que llevaba tantos días esperando. Una sola frase consigue que me espabile por completo. Me siento en la cama y vuelvo a leer esa frase una y otra vez para convencerme de que no la he imaginado:

*“Sacrifica a tres niños de tu pueblo y perdonaré la vida de tu hijo”*

Retrocedo hasta el principio del capítulo y comienzo a leerlo con atención para que no se me escape ningún dato importante. Después de una aburrida explicación acerca de la unión de las seis naciones indias que formaron la Confederación Iroquesa y como algunas de ellas se unieron a los británicos en la Guerra de Independencia, el autor describe los ataques y matanzas de algunas de esas tribus en los asentamientos de los colonos americanos de Vermont. Entonces empieza lo interesante. Creo que he encontrado el principio de todo.

## X

John Brodhead llevaba desde el principio de la guerra tratando de detener los ataques mohawk contra los asentamientos de los colonos. No se puede hablar de grandes batallas, ya que el enemigo no se mostraba. Atacaban granjas aisladas y pequeños pueblos, matando y secuestrando a sus habitantes. Brodhead no podía luchar abiertamente contra ellos, así que trató de hacer que se detuvieran quemando sus casas y cosechas en represalia. Sin embargo, el efecto que consiguió fue el contrario. Sus ataques hicieron que más tribus fueran uniéndose a la contienda. Ambos bandos luchaban por vengar los ataques del otro, en una escalada de violencia que asoló todo Vermont.

Tras la matanza de Royalton, en la que todo el pueblo fue asesinado, Brodhead planeó un castigo ejemplar. Aprovechando que los guerreros mohawk estaban fuera, se acercó con sus hombres a uno de los poblados, situado a orillas del lago Champlain. Fue sencillo acabar con los pocos guerreros que se habían quedado a vigilar. Después, capturaron a todos los habitantes, ancianos, mujeres y niños en su mayoría. Los reunieron en la orilla del lago y Brodhead preguntó quién estaba al mando. Un hombre se adelantó unos pasos, seguido por un niño de apenas diez años.

—Soy Tekarihoga, chamán de esta tribu y protector de sus gentes.

A Brodhead no le gustó la actitud de aquel hombre. Era altivo y orgulloso. No parecía asustado ni preocupado, ni mostraba respeto por quien acababa de vencerle. Decidió que debía darle una lección que le enseñase a ser más humilde y que, de paso, sirviera para que las demás tribus temieran atacar los pueblos de la zona que él defendía.

—¿Quién es el niño que va tras de ti?

—Es Tyorhansera, mi hijo y aprendiz. Será el próximo chamán de la tribu cuando yo muera.

—No lo creo. Ese niño ahora es mío, en pago por las muertes que habéis causado —Brodhead hizo una señal a sus hombres para que lo apresaran—. Ejecutadlo.

El niño empezó a gritar y a llorar, llamando desesperadamente a su padre. Brodhead se sintió satisfecho. El gesto de orgullo del niño había desaparecido en un segundo, mostrando lo que de verdad era: un pequeño salvaje cobarde. Sin embargo, al mirar al chamán no encontró la mirada de miedo que esperaba. Sólo había odio en aquellos ojos.

—Lo ahogaremos en el lago, delante de ti.

A pesar de que el chamán trató de mantenerse firme, sus ojos se nublaron al escuchar los gritos y súplicas de su hijo mientras dos soldados le obligaban a entrar en el agua. Incapaz de seguir soportándolo, Tekarihoga se giró hacia Brodhead con gesto implorante.

—Por favor, perdonad a mi hijo. Es sólo un niño.

—Yo sólo veo a un salvaje que crecerá y se convertirá en un nuevo enemigo.

—Os ofrezco mi vida por la suya.

—No, pero podemos hacer un trato —la boca de Brodhead se torció en una sonrisa cruel—. Sacrifica a tres niños de tu pueblo y perdonaré la vida de tu hijo.

El chamán ni siquiera contestó. Se limitó a erguir la cabeza y fijar su mirada en el horizonte. Brodhead se acercó a los soldados que sujetaban al niño, les susurró unas palabras y ellos lo empujaron bajo las aguas. Tyorhansera luchó y pataleó, pero no tenía ninguna posibilidad contra los dos hombres que le sujetaban. Después de unos segundos, le

permitieron sacar la cabeza del lago y le dejaron recuperar la respiración.

—Padre, por favor, ayúdame —suplicó el niño cuando pudo volver a hablar.

Volvieron a meterle bajo el agua. Repitieron el proceso una y otra vez. El niño cada vez luchaba menos y sus ruegos al salir eran más desesperados. Finalmente, Tekarihoga se giró hacia Brodhead con lágrimas en los ojos.

—Está bien. Lo haré.

Aquellas palabras provocaron gritos y llantos entre la gente de su pueblo. No podían creerse que él, su chamán, fuera a traicionarlos de aquella manera. Tekarihoga no les escuchó. No podía permitirselo. Señaló al azar a tres niños de la tribu para que los soldados se los acercaran. Sin dudar un segundo, fue llevando a cada uno de esos niños al lago para ahogarlos con sus propias manos. Cuando terminó, caminó hacia Brodhead y se plantó frente a él.

—Ya he hecho lo que has pedido. Ahora vete y deja a mi pueblo.

A Brodhead no le gustaron sus altivas palabras. Había conseguido que aquel hombre matara para él, pero no había doblegado su orgullo. Volvió a esbozar una sonrisa torcida, mientras asentía.

—Has hecho lo que te he ordenado, así que ahora la vida de tu hijo vuelve a pertenecerte. Sin embargo, yo he hecho un trato contigo porque tú me lo has pedido y ahora quiero que tú aceptes el trato que voy a pedirte.

—¿Qué trato es ése?

—Si ahogas a tu propio hijo, perdonaré la vida a todo tu pueblo. Si no lo haces, todos morirán.

—No puedes pedirme eso —contestó el chamán.

Brodhead soltó una carcajada y, con un solo gesto de su mano, ordenó a sus hombres que empezarán a disparar. Ya lo tenía planeado desde antes de comenzar el ataque. Ninguno de los habitantes del poblado iba a ver otro amanecer. Su trato con el chamán sólo había sido una manera de divertirse y de doblegar el orgullo de aquel salvaje.

Los hombres dispararon sus rifles una y otra vez contra la gente que corría despavorida, tratando de escapar de las balas. El aire se llenó con el olor de la pólvora y la sangre, con los gritos de las mujeres, con los llantos de los niños... Mientras tanto, unos cuantos soldados sujetaban al chamán y a su hijo, obligándoles a mirar como masacraban a su pueblo.

Cuando terminaron de disparar y el humo de la pólvora se dispersó en el aire, varios soldados caminaron entre los muertos, buscando cualquier superviviente para rematarlo a sangre fría. Cuando estuvo seguro de que ya no quedaba nadie vivo, Brodhead se encaró de nuevo con el chamán.

—Mira lo que has conseguido. Es todo por tu culpa. Podrías haber evitado todas estas muertes sacrificando a tu hijo, pero has sido demasiado egoísta para salvar a tu pueblo.

El chamán se revolvió lleno de ira, consiguió soltarse de los soldados que le sujetaban los brazos y se lanzó contra Brodhead como un toro furioso. Era tal su ímpetu que consiguió derribar al capitán y ponerse sobre él para golpearlo una y otra vez. Los soldados se acercaron a la carrera y volvieron a inmovilizarlo. Brodhead se levantó del suelo, con la nariz partida y un labio roto, pero sin proferir un solo quejido. Tras hacer un gesto a sus hombres para indicarles que estaba bien, se acercó a Tekarihoga con una sonrisa cruel en su boca:

—¿Así agradeces mi generosidad contigo y con tu hijo?

Está visto que no se puede esperar nada de un salvaje.

—Yo te maldigo —susurró el chamán entre dientes, haciendo que Brodhead tuviera que inclinarse hacia él para escucharle—. Pido a los espíritus de mis ancestros que te maldigan a ti y a toda tu progenie. Que todos tus descendientes y los descendientes de tus familiares, amigos y vecinos sufran el mismo castigo que tú me has impuesto.

—Me río de tus ancestros. Si tan poderosos son, haz que os salven a ti y a tu hijo.

Brodhead se separó del chamán y dio órdenes a sus hombres. Estos cortaron un par de árboles jóvenes, les quitaron las ramas y los clavaron con fuerza en el fango del fondo del lago. Después ataron a Tekarihoga y a su hijo a los troncos, de modo que solamente su cabeza sobresaliera de las aguas. Cuando hubieron acabado, Brodhead se acercó a la orilla para despedirse:

—Lleva semanas sin llover, pero, tal y como está el cielo, parece que va a caer una buena tormenta. Si tus espíritus son tan poderosos, pídeles que no llueva y que el nivel del lago no suba. ¡Vamos! Canta tus estúpidas canciones.

Brodhead lanzó una carcajada que fue acompañada por las risas de sus hombres. Tekarihoga no contestó. Se limitó a clavar su mirada de odio en los soldados de la orilla, mientras repetía una y otra vez la maldición.

—Espero que las aguas acunen vuestros sueños. Hasta nunca, Tekarihoga —Brodhead le lanzó otra sonrisa burlona, antes de girarse hacia sus hombres—. Id al poblado y quemadlo todo. Que no vuelva a crecer ni una mala hierba en ese lugar.

Tekarihoga se quedó solo con su hijo. Desde allí se escuchaba a los soldados gritando y riendo en la explanada en la que se levantaba el poblado. Al cabo de unos minutos,

podieron ver como altas columnas de humo se elevaban del lugar que había sido su hogar. Después, escucharon el sonido de los cascos de los caballos al marcharse. Luego todo se sumió en el más absoluto silencio.

Tekarihoga luchó con sus ligaduras, pero enseguida se dio por vencido. Los soldados se habían asegurado de que estuvieran bien sujetos. Elevó sus ojos a lo alto, suplicando por un milagro, pero fue respondido con las primeras gotas de lluvia. Empezó a llover con mucha fuerza, como si el mismo cielo llorase por lo que había sucedido en aquel lugar.

Llovió durante mucho tiempo, tanto como para que el nivel del lago comenzará a ascender. Tekarihoga tuvo que ver como el nivel de las aguas iba subiendo y cubriendo poco a poco la cabeza de su hijo, que lloraba y le pedía ayuda sin que él pudiera hacer nada. Cuando el chico aún estaba luchando por conseguir algo de aire, el agua llegó por fin hasta sus labios. Le quedaban muy pocos minutos de vida. Con un esfuerzo, estiró su cuello y volvió a pronunciar su maldición:

—Yo te maldigo. Pido a los dioses y a los espíritus de mis ancestros que te maldigan a ti y a toda tu progenie. Que todos tus descendientes y los descendientes de tus familiares, amigos y vecinos sufran el mismo castigo que tú me has impuesto.



## XI

Nada más acabar de leer estas páginas, me levanto de un salto de la cama para ir a contarle a Eloise lo que he descubierto. Por suerte, miro el reloj antes de salir de la habitación. Son las tres de la mañana. La pobre mujer ya tuvo que trasnochar ayer para consolarme, así que creo que lo mejor será que hoy la deje dormir. Después de todo, el espíritu de Tekarihoga lleva en el lago más de doscientos años. No creo que pase nada porque le dejemos ahí una noche más.

Vuelvo a sentarme en la cama con las piernas cruzadas y pongo el libro sobre ellas. Estoy seguro de que la explanada yerma en la que estuvimos Dunning y yo esperando al asesino es el lugar en el que estuvo el poblado mohawk, aquel del que Brodhead dijo que lo quemaran para que no creciese ni la mala hierba. Parece que aquella noche, por alguna extraña razón, las palabras de los hombres fueron más que palabras, tuvieron el poder de convertirse en hechos, en potentes maldiciones capaces de atravesar el tiempo y llegar hasta nosotros. Tendría que comprobarlo, pero estoy casi seguro de que Brodhead acabó instalándose en el pueblo de Swanton y que nosotros somos sus descendientes o los descendientes de sus familiares, amigos y vecinos, gente maldita por un pasado que, a día de hoy, desconocemos.

Me levanto, me acerco a la ventana y, mientras me fumo un cigarrillo, contemplo el pueblo. Todo está en calma. La gente duerme sin saber lo que se despertó en este lugar hace siglos, sin ser consciente de la maldición que pesa sobre ellos y que amenaza la vida de sus hijos y nietos. Lo peor de todo es que, si lo contara, nadie me creería. Espero que Eloise y Dunning sí lo hagan. En dos siglos somos los únicos

que han sido capaces de juntar todas las piezas y descubrir el significado del rompecabezas. Si nosotros no podemos acabar con la maldición, ¿quién sabe cuánto tiempo pasaría, cuántas muertes más habría antes de que alguien volviera a descubrirlo?

Aunque estoy seguro de que no voy a poder dormir, me tumbo en la cama y me cubro con la sábana. Va a ser imposible conciliar el sueño con todo lo que tengo en la cabeza: el funeral de mi padre, la culpa por haber provocado su muerte, la angustia por tener que contarle a mi madre lo que sé, el descubrimiento de la maldición... El calor y la humedad de la habitación tampoco ayudan a conciliar el sueño. Me siento como si respirara vapor de agua y en pocos segundos la sábana ya se me ha pegado al cuerpo.

A pesar de todo esto, debo de quedarme dormido en algún momento porque, de repente, estoy sentado a la orilla del lago. La noche es preciosa. Una enorme luna llena domina el cielo, rodeada de una cohorte de constelaciones brillantes. Su reflejo tiembla sobre las tranquilas aguas del lago. Una suave brisa se mueve entre las copas de los árboles, arrancándoles una canción.

Sentada a mi lado hay una mujer que contempla el paisaje con una sonrisa en los labios. En un primer momento me pregunto si la conozco. Me resulta familiar, pero sé que, si en algún lugar hubiera visto las largas piernas que dejan al descubierto sus pantalones cortos, no la habría olvidado. Ella se gira hacia mí y, al ver su flequillo abierto por un remolino y sus enormes ojos brillantes, la reconozco al instante. Mi respiración se suspende y el corazón se me para en el pecho durante unos segundos para reanimarse después al ritmo de un tambor enloquecido. Es Anne, la Anne que sería ahora si no me la hubieran arrebatado.

Ella no me dice nada. Tan sólo sonrío y baja la cabeza mientras, con un gesto que me enamora, se coloca un

mechón de pelo detrás de la oreja. Yo tampoco digo nada. No quiero que este momento se estropee. A pesar de que me muero de ganas de tocarla y besarla, no me atrevo a mover un músculo. Incluso ahora sé que esto es sólo un sueño y que ella puede desvanecerse en cualquier momento. Esa conciencia hace que me entren ganas de llorar. No quiero que desaparezca, quiero que estemos juntos en este sueño para siempre.

En contra de mis deseos, Anne se levanta y se pone en marcha, dándole la espalda al lago para internarse en el bosque. Yo me levanto y la sigo, sin importarme a dónde va. En este momento la seguiría al infierno. Me fijo en que anda descalza, pero las ramas y piedras del camino no hieren sus delicados pies. Camina ligera, sin tropezar, como lo haría un animal salvaje o un espíritu del bosque.

Anne me ha guiado hacia la explanada muerta y reseca. Nada más poner un pie en ella, noto un viento gélido que me atraviesa, congelándome por dentro y por fuera. Elevo la vista hacia el cielo. La luna y las estrellas han sido devoradas por espesas nubes negras. El viento sigue soplando, cada vez con más fuerza, haciendo que me resulte difícil avanzar.

Anne sigue caminando como si el viento no la afectara. Yo me esfuerzo por seguirla. No quiero que se desvanezca y me deje solo allí. No quiero perderla. La llamo a gritos, pero el viento engulle mis palabras y ella no se gira. Anne llega hasta uno de los límites de la explanada. Hay un árbol enorme allí. Es un árbol horrible, con las raíces retorcidas asomando de la tierra, como si quisiera escapar. Sus ramas están secas y desprovistas de hojas y se arquean hacia el cielo tratando de arañarlo. Cuando me acerco, el viento cobra aún más fuerza, pillándome desprevenido y haciéndome retroceder un par de pasos. Lucho contra su empuje para volver a acercarme a Anne. Su pelo castaño se agita

enloquecido cuando se gira hacia mí, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasa, Anne? ¿Cómo puedo ayudarte?

El viento nos golpea con fuerza. Su sonido entre las copas de los árboles suena como un rugido animal. Entonces lo siento. Hay otra presencia con nosotros en la explanada, algo oscuro y terrible que viene a por Anne. Es Tekarihoga y está presente en el viento, en la tierra yerma, en los árboles que se sacuden furiosos, en el aroma a humedad y muerte que impregna el aire... Se la llevará de nuevo para seguir alimentándose de su alma. Volverá a arrebatármela y yo no podré hacer nada por evitarlo.

—Dime qué tengo que hacer. ¿Cómo puedo liberaros?

Anne no contesta. Cae de rodillas al suelo y empieza a escarbar desesperada con sus propias manos. Me arrodillo a su lado y trato de ayudarla. Cuando nuestras manos se tocan, me asombra el tacto helado de su piel, más fría incluso que la tierra reseca que tratamos de arrancar. El viento gira en lo alto, cobrando cada vez más fuerza, ululando como un animal furioso. Noto que las manos de Anne van perdiendo consistencia, se van haciendo translucidas y, en algunos momentos, cuando se juntan con las mías para escarbar en la tierra, las atravieso. De repente, ya no está. Estoy sólo en la explanada, con las manos manchadas de tierra y los ojos llenos de lágrimas y sin saber qué es lo que estoy buscando.

Me despierto y me siento en la cama. Creo que no ha sido un simple sueño. Ha sido un mensaje, aunque ahora mismo, aún atontado y confuso, no sepa qué quiere decirme. Sé que no debería estar asustado. Después de todo, es Anne quien me ha enviado ese sueño y sé que ella no me haría ningún daño, pero no me apetece seguir solo en esta habitación y volver a dormir. La presencia de ese otro ser parece haberse impregnado en mi piel, como si llevara algo

impuro pegado a mí. Me gustaría ducharme y quitarme esta sensación, pero no son ni las siete de la mañana. No puedo ponerme a hacer ruido a estas horas.

Me visto y bajo las escaleras, tratando de que los peldaños no crujan a mi paso. Recojo la bolsa de sal de la cómoda, salgo de la casa y cubro la puerta tras de mí. Luego me siento en los escalones de entrada, fumando un cigarrillo tras otro, dejando que el aire fresco de la mañana se lleve las últimas brumas del sueño.

Poco a poco, Swanton va volviendo a la vida. Escucho los motores de los primeros madrugadores, que se dirigen a sus lugares de trabajo, el quejido de las persianas de los comercios, el ladrido de los perros... El cielo va tomando un tono cada vez más azul y brillante. Más animado, vuelvo a entrar en casa. Tengo muchas cosas que hacer hoy.

Cuando Eloise se levanta, un par de horas después, me encuentra en la cocina. Se queda parada en la puerta, apoyada en el umbral con los brazos cruzados, mirándome como si me hubiera vuelto loco. Sobre la mesa hay zumo de naranja natural y una jarra de café recién hecho. Además, estoy terminando de preparar una torre de tortitas tan alta que empieza a inclinarse peligrosamente hacia un lado.

—¿Qué es todo esto? ¿Has invitado a desayunar a todo el grupo de scouts del pueblo?

—No, sólo a Dunning, pero, con lo grande que es, no estoy seguro de que sea suficiente —sonrió al ver como a ella se le ensombrece el gesto con su sola mención—. Ya sé que no os lleváis bien, pero tengo cosas importantes que contaros.

El timbre suena en ese momento. Saco la última tortita de la sartén y voy a abrir. Dunning está en la puerta, aún con cara de dormido. Le invito a pasar con un gesto y, después

de cerrar tras él, cubro el suelo con sal.

—Cada vez que haces esas cosas, me acuerdo de lo locos que estáis y me planteo qué estoy haciendo aquí.

—No empiece con sus prejuicios. Y trate de ser amable con Eloise. Recuerde que estamos en su casa.

Él se encoge de hombros, dando a entender que le da igual de quién sea la casa a la hora de hacer comentarios hirientes. Yo le precedo hasta la cocina y, mientras ellos se sientan, sirvo café para todos. Les doy un par de minutos para que se lo tomen y se despejen antes de empezar a hablar.

—Creo que he encontrado el origen de la maldición — abro el libro que estuve leyendo anoche y se lo paso a Eloise —. Cuenta la historia de la masacre a un poblado indio cerca del lago y como su chamán maldijo al hombre que dio la orden y a todos sus descendientes y vecinos. Si la leéis, encontraréis las similitudes. A él también le obligaron a escoger entre la muerte de su hijo y la muerte de otros tres niños y, cuando lo hizo, le exigieron que eligiese de nuevo entre su hijo y el resto de habitantes del pueblo.

—Tienes razón. Está todo aquí —dice Eloise después de pasar un par de minutos leyendo y de tenderle el libro a Dunning—. Lo has encontrado. ¡Enhorabuena!

—Bueno, ahora sabemos por qué empezó todo esto, pero no sé si tiene alguna utilidad a la hora de detenerlo.

—Por supuesto que la tiene. Ahora sabemos su verdadero nombre. Los nombres tienen un gran poder en la magia. Podremos invocarlo y detenerlo. Tan sólo necesito repasar algunos de mis viejos libros.

—Hay algo más... Anoche volví a soñar con Anne, pero sé que no fue sólo un sueño. Creo que era una especie de mensaje —ignoro el resoplido de incredulidad que lanza Dunning y sigo con mi explicación—. En el sueño estábamos

en la explanada de tierra muerta que hay cerca del lago. Creo que ése es el lugar en el que estuvo el poblado mohawk. Anne me guiaba hasta un árbol viejo y retorcido y se ponía a excavar, desesperada. No sé qué buscaba porque se desvaneció antes de que pudiéramos encontrarlo.

—¿Hubo alguna razón para que Anne te llevase hasta allí? —pregunta Eloise.

—No lo sé. No me habló en ningún momento —trato de hacer memoria y de bucear en los recuerdos brumosos de mi sueño—. Sí, yo le había preguntado cómo podría liberarlos de ese ser. Y, mientras cavábamos, el espíritu estaba cerca y parecía furioso.

Eloise abre el cuento, que yo también había dejado sobre la mesa. Pasa páginas a toda velocidad hasta encontrar lo que busca:

—“Tienes tres días para entregarme al primer niño. Además, tendrás que coger algún objeto del niño y enterrarlo bajo mi árbol, como tributo y señal de obediencia” —lee Eloise—. Si miráis las ilustraciones del cuento, se ve que hay un montículo a los pies de un árbol y que, con cada crimen, el montículo se va haciendo más grande.

—En el cuento dice que esos objetos de las víctimas son sólo un tributo, una especie de regalo del asesino hacia él —comenta Dunning—. ¿Qué tendría eso que ver con liberar el espíritu de los niños?

—Creo que, en realidad, ese ser necesita esos “tributos” para atar sus espíritus, para evitar que trasciendan y poder mantenerlos sometidos a su voluntad y alimentarse de sus almas. ¿Qué pueden ser esos objetos?

Los tres nos quedamos en silencio, mientras Eloise sigue pasando las páginas del cuento, buscando alguna pista. Yo me limito a mirarles, con la mente confusa y embotada. Ahora que he soltado todo lo que quería decirles, me siento

agotado. Creo que necesito que, al menos durante un momento, sean ellos los que lleven el peso de la conversación. De repente, el rostro de Dunning se ilumina:

—Los zapatos... Recuerdo los casos de Anne, Bobby y Dave. En los tres casos los zapatos no aparecieron. Incluso nos enviaron un perfil psicológico del asesino en el que se sugería que podría coleccionarlos como una especie de trofeo.

—Sí, es eso. Cuando salvamos a Norah, nos encontramos al asesino quitándole los zapatos en la orilla del lago —en cuanto pronuncio las palabras, mi entusiasmo se desinfla—. ¿Todo esto nos sirve de algo?

—Por supuesto que nos sirve —contesta Eloise—. Si encontramos esos zapatos y los purificamos mediante el fuego, liberaremos sus espíritus y debilitaremos a Tekarihoga.

—¿Y cuándo lo haríamos?

—Cuanto antes, mejor —dice Dunning—. Antes de que recupere el raciocinio y me plantee qué hago hablando de estos temas. O antes de que me vuelva tan loco como vosotros.

—Yo ahora no puedo —me disculpo—. Esta tarde es el funeral de mi padre y tengo que estar con mi familia.

—Es cierto, me enteré ayer —Dunning me pone una de sus manazas en el hombro y me lo aprieta con el cariño de una serpiente constrictora—. Lo siento mucho, chico.

Me limito a devolverle una sonrisa de agradecimiento, mientras le lanzo a Eloise una mirada para recordarle su promesa de no contarle a Dunning nada sobre mi padre, al menos de momento. Cuando ella asiente, me levanto de la mesa para marcharme.

—Entonces me voy. ¿Nos vemos a la tarde para seguir



hablando?

—Ve tranquilo. Nosotros seguiremos investigando —  
contesta Eloise—. Cuando acabes, si tienes fuerzas,  
seguiremos con esto.

—Las tendré. Yo también quiero acabar con este asunto  
cuanto antes.

## XII

Me siento extraño mientras dos operarios hacen descender la caja en la que está mi padre al fondo de ese profundo agujero. Siento el sol pegando con fuerza sobre nosotros y una brisa sofocante llenando mis pulmones, escucho los llantos de mi familia entremezclados con la cantinela del sacerdote... Soy muy consciente de todo eso, pero, al mismo tiempo, todo es tan irreal como si lo estuviera viendo a través de la pantalla de un televisor, como si sólo fuera un espectador de algo que le está sucediendo a otro.

Me gustaría llorar y sentir pena. Tuve mis desencuentros con él y, además, sé lo que hizo, pero era mi padre. Y fue un buen padre en muchas ocasiones. No puedo dejar de pensar que, incluso cuando se comportó como un monstruo, lo hizo porque me amaba.

Creo que ése es el problema. Estoy tan lleno de culpa que no cabe la pena. Sólo puedo pensar una y otra vez que no es justo que mis amigos murieran para salvarme a mí, que mi padre se convirtiera en un asesino por mí, que tuviéramos que abandonar Swanton por mí... Tampoco es justo que mi padre, después de lo que había hecho, tuviera que elegir entre salvarme o acabar con la maldición para siempre. Me eligió a mí, siempre que tuvo que hacerlo me eligió a mí, y yo no soy capaz de soltar una sola lágrima por su muerte.

Cuantas más vueltas le doy a estos pensamientos, más culpable me siento. Incluso la muerte de Nathan Patterson y la detención de su padre son culpa mía. Las palabras que Peter y Anne me transmitieron a través de la ouija resuenan una y otra vez en mi cabeza. "Tú deberías haber muerto". Estoy totalmente de acuerdo con ellos. La pesadilla habría acabado, no habría habido más muertes en Swanton y yo me

habría ahorrado una vida deprimente. Y lo mejor de todo: ahora mismo no me sentiría como la mayor mierda del universo, como el hijo desagradecido que ha empujado a su padre al suicidio y ahora no es capaz ni de llorar por él.

Noto la mano de mi madre agarrándome del brazo. El entierro ha terminado y debemos irnos. Me giro hacia ella y, al verla tan triste, me siento aún peor. Parece débil y cansada, casi una anciana. Su alegría y energía habituales se han esfumado, como si las hubiera enterrado con él.

Salimos del cementerio en silencio. Brad y Lissie nos siguen a un par de pasos de distancia. Escucho sus sollozos y suspiros y, de nuevo, vuelvo a sentirme fatal. Ni siquiera tengo con ellos una relación que me permita darme la vuelta, consolarlos y abrazarlos.

—¿Nos iremos hoy, abuela? —pregunta de repente Brad.

Me detengo en seco y miro a mi madre, esperando su respuesta. Sé que ella quiere que regrese a Burlington con toda la familia y que no entenderá que les deje solos en estos momentos, pero no puedo marcharme de Swanton. No hasta que todo esto acabe.

—No, cariño. Hoy ya es tarde y estamos todos cansados. Nos marcharemos mañana por la mañana.

—Yo no puedo irme todavía —consigo pronunciar—. Tengo cosas que hacer aquí.

—¿Qué tienes que hacer aquí que sea más importante que estar con nosotros? —me pregunta Lissie, con los ojos echando chispas—. ¿Es que seguir de vacaciones es más importante que estar ahora con tu familia?

—Lissie, ya basta —la corta mi madre.

Yo siento ganas de darle un abrazo por ser tan comprensiva y entender que no puedo ir con ellos sin necesidad de que le dé explicaciones. Sin embargo, Lissie no

está dispuesta a darse por vencida tan fácilmente.

—¿Vas a dejar que se salga con la suya y que pase de nosotros?

—Por supuesto que no —contesta mi madre, lanzándome una mirada con la que expresa que no quiere oír una palabra más sobre el tema—. Mañana regresaremos a Burlington todos juntos y no hay más que hablar.

—Mamá, en serio, no puedo...

—Me da igual lo que tengas que hacer en este maldito pueblo que sólo nos ha traído desgracias. He dicho que mañana a las nueve volvemos todos a casa.

Mi madre me suelta el brazo y empieza a andar a paso rápido hacia su coche. Lissie y Brad se giran un momento hacia mí. Me parece ver un brillo de triunfo en sus ojos. No puedo creerme que, incluso en estos momentos, hacerme la vida imposible sea para ellos un motivo de satisfacción. Me quedo parado a la salida del cementerio y enciendo un cigarrillo, para que se den cuenta de que no voy a volver al pueblo con ellos. Mi madre no insiste. Arranca el coche y se marchan, dejándome solo. Tiene narices que piensen que yo soy el insensible... Por suerte no hay más de una o dos millas hasta la casa de Eloise.

Cuando por fin llego, ya está empezando a atardecer. Antes de que pueda meter la llave en la cerradura, la puerta se abre y Dunning sale, seguido por Eloise. Aunque parezca imposible, han pasado juntos un día entero sin matarse. Dunning me da un par de palmadas en la espalda y me pasa un brazo por los hombros para conducirme a su coche.

—¿Estás preparado? —me pregunta con una sonrisa burlona.

—¿Preparado para qué?

—Para cazar fantasmas. Vamos a acabar con ese hijo de

puta.

Dunning detiene el coche al lado de la explanada. Nos bajamos en silencio y nos quedamos unos segundos contemplando el lugar. Ahora que sé lo que sucedió aquí, siento el mismo respeto reverencial que sentiría frente a una tumba. Casi puedo escuchar sus gritos en el viento, el eco de sus carreras al tratar de huir de la masacre, el aroma a quemado del poblado... Todo el bosque está en silencio. No se escucha el canto de los pájaros ni el viento entre las ramas ni el croar de las ranas... El sol está ya muy bajo y el bosque va cubriéndose de sombras. A pesar del calor, me estremezco.

—¿No sería mejor que viniésemos mañana a mediodía? Este sitio me da escalofríos.

—¿No has dicho que mañana te marchas a Burlington?  
—pregunta Dunning.

—No. He dicho que mi familia se marcha y que mi madre quiere que vaya con ellos, pero no pienso irme hasta que hayamos terminado con todo esto.

—Bueno, pues mejor terminamos hoy y te evitamos una bronca familiar. No queremos que tu mamá se enfade contigo —se burla Dunning—. ¿Qué pasa? ¿Es que tienes miedo?

—¿Es que usted no lo tiene? —le interrumpe Eloise—. Si fuera realmente consciente de lo que vamos a hacer, lo tendría.

—¿Y qué es exactamente lo que vamos a hacer? —pregunto—. En el coche no habéis querido contarme nada.

Eloise rodea el coche, espera a que se abra el maletero y saca una pesada mochila. Yo me ofrezco a llevársela y la acompaño mientras se interna en la explanada, seguidos por

Dunning, que lleva una pala en cada mano. Pisar esta tierra muerta y maldita hace que se me revuelva el estómago, pero intento disimularlo para evitar nuevas burlas.

—Vamos a buscar el lugar en el que están enterrados los zapatos de los niños. Esos objetos atan su alma y les impiden trascender, les mantienen prisioneros de ese espíritu. Si los destruimos, podrán ser libres y, además, debilitaremos a Tekarihoga.

—¿Crees que, cuando esté más débil, podremos destruirlo?

Eloise se queda en silencio unos segundos. Mira hacia atrás y cruza su mirada con Dunning, esperando a que él asienta. Él le lanza una sonrisa, como si estuvieran tramando algo que yo desconozco.

—Sí, lo haremos —interviene Dunning—. Una vez que esté debilitado, patearemos su asqueroso culo hasta el infierno.

Me gustaría sentir una milésima parte de la seguridad que él muestra. No sé si es muy valiente o un inconsciente, como piensa Eloise, pero daría cualquier cosa por poder estar así de tranquilo mientras vamos a enfrentarnos a un fantasma.

Echo un vistazo a la explanada y lo veo. No sé cómo no me he fijado antes. En la linde del bosque hay un árbol enorme, seco y ennegrecido, con las raíces retorcidas tratando de escapar de la tierra y las ramas deformadas como dedos artríticos. Me dirijo hacia allí con paso decidido, seguido por mis compañeros.

—Ése es el lugar. Es el árbol que vi en mi sueño.

Los tres nos quedamos mirando el árbol muerto. Hay algo maligno en ese lugar, algo que te quita las ganas de luchar, que te hace plantearte que sería mejor que te marcharas a casa y olvidaras lo que has venido a hacer. Sin

embargo, Dunning no debe sentirlo, porque me pasa una de las palas y empieza a cavar.

—¿Cómo sabemos dónde tenemos que cavar? —pregunto mientras miro indeciso la pala.

—Si no lo viste en tu sueño, tendremos que adivinar —contesta Dunning—. No creo que estén enterrados a mucha profundidad. Cuando estuvimos persiguiendo a Patterson, no vimos que hubiera traído ninguna pala. Supongo que los asesinos de los niños enterrarían los zapatos cavando con sus propias manos, así que no puede ser muy difícil.

Yo asiento, elijo un punto cualquiera y empiezo a cavar. La tierra está muy seca y se resquebraja con facilidad. En menos de media hora ya hemos convertido la zona alrededor del árbol en un campo de topos, pero seguimos sin encontrar nada. Mientras trabajamos, Eloise ha ido sacando cosas de su mochila y colocándolas en el suelo, mientras murmura oraciones y cánticos. Intento no mirarla porque todos sus preparativos me ponen nervioso. Ha dibujado un círculo de sal en el suelo y ha ido colocando velas y piedras de colores. Me pregunto si esas cosas podrán protegernos si el espíritu se encabrona de verdad.

Un grito de alegría de Dunning detiene mis pensamientos. Me arrodillo a su lado y empiezo a ayudarlo a excavar con las manos. En un par de minutos tenemos casi una docena de pequeños zapatos de niño. Hay zapatillas deportivas, zapatos de charol que han perdido su brillo, antiguos zapatos de cuero desgastado... Todos manchados con esa tierra polvorienta, todos tan pequeños. Siento que las lágrimas se me agolpan en la garganta, pero consigo contenerlas y cambiar la pena por una rabia infinita. Vamos a detenerlo. Ni un solo par de zapatos más se unirá a estos, aunque pierda la vida en el intento.

—Perfecto, los habéis encontrado —dice Eloise a nuestra espalda—. Metedlos en el círculo. Vamos a empezar.

Llevamos los zapatos al interior del círculo y esperamos. Eloise va encendiendo todas las velas mientras sigue susurrando sus oraciones. Dunning se saca un pañuelo arrugado del bolsillo trasero y se seca el sudor de la frente. Creo que ya no soy el único que está nervioso.

—Vamos a empezar. ¿Tenéis los colgantes de protección que os di? —Eloise espera hasta que los dos sacamos los pequeños sacos de tela parduzca que llevamos bajo la ropa —. Sé que parecen poca cosa, pero es lo único que puede protegernos en este momento. No os los quitéis bajo ningún concepto.

Los dos asentimos. Vuelvo a meter el saquito bajo mi camiseta, para sentir su tacto rugoso. Eloise tiene razón: parece poca cosa para enfrentarse a un espíritu vengativo al que vamos a cabrear. Me sentiría más cómodo llevando un equipo de las fuerzas especiales. O dentro de un tanque.

Eloise continúa con sus preparativos. Nos coloca fuera del círculo y regresa a su mochila. Saca de nuevo el paquete de sal y cubre los zapatos con ella. Después abre un frasco y vierte un líquido sobre el montón. El aire se impregna con el aroma de la gasolina. Se arrodilla, saca un mechero de su bolsillo y les prende fuego. En cuanto empiezan a arder, sale del círculo, extiende sus brazos y eleva la mirada al cielo mientras recita:

—Señor, por tu preciosa sangre derramada por nosotros como muestra de tu inmenso amor, te pedimos que liberes a estas almas de toda pena, de toda culpa, de toda angustia, de todo pecado, de todo dolor. Te pedimos que cures sus almas y las llenes de paz. Llena sus almas de tu presencia, recíbelos en tu gloria, en tus brazos, y dales la dicha de sentir tu amor. Y a sus seres queridos, a los que se quedan, te pedimos, Señor, que les des el consuelo, que cures su dolor, que los acompañes siempre y les des tu bendición. Todo esto te lo pedimos en el nombre de Jesucristo, Nuestro



Señor. Amén.

Las llamas crecen y crepitan y, de repente, un grupo de chispas del tamaño de un puño se eleva y queda flotando durante unos segundos ante nuestros asombrados ojos antes de empezar a ascender hacia el cielo. Mezclado con la brisa entre los árboles, escuchamos el sonido de las risas de los niños. Miro a Dunning, tratando de descubrir en su expresión si él también lo ve o si me estoy volviendo loco. Está mirando fijamente las esferas de fuego que se elevan, con la boca tan abierta que su mandíbula corre el riesgo de desencajarse. Creo que acaba de recibir una dosis triple de vacuna contra el escepticismo.

Nos quedamos en silencio durante un par de minutos, mirando como las esferas siguen elevándose y haciéndose cada vez más pequeñas hasta que las perdemos de vista. Lo hemos conseguido, hemos liberado el espíritu de los niños y ya están en paz. Ya no habrá más visitas de Dave, de Bobby ni de Anne... Sé que es lo que teníamos que hacer, pero saber que no volveré a verla nunca más hace que me sienta triste y vacío. Eloise no me deja regodearme mucho tiempo en mi melancolía:

—Ahora Tekarihoga está más débil. Es el momento de acabar con todo esto para siempre. ¿Estáis preparados?

Yo asiento, aunque ahora mismo preferiría estar en cualquier otro punto del universo. Sólo pensar en atraer a ese ser, por mucho que Eloise diga que está débil, me pone todos los pelos de punta. Sin embargo, sé que tengo que quedarme, que tenemos que enfrentarnos a él si queremos evitar que vuelva a coleccionar almas inocentes para hacerse más fuerte.

Cuando Dunning consigue cerrar la boca y asentir, Eloise se le acerca y le pone una mano en el brazo. Parece preocupada por él y su voz es compasiva y dulce cuando le habla:

—¿Estás seguro de que quieres continuar con esto?

—Sí, muy seguro —contesta él, después de hacer un esfuerzo para tragar saliva—. Vamos a ello.

Eloise asiente y le aprieta el brazo con cariño antes de separarse y volver a su puesto. Extiende los brazos, eleva la mirada hacia el cielo y el bosque parece estremecerse ante el eco de sus palabras:

—San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha. Sé nuestro amparo contra la perversidad de los demonios. Príncipe de la milicia celestial, con el poder que Dios te ha conferido, arroja al infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas. Amén.

Sus palabras desprenden autoridad. Allí erguida en mitad de la explanada maldita con los brazos extendidos y la cabeza alta parece una antigua sacerdotisa, alguien que conoce y domina el mundo espiritual, alguien ante quien los elementos se doblegarán. El bosque parece quedar hipnotizado por su voz y se sume en un silencio y una calma sobrenatural. En este momento quiero creer en ella, pensar que lo tiene todo bajo control, pero mis rodillas siguen temblando de forma incontrolable:

—Tekarihoga, yo te invoco. Por el poder que me da la fuerza de Dios y de San Miguel Arcángel te ordeno que te manifiestes y que quedes atado a mi voluntad. Ángel de ojos muertos, obedece o disípate con esta agua santa. Toro alado, trabaja o vuelve a la tierra, si no quieres que te agujonee con esta espada. Águila encadenada, obedece ante este signo, o retírate ante este soplo. Serpiente movible, arrástrate a mis pies, o serás atormentada por el fuego sagrado y evaporada con los perfumes que yo quemo. Que el agua vuelva al agua, que el fuego arda, que el aire circule, que la tierra caiga sobre la tierra por la virtud del pentagrama que es la estrella matutina y en nombre del

tetragrama que está escrito en el centro de la cruz de luz.  
¡Tekarihoga, yo te invoco!

Dunning y yo nos miramos. Hay miedo en los ojos del duro policía y, curiosamente, eso hace que me sienta mejor, más acompañado. En los primeros segundos parece que no sucede nada, pero entonces lo noto. Algo ha cambiado en el aire, algo muy sutil pero que va cobrando fuerza. El viento sopla entre las copas de los árboles. Suena como los lamentos agónicos de mil moribundos. Noto que el aire se ha vuelto espeso y pesado y parece estar cargado con la energía de una tormenta, a pesar de que no hay una sola nube en el cielo. Siento que todo el pelo del cuerpo se me eriza, como si estuviera electrizado. Y entonces llega el olor, un hedor a humedad, a espacios cerrados y oscuros, a vegetales en descomposición y carne podrida. Antes de poder luchar contra ello, me doblo sobre mí mismo y me vomito las zapatillas.

Algo está apareciendo en el centro del círculo, algo oscuro que parece formado de aire condensado y tinieblas. Esa masa informe gira sobre sí misma. De vez en cuando un zarcillo se escapa y vuelve a desaparecer. Parece un brazo o un tentáculo que tratase de atraparnos, pero quedase retenido dentro del círculo mágico que ha trazado Eloise.

—En el nombre de Dios te ordeno que te vayas. En el nombre de San Miguel te ordeno que te vayas —la masa oscura se retuerce, como si las palabras de Eloise le hicieran daño—. En el nombre de Dios te ordeno que abandones este lugar. En el nombre de Dios te expulso, espíritu maligno.

El ser sigue retorciéndose dentro del círculo, pero no da la impresión de que esté perdiendo consistencia. Miro a Eloise esperando una explicación, pero ella se limita a volver a repetir sus palabras:

—En el nombre de Dios te ordeno que te vayas. En el nombre de San Miguel te ordeno que te vayas. En el nombre

de Dios te ordeno que abandones este lugar. En el nombre de Dios te expulso, espíritu maligno.

—No funciona, Eloise —le grito para hacerme oír por encima del viento, que ulula cada vez con más fuerza.

—No está tan débil como yo esperaba —contesta ella.

—Cojonudo. Ahora tenemos un espíritu cabreado dentro de un círculo. ¿Qué se supone que vamos a hacer con él?

Eloise niega con la cabeza y mira a Dunning. Éste asiente y nos dirige una sonrisa:

—Ahora está en vuestras manos —dice antes de arrancarse el amuleto del cuello y deslizar su pie derecho sobre el círculo de sal, rompiendo la protección—. Acabad con este hijo de puta.

### XIII

No soy capaz de reaccionar a tiempo, aunque tampoco sé qué podría hacer. El ente oscuro parece extenderse y se convierte en una serpiente negra que se lanza contra Dunning. Al llegar a su rostro, se divide en tres serpientes más pequeñas, que se introducen por sus ojos y su boca mientras él grita. Cae al suelo, convulsionando y echando espuma por la boca. Mi primer impulso es correr hacia él para ayudarlo, pero Eloise se ha abalanzado sobre mí y me sujeta por los brazos. Es increíble la fuerza que tiene para ser tan delgada. Yo me revuelvo y trato de liberarme, pero sólo consigo que me clave con fuerza las uñas en los brazos para hacerme reaccionar.

—Suéltame —le suplico—. Tenemos que ayudarlo.

—No podemos tocarle, puede ser peligroso. Espera.

Las convulsiones de Dunning van perdiendo intensidad. Poco a poco su cuerpo se calma hasta quedar tendido boca arriba, inmóvil como una ballena varada. Sus ojos están abiertos y fijos, mirando a la nada. Al menos, su pecho sube y baja con esfuerzo, así que no está muerto. Una eternidad después, parece reaccionar. Se incorpora con esfuerzo y se pone de pie. Cuando nos mira, noto algo extraño en sus ojillos de tejón. Esa mirada burlona y chulesca a la que ya estaba empezando a acostumbrarme ha desaparecido. En su lugar, sólo hay odio, un odio tan intenso que casi hace daño.

—¿Qué me has hecho, puta? —su voz también ha cambiado. Hay un eco ronco, profundo, como el sonido de algo que se arrastrase sobre piedras.

—Ahora estás atrapado en un cuerpo mortal —contesta Eloise, irguiéndose de nuevo para demostrarle que no le tiene miedo—. Ya no puedes hacer daño.

El ser empieza a reírse. En un primer momento es una risa débil, entre dientes, como si intentara contenerla, pero, poco a poco, va ganando en intensidad. Se dobla adelante y atrás, agarrándose la barriga. Cada vez se dobla más y más, hasta que, en una de las carcajadas, se queda doblado hacia atrás, en un ángulo superior a los noventa grados. Ningún ser humano podría doblarse así y seguir vivo. El ser que ocupa el cuerpo de Dunning continúa doblado hacia atrás, pero se gira hacia nosotros para contemplar nuestras caras de espanto. Su postura hace que me sienta enfermo, incómodo, casi como si pudiera sentir el dolor en mi propia espalda. Su cara, esa sonrisa enorme y macabra, congela la sangre en mis venas. Sin embargo, no salgo corriendo. Mi preocupación por Dunning es mayor que mi miedo. No podemos dejar que siga haciendo esas cosas con su cuerpo. Cuando consigamos sacar a ese ser de su interior, tiene que seguir pudiendo usarlo.

—Eres una estúpida, bruja. Ahora no necesito a nadie que me haga el trabajo. Puedo matar por mí mismo. Eso es lo que has conseguido.

—Ahora eres mortal y se te puede dañar —Eloise no se amedrenta y sigue desafiándole con una sonrisa de superioridad.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Matarme? —el ser se yergue, recuperando su postura normal—. Estoy dentro del cuerpo de vuestro amigo.

—Si es necesario, lo haré.

Eloise mete la mano en su bolso y saca una pistola. La reconozco: es el arma de Dunning. Antes de que pueda preguntarme por qué la tiene ella, el ser se lanza contra nosotros. De un solo golpe, lanza a Eloise hacia atrás. Ella cae y rueda varias veces por el suelo, pero no suelta la pistola. Se incorpora con dificultad y, a pesar de que le tiemblan las manos, consigue levantar el arma y encañonar

al ser. Éste parece dudar un par de segundos, antes de salir corriendo de la explanada. Yo me quedo paralizado como un gilipollas, pensando que es increíble lo mucho que corre llevando el cuerpo gordo y viejo de Dunning.

—Eric, joder —escucho gritar a Eloise—. Síguele.

En lugar de hacerle caso, corro hacia ella para ayudarla a levantarse. Cuando intenta ponerse en pie, su gesto se crispa y suelta un agudo gemido de dolor.

—No, no puedo... Creo que me he roto una pierna.

En cuanto la ayudo a volver a sentarse, me pone la pistola en las manos. Yo me quedo mirando el arma con cara de alhelado, como si no supiera qué es. Ella resopla y me empuja en una pierna desde el suelo para obligarme a reaccionar.

—Ve tras él. No sabemos qué puede hacer. Tienes que detenerle.

Echo a correr hacia el bosque, con la pistola en la mano. Las piernas me tiemblan tanto que creo que tropezaré en cualquier momento y, a pesar de que acabo de vomitar, siento que me encantaría hacerlo otra vez. Intento no plantearme cómo voy a detener a Tekarihoga sin hacer daño a Dunning. Si empiezo a pensarlo, me quedaré paralizado y eso es algo que no puedo permitirme. Aunque yo no haya sido quien ha permitido que ese ser se haga corpóreo, siento que somos responsables y no quiero cargar con más muertes en mi conciencia. No sé cómo voy a hacerlo, pero tengo que detenerlo.

El ruido de un motor hace que mi miedo se dispare. No esperaba que supiera conducir, pero supongo que es capaz de utilizar las habilidades de Dunning. Corro con todas mis fuerzas, pero sólo puedo ver como la parte trasera de su coche sale del bosque y se aleja por la carretera, rumbo a Swanton. Los recuerdos se agolpan en mi mente. Se repite la

historia, otra vez se me escapa. La diferencia es que la vez anterior perseguía sin saberlo a mi padre, que sólo quería regresar a su casa y olvidar la pesadilla una vez terminada su misión. Lo que se me escapa ahora es un espíritu vengativo y cabreado dispuesto a montar una carnicería.

Sé que es una estupidez, pero empiezo a correr por la carretera, a pesar de que el coche ya ha desaparecido de mi vista. No hago más que recordar el Impala, aparcado enfrente de la casa de Eloise desde el día en que el padre de Anne me lo regaló. ¿Por qué demonios no lo habré traído?

Escucho un motor que se acerca detrás de mí. Me detengo en seco, me sitúo en medio de la carretera y empiezo a agitar las manos como un loco para que frene. Necesito que me lleven a Swanton. Antes de que se detenga, una amplia sonrisa se abre paso en mi cara. Parece que mi suerte empieza a cambiar. Es la furgoneta de Jim. Corro hacia la puerta del copiloto y, sin pedir permiso, abro y me siento dentro.

—Eric, tío —me saluda él con una amplia sonrisa—. ¿Qué andas por aquí tirado? ¿Se te ha quedado la bici sin gasolina?

—Escúchame. Es muy importante —le corto antes de que pueda seguir con sus bromas—. Tienes que llevarme a Swanton a toda velocidad. El sheriff Dunning se ha vuelto loco y tengo que detenerlo.

—¿Detener tú al sheriff? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—¡Que conduzcas, hostias! —le grito fuera de control—. Te lo explico por el camino.

Parece que mi arranque de genio le ha impresionado, porque pone el coche en marcha sin decir una sola palabra más. Es la parte positiva de las personas que parecemos suaves y educadas. Cuando sueltas un grito, todo el mundo reacciona. Eso me da tiempo para intentar ordenar mis



pensamientos e inventar algo creíble para contarle a Jim.

—Disculpa por haberte gritado, pero esto es importante de verdad —miro el panel del coche y frunzo el ceño—. ¿No puedes ir más rápido?

Jim aprieta el acelerador sin protestar y pone la camioneta a casi ochenta millas por hora. Decido no seguir presionándole. Dudo mucho que su vieja camioneta pueda dar más de sí.

—¿Vas a explicarme qué está pasando? ¿Qué es eso de que tienes que detener a Dunning?

—Sí, estaba con él en el bosque... Le estoy ayudando con el caso del niño de los Patterson, el que se ahogó... —hablo despacio, tratando de hilar una historia lo bastante coherente para que Jim me crea y deje de preguntar—. No sé si ha sido por el estrés de los últimos días, pero, de repente, se ha puesto a gritar y ha dicho que se iba al pueblo a matar a alguien. Ha cogido su coche y se ha ido.

—¿En serio? No puede ser —Jim separa la mirada de la carretera y la clava en mi cara, desconfiado—. Es el sheriff. No puede haber dicho que quiere matar a alguien. Tienes que haber entendido mal.

—Puede ser, pero estaba muy enfadado. Quiero encontrarle y calmarle y asegurarme de que no va a hacerle daño a nadie.

Las primeras casas de Swanton ya se ven en la lejanía. Al internarnos entre ellas para dirigirnos al puente que cruza el río, divisó el coche de Dunning por delante de nosotros. Empiezo a pegar saltos en el asiento, mientras se lo señalo a Jim.

—Ahí está, ahí está. No lo pierdas.

—Tranquilo, joder. ¿Te crees que estás en una puta peli?

A pesar de sus protestas, Jim cruza la ciudad como una

exhalación, olvidándose de respetar semáforos o pasos de cebra. Me siento más tranquilo al tener el coche de Dunning al alcance de la vista. No tengo ni idea de lo que pretende hacer ese ser y estaba temiendo que tendría que buscarlo por todo el pueblo para acabar llegando demasiado tarde de nuevo.

Cruzamos el puente y le seguimos por Merchants Row. El coche de Dunning continua recto por Grand Avenue. Es una de las calles más transitadas de Swanton y me da miedo que Jim pueda perderlo, pero consigue adelantar a todos los coches que Dunning trata de interponer entre nosotros sin mucho problema. Según vamos avanzando por Grand Avenue y dejando atrás la biblioteca, el ayuntamiento y la gasolinera, empiezo a preguntarme a dónde va. Si sigue por esa carretera, sólo puede tener dos destinos. El primero sería St. Albans, abandonando el pueblo que odia y del que pretende vengarse. El segundo sería el motel en el que se aloja mi familia.

En el mismo momento en el que pienso eso y mi sangre se convierte en algo frío y espeso que parece detenerse, llegamos al cruce con Platt Street. El semáforo está en rojo, pero Dunning lo ignora y se mete como un loco entre el tráfico, provocando los pitidos airados de los conductores. Jim aprieta a fondo el pedal de freno, haciendo que las ruedas chirríen sobre la gravilla. Yo golpeo furioso el salpicadero. Ya no tengo miedo de perderle. Estoy seguro de que sé adónde se dirige, pero ese conocimiento es mucho peor.

—Arranca. Tenemos que seguirle.

—No puedo pasar entre esos coches, tío. Tranquilízate.

Ni siquiera le contesto. El motel está muy cerca, así que abro la puerta, me arrojo fuera y empiezo a correr con

todas mis fuerzas. Cuando llevo corriendo como un minuto, me doy cuenta de que he equivocado mis cálculos. Veo el motel a lo lejos, pero aún me quedan un par de minutos para llegar y eso que corro tan rápido que me da la impresión de que mis pies no tocan el suelo.

Escucho un claxon a mi lado y me giro mientras sigo corriendo. Es Jim, que ha conseguido pasar el cruce y ha colocado la camioneta a mi lado. Me planteo que, mientras él para, me meto de nuevo y volvemos a arrancar, ya habré llegado.

—¿Qué haces? —me grita Jim—. Sube.

—No, sigue hacia el motel. Nos vemos allí.

Jim acelera y me adelanta, pero ya estoy viendo los jardines del motel. Entro en el parking justo detrás de su camioneta. Mis temores se confirman. El coche de Dunning está ahí, cruzado en medio del parking, delante de la habitación en la que se hospeda mi familia. La puerta de la habitación está entornada. Me freno en seco y la miro como si fuera un horrible monstruo. Temo que he vuelto a llegar demasiado tarde y que, cuando entre ahí, sólo encontraré sangre y muerte.

Noto que Jim se ha colocado a mi lado y eso me da fuerzas para volver a moverme. Nos dirigimos juntos hacia la puerta y ésta se abre, dejándonos ver a Brad, que sale con los ojos llenos de lágrimas y la boca abierta en una mueca de terror. Justo detrás de él está Dunning. Sólo le sujeta con un brazo porque el otro está ocupado manteniendo un enorme cuchillo de cocina a la altura del cuello de mi sobrino. En cuanto me ve, me reconoce y me dirige una sonrisa de satisfacción.

—¡Qué pronto me has encontrado! Ahora podremos jugar a mi juego favorito —su sonrisa se ensancha aún más, demasiado para una boca humana. De la comisura derecha,

surge un líquido negruzco y espeso que me recuerda al barro de la orilla del lago—. ¿Quieres salvar a este chico? Entrégame la vida de otros tres niños.

## XIV

En un primer momento no sé qué contestarle. No puedo creer que siga queriendo jugar a eso. No ha intentado escapar, ni matar gente con sus propias manos. Sigue obsesionado con ese maldito juego. Recuerdo las palabras de Eloise sobre cómo los espíritus se van pervirtiendo, cómo van olvidando quiénes eran y por qué se quedaron atrapados aquí, cómo se convierten en almas perdidas sin otro objetivo que el odio.

Unas risas infantiles me sacan de mis pensamientos. Al otro lado del parking, bajo la bandera que ondea lánguidamente con la brisa, hay un pequeño campo de juegos con una canasta de baloncesto. En él hay tres niñas jugando a la comba. Deben de ser hermanas, porque, aunque tienen diferentes edades, las tres visten los mismos pantalones cortos y la misma camiseta, aunque en diferentes colores. Además, las tres llevan el mismo peinado: una larga cola de caballo que flota en el viento cada vez que saltan. Una mujer de unos cuarenta años está sentada a unos pasos, leyendo un libro. Está tan absorta en su lectura que no se ha dado cuenta de nada. Tengo ganas de gritarle para que meta a sus niñas en el motel antes de que él las vea, pero éste sigue mi mirada. Su sonrisa se amplía mientras desliza una larga lengua ennegrecida por sus labios, como si se le hiciera la boca agua con la sola presencia de esas posibles víctimas.

—Muy bien, chico. Esas niñas me servirán.

—No pienso matar a nadie por ti —grito mientras saco la pistola de la cinturilla de mis pantalones y le apunto con ella—. El juego se ha acabado. Sal del cuerpo de Dunning y regresa al infierno.

—Yo nunca he estado en el infierno, gilipollas. Quizá tu

sobrinito pueda guiarme.

Mientras habla, desliza la hoja del cuchillo por el cuello de Brad, haciendo surgir las primeras gotas de sangre. Él se pone a gritar como un cerdo en plena matanza y sus chillidos son coreados de inmediato por mi madre y mi hermana, que han salido de la habitación del motel y están a un par de pasos por detrás de Brad y Dunning.

—Mamá, Lissie, venid aquí —les digo al plantearme que no quiero que estén en mi línea de tiro si al final tengo que disparar—. ¡Ya!

Mi grito hace que se pongan en movimiento y que rodeen a Dunning y Brad hasta llegar a mi lado. Mi madre me pone una mano en el hombro y, cuando la miro de reojo, asiente, dándome ánimos.

—Dispara a esa cosa. ¡Mátala!

—No puedo —susurro, tratando de que el ser no nos oiga—. Podría darle a Brad.

—No vas a disparar, imbécil —interviene el espíritu—. No has tenido agallas en tu puta vida.

El ser echa la cabeza hacia atrás hasta que casi toca con la coronilla en su espalda mientras se carcajea. Por encima del sonido de su risa escucho el chasquido de las vértebras del cuello de Dunning. Tengo que hacer algo antes de que deje el cuerpo del sheriff totalmente inservible, pero dispararle está descartado. Aunque consiguiera darle sin herir a Brad, no creo que Dunning pudiera seguir vivo con un tiro entre ceja y ceja. Siento que las piernas me tiemblan y, aunque intento evitarlo, el temblor se extiende a mis manos.

—¿Ves como no puedes? —vuelve a burlarse el ser—. Sólo eres un cobarde, un pirado. Ni siquiera eres capaz de salvar a tu sobrino.

—Ese chaval me importa una puta mierda —digo,

tratando de imprimir confianza a mi voz—. No voy a jugar contigo. Si quieres jugar, tendrás que buscarte a alguien a quien le importe tu víctima.

—Mientes.

—Mira en mi mente, si puedes. Verás que digo la verdad.

—No, mira tú —me dice Tekarihoga, arrastrando las palabras.

Un millón de recuerdos olvidados invaden mi mente, dejándome mareado y sin respiración. La primera vez que vi a Brad, la primera vez que me sonrío, la vez en la que dio sus primeros pasos precisamente hacia mí, la vez en la que le enseñé a jugar a la pelota, aquellas tardes en las que estuve ayudándole a aprender a leer, los cuentos que le leía por la noche, las veces que le acompañé a pedir caramelos en Halloween, las mañanas de Navidad desenvolviendo juntos los regalos... Que el chaval haya crecido y ya no nos entendamos no borra todo eso. Siento que las lágrimas se me agolpan en los ojos, pero intento disimular.

—¿Vas a jugar ahora?

No sé qué responderle ni cómo reaccionar. Todas las alternativas me parecen tan horribles que soy incapaz de elegir. No puedo dejar que mate a Brad, no puedo matar a Dunning, no puedo ceder y jugar a su macabro juego. Todavía estoy boqueando como si me hubieran vaciado el cerebro cuando mi madre me quita la pistola y me empuja hacia un lado. Encañona al ser, sujetando la pistola con firmeza mientras mantiene los pies separados y la espalda erguida. Ya no parece la mujer dulce y tranquila que prepara los desayunos en casa. Su pelo se mueve al viento, sus ojos brillan con una rabia infinita, sus manos no tiemblan. El ser deja de sonreír y niega con la cabeza.

—Tú tampoco vas a dispararme. No arriesgarás la vida

del chico. Te conozco, pequeña zorra.

El sonido de la detonación nos sorprende a todos. Un pequeño círculo negro aparece en la frente de Dunning y, después de un tiempo que parece eterno, sus ojos se nublan y un pequeño hilo de sangre empieza a manar de ese agujero y a deslizarse por su rostro. El cuchillo cae al suelo y repiquetea sobre la gravilla. El cuerpo de Dunning le sigue. Escucho la carrera de Brad al ir a abrazarse con su madre y su abuela, pero nada de eso me importa. Yo corro hacia el cuerpo de Dunning, rezando para que siga vivo.

Me arrodillo a su lado, pongo una oreja junto a su boca para tratar de notar su aliento, coloco dos dedos en su cuello para buscar su pulso. No hay nada. No puedo creerme que algo tan pequeño como ese círculo negro que adorna su frente haya podido acabar con él. Trato de hacerle volver llamándole a gritos, llorando inclinado sobre su pecho, agitándole con fuerza, pero no sucede nada. La certeza de su muerte va abriéndose paso en mi mente poco a poco. Me siento tan desesperado que sólo puedo gritar y gritar para tratar de expulsar toda esta pena.

No sé durante cuánto tiempo grito y lloro. Noto unas manos en mis brazos, que me levantan del suelo y me separan de su cuerpo. Son un par de hombres a los que no conozco. Tardo unos segundos en distinguir sus uniformes. Son policías, seguramente compañeros de Dunning. Miro alrededor y veo un par de ambulancias, coches de policía... Las luces me deslumbran y me dejan aún más confuso. Alguien me guía hacia una ambulancia, mientras yo grito y protesto y me resisto, tratando de volver a su lado. Tengo que quedarme para saber si consiguen salvarlo. Seguro que ellos todavía pueden hacer algo.

Me tumban en una camilla y, mientras un hombre me mantiene inmovilizado, otro pincha algo en mi brazo. Aunque trato de seguir luchando y de pedirles que me dejen



regresar, sólo tardo unos segundos en sumirme en la  
negrura.

Me despierto por el contacto de una mano acariciando mi  
pelo. Antes de abrir los ojos, supongo que será mi madre,  
preocupada por mí, pero, cuando por fin consigo enfocar la  
vista, distingo a Eloise. A pesar de que sonrío al verme  
despierto, sus ojos están anegados en lágrimas.

—¿Dunning está...? —pregunto, mientras intento  
levantarme de la cama.

—Sí, está muerto —contesta ella con voz temblorosa.

No decimos nada más. Yo también lloro, con los ojos  
clavados en el techo de esta habitación de hospital, tratando  
de no pensar, de no dejar que esa verdad se abra paso en mi  
mente y se quede instalada dentro para siempre. No sirve de  
nada negarlo, ni rezar por enloquecer y olvidarlo todo. Haga  
lo que haga, Dunning seguirá muerto.

Según las lágrimas limpian mi angustia, mi mente  
vuelve a funcionar. Hay muchas cosas que no entiendo y  
creo que Eloise tiene la respuesta a mis dudas. Me giro hacia  
ella y, aunque no quiero hacerle más daño, me atrevo a  
preguntar:

—Todo esto no tiene sentido. ¿Por qué se quitó el  
amuleto y rompió la protección? ¿Por qué tenías tú su  
pistola?

Ella no contesta, pero asiente a mis palabras. Me  
aprieta el brazo con cariño y, después, haciendo un gran  
esfuerzo, se levanta de la silla y cojea hacia la entrada de la  
habitación. Tiene un aparatoso vendaje cubriendo su tobillo  
derecho. En un primer momento creo que va a marcharse sin  
darme explicaciones, pero entonces la veo inclinarse sobre su  
bolso, que había dejado abandonado al lado de la puerta, y  
revolver en él. Regresa cojeando con un papel doblado en la

mano. Yo lo cojo y, antes de desdoblarlo, la miro, esperando alguna explicación.

—Es una carta de Dunning. La escribió para ti.

Siento que las manos vuelven a temblarme, tanto que casi no consigo desdoblar el papel sin rasgarlo. Respiro un par de veces para controlarme y detener las lágrimas que amenazan con volver a surgir. Cuando me noto algo más tranquilo, empiezo a leer:

*Hola, chaval:*

*Sé que suena mucho a película, pero, si estás leyendo esta carta, significa que estoy muerto (lo cual es una auténtica putada) y tú estás vivo (de lo que me alegro).*

*No voy a poder saber cómo acabó esto, pero espero que el plan que trazamos haya funcionado y que hayáis podido detener a ese cabrón de una vez por todas y para siempre. Sí, sé que seguramente no entiendes nada de lo que ha pasado, pero debes saber que lo teníamos todo planeado. Mientras estabas en el funeral de tu padre, Eloise y yo estuvimos hablando. A pesar de que parece una vieja bruja muy dura, capaz de enfrentarse al mismísimo demonio y merendarse sus tripas, me acabó reconociendo que no estaba segura de poder vencer a ese puto espíritu. Incluso aunque liberásemos a los chavales y le debilitáramos, ese hijo de puta era duro de verdad. Ella nunca se había enfrentado a algo así y no estaba segura de que sus oraciones y conjuros fuesen a funcionar.*

*Por eso ideamos un plan alternativo. La única manera de deshacerse de un espíritu vengativo es quemar su cuerpo, pero no tenemos ni idea de dónde puede estar ahora mismo. Lo más seguro es que los peces se lo comieran hace siglos, así que la única forma de llevar a cabo el ritual era proporcionarle un cuerpo nuevo. Mientras tú no estabas,*

*Eloise me echó un conjuro que atraería el espíritu de Tekarihoga al interior de mi cuerpo y lo ataría a mí para siempre. Ahora sólo tenéis que quemarme con ese bicho dentro y todo habrá acabado. Por suerte para vosotros, hace años que le dije a mi mujer que quería que me incineraran. Además, he dejado otra carta en la que pido a mis hombres que consigan que el encargado de la funeraria os deje pasar cinco minutos antes de que me quemem para que podáis hacer todo lo necesario. Creo que Eloise planea cubrirme de sal antes de que me metan en el horno, como si fuera un besugo.*

*Sé que seguramente te estarás enfadando conmigo y con Eloise por haber preparado todo esto sin consultarte, pero sabíamos que no accederías. Te conozco y, aunque a veces me hayas sacado de mis casillas, sé que eres un buen chaval. No te enfades con nosotros. Hicimos lo que teníamos que hacer y el precio no ha sido tan alto. No te comenté nunca nada, porque no es algo de lo que me guste hablar, pero tengo cáncer de pulmón en estadio cuatro. Por si no te suena la jerga médica, eso significa que iba a palmar igualmente en un plazo de entre tres y seis meses, parte de los cuales los pasaría drogado o con terribles dolores, echando los pulmones a trozos por la boca. Sinceramente, no me apetece una mierda morir así. Prefiero morir tratando de salvar a otros, haciendo lo mismo a lo que he dedicado toda mi vida. Sólo espero que podáis detener a ese bicho antes de que haga daño a alguien y que mi mujer y mis hijos no tengan que pagar por esta decisión.*

*Bueno, ya me despido. No tardarás mucho en llegar y no quiero que me encuentres escribiendo esto. Ha sido un placer conoceros y luchar junto a vosotros. Si la bruja de Eloise tiene razón, nos vemos al otro lado.*

*Un abrazo,*

*Dick*

## XV

En el edificio de enfrente se está celebrando el funeral de Dunning. Eloise me acompaña. Estamos sentados en una cafetería, junto a los ventanales, observando la enorme cantidad de gente que ha acudido al pequeño tanatorio. Me encantaría estar ahí y decir unas palabras en su honor. Aunque nos conocimos durante poco tiempo, creo que sé más de él de lo que saben la mayoría de los asistentes. Yo sé que, hasta en sus últimos momentos, fue un héroe que se sacrificó por todos ellos, que seguramente fue el hombre más valiente y fiel que ha vivido nunca en Swanton. Saber que le están despidiendo como a un tipo al que en sus últimos momentos se le fue la olla me quema en las entrañas. Aunque nadie se atreverá a comentarlo en el funeral, todos se estarán preguntando qué pasó, por qué se comportó de aquella manera... Yo podría cruzar la calle y resolver sus dudas, podría explicarles lo que pasó y limpiar su nombre, pero nadie me creería y, aunque yo no haya hecho nada malo, soy el hijo de la mujer que le voló la cabeza. No creo que me recibieran con los brazos abiertos.

Al cabo de media hora, vemos que la gente empieza a salir. Muchos abrazos, muchos besos en las mejillas, muchos pésames, pero, al final, todos se van marchando. Los últimos en subir a su coche son una mujer de unos cincuenta años y dos chicos de alrededor de veinte, la mujer y los hijos de Dunning. Vuelvo a plantearme que quizá debería recorrer esos escasos pasos y darles una explicación. Incluso levanto el culo del asiento, pero Eloise me agarra por el antebrazo y niega con la cabeza.

—No van a creerte, Eric. Ahora mismo lo que tú quieres contarles no les va a hacer ningún bien. Deja que le lloren y que sus heridas se cierran. Si en algún momento considero

que están preparados, yo misma se lo contaré.

Asiento y agacho la cabeza. Me entretengo haciendo girar la cucharilla en mi taza de café vacía y en cazar el azúcar que ha quedado depositado en el fondo, hasta que veo a dos policías salir del tanatorio y dirigirse hacia nosotros. Nos levantamos y salimos a su encuentro.

—Eric Armstrong y Eloise Carter, ¿verdad? —pregunta el mayor de los dos. Cuando asentimos, vuelve a ponerse en marcha de vuelta al tanatorio—. Ya está todo preparado. No os podéis imaginar lo que nos ha costado convencer al encargado de que les permita pasar un rato antes de la cremación. Dice que es totalmente irregular y que no le ve ningún sentido.

—No hay nada que discutir —le interrumpe Eloise—. Dunning lo dejó escrito como última voluntad y ustedes están aquí como agentes del orden para asegurar que se cumpla.

Los dos policías asienten, aunque me da la impresión de que ellos también esperaban una explicación. Según entramos en la funeraria, un hombre de pelo blanco con doble papada y gafas redondas nos corta el paso.

—Buenas tardes —le tiende la mano a Eloise, pero ella finge no haberse dado cuenta—. Como ya les he dicho a los agentes, esta situación es muy irregular. Me gustaría estar presente...

—No, eso es imposible —le corta Eloise, mirando su mano tendida con el mismo desprecio con el que se mira a un bicho muerto—. Si no nos permite entrar, le denunciaremos por coartar la libertad religiosa del difunto. Tenemos que realizar una serie de rituales para garantizar su descanso eterno.

—¿Pero el señor Dunning no era metodista? —pregunta el hombre, confuso.

—Lo era, hasta que vio la verdadera luz en sus últimos

días. ¿Nos permite pasar?

El hombre abre y cierra la boca un par de veces antes de apartarse hacia un lado. Eloise se dirige con andares de reina hacia la puerta que él le señala. Yo voy a seguirla, pero el mayor de los agentes me agarra por el brazo.

—Disculpa, chico... Queríamos comentarte una cosa. Como supondrás, va a haber una investigación sobre la conducta de Dunning el día de su muerte. Tú pasaste bastante tiempo con él en los últimos días, así que es posible que te llamen para testificar —el hombre agacha la cabeza y se rasca la nuca, nervioso—. Hemos pensado que lo que le sucedió tuvo que deberse al estrés de las últimas semanas. Ya sabes... el diagnóstico de cáncer, los secuestros de esos niños y luego el crío que apareció ahogado... De esa investigación depende su buen nombre y la pensión que les quedé a su mujer y a sus hijos. No es justo que, después de tantos años de servicio ejemplar, todo vaya a irse a la mierda por ese último día.

—Estoy de acuerdo con usted —le corto—. ¿Qué es lo que me está pidiendo exactamente?

—Bueno, todos vamos a testificar que se volvió loco por el estrés, que ese último día actuó como si no fuera él, como si hubiera sido poseído por otra persona... ¿Te importaría testificar lo mismo?

—En absoluto —les lanzo una sonrisa triste—. Eso fue exactamente lo que sucedió.

El agente me suelta y yo sigo a Eloise, que me está esperando con la puerta abierta. Entramos en una sala sin muebles, dominada por un enorme horno incinerador. Colocado justo frente a la puerta está el féretro cerrado que contiene el cuerpo de Dunning.

Eloise ha dejado su bolsa en el suelo y está rebuscando dentro, así que supongo que me toca a mí abrir el ataúd.

Levanto la tapa con manos temblorosas, temiendo que me encontraré con ese agujero negro en medio de su frente y con sus ojos muertos, que me acusaran de no haber hecho todo lo posible para salvarlo. Sin embargo, los empleados de la funeraria han hecho un gran trabajo. La marca de su frente es imperceptible debajo del maquillaje y su rostro está sereno, como si durmiera.

Eloise saca dos paquetes de sal y me pasa uno. Empiezo a echarla a puñados sobre el cuerpo de Dunning. No sé si estoy echando demasiada. Nunca he hecho esto antes, pero supongo que siempre será mejor pasarse que quedarse corto. Intento no pensar y no mirar demasiado su cuerpo, pero, con cada nuevo puñado, siento que estoy cometiendo un sacrilegio. Al cabo de un rato, Eloise me pone una mano en el brazo para detenerme.

—Es suficiente. Ahora rezaremos una oración por su alma.

Eloise entrelaza sus manos y agacha la cabeza. Decido imitarla, aunque no consigo recordar ninguna oración de los tiempos en los que mis padres me llevaban a la iglesia siendo crío. Además, a pesar de todo lo que hemos pasado, sigo sin tener muy claro si creo en un cielo y un infierno al “estilo tradicional”. Con las cosas que he vivido en los últimos días, tengo la convicción de que hay algo más después de la muerte, pero sigo sin estar convencido de la existencia de un dios bondadoso que, sin embargo, permita todo esto. Aún así, por si acaso lo hay, le pido que acoja a Dunning y le cuide como se merece.

Cuando termino, Eloise me pide que vuelva a cerrar el ataúd mientras ella guarda todas sus cosas. Después se engancha de mi brazo y salimos de la sala. El encargado de la funeraria suspira al vernos salir. No sé si temía que fuéramos a robar el cadáver.

—No toque nada ni abra el ataúd —le ordena Eloise—.

Incinérello inmediatamente tal y como está.

—¿Qué le han hecho? —pregunta el hombre.

—Nada que sea de su incumbencia —Eloise se gira hacia los agentes de policía, que continúan esperando en una esquina—. ¿Pueden asegurarse de que este hombre cumple con su función respetando los últimos deseos de su compañero?

—Por supuesto. No se preocupe por nada.

Cuando salimos de la funeraria, miro mi reloj. Son casi las cinco de la tarde y mi madre me ha dicho que me quiere ver en el motel a las siete, con el equipaje preparado y dispuesto a marcharme con ellos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Eloise, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Bueno, tengo que terminar de recoger mi mochila y devolver los libros que pedí prestados a la biblioteca antes de irme. Y quería pasar por el cementerio para decirle adiós a Anne y a los otros.

—¿No te marchabas hoy?

—Sí, pero me quedan dos horas. Si voy en bicicleta, creo que me dará tiempo a todo.

—¿No has pensado en quedarte un tiempo más? Creía que todavía te quedaban días de vacaciones —su voz suena triste. Parece que me ha cogido más cariño del que esperaba y que le cuesta despedirse de mí.

—Sí, todavía me sobran algunos, pero ya no tengo nada más que hacer aquí y a mi madre le dará un infarto si le digo que me quedo. Lo de ayer fue la gota que colmó el vaso. No quiere volver a oír hablar de Swanton en lo que le queda de vida.

—Lo comprendo. Está bien. Adelántate, que irás más



rápido.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Voy a dar un paseo por los alrededores hasta que deje de ver salir humo de esa chimenea —señala al tejado de la funeraria—. Cuando la incineración haya acabado, iré a casa y haré una sesión de ouija para asegurarme de que todo ha terminado.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Gracias, cariño, pero no necesito a un chico tembloroso al borde del ataque de nervios —Eloise me dirige una mirada tierna, como las que se dedican a los cachorritos indefensos—. Creo que podré hacerlo sola.

—Como quieras, pero deberías saber que ya no soy el mismo chico temeroso que llegó a este pueblo. Puedo enfrentarme a cualquier fantasma que se me presente... Aunque, sinceramente, espero que no se me presente ninguno más en la vida.

—¿Te veré otra vez antes de que te marches?

—Claro. Cuando acabe, me pasaré por tu casa para recoger la mochila y el Impala. Nos vemos luego.

Sin pensar en lo que estoy haciendo, me inclino hacia ella y le doy un suave beso en la mejilla antes de girarme rápido y empezar a andar. Sé que es una tontería, que casi no conozco a esta mujer, pero los ojos me escuecen y se me ha hecho un nudo en la garganta.

## XVI

Una media hora después ya estoy en la biblioteca, cargado con todos los libros que pedí prestados. La bibliotecaria me reconoce al momento y me mira con suspicacia. Seguro que está pensando que he tardado demasiado poco en consultarlos con la suficiente profundidad como para hacer una tesis doctoral decente.

—¿Ya has terminado? ¡Qué rápido!

—Sí, sólo necesitaba contrastar unos datos —le lanzo mi sonrisa más encantadora—. Ahora queda lo más duro: redactar la tesis. Faltan meses y meses de trabajo para poder tenerla terminada, pero no se preocupe, prometo citarla en los agradecimientos.

—Muchas gracias —la mujer parece emocionada de verdad—. Espero que nos envíes un ejemplar para la biblioteca.

—Delo por hecho —contesto mientras le guiño un ojo—. Bueno, tengo que marcharme ya. Un placer.

—Espera un momento. Tengo que comprobar que los has devuelto todos y tienes que firmar en las fichas de los libros —me dice ella, mientras abre un cajón del archivo—. Normalmente se firma antes de sacar los libros de la biblioteca, pero me emocioné tanto cuando me dijiste que ibas a escribir una tesis sobre la historia de Swanton que se me olvidó hacerlo. ¿Te importa que lo hagamos ahora?

—No, claro... Espero que no tarde mucho. Tengo algo de prisa.

—Tranquilo, serán cinco minutos

La mujer me tiende la primera ficha. En ella están apuntados los nombres y firmas de todas las personas que,

antes que yo, han sacado ese libro de la biblioteca. Relleno los datos a toda prisa y le entrego la ficha para que ella me pase la siguiente. Cuando ya llevo cuatro o cinco, la bibliotecaria me interrumpe:

—¡Qué raro! ¿Ya sacaste estos libros en el año 2.001?

—No, claro que no. En ese año yo era un crío. ¿Por qué lo pregunta?

—Alguien llamado E. Armstrong sacó varios de estos libros en esa época —la mujer pone las fichas alineadas sobre el mostrador y va señalándomelas. ¿No te parece una casualidad de lo más graciosa?

No me parece graciosa en absoluto. No sé lo qué significa esto, pero reconozco a quién pertenece ese nombre y esa firma. Evelyn Armstrong. Mi madre.

Sigo dándole vueltas a la cabeza mientras pedaleo camino al cementerio de Riverside. La única explicación lógica que se me ocurre es que mi madre también intentó resolver estos crímenes, que estaba preocupada por mí y por mis amigos muertos y trató de encontrarle un sentido a todo aquello. Me pregunto por qué nunca me ha comentado nada. Supongo que, cuando vio que yo empezaba a olvidar, prefirió olvidarlo ella también.

Dejo la bici a la entrada del cementerio y descuelgo del manillar la bolsa de plástico en la que llevo los ramos de rosas que he comprado. Viajar así no les ha sentado muy bien. Un par de tallos se han partido y ya no parecen tan lozanas como en la floristería, pero no se me ocurría otra manera de llevarlas en la bici. Las saco de la bolsa y trato de adecentarlas mientras me interno en el cementerio, buscando la zona en la que están enterrados los niños del pueblo. Es fácil de encontrar. Las lápidas son blancas y más pequeñas. Además de flores, en algunas tumbas pueden

verse peluches y muñecas. Al cabo de unos segundos de estar aquí ya me siento enfermo. El dolor de todas esas muertes a destiempo parece impregnar el aire.

Mientras voy andando, buscando las tumbas de Anne, Dave y Bobby, reconozco otros nombres: Rose Davis, Michael Brown, Ethan Williams, Emily Moore, Peter Anderson... Sé que les he salvado de su captor, que ahora sus espíritus están libres, pero me hubiera gustado tanto llegar a tiempo de evitarlo... Muchos de ellos murieron cuando yo aún no había nacido, pero, aún así, me siento responsable. Puedo oír la voz de Eloise en mi cabeza: "Tú y tu estúpida manía de echarte la culpa de todos los males del mundo".

Voy sacando rosas de los ramos, dejando una sobre cada una de las lápidas. Entonces la veo: la tumba de Anne. En el centro de la cruz puede verse la misma foto que colocaron al lado de su ataúd durante el funeral. Esa sonrisa y esos ojos alegres y brillantes me desarmaron. No la había olvidado, pero el paso del tiempo había difuminado su imagen en mi mente. Ver de nuevo sus rasgos hace que recuerde cuánto la quería y ese recuerdo duele. No hay consuelo para este dolor. Ni quince años ni cien pueden hacer que olvides a tu primer amor. El día que ella murió, un pedazo de mi corazón murió con ella. Se quedó dentro de mí, necrosado y putrefacto, impidiéndome seguir adelante con mi vida como una persona normal. Me gustaría que se curase, pero, por otro lado, lo consideraría una traición.

Me arrodillo y dejo el ramo más bonito sobre su tumba. Sin pensar en lo que hago, deslizo el dedo índice sobre la foto de su cara, esperando que Anne, desde el otro lado, reciba mi caricia y sepa que pienso en ella. Después saco mi teléfono móvil, busco una canción en el reproductor y, cuando empieza a sonar, me siento sobre la lápida con la mirada perdida y enciendo un cigarrillo, dejando que sean las suaves notas de *Wish you were here* las que expresen lo

mucho que la echo de menos.

Cuando la canción termina y me levanto, me doy cuenta de que no estoy solo en esta zona del cementerio. Hay una mujer al lado de otra de las tumbas blancas, mirando hacia donde yo estoy con el ceño fruncido. Supongo que no considera muy respetuoso poner música en el cementerio o fumarse un cigarrillo sentado sobre una de las lápidas. Me seco con disimulo un par de lágrimas que han conseguido escapar de mis ojos y recojo los otros dos ramos de flores para buscar las tumbas de Dave y Bobby.

Al pasar cerca de la mujer, la reconozco. Es la madre de Nathan Patterson, el niño al que Dunning y yo no conseguimos salvar. Ella ya no me mira. Finge estar muy ocupada poniendo margaritas frescas en el jarrón que adorna la tumba de su hijo. En un impulso repentino, extraigo una rosa y la coloco sobre la lápida.

—Siento mucho su pérdida, señora Patterson.

Ella se gira hacia mí y me mira de arriba abajo. Supongo que no sabe quién soy. Sólo nos hemos visto una vez, mientras su marido estaba ingresado en el hospital acusado de haber secuestrado a dos críos. No se la puede culpar por no haber estado muy centrada en una situación así. Sin embargo, al cabo de unos segundos, asiente al reconocermme.

—Tú eres el chico del hospital, el que acompañaba a Dunning — ella espera a que yo asienta antes de seguir hablando—. Tú lo sabías, sabías lo que le iba a pasar a Nathan. Me dijiste que llamara a mi hermana y le pidiera que lo mantuviera alejado del lago. ¿Cómo lo supiste?

Me quedo sin palabras, mientras rezo para que me trague la tierra. No hay una sola respuesta lógica que pueda darle a esta mujer para que se quede tranquila y me deje marchar. Niego con la cabeza, pero ella se acerca hasta

ponerse a menos de un paso de mí y me grita:

—¿Cómo lo supiste?

—Lo vi en un sueño —le miento, mientras desvío la mirada para no enfrentarme a la desesperación de sus ojos.

Ante mi asombro, ella se separa un par de pasos, se cubre la cara con las manos y empieza a llorar, desesperada. Yo me quedo paralizado, sin saber si debería acercarme a consolarla o aprovechar para marcharme.

—Yo también lo soñé —confiesa entre sollozos—. Me pasé semanas soñando con su muerte. Le veía flotando en el lago... Era tan real... Me despertaba llorando, cubierta en sudor, y tenía que ir corriendo a su cama para ver que estaba bien. Mi marido me decía que sólo eran sueños, que no tenía importancia, que no pasaría nada malo... Debí haberlo protegido.

Los sollozos se vuelven tan fuertes que se queda sin aire. Se inclina hacia delante, agarrándose el vientre que una vez llevó dentro a ese niño, como si sintiera dentro su ausencia, y cae de rodillas al lado de la tumba. No puedo contenerme más y me arrodillo a su lado para abrazarla. No sé qué se puede decir en esta situación, así que no digo nada. Me limito a abrazarla para que sienta que hay alguien cerca. Es todo lo que puedo hacer por Nathan.

Para cuando consigo que la mujer se tranquilice y dejo las flores sobre las tumbas de Bobby y Dave, ya son más de las seis y media de la tarde. Sé que voy a llegar tarde al motel y que mi madre se va a poner histérica, pero, desde que he hablado con la madre de Nathan, hay una duda que se ha instalado en mi alma y que no me permite marcharme de Swanton. Tengo que hablar con Camille Anderson, la madre de Peter.

Salgo del cementerio, recojo mi bici y empiezo a

pedalear hacia el lago a tanta velocidad que, en tan sólo un par de minutos, los músculos de mis piernas parecen arder. Los ignoro por completo y sigo pedaleando. Voy tan rápido que incluso adelanto a algunos coches, que me pitan como si les ofendiera que un ciclista les pasase. Aunque no llevo velocímetro en la bicicleta, la limitación en esta carretera es de treinta millas por hora. Mi mente me avisa de que sería mejor que frenase un poco si no quiero romperme la crisma, pero no le hago caso.

Por fin distingo la casita de paredes rojas en la que vive Camille. Salgo de la carretera y me interno por el camino de gravilla que lleva hasta su puerta mientras aprieto con todas mis fuerzas los frenos de la bici. El chirrido y la lluvia de piedrecitas que levanto hacen que Neville, el gato gris de Camille, se erice y me bufe antes de saltar por una ventana y refugiarse dentro de la casa.

Camille está al lado de la puerta, regando unas macetas. Cuando me ve, deja la regadera en el suelo, se acerca hasta mí y, sin permitirme siquiera bajar de la bici, me da un abrazo tan fuerte que me deja sin respiración.

—Gracias por haberme ayudado a recuperar el cuerpo de mi marido. El sheriff me lo contó todo. Me dijo que no eras un empleado del ayuntamiento, sino que estabas ayudándole en su investigación sobre los niños ahogados en el lago. Deberías haberme dicho la verdad desde el primer momento.

—Compréndalo, no sabía cómo se lo iba a tomar...

—Me lo habría tomado bien. Siempre he pensado que hay algo oscuro en ese lago y que debería investigarse. ¿Habéis descubierto ya algo?

Durante unos segundos me planteo que podría contarle toda la verdad. Creo que Camille me creería y que quizá la ayudará saber que por fin su hijo descansa en paz. Por

desgracia, no tengo tiempo para dar tantas explicaciones y no puedo arriesgarme a que crea que estoy loco. Necesito respuestas.

—Estamos todavía en ello, pero ya sabe... Con la muerte de Dunning tardaremos un tiempo.

—Sí, qué desgracia —vuelve a interrumpirme ella—. ¿Sabes qué fue lo que le pasó? En el pueblo dicen que se volvió loco...

—¿Conoce usted a Eloise Carter?

—Sí, claro. Canto con ella en el coro de la iglesia.

—Bien, ella podrá darle todas las explicaciones que necesita —antes de que Camille vuelva a abrir la boca, levanto una mano para detenerla y pedirle algo de tiempo—. Tengo muchísima prisa y necesito preguntarle algo muy importante para mí. ¿Soñó en algún momento con la muerte de Peter? ¿Vio en sueños que se ahogaba en el lago?

El rostro de Camille palidece por completo. Se queda callada, con la boca abierta. Cuando consigue reaccionar e intenta andar, se balancea un poco hacia los lados.

—¿Se encuentra bien? —pregunto, asustado.

—No, estoy mareada. Ayúdame a sentarme.

La cojo del brazo y la llevo hasta una mecedora situada a la izquierda de la puerta. Cuando la dejo sentada, entro sin pedir permiso a su casa, corro a la cocina y lleno un vaso con agua del grifo, acompañado por los bufidos de Neville, que parece querer decirme que no soy bienvenido. Vuelvo a salir y le ofrezco el vaso a Camille. Ella se lo bebe de un solo trago y después me mira. Sus ojos ya no parecen tan perdidos y el color está regresando a su cara. Me siento aliviado de no haberle provocado un ataque al corazón con mis preguntas.

—Sí, soñé con él —contesta por fin, con la vista clavada



en los reflejos del agua del lago—. Lo soñé muchas veces, pero, durante todo este tiempo, he tratado de convencerme a mí misma de que sólo fue una casualidad, de que no habría podido hacer nada por evitar su muerte.

—¿Se lo comentó alguna vez a su marido?

—Sí, sí lo hice —ella se gira hacia mí—. Una noche me desperté llorando, aterrada, gritando que Peter se había muerto. Mi marido se despertó a mi lado, muy asustado, y estuvo abrazándome hasta que me calmé, diciéndome que no me preocupara, que a Peter no iba a pasarle nada malo, que él se encargaría de protegernos. Pobre hombre...

Por un momento me imagino lo que debió pasar el padre de Peter, amenazado por ese espíritu, pero sin encontrar el valor suficiente para hacer lo que le pedía y salvar a su hijo. Y, también durante un momento, entiendo un poco a mi padre. Lo que hizo fue terrible, pero lo hizo por mí, para salvarme la vida. ¿Quién soy yo para juzgar lo que un padre puede llegar a hacer para salvar a su hijo?

—Tengo que irme ahora. Siento haberle despertado tan malos recuerdos. ¿Estará usted bien?

—Sí, hijo, puedes irte—la mujer trata de esbozar una sonrisa tranquilizadora—. ¿Por qué me has preguntado estas cosas?

—Eloise se lo explicará mejor que yo —contesto mientras recojo mi bici—. Llámela.

Vuelvo a ponerme en marcha. Los músculos de mis piernas se quejan del nuevo esfuerzo que les estoy exigiendo. Estoy seguro de que mañana tendré tantas agujetas que no podré moverme, pero ahora mismo ésa es la menor de mis preocupaciones. Tengo que hablar con mi madre. Tengo que resolver esta duda que se extiende por mi interior como la gangrena y que amenaza con pudrir todos mis buenos recuerdos, todos los anclajes que me mantenían

seguro, mi identidad... Tengo que preguntarle a mi madre si lo sabía.

## XVII

Cuando llego al motel, me encuentro a mi familia esperándome en la puerta de su habitación. Brad está sentado en el escalón de entrada, ensimismado con su teléfono móvil, pero Lissie y mi madre me reciben con los brazos en jarras y el ceño fruncido. Veo que ya han sacado las maletas y las han dejado amontonadas junto a la puerta. Parece que tienen mucha prisa por marcharse de Swanton.

—Llegas cuarenta minutos tarde —me dice Lissie, señalando su reloj de pulsera—. ¿Dónde está tu equipaje?

—Todavía no nos vamos —le contesto sin darle más explicaciones y girándome hacia mi madre—. Tengo que hablar contigo cinco minutos. ¿Aún tienes las llaves de la habitación?

—Sí, no las hemos entregado todavía por si te había pasado algo y teníamos que quedarnos. Nos tenías preocupados.

—Bien, vamos dentro.

—Lo que tengas que decirle, díselo ya y vayámonos de este puto pueblo de una vez —Lissie se coloca frente a la puerta, tratando de impedirme el paso.

—Quiero hablar con mamá a solas. Déjame pasar.

Lissie cruza los brazos sobre su pecho y abre las piernas, retándome a que la aparte. Yo la cojo con fuerza por un brazo y la quito de un empujón. Estoy harto de su comportamiento infantil.

—¿Qué haces, bruto? Me has hecho daño. Seguro que me sale un moratón. Mamá, dile algo.

—Mamá, abre esa puerta y vamos dentro. Ya.

Algo extraño deben de notar en mi voz, porque dejan de protestar. Lissie se queda aparte, frotándose el brazo mientras hace exagerados gestos de dolor. Por suerte, mi madre la ignora y abre la habitación. Cuando entramos y cierro tras de mí, Lissie recobra su valor y sus ganas de joderme, porque da un par de fuertes golpes a la puerta mientras me grita.

—Eres un imbécil, Eric.

Yo vuelvo a abrir y la sorprendo con la mano en alto, dispuesta a seguir aporreando la puerta hasta el día del juicio. Mis padres me enseñaron desde pequeño que a las chicas no se les pega, pero siempre he pensado que esa regla no debería aplicarse a las hermanas.

—Deja de dar el coñazo durante cinco putos minutos, Lissie. No eres el centro del universo. Asúmelo.

Vuelvo a cerrarle la puerta en las narices y me giro hacia mi madre. Ella está de pie en medio de la habitación, con las llaves aún en la mano, mirándome como si tratara de averiguar qué organismo extraterrestre se ha metido dentro de su dulce hijo.

—¿Qué pasa, Eric? ¿Por qué estás así?

Me tomo unos segundos para tratar de calmarme y ordenar mis ideas, pero me doy cuenta de que no hay una manera suave de afrontar esta conversación, así que decido ir al grano:

—¿Soñaste que moría ahogado en el lago durante el verano del año 2.001?

—No, qué tontería. ¿Por qué me preguntas eso?

Lo bueno de llevar veintisiete años viviendo con una persona es que la conoces de maravilla. Cuando mi madre miente, cruza los brazos y desvía la mirada hacia abajo y a la izquierda. Ésa es exactamente la postura que tiene ahora.

—No me mientas —aunque trato de mantenerme tranquilo, me doy cuenta de que acabo de gritarle.

—No me acuerdo, Eric... Supongo que soñaría alguna vez con eso. Con las cosas que les estaban pasando a los niños del pueblo, era normal soñar algo así. Seguramente todas las madres del pueblo tuvieron esa pesadilla alguna vez.

—Te pregunto si lo soñaste antes de que empezaran los asesinatos. Dime la verdad. Me veías muerto, flotando en el lago, te despertabas aterrada, empapada en sudor, llorando... ¿Es así?

Ella vuelve a negar con la cabeza, pero se muerde el labio, tratando de contener las lágrimas que intentan traicionarla y escapar de sus ojos. No me va a decir la verdad por las buenas. Va siendo hora de sacar la artillería.

—Sé que papá los mató.

—¿Se lo dijiste a tu padre? ¿Es por eso por lo que se ha suicidado? ¿Fuiste tú el que le hizo matarse?

Ya estamos. Como si no me echara yo suficiente mierda en la conciencia, ahora viene mi madre a tratar de culparme de la muerte de mi padre. Ya estoy harto de sentirme culpable por todo, de vivir disculpándome. Siento que la rabia acumulada durante todo este tiempo hierve en mi interior, amenazando con hacerme explotar.

—Yo sólo se lo pregunté y él colgó y se pegó un tiro porque ya no podía soportar más lo que había hecho. Llevaba toda la vida bebiendo para acallar su conciencia y llegó un momento en el que ya no pudo más, en el que se dio cuenta de que se había abierto el barril en el que llevaba toda la vida escondiendo su mierda y ya no había modo de tapanlo y que dejara de oler. Yo no le empujé a matarse. Simplemente se dio cuenta de que su hijo sabía que era un puto asesino de críos y no tuvo valor para enfrentarse a ello.

—No hables así de tu padre. Todo lo que hizo, lo hizo

por ti, por salvarte —me corta ella con los ojos rebosantes de lágrimas.

La miro sin saber qué decirle. En ningún momento lo ha negado. Ni siquiera ha intentado fingir que la noticia la sorprendía. Sé que no me hace falta preguntarlo, que su actitud ya me ha contestado, pero sigo queriendo aferrarme a la esperanza, quiero que me diga que ella no tuvo nada que ver.

—¿Lo sabías desde el principio? —mi madre calla y baja la mirada—. Tuviste esos sueños, trataste de investigar el origen de la maldición... Estuviste en contacto con el espíritu, por eso te dijo que te conocía justo antes de que le pegases un tiro. ¿Lo sabías? ¿Lo sabías desde antes de que papá empezase a matar? ¿Lo sabías mientras el muy hijo de puta iba asesinando a mis amigos y no hiciste nada?

—Claro que hice algo —ella avanza hacia mí y se coloca a menos de un paso, gritándome—. Yo le obligué a hacerlo. Tu padre no quería matarlos. Fue él quien me pidió que sacara esos estúpidos libros de la biblioteca para tratar de encontrar otra solución. Estuvo resistiéndose todo el tiempo que pudo, hasta que el espíritu le dio un ultimátum. Yo no iba a permitir que tú murieras. Me daba igual que tuviese que matar a tres críos, a diez o al pueblo entero...

Retrocedo un par de pasos, me tropiezo con una mesilla y estoy a punto de caer al suelo. No puedo creerme que esta mujer sea mi madre, que ella sea capaz de hablar con tanta frialdad de la muerte de tres niños, que le parezca que lo que hicieron fue correcto y no se arrepienta. Ya sólo tengo una cosa que preguntarle:

—¿Por qué ellos? ¿Quién eligió a las víctimas? ¿Fue accidental?

—No lo fue. Tu padre salió a dar una vuelta por el pueblo para encontrar a un niño que estuviera separado de

sus padres, alguna víctima fácil. Cuando regresó, se encerró en la habitación llorando. Decía que no podía, que se veía incapaz de escoger a un niño sabiendo que tenía que matarlo. Así que le di tres nombres.

—¿Por qué ellos?

—Bueno, con Dave fue fácil. Sus padres tenían un hermano exactamente igual y Dave era débil y siempre estaba enfermo. Con Bobby fue aún más sencillo. Casi no se le notaba, pero tenía un ligero retraso mental. Su madre estaba siempre hablando de ello, de la cantidad de dinero que se estaban gastando en especialistas, de lo preocupados que estaban porque Bobby pudiera tener un futuro normal, de qué iba a pasar con Bobby cuando ellos faltasen... En realidad les hicimos un favor.

Cada una de sus palabras es un puñal atravesando mi corazón. No puedo creer que mi madre sea capaz de soltar un discurso tan fascista sin que se le caiga la cara de vergüenza. En este momento me parece que no la conozco, que he compartido toda mi vida con una extraña.

—¿Y Anne? —pregunto, luchando para que la voz no se me quiebre.

—Era una mala influencia para ti —mi madre cruza los brazos sobre el pecho y levanta la barbilla, orgullosa de su decisión—. Era una niña rebelde, desobediente, alocada... Sus padres se pasaban el día quejándose de que, con sólo doce años, ya les resultaba difícil controlarla.

—¿Así que decidiste hacerles también un favor librándoles de ella?

—No, estúpido. Te lo hice a ti. Sólo había que ver como la mirabas. Estabas embobado con ella y te habría roto el corazón o te habría metido en problemas. Se veía que era el tipo de chica que acabaría siendo una perdida y no quería que te perdieras tú también.

Niego con la cabeza, incapaz de creer lo que estoy oyendo, tratando de convencerme a mí mismo de que debo de estar viviendo en una pesadilla. Lo que tengo frente a mí no puede ser mi madre, la que me cuidaba cuando estaba enfermo, la que me arropaba por las noches, la que me cantaba y me leía cuentos, la que me consolaba cuando tenía miedo de los monstruos... El monstruo era ella.

—Lo siento, pero me has perdido de todos modos —me duele pronunciar cada palabra, como si el aire que sale por mi garganta estuviera impregnado de astillas—. Ya no soy tu hijo. De hecho no soy tu hijo desde que tomaste esas decisiones. Olvida cada charla, cada abrazo y cada beso porque no son tuyos.

—Lo hice para salvarte —vuelve a protestar ella.

—Hazte a la idea de que tu hijo murió aquel verano, porque no volverás a verme.

Sin dejar que pronuncie una sola palabra más, salgo de la habitación. Mi hermana trata de cortarme el paso y pedirme explicaciones. La aparto a un lado sin mirarla siquiera y, antes de montarme en la bici, revuelvo el pelo de Brad en señal de despedida. Sin ver siquiera la carretera por la cortina de lágrimas que cubre mis ojos, me dirijo al único sitio que me queda en el mundo: la casa de Eloise.



## XVIII

—¿Vas a hablar con la policía? —me pregunta Eloise cuando me nota más tranquilo.

—No. ¿Qué les iba a decir? ¿Que mi padre, amenazado por un espíritu maligno e impulsado por mi madre, fue el culpable de los asesinatos? ¿Me creerían? ¿Ayudaría en algo a la familia de las víctimas que les contásemos eso?

—No lo sé, pero ésa no es la razón de que no quieras contarlo.

—Claro que no. La razón es que la quiero, aunque sea un monstruo. Me gustaría arrancarla de mi mente, que no hubiera existido nunca, poder borrar cada abrazo, cada beso, cada caricia, cada recuerdo bonito... Me da asco y sé que debería ser la persona a la que más odiase en este mundo...

—Pero sigue siendo tu madre.

Agacho la cabeza y clavo la mirada en mis pies, mientras noto como gruesos goterones van cayendo de mis ojos. No tengo fuerzas ni para seguir llorando. Me siento agotado, viejo...

—¿Qué voy a hacer ahora, Eloise? ¿Cómo voy a seguir con mi vida después de esto?

—Empezando de cero, dejándolo todo atrás. Sé que ahora parece horrible, pero el tiempo te ayudará.

—Fantástico. El tiempo me ayudará —lamento ser tan sarcástico, pero siento tanta ira en mi interior que tengo que dejar que salga poco a poco si no quiero explotar—. ¿Y mientras tanto? ¿Qué cojones puedo hacer hasta que el tiempo me ayude?

—Para empezar, todavía tienes que acabar con lo que

viniste a hacer aquí. Tu misión no ha terminado.

No entiendo las palabras de Eloise. No sé qué más puede querer de mí. Dunning ha muerto para acabar con todo esto y he perdido a mi padre y a mi madre. No puede ser que todavía no haya acabado. No queda fuerza en mi interior para hacer nada más.

—¿Hemos fracasado? ¿Tekarihoga sigue estando libre?  
—pregunto, aterrado.

—No, no es eso. La maldición ha terminado para siempre. Como te dije, cuando acabó la incineración de Dunning, vine aquí a contactar con los espíritus para saber si todo había salido bien.

—¿Y lo conseguiste?

—Sí, conseguí hablar con un espíritu, pero era alguien que no esperaba volver a encontrarme —Eloise toma mi mano y la aprieta con cariño—. Estuve hablando con Anne.

—No puede ser. He conseguido que su padre la perdone y liberamos su espíritu junto al de los demás niños. ¿Por qué sigue aquí?

—Eso mismo le pregunté yo y me envió una visión. En ella había dos críos montados en ese coche que tienes ahí fuera. Creo que eráis ella y tú. Ibas conduciendo por una carretera ancha y sin curvas y, muy al fondo, se veía un mar brillante y un cielo tan azul que resplandecía.

Levanto la cabeza, cruzo mi mirada con la de Eloise y le sonrío. Sé lo que quiere Anne, cuál es su último asunto pendiente en la Tierra.

—Te vas, ¿verdad? —Eloise vuelve a apretar mi mano, como si le doliera dejarme marchar.

—Sí, tengo un viaje pendiente a California.

—¿Y después?

—Creo que volveré a Burlington. Aunque ya no tenga familia, todavía tengo un trabajo allí.

—¿Volverás alguna vez?

—Claro... Me tendrás aquí el 4 de julio, en Acción de Gracias, en Navidad... Siempre que tú quieras, claro.

—Por supuesto. Aquí siempre tendrás una familia.

—¿Y podré llamarte tía Eloise?

—Ni de broma. Pienso dejar que las brujas del coro chismorreen durante meses acerca de quién es el guapo joven que me visita.

Una hora después, tras recoger todas mis cosas, cargar el coche y darle a Eloise un abrazo que la deja sin respiración, ya estoy en la carretera. Me parece increíble estar haciendo esto. Sé que si me parase cinco minutos a considerar que voy a cruzar el país de lado a lado en un viaje de tres mil millas, me daría cuenta de lo ridícula que es la idea. No tiene lógica, pero emocionalmente siento que estoy en el sitio correcto haciendo lo que debería hacer.

La idea original era seguir la ruta 66 hasta Los Ángeles, pero esa carretera ya no existe. Ni siquiera existía cuando Anne y yo lo planeábamos, hace ya tantos años. La carretera más mítica de América fue siendo sustituida poco a poco por tramos de carreteras interestatales y los pueblos que vivían de ella fueron languideciendo hasta desaparecer. Ahora todo es más rápido y menos auténtico. Espero que a Anne este sucedáneo le sirva.

He salido muy tarde de Swanton y ya está oscureciendo. Decido pasar la noche en un área de servicio cercana a un lugar llamado Fort Drum. Detengo el coche y cojo del asiento trasero una bolsa con algunas provisiones que Eloise me dio antes de salir. Cuando la abro, entre

paquetes de galletas y sándwiches envueltos en film transparente, encuentro un sobre blanco en el que están escritas las palabras "De tú tía Eloise". Está lleno de billetes de cien dólares. Los cuento sin poder creerlo. Hay dos mil dólares en efectivo. Por un segundo me planteo regresar a Swanton y devolvérselo, pero ya he avanzado más de cien millas, sé que no lo iba a aceptar y realmente me hace falta. Con este dinero podré llegar a Los Ángeles y volver, descansar de vez en cuando en algún motel de carretera e incluso, si lo administro bien, tener algo de dinero ahorrado para empezar mi vida en solitario en Burlington.

Los siguientes días son una sucesión de millas y millas de carretera, de ciudad tras ciudad, todas distintas, pero todas iguales. Los estados van pasando uno tras otro: Nueva York, Ohio, Indiana, Illinois, Missouri... Trato de conducir el máximo de horas posible cada día, pero las carreteras rectas y el calor de los últimos días de agosto me amodorrán. Intento vencer al sueño sintonizando en la radio viejos éxitos de rock americano que canto a voz en grito, pero, aún así, en ocasiones el paisaje monótono me hipnotiza, me hace entrar en una especie de trance. En esas ocasiones, la veo en el asiento del copiloto. A veces es la chica que vi en el sueño, con sus largas piernas apoyadas en el salpicadero. Canturrea las baladas que suenan en la radio mientras sigue el ritmo dando golpecitos con las manos sobre sus muslos. Otras veces es la niña que conocí, sacando la cabeza por la ventanilla y dejando que el viento alborote aún más su pelo. Nunca la veo claramente. Cuando me espabilo y me giro hacia ella, desaparece, pero sé que es más que un sueño. Siento su presencia continuamente. Sé que me acompaña en este viaje, que lo que estoy haciendo tiene sentido.

Las millas y los estados siguen sucediéndose: Oklahoma, Texas, Nuevo México, Arizona... Extensiones de terreno inmensas e interminables. Sin embargo, mi ánimo en estos días de soledad absoluta no decae. Al contrario, voy

encontrándome cada vez mejor, más fuerte, menos triste... Estar tantas horas a solas conmigo mismo me ayuda a pensar, a reflexionar sobre todo lo que ha pasado, a darme cuenta de que en cada momento hice lo mejor que podría haber hecho y que no hay nada de lo que pueda culparme. Parece que no sólo el tiempo me ayudará a curar mis heridas. La distancia también parece una buena aliada.

La mañana en la que abandono por fin Arizona y me interno en California es hermosa y soleada. Me siento muy animado. Ya estoy llegando al final de mi camino y Anne parece más presente que nunca. Me parece escuchar su voz tarareando todas las canciones de la radio y el coche está impregnado de su aroma a jazmín y melocotón. Sin embargo, cuando por fin paso el cartel de la ciudad de Los Ángeles me invade una súbita melancolía. Esto se acaba. Voy a decirle adiós para siempre.

Aparco el coche junto a la playa. El sol brilla alto en el cielo y el paseo está lleno de patinadoras rubias, pero yo ni siquiera las miro. Extiendo mi mano y siento su frío contacto. Aunque no pueda verla, sé que está a mi lado, que lo hemos conseguido juntos. Agarrados de la mano corremos por la arena hacia el mar.

Cuando el agua me llega a la cintura, siento que su contacto se pierde. Una suave brisa me acaricia la cara y noto en la mejilla su beso helado. Mientras regreso a la orilla, me siento extraño. Esperaba encontrarme más solo, más triste y, por el contrario, siento mi pecho a punto de estallar por algo muy parecido a la euforia. Se ha marchado para siempre, pero ahora es libre y está en paz. De algún modo, sé que ahora siempre estará conmigo, pero que ya no será el fantasma que me atormentaba, la amargura que me impedía continuar con mi vida, la añoranza perpetua... Ahora es mi ángel y me cuidará desde allí arriba.

Me siento en la orilla, dejando que el sol me acaricie.

Por suerte, llevaba el tabaco en el bolsillo de la camisa y no se ha mojado, así que enciendo un cigarrillo y me lo fumo mirando a ese mar inmenso, ignorando a la gente que me observa y murmura sobre el chalado que se ha metido al agua con vaqueros y zapatillas.

Me da igual, nada va a estropear este momento. Siento que estoy en paz, que por fin todo está bien... Por primera vez en mi vida estoy libre de todos mis fantasmas. Ahora puedo ser feliz.

**Burlington, Septiembre de 2016**

## I

Aparco el Impala en Bank Street, enfrente de la librería. Es muy pronto todavía y, aunque hay luz dentro, en la puerta está colgado el cartel de cerrado. Entraré dentro de un rato para decirle al señor Rutherford que he regresado y que podré incorporarme al trabajo mañana mismo. Después dedicaré el resto del día a tratar de encontrar un sitio para vivir. Por suerte, al ser una ciudad universitaria y estar en septiembre, todos los muros, marquesinas y farolas están empapelados con anuncios de pisos compartidos y habitaciones en alquiler. Será cuestión de hacer varias visitas para encontrar un sitio que pueda pagar, pero eso no es lo que me preocupa ahora. Tengo algo más importante que hacer.

Cruzo la carretera y entro en su cafetería. Por suerte, Debbie es la única camarera y no hay nadie haciendo cola a esta hora. Me acerco hacia ella, apoyo los brazos en la barra para marcar bíceps, le lanzo una mirada profunda y, con mi voz más seductora, le digo:

—Ponme un café solo, muñeca. Negro como la noche y ardiente como el infierno.

Ella abre mucho los ojos y me mira como si acabaran de salirme tentáculos. Yo siento que enrojezco al momento y rezo para que me trague la tierra. Tantas millas para llegar aquí y no he dedicado ni cinco minutos a pensar en lo ridícula que iba a ser la escena.

—Perdona, es una broma. Siempre he querido decir esa frase, pero ni siquiera me gusta el café solo. Lo que quiero de verdad es...

—... un latte macchiato con extra de azúcar para llevar  
—me corta ella.



—¿Te acuerdas de lo que tomo?

—¿Cómo iba a olvidarme de lo que pide la sonrisa más bonita de la ciudad?

Ella se gira para ponerme el café, pero no puede evitar que me dé cuenta de que se ha sonrojado. Siento algo nuevo en mi interior, algo que no había sentido nunca. Creo que es valor, ganas de luchar por lo que de verdad me importa. Aprovechando que no me está mirando y que así no me da tanta vergüenza, me atrevo a hacerle la pregunta.

—¿Te apetecería que quedáramos algún día para tomar un café?

Ella no contesta de inmediato. Está terminando de preparar mi café y escribiendo en el vaso de plástico. Supongo que será el típico mensaje motivador que dedican a todos sus clientes, algo como "Sonríe" o "Que tengas un feliz día". Cuando termina, se gira hacia mí y deposita el vaso sobre la barra:

—Como comprenderás, cuando salgo de aquí, lo último que me apetece en el mundo es tomar un café —a pesar de que está sonriendo, siento que todas mis esperanzas se desvanecen—, pero me encanta el cine.

Una pareja se ha acercado a la barra y Debbie corre a atenderles. Yo cojo mi vaso de café y miro el mensaje. Es su número de teléfono. Dejo un par de dólares sobre la barra y me despido con un gesto de la mano. Debbie me guiña un ojo y me lanza una sonrisa que ilumina todo el local.

Cuando salgo a la calle, elevo la vista, intrigado por la ausencia de luz. El cielo está cubierto de enormes y panzudas nubes negras. Parecen tan pesadas como para no poder mantenerse en el aire mucho más tiempo.

Como si hubieran estado esperando a que las mirase para comenzar la función, empiezan a soltar su carga: goterones grandes y fríos que golpean con fuerza sobre los

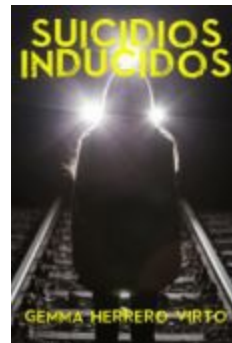
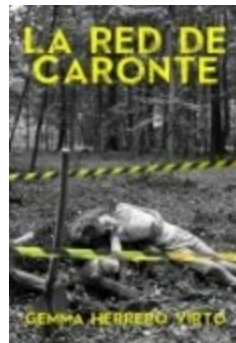
tejados, sobre los techos de los coches y contra las papeleras, provocando el estruendo de mil tambores que se mezcla con los gritos, entre alegres y sorprendidos, de los transeúntes. Todos corren a refugiarse, pero veo sonrisas en muchas caras. La sequía ha terminado.

Me detengo en mitad de la calle, con la cara vuelta hacia lo alto y los brazos en cruz, dándole la bienvenida a la lluvia. La recibo como una bendición: agua limpia que me ayudará a borrar los malos recuerdos. Hoy empiezo una nueva vida.

Gemma Herrero Virto  
Portugalete, 20 de Mayo de 2017

# OBRAS DE LA AUTORA

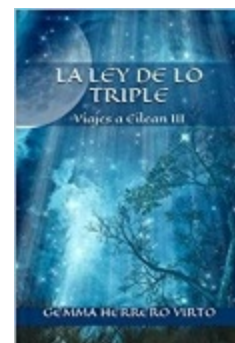
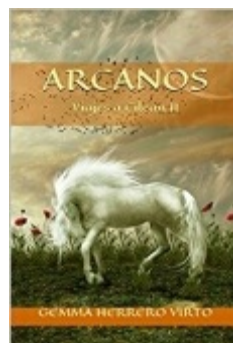
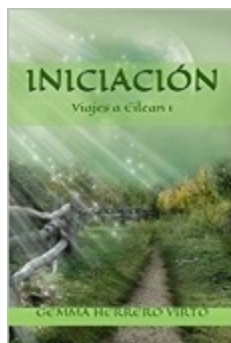
## NOVELA POLICIACA



## THRILLER PARANORMAL



## FANTASÍA



## RELATOS



Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de:

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaeam

Blog: <https://idaean.wordpress.com/>

Página web: [www.gemmaherrerovirto.es](http://www.gemmaherrerovirto.es)

Gracias por valorar mi obra y dejar tu opinión. Un abrazo,  
Gemma